
La Dama
que desafió
al Duque
LEXI THURMAN

La Dama que desafió al Duque

LEXI THURMAN

Prólogo

A sus siete años, Alice se consideraba una niña feliz. Pasaba sus días en la casa de campo de su familia en Yorkshire, una propiedad vasta con jardines que se extendían hasta perderse de vista, donde podía vivir mil aventuras y correr sin las restricciones de la ciudad.

Se imaginaba siendo una pirata o combatiendo en grandes batallas. Le gustaba trepar a la casa del árbol de su hermano mayor, que ahora estudiaba en Eton, e imaginar que desde allí vigilaba todo su reino.

Pero ella no soñaba con ser una princesa que esperaba ser rescatada. No quería vestidos de seda ni bailes de salón; prefería tener las rodillas manchadas de barro y el viento despeinándole el cabello. De mayor se imaginaba surcando los mares, pisando tierras lejanas, viviendo aventuras que ninguna dama soñaría jamás.

Pero alguien perturbaba su felicidad: su padre.

El vizconde de Rothwell rara vez visitaba Yorkshire. Prefería Londres, y aunque su madre solía acompañarlo, nunca llevaban a Alice. Decían que era demasiado pequeña, pero ella sabía la verdad: su padre la ignoraba. Esa misma mañana, Alice intentó acercarse a él con un ramo de margaritas que había recogido ella misma. Él ni siquiera las miró; se marchó a su despacho dejándola sola en mitad del pasillo.

Una lágrima surcó la mejilla de Alice, y esta vez su madre no trató de restarle importancia. Con los ojos llenos de furia, se dirigió al despacho de su marido. Alice debería haber regresado al jardín, pero algo la impulsó a seguirla. Al llegar, se encontró con que la pesada hoja de roble estaba entreabierta. Se arrimó a la pared, conteniendo la respiración.

—¿Cómo puedes ser tan cruel con ella? —La voz de su madre vibraba de rabia—. Solo es una niña y te ha traído flores para darte la bienvenida.

—No soy cruel, simplemente no tengo nada que hablarle —respondió el vizconde con el tono gélido que reservaba para los criados—. Soy el Vizconde de Rothwell, un hombre ocupado. No tengo tiempo para jugar con niñas.

—Ella no es una niña cualquiera, es tu hija —replicó su madre.

—¡No, no lo es! —El golpe de una mano contra la mesa hizo que Alice diera un respingo—. Sabes perfectamente que no corre ni una gota de mi sangre por sus venas. Le di mi apellido para evitarte el escándalo, pero no me pidas que la quiera. Es una bastarda y a mis ojos siempre lo será.

—Ella no tiene la culpa —dijo su madre con la voz rota.

—No, la tienes tú. Tú eres la culpable de que sea una bastarda. Y ahora, déjame solo.

Su madre salió del despacho con tanta prisa que no la vio. Alice se quedó allí, procesando aquella palabra. Sabía que se usaba para los hijos nacidos fuera del matrimonio, pero en ese momento no lograba entender qué implicaba para ella.

Con los años, sin embargo, el insulto tomó otra forma en su cabeza. Si no era la verdadera hija de un vizconde, no tenía por qué ser la dama perfecta que todos esperaban. Las damas se casaban por deber y asistían a bailes aburridos, pero una bastarda no le debía nada a la nobleza. Una bastarda podía vivir aventuras.

Aquella revelación, en lugar de hundirla, le dio su primera pizca de libertad. Porque si algo ansiaba Alice, era ser libre de elegir su propio destino.

Pero, con los años, descubriría que el destino rara vez obedecía a la voluntad de una.

Capítulo 1

Londres, 1813

Alice Thorne observó las calles de Londres desde la ventana del carruaje con el mismo entusiasmo con el que un prisionero mira sus cadenas. En sus veinte años había evitado aquel nido de víboras, aunque al final había terminado justo donde juró que nunca iría.

Llevaba dos años ignorando los intentos de su hermano por presentarla en sociedad. Dos años en los que se había enfrentado a él con uñas y dientes, defendiendo su derecho a quedarse en Yorkshire.

Pero, aun así, allí estaba.

El carruaje se detuvo con un movimiento seco frente a una imponente fachada en Mayfair. Alice no esperó a que el lacayo abriera la puerta; lo hizo ella misma, saltando al suelo de piedra antes de que el estribo estuviera colocado.

—Milady, las damas no bajan de esa manera del carruaje —la reprendió Margaret, su doncella.

—¿Acaso ves a alguna dama por aquí, Margaret? —replicó Alice —. Solo estoy yo.

Margaret, que llevaba sirviéndola desde que Alice apenas alcanzaba el pomo de las puertas, suspiró mientras bajaba del carruaje.

—Estamos en Londres, señorita. Aquí las paredes tienen ojos y las ventanas, lenguas. Un solo descuido y su reputación se habrá esfumado antes del anochecer.

—No me preocupa mi reputación —dijo Alice con una gran sonrisa, provocando que su doncella volviese a suspirar.

—A su madre le habría gustado que se comportara como una dama.

Alice puso los ojos en blanco. Su madre había fallecido de unas fiebres cuando ella contaba nueve años. A veces le costaba recordar

su cara, pero lo que nunca olvidaría era el cariño con el que la había tratado.

—Mi madre deseaba que fuese feliz, Margaret.

—Deseaba que fuese una mujer respetada. La felicidad y el decoro no tienen por qué estar reñidos, por mucho que usted se empeñe en lo contrario.

Alice negó con la cabeza, dándose por vencida. Sabía que no iba a poder convencer a Margaret de lo contrario, pues era muy tozuda. Llevaba años intentando que la tratase con menos formalidad, sin éxito alguno.

—No puedo convertirme en algo que no está en mí.

—Por supuesto que está en usted. Es la hija de un vizconde.

No, no lo era.

Pero nadie lo sabía. Era un secreto que sus padres se habían llevado a la tumba. Un secreto que ella no debía conocer, pero que conocía.

—No quiero discutir contigo —dijo Alice—. Te agradezco que me hayas acompañado a Londres, pero ya puedes irte.

Margaret alzó una ceja pálida y se llevó las manos a las caderas.

—¿Me está despachando antes de entrar en la casa?

Alice esbozó una de sus sonrisas.

—No deseas quedarte en Londres. No te gusta la ciudad, siempre lo dices.

—No le falta razón, señorita. Pero me quedaré con usted.

—No, no lo harás. Que yo tenga que pasar por este suplicio no significa que tú tengas que hacerlo. Regresarás a Yorkshire en cuanto descanses.

Margaret suspiró.

—Tiene un tierno corazón, milady, como lo tenía su madre. Pero la temporada social no es lugar para jóvenes con corazón tierno.

Alice mordió su labio inferior.

Ella estaba en Londres para presentarse en sociedad: bailes, protocolos y la búsqueda de un marido; solo esperaba no tener que llegar tan lejos. Fue a responder, pero el mayordomo que estaba

esperándolas en la puerta emitió un carraspeo, provocando que lo mirase.

—Milady, es un placer recibirla en la mansión —dijo el hombre con una breve inclinación—. Su hermano está esperándola en su despacho.

Alice posó sus ojos claros en él.

—Dile a mi hermano que primero deseo quitarme el polvo del camino, comer algo, tomar una siesta y conocer la casa.

Margaret negó con la cabeza mientras el mayordomo abría mucho los ojos.

—¿Y cuándo piensa encontrarse con él? —preguntó el hombre, desconcertado.

—Mañana. O tal vez pasado —respondió ella mientras pasaba por su lado para entrar en la mansión.

—Pero, milady, su hermano está esperándola ahora mismo en su despacho.

Alice se detuvo en seco y se giró hacia él. Le dedicó una sonrisa tan amplia que sus ojos verdes brillaron, logrando que el hombre suspirara aliviado por un segundo.

—Tienes toda la razón —le dijo con tono amable—. Ve a avisarle de inmediato; no quiero que se quede ahí encerrado toda la noche esperando a que aparezca. Pobrecito, se le va a quedar cara de mueble, y sería una pena que se perdiera la cena por mi culpa.

—Milady, yo… —comenzó el mayordomo, pero Alice ya no le prestaba atención. Clavó su mirada en una joven sirvienta que aguardaba inmóvil al pie de la escalera—. ¿Te importaría indicarme cuál es mi habitación?

La joven alternó la mirada entre Alice y el mayordomo, confundida, mientras el resto del servicio empezaba a cuchichear en voz baja por los rincones. Sin embargo, el murmullo se cortó en seco.

—Te llevarán a tu alcoba solo después de que hayas hablado conmigo.

La voz de su hermano cayó sobre el vestíbulo como una losa, imponiendo un silencio absoluto. Alice levantó la vista y lo vio allí, observándola con una autoridad que no admitía réplicas.

La última vez que se habían visto en persona había sido durante el entierro de su padre, dos años atrás. Dominic siempre había sido bien parecido, pero ahora había en él algo distinto: el tiempo lo había terminado de esculpir. Sus hombros se habían ensanchado, su figura se había vuelto más sólida, y el título de vizconde parecía sentarle como si siempre hubiese sido suyo.

Vestía con sobria elegancia: un frac oscuro perfectamente ajustado, chaleco claro y una corbata anudada. Su cabello rubio, apenas unos tonos más claro que el de ella, caía con estudiado descuido sobre la frente, y sus ojos verdes —herencia compartida de su madre— parecían ahora más serenos, aunque no por ello menos penetrantes.

—Dominic. —Alice hizo una reverencia descarada que no impresionó a su hermano—. No tenías que haberte molestado en venir a darme la bienvenida. A fin de cuentas, solo soy tu hermana pequeña.

Dominic esbozó una sonrisa, impasible ante el sarcasmo de Alice.

—Es bueno ver que los aires de la ciudad no te han quitado esa lengua afilada que tanto cultivaste en el campo.

—Acabo de llegar; solo he visto la ciudad desde el carruaje. Tal vez cambie en unos días y me vuelva una mujer silenciosa y aburrida.

Fingiendo no escuchar las últimas palabras, Dominic se dio la vuelta y dijo con voz despreocupada, antes de comenzar a andar por el pasillo:

—Acompáñame, hermana.

—¿Es una invitación o una orden, Dominic? —preguntó Alice, alcanzando su paso.

—Los hermanos mayores no pueden dar órdenes a sus hermanas pequeñas. ¿No es lo que siempre decías?

Alice se mordió el labio inferior. Recordaba perfectamente cuando usaba esa frase para salirse con la suya, antes de que todo cambiara entre ellos.

—Eso fue antes de que decidieras que el título de vizconde te daba derecho a dirigir el mundo, Dominic.

—Lo que me da el título es la obligación de asegurarme de que mi hermana tiene un futuro prometedor —dijo, a la vez que abría una puerta que ella supuso que era la del despacho, y la invitó a entrar.

Alice cruzó el umbral y se detuvo. Era una estancia sobria, dominada por un imponente escritorio de caoba cubierto de documentos y paredes forradas de libros que llegaban hasta el techo. Era un lugar que respiraba orden y autoridad.

—¿Este también era el despacho de padre? —le preguntó ella.

Su padre había fallecido dos años atrás, pero ella no había llorado su muerte ni siquiera notaba su ausencia, ya que nunca había estado presente.

Dominic se sentó tras el escritorio de caoba y le señaló la silla vacía frente a él. Alice se quedó de pie, ignorando el gesto. Él alzó una ceja, impasible.

—Lo era. ¿Por qué lo preguntas?

—Es muy él —murmuró, con un ligero escalofrío, frotándose los brazos sin darse cuenta—. Huele a reglas y a silencios.

Dominic la miró durante un instante. A pesar de su postura relajada y del leve tamborileo de sus dedos sobre la mesa, su expresión se ensombreció.

—Yo no soy él, Alice.

—Lo sé.

Estaba segura de que su hermano no sabía sobre su bastardía. Si fuese así, nunca habría insistido en presentarla en sociedad.

—Me alegra que, por fin, hayas aceptado mi petición de acudir a Londres.

Alice arrugó la nariz.

—No era una petición, era una orden, Dominic.

—¿Y cuándo te ha importado eso a ti, Alice?

Nunca, pero ella necesitaba que él creyese lo contrario.

—Tal vez me habrías permitido saltarme una temporada más, pero antes o después me habrías arrastrado hasta aquí. ¿Para qué retrasarlo?

Alice sopesó decirle que, simplemente, había decidido que ya era hora de buscar marido. Pero sabía que no era tan buena

mentirosa y Dominic la conocía demasiado bien como para creerse ese repentino interés por el matrimonio. Optó, entonces, por una verdad a medias.

Él la miró con sospecha, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—La tía Augusta será tu madrina —continuó—. Ella se encargará de presentarte ante la reina y acompañarte a los bailes.

Augusta era la hermana menor de su padre y estaba casada con un marqués. Tenía dos hijas a las que había casado con éxito. Alice solo la había visto en dos ocasiones, durante dos breves visitas que la mujer había hecho al campo.

—Estoy deseosa de reunirme con ella —mintió descaradamente.

Lo hizo con tal efusividad que, por un instante, temió haberse excedido. Sin embargo, Dominic no pareció sospechar nada o, al menos, no lo dejó ver.

—Mañana te reunirás con ella en su casa —le dijo su hermano —. Y ahora puedes ir a tu alcoba.

Pero Alice no se movió.

—Quiero que Margaret regrese a Yorkshire.

—Eso no es un problema. Te asignaré una doncella más acorde a tu edad; te sentirás más cómoda.

—Me siento cómoda con Margaret, pero ella odia Londres. Se quedaría por mí, así que quiero que le ordenes marcharse.

Dominic asintió.

—Como desees.

—Te lo agradezco.

Alice se giró para marcharse.

—No es mi deseo ser tu enemigo, Alice —le dijo su hermano antes de que ella sostuviese el pomo de la puerta—. Pero eres una dama y es hora de que cumplas con tu deber con la familia, como todos debemos hacer.

—¿Mi deber es casarme con un hombre con título, al que no conozca de nada?

—Para eso es la temporada: para que conozcas al hombre adecuado que será tu esposo.

Ella suspiró.

—¿Y qué hay de tu deber, Dominic? —preguntó, soltando el pomo y dando un paso hacia él—. Tú también eres parte de esta familia y sigues soltero.

—Es diferente.

—No lo creo. Tú debes engendrar un varón legítimo que continúe con el legado.

—Y lo haré a su debido tiempo.

Esa era otra de las muchas injusticias de la sociedad. Un hombre de veintiséis años aún era joven; aún tenía tiempo para casarse y tener hijos. Pero una mujer como ella, con veinte años, ya se estaba acercando peligrosamente a la etiqueta de solterona.

—Voy a mi alcoba, necesito descansar —dijo Alice, cortando la conversación.

Dominic se limitó a asentir, centrando de nuevo su atención en los papeles de su escritorio. Alice lo observó un segundo antes de salir.

Mientras subía las escaleras siguiendo a la sirvienta que la había esperado, se hizo una pregunta que siempre terminaba en el mismo vacío: ¿la amaba su hermano o ella era simplemente otra pieza del patrimonio de los Thorne que debía colocar en el tablero adecuado?

No lo sabía. Y solía repetirse a sí misma que le daba lo mismo. Pero lo cierto es que deseaba que él la amase, y esa era una debilidad, y ella no podía permitirse debilidades.

—Ya estamos, milady —dijo la sirvienta, abriendo una puerta pesada—. Espero que la habitación sea de su agrado.

Alice entró sin detenerse a examinar los detalles. Nunca había necesitado lujos para sentirse cómoda y, ahora mismo, su mente estaba en otra parte.

—Gracias, puedes retirarte —le dijo a la sirvienta de la casa con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Se giró hacia Margaret, que ya estaba arrodillada frente a los baúles de cuero, sacando los vestidos con movimientos expertos para evitar que se arrugaran.

—Puedo hacerlo yo.

—Claro que puede, pero ahora está en la ciudad, y no debe.

—Deberías descansar. Mañana partes para Yorkshire.

Margaret arrugó el ceño.

—Voy a quedarme con usted.

—Mi hermano va a ponerme otra doncella. Debes partir.

Margaret se puso de pie y la miró.

—Ha sido idea suya.

Alice ni siquiera se molestó en fingir lo contrario.

—Sí.

Los ojos oscuros de Margaret estudiaron su rostro.

—Trama algo —dijo finalmente.

—Claro que no —respondió Alice.

Pero Margaret la conocía mejor que la palma de su mano.

—Nunca ha sabido mentir —suspiró—. Y siempre está tramando algo.

—Hay algo que debo hacer, eso es cierto —reconoció Alice, estirando las manos para que la mujer se las cogiera, cosa que hizo —. Y debo hacerlo sola. Regresa a Yorkshire y asegúrate de que todo sigue en su lugar cuando regrese.

Margaret la miró fijamente. Aquella joven a veces la volvía loca, pero la adoraba.

—Respetaré sus deseos. Y mentiría si no dijera que acabamos de llegar y ya deseo irme. Pero prométame que se cuidará.

Alice le brindó una sonrisa.

—Lo haré.

Margaret apretó las manos de Alice una última vez antes de soltarlas. Cruzó la estancia en silencio y se detuvo ante la puerta.

—Envíeme cartas con frecuencia. Necesito saber cómo se encuentra.

—Lo haré.

—Si no lo hace, regresaré —le advirtió con una mueca seria—. Y esta vez, no podrá lograr que me marche de su lado.

—Te prometo que lo haré.

Margaret asintió, pero no se movió por unos instantes, como si estuviese decidiendo si se arrepentía.

—Cuídese, por favor, cuídese.

—Todo va a ir bien, Margaret. Te lo prometo.

Con un último asentimiento, Margaret se marchó y la dejó sola.

Alice se acercó a la ventana. Desde allí se divisaban algunas de las casas de Mayfair. Eran lujosas e imponentes. También vio a miembros de la nobleza paseando por las calles; todo era demasiado diferente al campo.

Aquella no era la aventura que había soñado vivir. Y no estaba segura de estar preparada para ello.

Pero debía estarlo. Porque Ingrid necesitaba que lo estuviese.

Capítulo 2

La mansión de la tía Augusta olía a agua de rosas.

Era lo primero que Alice notó al entrar en la casa. También se dio cuenta de que todo allí tenía un propósito decorativo y nada estaba pensado para la comodidad. Los muebles eran demasiado elegantes para sentarse en ellos, los jarrones demasiado frágiles para estar al alcance de nadie, y los criados parecían soldados pasando revista, tan tiesos que Alice dudó de que pudieran doblar las rodillas.

La condujeron a un salón de techos altos donde Augusta Pembridge, condesa de Ashford, la esperaba sentada con la espalda tan recta que Alice sospechó que tenía la columna vertebral hecha de caoba, como el escritorio de Dominic.

Ese pensamiento le provocó una pequeña risa que se tapó rápidamente con la mano, pero su tía ya había enarcado una ceja.

—Acabas de llegar y ya estás riéndote de algo que no has compartido —le reprendió—. Espero que en sociedad tengas más modales.

—¿Prefiere que lo comparta con usted? —le preguntó Alice mientras hacía una leve reverencia, como si acabara de recordar que era de buena educación hacerlo.

Su tía suspiró.

—No será necesario, toma asiento —ordenó, señalando el canapé frente a ella con un gesto que no admitía réplica.

Augusta la estudió en silencio mientras Alice tomaba asiento, con esa mirada que inventariaba defectos antes de que uno pudiera defenderse.

—Estás demasiado delgada. ¿No te daban de comer en el campo?

—Comía de maravilla, señora. Pero la cocinera decía que soy demasiado inquieta para engordar.

—La inquietud es un defecto que debes erradicar. Se espera de ti que seas una dama tranquila y previsible.

—Entonces procuraré quedarme tan quieta como un jarrón —respondió Alice, sin poder evitar el tono burlón que se deslizó en sus palabras—. Solo espero que los criados no intenten quitarme el polvo.

La condesa apretó los labios, transformándolos en una línea tan fina que casi desaparecieron.

—Veo que el campo no solo te ha dejado delgada, sino también impertinente. ¿Acaso tu padre te permitía responderle así?

—A mi padre solo lo vi una vez tras la muerte de mi madre. Fue en su propio funeral; no estaba en situación de decirme nada.

Augusta perdió la compostura por un instante y la miró con los ojos desorbitados, sorprendida por la crudeza de la respuesta. Se aclaró la garganta y recobró la serenidad de inmediato.

—Si pretendes sobrevivir a esta temporada, esa lengua tuya debe aprender a ser más dócil. Los caballeros buscan una esposa, no un dolor de cabeza.

—¿Quiere decirme que los hombres desean una mujer que no les moleste y que no piense por sí misma?

La condesa se llevó una mano al collar de perlas, como si necesitara comprobar que seguía en su sitio, y soltó un suspiro de cansancio.

—Lo que los hombres desean, Alice, es la ilusión de que tienen el control. Lo que tú pienses en la intimidad de tu alcoba me tiene sin cuidado, siempre y cuando en un salón sepas sonreír y callar en el momento adecuado.

Sonreír. Eso podía hacerlo. Ahora, callarse, eso era mucho más complicado. A menudo la habían acusado de no callarse ni debajo del agua, y no era una acusación baldía.

—Haré lo posible por no asfixiarme con mis propias palabras, tía —respondió Alice, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Augusta no pareció apreciar el sarcasmo; se limitó a coger la taza de té que descansaba en una mesita a su lado y le dio un sorbo.

—Dominic debió traerte antes a la ciudad. No solo vas a hacer tu debut tarde, sino con solo una semana de tiempo para la presentación ante la reina. En condiciones normales es difícil; en el tuyo, es un milagro.

—Si cree que no es posible, podemos dejar la presentación ante la reina para el año que viene. —Alice se encogió de hombros despreocupadamente—. Puedo quedarme en la ciudad como mera espectadora.

Ciertamente, esa era una posibilidad que sonaba de lo más tentadora. Demasiado para ser cierta, tal y como descubrió un segundo más tarde.

—¡Pero qué sandeces estás diciendo! —replicó su tía. Se puso tan roja que Alice temió que le diera un síncope—. ¡¿Una espectadora?! —Augusta dejó la taza sobre el plato con un golpe tan seco que amenazó con quebrar la porcelana—. Eres la hermana de un vizconde, una dama. Debes presentarte ante la reina para que la sociedad sepa que existes. No te quedarás escondida en casa de tu hermano ni pasearás por Londres como una desconocida. Eso solo desataría rumores, ¡y no pienso permitir que el nombre de esta familia termine en boca de nadie!

A Alice no podían importarle menos los rumores. Nunca le había importado lo más mínimo lo que pensasen de ella. Pero su tía era una mujer a la que le importaban las apariencias por encima de todo.

—No voy a regresar al campo —dijo Alice con seguridad.

No podía hacerlo, no aún.

—Por supuesto que no lo vas a hacer —estuvo de acuerdo su tía—. El tiempo apremia, pero lo lograremos. Ya he llamado a mi modista; ella estará a punto de llegar. Tendrá preparado a tiempo el vestido para la presentación y todo el guardarropa que necesitas para la temporada.

—He traído mis vestidos, y…

—Los vestidos del campo no sirven para la ciudad —dijo su tía, señalando con desdén la prenda de Alice—. Ese algodón sencillo y ese estampado de flores pequeñas son para pasear por el huerto, no por la avenida.

Alice arrugó el ceño.

—Es un vestido bonito, tía.

—Es un vestido sin estructura. No tiene el corte ni la seda que se espera de una joven de tu posición aquí. El talle es demasiado alto y las mangas carecen de cualquier gracia. No, Alice, ese vestido debe regresar al baúl en el que vino.

—Es cómodo.

—Una dama no debe estar cómoda. ¿Sabes bailar?

—Por supuesto que sé bailar. He tenido profesor de baile durante años.

Su tía suspiró, aliviada.

—¿Cuál es el baile que mejor se te da?

—Las cuadrillas de campo. —Alice alzó la barbilla con orgullo—. Son las más divertidas, sobre todo cuando el ritmo se acelera al final del baile. En la última fiesta de la cosecha…

Su tía levantó una mano.

—Dios me valga, es un desastre —se lamentó, llevándose la mano a la frente en un gesto, a ojos de Alice, exageradamente teatral—. Tu padre debió traerte a la ciudad cuando murió tu madre. Se lo pedí, pero no quiso atender a razones. Una jovencita necesita una figura materna para aprender lo que se espera de ella.

—Sé bailar el vals —dijo Alice, porque pensó que necesitaba decir algo antes de que su tía sufriese un colapso—. Me lo enseñó mi profesor de baile. De hecho, yo misma se lo enseñé a los sirvientes y solíamos…

Augusta empezó a abanicarse con la mano.

—¡Por favor, Alice, no sigas! —exclamó—. ¡¿A los sirvientes?! ¡¿Has bailado un vals con el servicio?!

—Solo para practicar los pasos, tía. Ellos se divertían y yo…

—¡Silencio! —la interrumpió con severidad, cerrando los ojos con fuerza—. Que no vuelva a salir una palabra semejante de tu boca. No puedes bailar el vals en público sin el permiso de, al menos, una de las patronas de Almack's.

—Lo sé. He vivido en el campo, pero sé esas cosas. Por eso no lo bailaba en las fiestas con los vecinos. —Alice se mordió el labio inferior, pensativa—. Bueno, en una ocasión…

—No quiero saberlo, Alice —dijo su tía levantando una mano—. Lo que hicieras en el campo debe quedarse allí, enterrado bajo el lodo de los caminos. A partir de ahora, tu vida empieza de cero.

—Pero solo fue una vez y...

—¡He dicho que no quiero saberlo! —la cortó con un gesto tajante—. Ni una anécdota, ni una confesión. Ni siquiera a un cura.

—Va a disculparme, pero creo que está exagerando.

—No, no exagero. —Augusta recuperó un poco de aire—. Una sola frase imprudente puede arruinar una estirpe. La reputación es un cristal que, una vez quebrado, no se puede pegar.

—Tendré cuidado con lo que digo —cedió Alice.

Porque, ciertamente, estaba empezando a preocuparse por la salud de su tía. Parecía demasiado acalorada.

—Me aseguraré de que lo tengas —prometió Augusta—. Mañana mismo empezarás con clases de etiqueta y no, no quiero que me digas que ya has dado esas clases —dijo cuando Alice abrió la boca para hablar—. Me niego a saber qué te impartieron en ellas.

—Pero tía...

—Ni una palabra —la acalló con severidad—. Si tu profesor de baile te permitía esas familiaridades con el servicio, ¡no quiero ni imaginar qué te habrán enseñado sobre cómo comportarte en una mesa o cómo saludar a la reina!

Alice asintió.

Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. Tenía una buena educación, pero nunca habían sido demasiado estrictos con ella. De niña había sido terca, prefiriendo disfrutar del aire libre antes que estar encerrada en una habitación, y como su padre nunca se había interesado por sus progresos, sus profesores e institutrices terminaron siendo laxos con ella.

Y, por supuesto, aquellas enseñanzas no serían suficientes para su tía, y estaba segura de que para la sociedad tampoco.

—Aprendo rápido —prometió.

Su tía la miró con fijeza. Alice pudo percibir la duda en sus ojos oscuros, algo por lo que no podía culparla.

—Lo primero que debes aprender es a estar callada. Solo debes hablar cuando te pregunten.

—¿Y si un caballero se acerca a mí pero no me pregunta nada? ¿Debo mantenerme en silencio? —La pregunta era genuina, pero su tía cogió el abanico que descansaba en su regazo y se abanicó con fuerza.

—¿Tiene calor, tía? —preguntó Alice—. Abriré la ventana.

—Siéntate —le ordenó su tía cuando comenzó a levantarse—. Una sirvienta se encargará de ello. Una dama no abre ventanas —dijo, a la vez que usaba la campanilla para llamar al servicio.

Alice no entendía la razón, pero, dada la situación, prefirió no replicar.

—Está bien.

—Y si un caballero se acerca a ti —continuó su tía una vez que una sirvienta abrió una de las ventanas y el aire fresco la ayudó a recuperarse del sofoco—, debes hablar del tiempo o de tus habilidades al pianoforte.

—No sé tocar el pianoforte.

—¿No sabes tocar el pianoforte?

—Disculpe el atrevimiento —dijo Alice—. ¿Sufre problemas de oído? Hay un remedio que limpia el conducto; puedo hacerlo con un poco de aceite de almendras y esencia de manzanilla. Iré a la cocina y se lo prepararé ahora mismo.

Augusta se quedó petrificada.

—¿A la cocina? ¿A mezclar aceites? —La mujer parecía al borde de un síncope—. Una joven noble no entra en la cocina a preparar ungüentos como una boticaria, Alice. Y mi oído está perfectamente. Lo que falla es mi entendimiento: ¿cómo es posible que no sepas tocar ni una pieza?

—Tuve una profesora, pero se marchó a los pocos meses, diciendo que mis notas le daban punzadas en las sienes.

—Una buena profesora debe ayudar a su alumna a mejorar. No importa lo que le cueste.

Alice se mordió el labio. No le parecía justo culpar a la pobre mujer.

—Es cierto que entonces yo era algo traviesa. No solo tocaba mal, sino que me pareció gracioso frotar las teclas del pianoforte con esencia de mofeta que yo misma había destilado.

Su tía ni se inmutó.

—No es excusa. Debió reprenderte e insistir. Las jóvenes se vuelven rebeldes cuando no se las educa con la debida disciplina de niñas.

Alice esbozó una sonrisa inocente.

—No era una niña, tenía dieciséis años, tía.

—¡Por la Virgen María!

—He cambiado, tía —dijo Alice, porque sintió que tenía que aclararlo. No era dada a mentir, aunque, en ocasiones como aquella, en la que la salud de su tía peligraba, prefería hacer una excepción.

—Lo que necesitas es un marido. —Augusta cruzó las manos frente a sí—. Tener hijos pronto también será de ayuda; nada aplaca tanto a una mujer como las responsabilidades de una madre.

—Primero tendría que presentarme ante la reina, tía —sugirió Alice, aunque su tía no la estaba escuchando.

—Tu hermano ha estipulado una dote muy suculenta por ti —continuó—, pero ha dejado claro que solo aceptará hombres que no necesiten ese dinero para darte una buena vida. Lo cual, teniendo en cuenta tu carácter impertinente, será un reto. —Augusta se irguió en la silla y añadió con soberbia—: Por suerte para las dos, me gustan los retos.

—Milady —las interrumpió una de las sirvientas—, la costurera ha llegado.

Augusta se levantó.

—Empecemos entonces. No hay tiempo que perder.

—Tía —la detuvo Alice—. Antes de que la costurera me clave mil alfileres y me deje sin respiración con el corsé, hay algo que quiero preguntarle. ¿Conoce a los Condes de Haverstock?

Augusta la miró con indignación.

—Mi modista es la mejor de Londres, no va a clavarte ningún alfiler.

—Confío en usted. —Alice no se levantó de la silla, consiguiendo que su tía frunciese el ceño—. ¿Los conoce? —insistió, ya que su tía no le había respondido, y aunque Alice sospechaba que lo había hecho adrede, ella no era de las que se daba por vencida fácilmente.

—Lord y Lady Haverstock... —Augusta entornó los ojos, haciendo un esfuerzo de memoria—. Creo que me los presentaron en una de las fiestas de la temporada anterior. No recuerdo en cuál.

—¿Podría presentármelos?

—Aparte del título y un poco de dinero heredado, no tienen nada que ofrecer. Son gente anodina, Alice. No van a ayudarte a posicionarte bien en la alta sociedad. Y tampoco tienen un hijo casadero.

—Tienen una hija de diez años. Una buena amiga es su institutriz.

—¿Tienes amigas institutrices? —le preguntó, como si ese fuese el mayor de los pecados.

—Trabajaba para los hijos de los marqueses de Rockingham. Sus tierras están cerca de las nuestras en Yorkshire. Cuando los niños se marcharon a Eton, ella vino a Londres a trabajar para los Haverstock.

—De modo que, en lugar de cultivar la amistad de los marqueses y su linaje, preferiste la compañía de su empleada.

Alice suspiró. Su tía no iba a ponérselo nada fácil.

—Me gustaría saludarla. He pensado acercarme a su casa…

—No puedes presentarte en su casa sin ser invitada.

Ella lo sabía bien. Por eso les había enviado varias cartas que ellos no habían respondido.

—Si pudiera presentármelos…

—Olvídate de ellos y de su institutriz. —Su tía hizo un ademán con la mano, cortando la conversación—. Vamos, la modista está esperando en el salón azul. —La miró de arriba abajo antes de añadir—: Y hay mucho trabajo por hacer.

Alice suspiró, pero se levantó.

Las normas de la sociedad le parecían corsés insoportables; un entramado de etiquetas y rigideces que solo servían para complicar su existencia. Y para obligarla a pasar más tiempo en Londres del que deseaba.

Después de todo, a pesar de lo que su hermano y su tía creían, no había acudido por la temporada, pues Alice no tenía la menor

intención de encontrar marido. Su presencia en Londres obedecía a un propósito muy distinto.

Y no regresaría a Yorkshire hasta haberlo cumplido.

Capítulo 3

A Bastian le gustaba pasear. Era uno de los escasos placeres que conseguían apaciguar su ánimo.

No se trataba de un simple hábito, sino de un refugio silencioso al que acudía siempre que el mundo a su alrededor se volvía excesivo o impostado. En aquellas veladas cargadas de cortesías vacías y sonrisas ensayadas —tan propias de los salones donde la elegancia ocultaba el tedio—, encontraba en el paseo una forma discreta de recuperar el aliento y, con él, una parte de sí mismo que no estaba sujeta a las expectativas ajenas.

Caminar le ofrecía una calma que nada más parecía concederle: el murmullo contenido de sus propios pensamientos, el leve crujir de la grava bajo sus pasos, y el aire fresco rozando su rostro con una honestidad que raras veces hallaba en compañía humana.

Había heredado aquella inclinación de su padre, un hombre que, en vida, había preferido siempre la sobriedad de los senderos solitarios a la ostentación de los grandes encuentros sociales.

Y Bastian tenía que reconocer que lady Ashford poseía un jardín muy amplio, lo bastante extenso como para ofrecer cierto alivio a quien tuviera la fortuna de perderse en él.

Había acudido al *lunch* acompañando a su madre. En cualquier otra circunstancia se habría negado sin demasiados remordimientos, pero llevaba casi un año en el título y era la primera vez que ambos coincidían en Londres. Su madre no se lo había pedido; simplemente lo había dado por hecho, que era una forma mucho más efectiva de conseguir las cosas. Y Bastian, que sabía perfectamente cuándo había perdido una batalla antes de librarla, había cedido.

Lo que no significaba que tuviera que disfrutarlo.

Se había escabullido en cuanto había podido, sorteando con habilidad a los invitados que aún llegaban. Sobre todo, a las madres casaderas que, aunque la temporada no había empezado aún, ya desplegaban todas sus armas con una determinación que habría

impresionado a cualquier general. Y él era uno de los solteros más codiciados de Londres.

Bastian se detuvo por un instante, permitiéndose algo tan poco habitual para alguien de su posición como no pensar en nada en particular. Inspiró con lentitud, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones; la primavera había llegado a Londres con una discreción que él agradecía, sin la estridencia de los salones que le esperaban dentro.

Por un momento, se sintió en paz.

Y entonces, sin previo aviso, algo impactó contra su cabeza. ¿Había llegado, por fin, el momento en el que el mundo decidía venirse abajo, y hacerlo, además, sobre su persona?

Si alguien podía tener tan mala fortuna de que le sucediese algo así, ese era él.

Bajó la mirada, aún con el ceño levemente fruncido, esperando encontrar el objeto que casi había terminado con su vida. Sin embargo, lo único que halló fue una manzana roja que reposaba junto a sus botas.

—¿Una manzana? —murmuró Bastian, inclinándose. La recogió entre los dedos para examinarla con incredulidad.

Pero su inspección fue interrumpida por una voz femenina.

—¡Oiga!

Bastian miró a su alrededor sin encontrar a nadie. ¿Ahora, además de que le llovieran manzanas del cielo, escuchaba espíritus?

—¡Aquí arriba! —volvió a gritarle la misma voz.

Bastian echó la cabeza hacia atrás y, tras un breve instante de búsqueda, dio por fin con el origen de la voz. Allí, sobre la rama de un manzano, se encontraba una joven, acomodada con una soltura tan impropia como sorprendente. Una de sus piernas colgaba en el aire, balanceándose con despreocupación, mientras la otra permanecía apoyada con firmeza sobre la corteza. En su mano derecha sostenía una manzana ya mordida.

Y, en ese momento, Bastian decidió que habría preferido la posibilidad de estar viendo espíritus.

—¿Acaba usted de lanzarme una fruta? —preguntó con estupefacción.

La joven arrugó ligeramente la nariz.

A la luz que se filtraba entre las ramas, su cabello rubio adquiría reflejos dorados, casi como si el sol se hubiera detenido en él. Su piel, clara y delicada, contrastaba con el color vivo de la manzana que sostenía, y sus facciones —suaves, casi angelicales— parecían pertenecer a alguien mucho menos inclinado a lanzar objetos desde un árbol.

—No —respondió sin el menor asomo de duda—. Se me ha caído.

Bastian esperó a que se disculpara. A fin de cuentas, a pesar de su insólita ubicación, poseía el porte de una dama, y de una dama cabía esperar, cuando menos, una disculpa. Aunque también cabía esperar que no trepase árboles y que no estuviese sola en el jardín mientras el almuerzo se celebraba en el interior.

Sin embargo, la disculpa no llegó.

—¿No va a disculparse? —preguntó, sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Por qué lo haría?

—Porque es lo correcto.

—Lo correcto sería no retener una manzana que no le pertenece —replicó ella con una lógica tan aplastante como irritante y, después, extendió la mano hacia él—. Así que devuélvamela.

Pero, en vez de entregársela, los dedos de Bastian se cerraron con fuerza alrededor de la fruta.

—¿Devolvérsela?

—No irá usted a apropiarse de ella. ¿O debo suponer que acostumbra a quedarse con aquello que no le pertenece?

Sus aletas nasales se le dilataron.

—¿¡Me está usted acusando de ladrón!? —exclamó con indignación.

A Bastian las mujeres le habían acusado de infinidad de cosas: de arrogante, de soberbio, de tener el corazón tan frío que haría tiritar a una piedra —y la mayor parte de ellas eran ciertas—, pero jamás lo habían llamado ladrón.

Después de todo, aunque el título lo había heredado de su padre, era él quien sostenía la fortuna y el nombre que lo

acompañaban, mediante trabajo duro y constancia.

—No lo sé todavía —contestó la joven con insolencia, dándole otro mordisco a la manzana que sostenía en su mano derecha—, pero su actitud no ayuda a su defensa.

—Mi defensa no es necesaria.

—Tiene en su poder una manzana que no le pertenece.

—Ha sido usted quien la ha lanzado.

—Ya se lo he dicho, se me ha caído.

Bastian inspiró hondo y se pasó una mano por la cara, conteniendo apenas su irritación. Resultaba evidente que la lógica ya no tenía cabida en aquella conversación.

—¿Se puede saber qué hace usted colgada de un árbol como si fuera un mono?

—Respirar. Hay demasiada gente ahí dentro y muy poco aire.

Bastian pensó que eso era algo en lo que coincidían. Aunque él, al menos, había tenido la sensatez de mantener los pies en el suelo.

—No es apropiado que trepe usted a un árbol.

—¿Por qué no?

La respuesta le parecía tan evidente que, por un momento, dudó de si la pregunta era genuina. Sin embargo, al ver la confusión reflejada en el rostro de la joven, supo sin asomo de duda que lo era.

—Podría caerse.

La joven se encogió de hombros con despreocupación.

—También podría caerme un rayo, y no por eso me quedo encerrada en casa.

Bastian abrió la boca, dispuesto a replicar, pero la cerró de nuevo. La conversación era tan ridícula que, durante un instante, se encontró inesperadamente falto de argumentos, lo cual le resultó casi tan irritante como aquella joven.

—No es lo mismo —farfulló.

La joven alzó una ceja.

—¿Ah, no?

—No. Subirse a un árbol es un riesgo innecesario. Y usted está apoyada en una rama.

Ella observó la rama sobre la que se encontraba, como si la evaluara por primera vez.

—Y, sin embargo, parece bastante sólida —concluyó con soberbia, dándole otro mordisco a su manzana—. Diría que el verdadero peligro está más bien en su imaginación.

—Pero nunca se sabe. Puede caerse o... —Bastian resopló y alzó las manos en el aire—. Ni siquiera sé por qué estoy perdiendo mi tiempo discutiendo cosas ridículas con una joven insolente. Es evidente que no está usted dispuesta a entrar en razón.

La joven, que estaba a punto de dar otro mordisco a su manzana, se congeló. Su expresión dejó de ser altiva; el ceño se le frunció profundamente y sus labios rosados se apretaron en una fina línea.

—¿Insolente? —repitió, con una indignación que fue creciendo con cada palabra—. ¡¿Tiene usted la desfachatez de llamarme insolente cuando lleva los últimos minutos acusándome de comportamiento impropio, cuestionando mi cordura y, si no me equivoco, comparándome con un mono?!

—No ha sido...

Pero ella no le dejó terminar.

—¡Y ni siquiera ha considerado disculparse! —añadió, completamente entregada ya a su propio argumento. El rostro de la joven había adquirido un ligero tono bermellón, y Bastian no pudo evitar pensar que, incluso furiosa, era hermosa. Demasiado hermosa. ¿Por qué estaba pensando en eso? ¿Qué diablos le ocurría?—. Lo cual, si me permite señalarlo, sí que resulta de lo más impropio.

Bastian dejó escapar una breve exhalación, alcanzando el límite de su paciencia.

¿Disculparse él? Lo que le faltaba por escuchar.

—¿Impropio? ¿Se atreve usted a hablar de lo impropio después de haberme arrojado una manzana a la cabeza?

La joven resopló y lo miró con un cansancio que irritó aún más a Bastian.

—Se me ha caído. ¿Cuántas veces se lo tengo que repetir?

—No —Bastian dio un paso hacia el árbol—, no se le ha caído. Estoy empezando a pensar que ha sido a propósito, que me la ha lanzado con la intención de darme.

La joven parpadeó con total incredulidad. Y, por un fugaz instante, Bastian tuvo la esperanza de haberla dejado sin palabras. Por supuesto que tan solo fue una ilusión.

—¿Por qué querría yo lanzarle una manzana?

Bastian se cruzó de brazos.

—No lo sé, dígamelo usted.

La joven lo miró durante unos instantes. Algo distinto pareció encenderse en su mirada.

Sin apartar los ojos de él, deslizó la mano izquierda entre los pliegues de su vestido. Un instante después, sus dedos se cerraron en torno a otra manzana. Y, sin el menor titubeo, la lanzó hacia él. Tan rápido que Bastian apenas tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Auch! —se quejó cuando la manzana cayó sobre su cabeza —. ¡Eso ha sido a propósito!

Ella esbozó una sonrisa inocente.

—Ahora sí.

—¡¿Pero acaso ha perdido usted el juicio?!

—No, tan solo le demuestro que, si quisiera haberle lanzado una manzana, no habría margen para la duda —dijo con impunidad —. Pero parece que necesita usted pruebas más concluyentes.—Sin darle tiempo a responder, la joven volvió a dirigir la mano izquierda hasta las faldas de su vestido y, esta vez, Bastian ya supo cuál sería su siguiente movimiento.

—Le advierto que...

Pero ella ya le estaba lanzando la manzana. Afortunadamente, Bastian ya estaba preparado y, en esta ocasión, pudo esquivarla.

—¡Deje de lanzarme manzanas! ¡Esto es inaceptable!

—Y, sin embargo, perfectamente evitable —señaló ella—. Podría haberse marchado hace ya un rato.

Eso terminó de colmar su paciencia.

—No tengo por qué retirarme de un jardín en el que estaba paseando tranquilamente.

La joven alzó la mano y Bastian atisbó otra manzana entre sus dedos.

—Ni se le ocurra... —comenzó, dispuesto a esquivarla.

Pero ella se llevó la manzana a la boca y le dio un mordisco pausado, sin apartar los ojos de él.

Bastian la miró, entre irritado y desconcertado.

—Me marcho —dijo, con una frialdad que llevaba años perfeccionando—, no porque usted me lo imponga, sino porque he decidido que esta conversación no merece ni un segundo más de mi tiempo. Buenos días, señorita.

Ella se encogió de hombros.

—Mientras se marche…

Definitivamente, aquella joven era insoportable.

Bastian no añadió nada más. Se dio la vuelta y se alejó con paso firme, decidido a no concederle ni una sola mirada adicional.

No fue hasta que llegó a su casa, horas después, cuando algo llamó su atención. Bajó la mirada hacia su mano derecha, y allí estaba, entre sus dedos, la manzana. Se quedó observándola un instante, sin entender del todo cómo había recorrido con ella todo ese camino sin darse cuenta.

Pero, en vez de enfurecerse, hizo algo que hacía años que no hacía: se rio.

Porque, aunque esperaba no volver a encontrarse jamás con aquella joven insolente, tenía que reconocer que la tarde había sido, cuando menos, entretenida.

Capítulo 4

Para las jóvenes que aguardaban en la antesala del Palacio de St. James, aquel día era especial. El día para el que las habían preparado desde su nacimiento, el día con el que llevaban años soñando.

Pero para Alice no era más que un trámite que estaba obligada a superar si quería seguir en Londres. No tenía nada en contra de la reina, por supuesto, pero tampoco alcanzaba a entender la necesidad de que una mujer a la que jamás había visto le otorgara su visto bueno para existir en sociedad.

Tampoco estaba contenta con el vestido. El blanco nunca había sido su color favorito; era demasiado fácil de ensuciar, y ella tenía una habilidad especial para conseguirlo. Para más inri, la cola era larga y pesada, y las tres plumas blancas que el protocolo exigía llevar en el tocado amenazaban con hacerla perder el equilibrio cada vez que giraba la cabeza.

—Erguida —le murmuró Augusta al oído.

—Estoy erguida, tía.

—Más.

Alice se preguntó cuánto más erguida podía estar antes de que su columna vertebral se partiese en dos. Pero se abstuvo de decirlo en voz alta, algo que ya era un progreso para ella.

A su alrededor, las demás jóvenes aguardaban con expresiones que oscilaban entre la emoción contenida y el terror puro. Todas de blanco, todas con sus plumas, todas con las manos perfectamente cruzadas sobre el regazo. Desde cierto ángulo, pensó Alice, parecían un rebaño de cisnes nerviosos.

Fue entonces cuando escuchó una voz a su izquierda.

—Es mucho mejor de lo que me imaginaba —suspiró alguien con devoción—. Cada detalle, cada columna, es magnífico.

—Es un pasillo, Cecily —respondió otra voz, seca pero sin crueldad—. Tiene paredes y suelo como cualquier otro.

Alice giró la cabeza, arriesgando las plumas, y encontró a dos jóvenes casi idénticas. Casi. Una contemplaba la antesala como si fuera el lugar más precioso en el que había estado nunca; la otra, sin embargo, observaba a las demás debutantes con ojo clínico.

Sintió una simpatía instantánea por ambas.

Como si lo hubiera percibido, la joven de mirada clínica desvió sus ojos color ámbar hacia ella. Alice no apartó los suyos.

—Cecily, deja de suspirar, que llamas la atención —le reprendió a su hermana en voz baja.

La aludida se volvió con una sonrisa tan luminosa que parecía llevar horas guardada.

—¡Oh! —exclamó Cecily, mirándola—. ¿No es todo esto increíble?

—El pasillo —respondió Alice— o el día en general?

—¡Todo! Llevaba años imaginando este momento. ¿Usted no?

Alice dudó un instante.

—No exactamente. Lo cierto es que nunca había pensado en este día.

—¡Eso es imposible! Toda joven sueña con este momento: con el vestido, con la reverencia, con la reina mirándote…

—Cecily —la interrumpió su hermana—, algunas solo queremos que la reina nos dé su beneplácito para poder encontrar el marido adecuado.

Cecily puso los ojos en blanco.

—Eres demasiado práctica, Frances. Hoy solo es el inicio. Empiezan los bailes, los pretendientes acudiendo a casa con flores, los paseos por Hyde Park, los valses…

—Y las mañanas recibiendo visitas que no has pedido, las tardes respondiendo notas y las noches sonriendo a hombres que no te interesan —completó Frances.

Cecily la miró como si acabara de decir algo imperdonable.

—¿Es que no te emociona nada?

—Me emociona encontrar un hombre sensato con una fortuna estable. Lo cual, te aseguro, requiere tanta estrategia como cualquier batalla.

Alice las miró a una y a otra: Cecily, con sus ojos brillantes llenos de romanticismo, y Frances, con esa calma de quien ya lo tiene todo calculado. Tan iguales, pero tan diferentes a la vez.

—¿Y tú qué esperas de este día? —le preguntó Cecily, rompiendo sus pensamientos.

Alice hizo una mueca.

—Si logro no tropezarme con la cola delante de la reina, ya habré conseguido mucho.

Cecily palideció visiblemente y bajó los ojos hacia su propia cola con una expresión de horror que, hasta ese momento, Alice solo había visto en personas que se enfrentaban a algo verdaderamente terrible.

—Dios mío —murmuró—. No había pensado en eso.

—Pues empieza a pensarlo —añadió Frances con pragmatismo —. Porque, si tropiezas, la cola arrastra y caes hacia delante, y entonces el problema ya no es la cola, sino las plumas. Harás el ridículo delante de la reina, lo que arruinará tu temporada antes de que haya empezado.

—Pero eso no va a pasarme —dijo Cecily, aunque mordía su labio inferior con nerviosismo.

—Si dejas de soñar despierta y miras hacia delante, no.

La mujer que estaba junto a ellas, y que Alice supuso que era su madre, las observó en silencio. Pero, en lugar de intervenir, esbozó una sonrisa tranquila, porque bien sabía que era mejor no interrumpir cuando sus hijas discutían entre ellas.

Alice la miró un instante y no pudo evitar preguntarse si su madre, de haber vivido, también habría estado allí a su lado, y si también habría sonreído así. Apartó el pensamiento con la misma rapidez con que había llegado. No era el momento para pensar en su madre.

—Alice —le murmuró al oído su tía—, deja de charlar y concéntrate. Vas a ser llamada en breve.

Alice ladeó la cabeza hacia Augusta, que la observaba con el ceño fruncido y esa constante mirada de desaprobación que siempre tenía cuando estaba con ella.

—No estoy charlando, tía.

—Estás hablando con desconocidas en lugar de mantener la compostura que se espera de ti.

Alice no pudo responder porque, en ese momento, un oficial de la corte apareció en la puerta y anunció su nombre en voz alta:

—Lady Alice Thorne, presentada por su tía, la condesa de Ashford.

Sin dudarlo, ambas acudieron a su llamada.

La sala era todo lo imponente que Augusta le había prometido: alta, dorada y silenciosa. La reina estaba sentada al fondo y Alice, que llevaba toda su vida oyendo hablar de ella, no pudo evitar observarla con atención mientras se acercaba.

Hizo la reverencia, larga y profunda, tal y como le habían enseñado, y retrocedió sin incidentes.

En su opinión, todo había ido perfectamente.

Cuando salieron por la puerta lateral que conducía a las que ya habían sido presentadas, se volvió hacia su tía con una sonrisa.

—Ha ido bien.

Augusta tardó un momento en responder.

—Has mirado a la reina como si fuera un cuadro de museo.

Alice arrugó el ceño, sin entender. No veía nada de malo en ello, aunque el tono de su tía sugería lo contrario.

—Solo quería verla de cerca.

Augusta exhaló un suspiro exageradamente largo y negó con la cabeza.

—Una dama mantiene los ojos discretamente bajos, no los clava en la reina como si quisiera memorizarla.

—Tampoco ha sido para tanto.

—Además —continuó Augusta, ignorándola—, la reverencia ha sido correcta, pero te has incorporado demasiado rápido.

Alice abrió la boca para responder cuando escuchó su nombre a sus espaldas.

—¡Alice!

Era Cecily, que corría hacia ella, con Frances siguiéndola a paso más tranquilo.

—¡La reina me ha sonreído! —exclamó Cecily, y, antes de que Alice pudiera reaccionar, la rodeó con los brazos—. ¿No es

maravilloso?

Augusta las observó con una ceja levemente alzada.

—Cariño, deberías presentarte primero ante la joven antes de tomarte esas confianzas —dijo la madre de ambas, acercándose a ellas.

—No me importa en absoluto. —Alice esbozó una sonrisa despreocupada, devolviéndole el abrazo—. Me alegro mucho por ti.

—Alice, haz el favor de comportarte —se quejó su tía—. Aún estamos en el palacio.

Cecily se separó de Alice con una sonrisa que no contenía el menor rastro de arrepentimiento.

—No la culpe a ella —le dijo a Augusta con una reverencia breve—. Ha sido un momento tan especial que necesitaba compartir —se excusó y luego se giró hacia Alice como si la conociera de toda la vida—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—No me he tropezado con la cola. —Alice se encogió de hombros.

Cecily soltó una carcajada y Frances, que acababa de llegar, enarcó una ceja.

—Entonces, el día ha ido bien para todas —dijo Frances.

—Puesto que mis hijas han olvidado sus modales, permítame presentarme —intervino la madre con una sonrisa amable—. Soy Mary, lady Wyndham. Y estas son mis hijas, Cecily y Frances.

—Augusta Pembridge, condesa de Ashford —respondió su tía con una inclinación de cabeza—. Y mi sobrina, Alice Thorne.

—El placer es nuestro —dijo lady Wyndham, con una calidez que contrastaba con la rigidez de Augusta—. Espero que podamos coincidir en los bailes de la temporada.

—Por supuesto que vamos a coincidir —prometió Cecily antes de que Augusta pudiese responder—. Alice ya es mi amiga.

—¿Le has preguntado si ella quiere serlo? —le dijo Frances.

—No hace falta. —Alice le brindó una sonrisa a Cecily—. Lo cierto es que yo también lo considero así.

La joven le había caído bien; había mostrado una simpatía tan genuina que resultaba difícil no corresponderla y, en una ciudad donde apenas conocía a nadie, le vendría bien tener una amiga.

—Vamos a ir a comer un helado. ¿Por qué no vienes? —le preguntó Cecily.

—Tenemos asuntos que atender —respondió Augusta antes de que Alice pudiese abrir la boca.

Cecily hizo un mohín que a Alice le pareció muy gracioso.

—Nos vemos pronto —le dijo cuando su tía comenzó a andar y ella la siguió.

—Son muy simpáticas —comentó cuando salieron del palacio y subieron al carruaje.

Su tía no respondió.

—¿No le agradan? —preguntó Alice mientras el carruaje se ponía en marcha.

Su tía se giró para mirarla.

—Son las hijas del marqués de Wyndham. Un hombre acaudalado y muy considerado en la sociedad.

—Eso no me dice si le agradan —insistió Alice.

Augusta la miró un momento antes de responder.

—Lady Wyndham debería ser más estricta con sus hijas. Ese abrazo ha estado fuera de lugar. Pero su familia tiene mucho peso en la sociedad y relacionarte con ellas no puede sino beneficiarte.

—Entonces le agradan.

—He dicho que son convenientes.

—Es lo mismo.

Augusta la miró con una expresión que no confirmaba ni desmentía nada, lo cual Alice interpretó como una victoria.

Las dos jóvenes le habían caído muy bien. Y necesitaba amigas, sobre todo porque necesitaba una excusa para poder salir de casa. Los cinco días que llevaba en Londres solo había salido de casa de su hermano para ir a casa de su tía, y empezaba a agobiarse.

Seguía sin saber nada de Ingrid. Tampoco había podido investigar, porque una dama como ella no podía salir a la calle sin una razón y siempre acompañada: normas que en el campo nunca habían sido tan estrictas.

Cecily y Frances podían cambiar eso. Con ellas tendría motivos para salir, para moverse por la ciudad, para acercarse al barrio

donde vivían los Haverstock sin que nadie lo encontrara sospechoso. Y, además, no se sentiría tan sola.

Miró por la ventanilla del carruaje y, entre el ir y venir de la calle, distinguió una figura que le resultó inquietantemente familiar. Frunció levemente el ceño y tardó apenas un instante en reconocerlo.

Era *él*. El del jardín.

Alice lo siguió con la mirada mientras avanzaba con paso seguro, sin detenerse ni un segundo, como si nada a su alrededor mereciera realmente su atención. Había en su porte una confianza que, en otras circunstancias, podría haber resultado admirable. En su caso, sin embargo, le resultaba profundamente molesto.

Alice apartó la vista de él con un gesto de fastidio.

No sabía quién era, ni siquiera conocía su nombre. Y no tenía el menor interés en averiguarlo. Aquel hombre le había parecido frío y arrogante. Solo esperaba que todos los caballeros que conociera en Londres no fuesen así o su estancia en la ciudad se volvería más larga y menos soportable de lo que ya anticipaba.

Pero, incluso con ese pensamiento, no pudo evitar volver a dedicarle una mirada fugaz mientras entraba en el local, lo suficiente para advertir la firmeza de su porte y la amplitud de sus hombros bajo el corte impecable del abrigo.

Capítulo 5

A Bastian nunca le habían agradado los clubes ni las reuniones sociales que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada. Le resultaba difícil comprender cómo tantos caballeros podían entregarse con tanto entusiasmo a conversaciones interminables que, en su mayor parte, no conducían a nada.

Aquella inclinación no era nueva. La había heredado de su padre junto con otras cualidades más útiles: la constancia, el sentido del deber y una disposición poco dada a perder el tiempo en distracciones superfluas.

Desde la muerte de su padre, el duque de Weston, tres años atrás —una fiebre repentina que, en el espacio de pocos días, había consumido a un hombre que hasta entonces Bastian veía inquebrantable—, aquella inclinación no había hecho sino acentuarse. El título, las tierras y las responsabilidades que ahora recaían sobre sus hombros no le habían sido concedidos para su disfrute, sino para su cuidado. Y Bastian no era hombre de eludir aquello que consideraba su obligación.

Había sido precisamente ese mismo sentido del deber lo que lo había llevado aquella tarde al club, pues, para su desgracia, los negocios no podían sostenerse sin la debida interacción social.

El ambiente, cargado de humo y conversaciones superpuestas, le resultaba tan poco atractivo como siempre. Se había colocado cerca de la chimenea, vaso de brandy en mano, ligeramente apartado del resto. Observaba más de lo que participaba, pues había aprendido tiempo atrás que incluso los comentarios más insignificantes podían convertirse, en el momento oportuno, en herramientas de considerable valor.

—Weston —lo saludó una voz a su espalda.

Dominic Thorne, vizconde de Rothwell, se encontraba a su lado. Era un par de años menor que él, por lo que, aunque habían coincidido en Eton, no se habían movido en los mismos círculos. Aun

así, Dominic siempre le había parecido alguien con quien se podía mantener una conversación, lo cual, en opinión de Bastian, ya era un gran mérito.

—Rothwell.

—De todos los hombres que esperaba encontrarme aquí, tú no eres uno de ellos —comentó—. Ni siquiera sabía que estabas en Londres. ¿Vas a ocupar tu escaño en la Cámara de los Lores?

Bastian había escuchado que, a diferencia de él, Dominic no faltaba a una sola sesión del Parlamento.

—Nunca me ha interesado demasiado la política y, de momento, eso no ha cambiado.

Dominic esbozó una sonrisa.

—He escuchado que hay otras ocupaciones que te mantienen suficientemente entretenido. Las damas de la ciudad, por ejemplo.

Bastian entrecerró los ojos.

—No te tenía por una vieja cotilla.

Dominic se encogió de hombros.

—Londres puede llegar a ser muy aburrido. Uno no puede evitar escuchar los chismes.

—He estado ocupado administrando mis propiedades y ocupándome de las finanzas —le dijo Bastian.

Mentiría si negara que las mujeres no habían faltado, pero con ninguna había pasado más de una noche. Esa lección ya la había aprendido de la peor manera.

Dominic le dio un sorbo a su vaso.

—He de decir que eso no me sorprende en absoluto. En Eton te quedabas en tu habitación estudiando en vez de escaparte por las noches con el resto.

—Algunos nos tomábamos en serio nuestros estudios —le respondió, aunque lo cierto era que Bastian había sido un necio en aquella época.

—No te discuto que, si ya el ducado que heredaste era lucrativo, tú has sabido acrecentarlo considerablemente. No son muchos los que pueden decir lo mismo.

—Tú tampoco eres de los que se dedican a ostentar el título y a gastar lo heredado —reconoció Bastian—, a pesar de que sí eras de

los que se escapaban por las noches.

Dominic soltó una pequeña carcajada.

—Me han acusado recientemente de que el título me ha cambiado.

Bastian tuvo la impresión de que no había sido una crítica precisamente amable.

—¿Y lo ha hecho?

Dominic consideró la pregunta un momento, girando el vaso entre los dedos.

—Supongo que sí —dijo e hizo una pausa—. ¿Y qué te trae por Londres al inicio de la temporada, si no es la Cámara de los Lores? —preguntó, sin ocultar su curiosidad.

No era ninguna sorpresa que, para cuantos lo conocían, cada vez que daba comienzo la temporada en Londres, Bastian pusiera rumbo a sus propiedades en Derbyshire, lo más lejos posible del bullicio de la ciudad. A sus veintiocho años, no tenía intención alguna de casarse.

—Me han dicho que la ciudad se pone muy bonita en esta época.

Dominic lo miró.

—No me digas que vas a buscar esposa.

—No —respondió Bastian con una rotundidad que no dejaba lugar a interpretaciones—, ni ahora ni en el futuro próximo. Mi madre tiene el honor de abrir la temporada con el primer baile y lo va a hacer en mi casa, con mi persona de anfitrión.

—Veo que no pareces feliz por ello.

—La reina le ha concedido ese honor y ella, por supuesto, no ha podido negarse —Bastian hizo una mueca—. Aunque creo que alberga la esperanza de que aproveche la ocasión para buscar esposa esta temporada.

No sabía por qué le estaba contando todo eso a Dominic.

Era cierto que esa misma mañana su madre había acudido a su casa para empezar a preparar el baile, pero también había aprovechado la visita para darle una extensa charla sobre sus obligaciones como hijo y heredero y sobre su particular deseo de convertirse en abuela. Ella solo había tenido un hijo, a pesar de

haber deseado siempre una familia numerosa, y no podía esperar a que él le diera muchos nietos.

Y, aunque adoraba a su madre, esa era una de las razones por las que, en vez de encerrarse en su despacho a ocuparse de los negocios y responder correspondencia, había preferido el club. Ella era más que capaz de seguir intentando convencerle mientras siguiese en la casa.

—Quizá alguna joven de la temporada logre doblegar tu resistencia —sugirió Dominic mientras le daba otro sorbo a su bebida —. He escuchado que este año son más interesantes que el anterior.

—Lo dudo mucho —Bastian entrecerró los ojos y chasqueó la lengua—, sobre todo si son todas como la que conocí el otro día. Una joven que consideraba que trepar árboles y lanzar manzanas a desconocidos era una forma perfectamente razonable de pasar la tarde.

Dominic lo miró con una ceja levantada y una sonrisa que Bastian no supo interpretar del todo.

—¿Y era hermosa?

Bastian dio un sorbo a su brandy.

—Eso no viene al caso.

—Siempre viene al caso.

Bastian no respondió, lo cual, viniendo de él, era casi una respuesta.

Casi sin darse cuenta, bajó la mirada hacia la mano con la que sostenía el vaso, la misma con la que, días atrás, había sujetado la manzana. Aún recordaba el delicado aroma a rosas que se había impregnado en la fruta.

—¿Y tú vas a buscar esposa? —le preguntó, no porque le importase, sino porque quería dejar de pensar en esa joven.

—No esta temporada. —Dominic hizo una mueca—. Aunque sí me veré obligado a acudir a algunos de los bailes. Mi hermana se presenta en sociedad.

Bastian lo miró.

—Es verdad, tienes una hermana —recordó—. Estará deseosa de comenzar la temporada.

Dominic soltó una carcajada que sorprendió a Bastian, aunque este se recuperó con rapidez.

—Debería haberse presentado hace dos temporadas, pero no se sentía preparada —dijo, y Bastian tuvo la impresión de que había algo más detrás de esas palabras. Sin embargo, no preguntó porque no le interesaba. Al contrario que Dominic, él no era ningún chismoso. Bastante tenía ya con sus propios problemas como para interesarse por los de los demás.

La hermana de Dominic no sería más que otra de esas jóvenes cuyo único interés era conseguir un buen matrimonio, sin conversación interesante ni pensamiento propio que ofrecer. Una dama aburrida y anodina.

La imagen de la joven de las manzanas regresó a su mente sin que la hubiera invitado. Desde luego, aquella sí era diferente: impertinente, irritante y completamente impropia, pero ni aburrida ni anodina. Y muy bella.

—Estoy seguro de que encontrará un marido rápido y no tendrás que acudir a demasiados bailes —dijo Bastian—. Las jóvenes de su posición no tardan en hacerlo.

Dominic suspiró.

—Alice, ella... —comenzó, pero se detuvo.

Bastian lo observó.

—¿Qué?

—Nada —dijo Dominic, llevándose el vaso a los labios.

—¿Preocupado por los cazadores de dote?

—No exactamente. —Dominic ladeó la cabeza—. Me preocupa más que la dote no sea suficiente para convencerlos. —Lo dijo con evidente tono de broma, pero Bastian tuvo la impresión de que no era del todo mentira.

¿Tan fea sería la joven? Porque era la única manera de que la dote que, sin duda tendría, no atrajese a muchos caballeros.

Evidentemente, a él una dote no le importaba. El día que se casase, lo haría con una mujer que pudiera darle hijos y que tuviese claro que era únicamente un matrimonio de conveniencia y supiera hacer honor al título de duquesa. Que tuviese buena educación y

ninguna esperanza de ocuparle más tiempo del estrictamente necesario. No le importaba si no traía dote alguna.

—Tengo suerte de ser hijo único. No tengo hermanas de las que ocuparme.

Dominic no le respondió, pero suspiró y después se terminó su vaso de whisky.

—Parece que los dos vamos a tener que acudir a bailes a los que no nos apetece ir —añadió después de unos instantes—. Aprovechemos esta noche. —La expresión de Dominic se suavizó, pero Bastian pudo ver que seguía preocupado—. ¿Una partida de cartas? —sugirió, recuperando la sonrisa.

Bastian asintió.

—Supongo que es mejor que quedarnos aquí quejándonos de nuestra mala suerte.

—No estoy seguro, pero al menos, mientras estemos en el club, no hay riesgo de que una madre casadera nos presente a su hija.

Bastian, lejos de reírse, sintió un escalofrío.

No había caído en eso. Durante el baile del día siguiente, siendo él el anfitrión y uno de los solteros más codiciados, iba a tener que soportar a todas las madres de Londres con sus hijas casaderas acosándole sin tregua.

Definitivamente, necesitaba otro brandy.

O cinco más.

Capítulo 6

El helado de Alice era de fresa; el de Frances, de limón; y el de Cecily, que había tardado más tiempo en decidirse, era de frambuesa.

—¡Está buenísimo! —exclamó Cecily, con un entusiasmo un poco exagerado por un simple un helado, aunque Alice estaba empezando a aprender que Cecily ponía esa misma intensidad en casi todo—. Es increíble.

—Es solo un helado —murmuró Frances.

—Es el mejor helado que he tomado en mi vida.

Frances entrecerró los ojos mientras se llevaba la cucharilla a los labios.

—Lo dices cada vez que te tomas uno.

Cecily ladeó la cabeza hacia su hermana y le sacó la lengua.

—Porque, cada vez, es verdad.

Alice esbozó una sonrisa. Se había alegrado de que sus dos nuevas amigas apareciesen al día siguiente de la presentación a la reina en la puerta de su casa para que las acompañase a pasear por Hyde Park. No habían aceptado un no por respuesta, aunque ella tampoco iba a dárselo.

Había enviado a uno de sus sirvientes con una nota a casa de su tía para avisarla de que no acudiría a la clase de etiqueta. Se imaginaba que esta entraría en cólera. Pero, aunque la apreciaba, no estaba preocupada. Acabaría superándolo, o eso esperaba Alice.

Su nueva doncella y la doncella de las gemelas las seguían a una distancia prudencial. Alice las había invitado a ir junto a ellas, pero ambas mujeres habían declinado la invitación, ruborizadas como si les hubiese pedido bañarse en el río desnudas.

Hyde Park estaba animado a esa hora de la mañana.

—Aún no se ha celebrado el primer baile, pero ya ha comenzado —murmuró Frances con resignación.

—¿Qué ha comenzado? —inquirió Cecily.

Frances la miró como si la respuesta fuera evidente, pero cuando Cecily continuó observándola en silencio, suspiró y dijo con tono cansado:

—El mercado.

—¿Hay un mercado? —preguntó Alice con ilusión—. Me encantan los mercados.

Frances ladeó la cabeza hacia ella con el ceño fruncido.

—Me refería al mercado de matrimonios.

—No lo llames así —le recriminó Cecily.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—La búsqueda del amor verdadero.

Frances dejó de caminar para contemplar a su hermana durante un instante, con gesto pensativo, y después negó con la cabeza.

—Definitivamente, mercado me parece más adecuado.

Cecily resopló, pero no le respondió. En su lugar, se giró hacia Alice.

—¿Y tú, cómo lo llamarías?

Alice dejó la cucharilla hundida en el helado y alzó la mirada hacia Cecily.

«Amor». Ella no creía en eso. Las personas se casaban por obligación, no por amor; por eso ella nunca se casaría. Porque a Alice no le gustaba que la obligasen a hacer nada.

—El inicio de la temporada. Supongo que me gusta llamar a las cosas por su nombre —respondió, encogiéndose de hombros. Pero, cuando vio que ambas gemelas fruncían el ceño, lo que seguramente comenzaría una discusión interminable que a Alice no le interesaba, antes de que ninguna de las dos pudiera hablar, preguntó—: Por cierto, ¿conocéis a los Condes de Haverstock?

Había pensado ir introduciendo el tema poco a poco, con más delicadeza. Pero Alice nunca había sido mujer de rodeos, y, por mucho que las clases de etiqueta de su tía intentasen convencerla de lo contrario, eso no iba a cambiar.

Cecily asintió.

—Hemos tomado el té con lady Haverstock en alguna ocasión.

Alice esbozó una amplia sonrisa.

—Entonces no sería una falta de respeto si acudimos a su casa sin ser invitadas.

Frances entrecerró los ojos ligeramente.

—Que la conozcamos no nos da derecho a aparecer sin previo aviso.

—Entonces enviadle una nota para ir esta tarde —insistió Alice.

—¿Por qué ese interés? —preguntó Frances, más con curiosidad que con sospecha—. Lady Haverstock es una mujer bastante aburrida. Se las da de más de lo que tiene, y todo el mundo sabe que su marido se gasta el dinero en las apuestas.

—Frances —la regañó Cecily—. No está bien hablar mal de los demás.

—No estoy hablando mal, estoy diciendo la verdad.

—Mi amiga Ingrid es la institutriz de su hija y no sé nada de ella desde hace dos meses —confesó Alice, ya que sentía que podía ser sincera con las gemelas—. Nos enviábamos cartas todas las semanas, pero ella dejó de responderme y me devolvían las mías. He enviado cartas a los condes preguntando por ella, pero no me han respondido.

Ambas jóvenes la miraron.

—Estuvimos tomando el té en su casa junto a nuestra madre hace una semana —recordó Frances—. A nuestra madre no le cae bien, pero hay compromisos sociales que no se pueden esquivar. Nos contó que había enviado a su hija a pasar una temporada al campo, a casa de unos familiares, porque el aire de la ciudad no le sentaba bien. Aunque a mí me dio la sensación de que quiere alejarla de los rumores.

—¿Qué rumores? —indagó Alice.

—Que su marido no solo gasta el dinero en apuestas, sino en mujeres de vida alegre.

—Eso solo son rumores —apuntó Cecily—, y no se debe hacer caso a ellos. —A pesar de sus palabras, la sonrisa nerviosa de sus labios sugería justamente lo contrario.

Pero a Alice no le importaban lo más mínimo los problemas del matrimonio.

—Tengo que hablar con ella y preguntarle por Ingrid —insistió.

—Probablemente habrá ido al campo con la hija —dijo Cecily para calmar a su amiga, que parecía muy preocupada.

—Ella me habría escrito contándomelo.

—Tal vez fue precipitado y no pudo avisarte. O quizá lo ha hecho cuando se ha acomodado en la casa de campo, pero te ha enviado la carta a Yorkshire —dijo Cecily, recordando que Alice le había contado esa mañana que había vivido toda su vida allí.

—Si fue al campo, ¿por qué no le reenviaron las cartas en vez de mandármelas de regreso? Y si los condes lo saben, ¿por qué no me responden?

—Es evidente que algo no va bien —dijo Frances.

—Frances —la cortó Cecily, mirándola con desaprobación.

Pero Frances se encogió de hombros.

—Solo digo lo que estamos pensando las tres.

—Pero no tienes por qué decirlo en voz alta.

Alice suspiró.

—Tengo que ir a casa de los Haverstock ahora mismo.

—No es así como se hacen las cosas —comenzó Frances—. Hay que enviar una nota, esperar respuesta, fijar una hora…

—Iremos ahora —decidió Cecily antes de que pudiese hacerlo Alice—. Voy a avisar al cochero del cambio de planes. Que nos lleve de inmediato.

—No vamos a hacer eso —dijo Frances—. No podemos.

Pero Cecily ya no la estaba escuchando. Se había girado y caminaba a paso rápido hacia donde habían dejado la calesa, con las faldas en la mano y sin mirar atrás.

—¡Cecily! —la llamó Frances.

Sin embargo, su hermana no se detuvo.

Frances la miró, luego miró a Alice, y suspiró con la resignación de quien sabe que ha perdido la batalla.

—Así no es como se hacen las cosas —repitió, antes de seguir a su hermana. Alice fue tras ellas, pero Frances la detuvo—. Espera aquí.

—¿No vamos a ir a ver a los Haverstock?

—¿Acaso tengo otra opción? —Frances exhaló un suspiro mientras miraba a su hermana, que seguía caminando sin mirar

atrás—. Pero, si vamos a presentarnos en la casa de los Haverstock sin avisar, al menos tendremos que pensar en un plan. Tengo que alcanzar a Cecily antes de que llegue donde el cochero —murmuró, y antes de echar a correr detrás de su hermana, le dijo—: Tú solo espera aquí. No te muevas.

No moverse. Eso era algo que podía hacer.

O quizá no. Pues instantes más tarde, cuando vio un trozo de pan que a alguien se le había caído en la hierba, pensó que sería una pena desaprovecharlo.

Alice era terrible siguiendo órdenes. Incluso una tan sencilla como esa.

Capítulo 7

Cuando la viuda del conde de Weston se proponía algo, resultaba —como Bastian sabía por experiencia— absolutamente incansable.

No importaban las objeciones, ni la lógica, ni siquiera el evidente desinterés de la otra parte. Su determinación avanzaba con la elegancia de una dama y la persistencia del general más experimentado.

Aquella mañana, por desgracia, el objetivo era él.

—Los preparativos del baile ya están a punto, un paseo por Hyde Park nos vendrá bien a los dos antes de la gran noche —había sugerido ella, como si fuese una sugerencia espontánea sin ningún tipo de objetivo detrás.

Bastian, que conocía demasiado bien a su madre, no se había molestado en discutir. Había aprendido desde que era un niño qué batallas podía ganar y cuáles era mejor rendirse antes de empezar.

—Deberías considerar seriamente la cuestión —comenzó su madre—. No puedes evitarla indefinidamente.

—¿Qué cuestión, exactamente? —preguntó, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—El matrimonio, Bastian. Los treinta son buena edad para tener un hijo.

—Tengo veintiocho años, madre.

—Por eso, solo tienes dos años para ser padre. ¿Sabes que un embarazo dura nueve meses?

Bastian suspiró. Lo sabía perfectamente, pero su madre no esperaba una respuesta, así que él no se la dio.

Observó a los jinetes que pasaban por Rotten Row, a las damas que fingían no mirar mientras lo miraban todo, y a los caballeros que inclinaban la cabeza con estudiada indiferencia. Todo Londres parecía empeñado en desempeñar su papel.

Y, por supuesto, su madre no quería que él fuera la excepción.

—Encuentro admirable —respondió al fin— la capacidad de la sociedad para convertir una decisión personal en un asunto público.

Su madre no sonrió. Nunca sonreía cuando él intentaba esquivar el tema.

—Bastian, ahora eres el duque de Weston, ya va siendo momento de que empieces a pensar en una esposa.

—He pensado en ello, madre. Lamentablemente, no he encontrado todavía ninguna razón convincente para llevarlo a cabo.

—He recibido algunas propuestas —añadió ella, esta vez con un matiz casi conciliador—. Familias buenas, y muchachas bien educadas. No todas tienen que ser como... —Se interrumpió, como si hubiera reconsiderado sus propias palabras—. No tienes que decidir nada. ¿Por qué no las conoces? Te pasaré sus nombres y tú les pides un baile esta noche.

Bastian se pasó una mano por la cara con cansancio.

—Eso suena sospechosamente a una trampa.

—Suena a que tu madre intenta facilitarte las cosas —respondió ella, dándole una palmadita sobre el hombro—. Una madre siempre sabe lo que es mejor para un hijo.

Antes de que Bastian pudiera replicar —porque, por supuesto, tenía un buen contraargumento—, la atención de su madre se desvió hacia dos damas de su misma edad que se aproximaban por el sendero.

—Ah… —murmuró ella—. Lady Pembroke y lady Harrington.

—Lady Beatrice, qué placer encontrarla —exclamó una de ellas cuando estuvieron frente a ellos—. Hace una eternidad que no coincidimos.

La conversación no tardó en desviarse hacia un escándalo reciente. Algo sobre un compromiso roto y una carta que nunca debió leerse en voz alta. Intuyendo que aquella charla iba a alargarse indefinidamente, Bastian decidió retirarse.

—Si me disculpan, voy a dar un pequeño paseo.

Las tres mujeres asintieron vagamente, pero ninguna de ellas le estaba prestando la más mínima atención, algo que Bastian aprovechó.

Se dio la vuelta y se alejó de ellas, siguiendo uno de los senderos menos concurridos. El parque, lejos del bullicio principal, resultaba casi soportable. El aire era más tranquilo y, por primera vez en toda la mañana, Bastian tuvo la sensación de estar, al menos en parte, solo.

Continuó sin rumbo fijo. Giró en un sendero, luego en otro, evitando instintivamente las zonas donde el parque volvía a llenarse de voces y carruajes. Y, casi sin darse cuenta, se encontró descendiendo hacia el borde del agua.

El Serpentine.

Le gustaba el lago. La primera vez que había estado allí tenía cinco años. Era uno de los lugares favoritos de su madre en el parque, a quien le fascinaban los cisnes, y, aunque él nunca compartió ese entusiasmo, había terminado por convertirse también en uno de sus sitios preferidos.

Bastian tardó unos pocos instantes en darse cuenta de que no estaba solo. A unos pasos, cerca de la orilla del lago, una joven, de espaldas a él, se inclinaba hacia el agua mientras dejaba caer pequeñas migas de pan. Los cisnes, hambrientos, se arremolinaban a su alrededor.

—¿Quién es tan insensato para darle de comer a los cisnes? —preguntó Bastian en voz alta.

La respuesta a su pregunta llegó un segundo más tarde, cuando la joven se giró ligeramente hacia un lado y Bastian la reconoció. Era la misma joven que le había lanzado manzanas unos días antes.

Sin poder evitarlo, avanzó hasta donde ella se encontraba, quedándose a unos pasos de distancia.

—Empiezo a pensar que tiene cierta inclinación por provocar el caos.

La joven, al escuchar su voz, se giró hacia él con un sobresalto.

—Usted. —Sus ojos verdes se iluminaron.

Llevaba un vestido de muselina amarilla, ligero y de corte imperio, que se ajustaba bajo el pecho y caía con suavidad hasta rozar el suelo. Las mangas eran cortas, apenas abullonadas, y el

escote, sencillo pero favorecedor, dejaba al descubierto la delicadeza de su cuello y clavículas.

Bastian tuvo que reconocer que el amarillo era, sin duda alguna, su color. Realzaba sus facciones y hacía que su piel pareciera más suave, casi dorada a la luz.

—¿Me está siguiendo? —preguntó ella.

—¿Siguiéndola? —repitió Bastian con un bufido de incredulidad. Sin duda alguna, aquella joven no dejaba de sorprenderlo—. ¿Yo a usted? ¡Por favor! ¡Ni que no tuviera mejores cosas que hacer!

La joven cruzó los brazos, aún sujetando el pan en una mano, y arrugó la nariz mientras lo observaba con sospecha.

—¿Entonces qué hace aquí? ¿Justamente donde yo estoy?

—Estaba dando un paseo —respondió Bastian—. Ni que Hyde Park fuera de su propiedad. Además, no le debo ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer.

La joven alzó los hombros e hizo una mueca, como si no creyera del todo sus palabras, pero descruzó los brazos. Se giró, volviendo a darle la espalda, y partió otro pequeño trozo de pan.

—Si usted lo dice... —murmuró, lanzando el trozo de pan hacia la orilla. Los cisnes no tardaron en abalanzarse hacia él, peleándose por ver quién conseguía el pequeño trozo, como si fuera el más suculento de los manjares—. Tranquilos —dijo ella en tono conciliador—, hay para todos. —Lanzó dos trozos más.

Bastian frunció el ceño mientras la observaba con desaprobación.

—¿Cómo se le ocurre darle de comer a los cisnes? ¿No se da cuenta de lo peligroso que es?

—¿Peligroso? —repitió ella, ladeando la cabeza hacia él con genuino desconcierto.

—Sí —reafirmó Bastian—. Está invitándolos a acercarse demasiado. Podrían atacarla. Está siendo usted una imprudente.

—¿Atacarme? —Ella se echó a reír—. ¿Cómo van a atacarme estos bellos cisnes? Son inofensivos.

—Los cisnes no tienen nada de inofensivos. Son animales territoriales.

A menudo, el ser humano cometía el error de dejarse eclipsar por la belleza exterior y no ver el peligro que podía ocultarse tras ella. Los cisnes eran criaturas de una belleza impresionante, pero Bastian sabía que esa apariencia escondía un temperamento mucho menos amable.

Tal vez, por eso aquella joven se sentía tan atraída hacia los cisnes. Había en ambos la misma contradicción: ella tenía un aspecto angelical, pero guardaba en su interior un carácter que prometía ser puro fuego.

—No me diga que le tiene miedo a los cisnes —dijo ella.

La burla en su tono de voz y la manera en la que lo miró no le agradaron a Bastian.

—No les tengo miedo —espetó—. Soy precavido, es diferente.

—Por supuesto —se regodeó ella—. Siempre hay una palabra más elegante para decir lo mismo.

Bastian apretó los labios con fastidio.

—No es lo mismo.

—Claro que lo es. —Ella esbozó una sonrisa provocadora—. No me puedo creer que le tenga miedo a unos pobres cisnes. ¿Le asustan los animales en general o solo los que tienen plumas?

Y, antes de que Bastian pudiera anticiparlo, inclinó ligeramente la cabeza, alzando las manos con un gesto breve y deliberadamente ridículo, imitando de forma muy poco disimulada el aleteo de un ave.

—¿Qué está usted haciendo? No sea ridícula.

Ella fue a responder, pero no llegó a hacerlo, porque los cisnes, que hasta ese momento habían aguardado con paciencia a que les lanzase otro trozo de pan, sin que ninguno de los dos lo advirtiera, se habían ido acercando poco a poco, expectantes. Y, como el pan no llegaba, decidieron tomar la iniciativa.

Uno de ellos, claramente más atrevido que el resto, se abalanzó hacia la joven. El movimiento fue rápido y violento. Extendió el cuello, intentando, sin éxito, arrebatarle el pan.

Pero no se rindieron. Otros dos cisnes se acercaron hacia la joven, agitando las alas con impaciencia.

Bastian reaccionó al instante. Dispuesto a ayudarla, dio un paso hacia ella, le sujetó la muñeca con firmeza y la atrajo hacia atrás,

colocándose delante para interponerse entre ella y los animales.

Con el susto, la joven abrió la mano y el pan cayó sobre la hierba, provocando que uno de los cisnes lo atrapara y, satisfecho, se alejara con el trozo, seguido por los demás.

—¿Está usted bien? —le preguntó Bastian, con genuina preocupación.

La joven parpadeó.

—Sí, sí —dijo, claramente desconcertada.

La cercanía hizo que la brisa arrastrara hasta él un aroma a rosas. El mismo que había quedado impregnado en la manzana que ella le había lanzado días atrás. Era un perfume suave y delicado, tan envolvente como irresistible.

Bastian inspiró.

—Su aroma es atrapante —murmuró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Gracias? —respondió ella, desconcertada.

Lo que menos esperaba Bastian era que las mejillas de la joven se encendieran. El leve rubor no hizo más que acentuar su belleza. Sus ojos descendieron hasta los labios de ella, que invitaban a ser besados.

¿Ella lo rechazaría si la besaba? Claro que era una dama y no podía besarla en público. ¿Pero ella desearía que la besara?

Desgraciadamente, el repentino aleteo de un cisne rompió el momento, consiguiendo que Bastian se apartara.

—Le advertí que debía tener cuidado —dijo Bastian al cabo de unos segundos, con la voz aún ronca e intentando recomponerse—. Podía haber ocurrido una tragedia.

Los cisnes, a unos metros de ellos, disfrutaban de su botín. La joven, que aún estaba confundida, miró a los animales y después a él durante unos momentos, hasta que finalmente sus ojos se detuvieron en él y negó con la cabeza.

—De verdad, es usted un exagerado.

Bastian arqueó una ceja con incredulidad.

—¿Exagerado?

La joven alzó los hombros con despreocupación.

—No ha pasado nada. Ni me han atacado, ni me han hecho daño, ni el mundo se ha acabado.

—Porque he intervenido —señaló Bastian con irritación—. Si no hubiera estado aquí...

—Hubiera pasado exactamente lo mismo —terminó ella, interrumpiéndolo, a la vez que señalaba a los cisnes—. Mírelos, están ahí, tan tranquilos.

Bastian chasqueó la lengua con indignación.

—Encima de que la ayudo y le evito un problema, ni siquiera es capaz de agradecérmelo.

—¿Evitarme un problema? —Ella se llevó las manos a las caderas—. Más bien, me ha creado uno. Porque ahora tengo que escuchar sus monsergas y me está usted produciendo dolor de cabeza.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó él—. En mis veintiocho años jamás había conocido a nadie capaz de convertir un rescate en un agravio.

Ella abrió la boca para responderle, pero cuando las primeras palabras fueron a deslizarse de su lengua, apretó los labios y chasqueó los dedos, como si acabara de acordarse de algo.

—Debo irme, mis amigas y mi dama de compañía me están esperando —dijo—. Si es que me hace usted perder el tiempo —resopló.

Y sin esperar respuesta, pasó por su lado y echó a correr hacia el sendero principal, alzando la falda con las manos para no tropezar.

—Sabía que te encontraría aquí.

Lady Beatrice se encontraba a su lado. Bastian se preguntó cuánto tiempo había estado observando a la joven alejarse.

—Madre —la saludó.

—Vamos.

Echaron a andar juntos, alejándose del lago y regresando al sendero principal.

—¿Quién era esa joven con la que hablabas en el lago?

Bastian frunció los labios. Así que su madre la había visto. ¿De qué se sorprendía? A ella nunca se le escapaba nada.

—Nadie.

—Es muy guapa. Me gusta.

Bastian no respondió.

Porque el problema era que, sin saber muy bien cómo había pasado, a él también.

Capítulo 8

—¿Soy yo o la semana pasada había un sofá tapizado en rojo frente a los ventanales? —dijo Cecily.

—Lo habrán empeñado —respondió Frances.

—Frances, no digas esas cosas.

—Solo es una observación.

Alice, sentada entre las dos sobre el sofá que sí seguía en su sitio, no dijo nada. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo con más firmeza de la necesaria y los ojos fijos en la puerta. Estaba nerviosa. Había ido allí buscando respuestas y no se marcharía sin ellas, pero tenía la sensación de que lo que iba a descubrir no le iba a gustar.

Cecily debió notarlo, porque apretó su muñeca con suavidad.

—Todo va a ir bien.

—No he dicho nada —suspiró Alice.

Cecily sonrió.

—No hace falta.

Antes de que pudiera responder, la puerta del salón se abrió. Alice observó a la mujer de mediana edad, con el cabello rubio recogido, que debía ser lady Haverstock, que se adentró en la estancia con la barbilla alzada, los labios fruncidos y ese porte erguido de quien ha pasado toda su vida recordándoles a los demás que existe. Se detuvo al verlas y su expresión se abrió en una sonrisa genuina.

—Vaya, vaya. —Extendió las manos hacia las gemelas—. Qué visita tan inesperada. Estoy encantada.

—Lady Haverstock —dijeron las dos al mismo tiempo, poniéndose en pie. Alice las imitó con medio segundo de retraso.

—Sentaos, sentaos —pidió ella—. ¿Cómo está vuestra madre?

—Muy bien, gracias —respondió Cecily—. Le manda recuerdos.

—Devolvédselos. —La condesa tomó asiento frente a ellas—. ¿Y a qué debo vuestra inesperada visita?

Alice se dio cuenta de que, a pesar de mostrarse hospitalaria y amable, a lady Haverstock no le había gustado que se presentaran de improviso.

—Nuestra amiga quería hablar con usted —dijo Cecily.

Y entonces, como si por primera vez se hubiese dado cuenta de que estaba allí, posó la mirada en Alice.

—No la conozco. ¿Se encuentra en Londres para la temporada?

—No nos habíamos visto hasta este momento. —Alice obvió su pregunta—. Soy Alice Thorne.

Algo cambió en el rostro de la condesa. No fue mucho: una leve tensión en la comisura de los labios, un instante de quietud antes de que la sonrisa regresara a su lugar. Pero Alice lo vio a la perfección y, por el gesto en el rostro de Frances, estaba segura de que esta también lo había advertido.

—La hermana del vizconde de Rothwell —murmuró lady Haverstock—. Es un placer conocerla.

—No, no lo es —refutó Alice, provocando que las gemelas la miraran con idéntica confusión—. Si lo fuese, habría respondido a mis cartas y a la nota que le envié cuando llegué a Londres pidiéndole poder visitarla.

Lady Haverstock no pudo ocultar su sorpresa ante la sinceridad de Alice, aunque no tardó en cubrirla con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Tendrá que disculparme, pues no he recibido esas cartas. Tendré que hablar con seriedad con mi servicio.

Alice no tenía la menor duda de que estaba mintiendo, pero decidió que, si quería información, era mejor no insistir en ello.

—Lo importante es que por fin podemos hablar —dijo—. Mi amiga Ingrid es la institutriz de su hija.

—Lo era —la corrigió lady Haverstock—. Desgraciadamente, hemos tenido que prescindir de sus servicios.

—¿La ha despedido? —preguntó Alice, sorprendida.

Lady Haverstock dejó escapar un suspiro y hundió los hombros.

—No me ha quedado más remedio.

—¿Y no podía desprenderse de vestidos u otros bienes materiales y así poder seguir pagándola?

Una de las gemelas —o tal vez las dos, Alice no estaba segura— emitió una especie de gritito ahogado.

Lady Haverstock palideció.

—¡¿Cómo se atreve a venir a mi casa a insultarme?! —espetó con indignación, levantándose del sofá—. En esta casa no hay estrechez alguna. Hemos contratado otra institutriz, una que tiene los valores de los que carece su amiga.

—Mi amiga tiene grandes valores —la defendió Alice.

Lady Haverstock la miró con altivez.

—Si así fuese, no nos habría robado.

—¿Robado?

—Así es. Sustrajo uno de mis collares más valiosos, pero, por fortuna, el dueño de la casa de empeños adonde fue desconfió del origen del collar y nos puso sobre aviso.

—No lo creo.

El silencio que siguió fue tan tenso que hasta Frances tuvo el buen juicio de no decir nada.

—¿Me está llamando mentirosa? —preguntó lady Haverstock, muy despacio.

—Le estoy diciendo que no lo creo —repitió Alice—. Y, si fuese cierto, ¿por qué no la denunció?

No la había denunciado; si fuese así, estaría detenida y Alice lo sabría.

—Porque aceptó su culpa. Nos devolvió el dinero que le habíamos pagado como institutriz como disculpa y la dejamos marchar. Aunque, por supuesto, avisé a la nobleza para que tuviesen cuidado con ella, como era mi deber.

Alice se puso de pie.

—Así que no solo la dejó sin el dinero que había ganado honestamente, sino que, además, se aseguró de que ninguna familia de Londres volviera a contratarla.

—Protegí a las familias de esta ciudad de alguien en quien no se puede confiar. No tengo nada de lo que avergonzarme.

—En eso está equivocada: tiene mucho de lo que avergonzarse.

Lady Haverstock la observó durante unos instantes, claramente enfurecida por sus acusaciones. Pero después inclinó la cabeza hacia

un lado e hizo un gesto altivo con su mano derecha.

—Me temo que esta conversación ha llegado a su fin —dijo con frialdad—. Espero que encuentren la salida sin dificultad.

—No se moleste —respondió Alice—. La encontraremos.

Las gemelas se levantaron y las tres se dirigieron hacia la puerta. Cecily le dedicó a lady Haverstock una pequeña reverencia.

—Esa mujer es odiosa —farfulló Cecily en cuanto salieron de la casa.

—¿Quien critica ahora? —se regodeó Frances—. Pero tienes razón, lo es —reconoció.

Alice se quedó de pie en la escalinata, sumida en sus pensamientos, y tardó unos segundos en hablar.

—Ingrid era hija de un profesor de escuela que poseía unas pequeñas tierras. Todo el dinero que tenían sus padres lo usaron para darle una buena educación y costearle los estudios en un internado para señoritas, donde se formó como institutriz. Se endeudaron para ello y, tras su muerte, Ingrid se quedó sin familia y sin nada material. Vive de su trabajo y apenas tiene ahorros.

—¿Y por qué no te escribió en cuanto la despidieron pidiendo ayuda? —le preguntó Cecily.

—Porque no quiere ser una carga para nadie —respondió Alice, que conocía bien a su amiga—. Tengo que encontrarla.

—No será fácil —dijo Frances—. Tal vez ni siquiera siga en la ciudad.

Alice sabía que podía ser así.

—Puede que esté trabajando en la casa de alguna familia —sugirió Cecily, que tendía a ser más positiva que su hermana.

—No lo creo —negó Alice—. Con los rumores infundados es algo muy difícil además me habría escrito para decirme que estaba bien, solo para que no me preocupase. Ella tiene que estar en una situación muy complicada. Pero alguien tiene que saber algo de ella. —Hizo una pausa para cerrar una de sus manos en un puño, decidida—. Me recorreré todo Londres si es necesario.

—Londres es una ciudad grande. Y además, una dama soltera no puede andar sola preguntando a cada persona que se encuentra.

Para su desgracia, Frances tenía razón.

—No me importan las normas.

—Déjanoslo a nosotras. —Cecily apoyó una mano sobre su hombro y lo apretó con suavidad—. Nuestras sirvientas pueden preguntar a otras y nosotras conocemos a muchas familias nobles. Podemos averiguar algo sin llamar la atención.

Alice no estaba muy segura, pero asintió. De momento no podía hacer otra cosa y, en el fondo, estaba agradecida. Las gemelas se estaban portando muy bien con ella.

Subieron a la calesa, donde sus doncellas las esperaban. No hablaron en todo el trayecto, las tres sumidas en sus propios pensamientos.

—Intenta descansar. Nos vemos esta noche en el baile —se despidió Cecily cuando la calesa llegó frente a su casa.

Alice se despidió con una pequeña sonrisa.

—Milady, ¿va todo bien? —le preguntó su doncella, caminando unos pasos detrás de ella.

—Sí, Ellen. Solo necesito una siesta —mintió.

La joven doncella no parecía creerla, pero no replicó.

Cuando entraron en la casa, Alice iba a irse directa a su alcoba, pero Dominic la interceptó antes de que pudiese subir por las escaleras.

—Voy a preparar su vestido de esta noche —dijo Ellen, desapareciendo a toda prisa por las escaleras.

Alice tenía la sensación de que la joven se sentía intimidada por Dominic. Y tal vez por eso la había contratado él: para que el miedo la mantuviese leal a él y le reportase cualquier cosa que Alice hiciese o dijese.

Alice se quedó a solas con su hermano, pero este no dijo nada. Se limitó a observarla en silencio, con las manos detrás de su espalda y los dedos entrelazados.

—Si tienes algo que decir, Dominic, dilo —espetó Alice sin disimular su impaciencia—. Necesito tomar una siesta.

Dominic arrugó el ceño.

—Tú nunca tomas una siesta.

Y eso era verdad. Alice pensaba que la vida era demasiado interesante como para perder el tiempo durmiendo más de lo

necesario.

—Será que Londres tiene ese efecto en mí.

—Nuestra tía está muy enfadada. Se ha presentado aquí exigiendo saber por qué no has acudido a su casa a recibir la clase de etiqueta.

La tía Augusta. Se había olvidado de ella.

—Le he enviado una nota avisando de que me iba a tomar un helado con mis nuevas amigas.

—Esta noche es el primer baile de la temporada... —comenzó Dominic, pero Alice lo interrumpió.

—¿Tú también estás preocupado de que haga el ridículo y deje mal el nombre de la familia?

—En realidad, me parece bien que hayas hecho amigas con tanta rapidez —le dijo, sorprendiéndola.

—Y supongo que esperas que encuentre marido con la misma rapidez. Así podrás deshacerte de mí.

—Alice... —comenzó Dominic, pero ella no tenía ganas de escucharlo.

Así que, sin que él le diera permiso, subió escaleras arriba hacia su alcoba.

La visita a lady Haverstock había aumentado su preocupación por Ingrid. En ese momento necesitaba un hermano en quien poder confiar, alguien que la ayudase a encontrarla. Tal vez, en otro tiempo, Dominic habría sido esa persona. Pero ya no. Bien sabía Alice que Dominic le ordenaría olvidarse de Ingrid y la vigilaría aún más.

Y saberlo no hacía que doliera menos.

Capítulo 9

El carruaje se detuvo con un leve traqueteo frente a la casa iluminada.

Afortunadamente, el trayecto había sido breve. Alice mantuvo la vista fija en la entrada, donde la luz de los candelabros se derramaba hacia la calle y las voces llegaban amortiguadas desde dentro.

—Alice —la llamó su tía, que no había guardado silencio en todo el trayecto y parecía al borde de un desmayo—. Ya hemos llegado.

Como si no fuera evidente, pensó Alice, compartiendo una mirada con Dominic. Esta vez, sin embargo, tuvo el buen juicio de no decirlo en voz alta.

Dominic descendió primero y ofreció la mano a su tía para ayudarla. Después, se volvió hacia Alice.

—Ten cuidado —le advirtió, lo bastante bajo para que solo ella lo oyera.

Alice sabía muy bien que aquella advertencia no se refería a no tropezar con la falda del vestido al bajar del carruaje.

—Siempre lo tengo —respondió, tomando su mano y descendiendo con menos elegancia de la que le habría gustado, entorpecida por la falda, que parecía haberse propuesto hacerle la noche imposible.

—¿Lo tienes? —cuestionó Dominic con una ceja arqueada.

No, no lo tenía. Pero tampoco pensaba discutirlo allí.

Alice soltó la mano de su hermano. El aire nocturno le rozó la piel, pero apenas lo notó. Su atención estaba fija en la entrada, donde otras damas subían los escalones.

Su tía se colocó a su lado casi de inmediato, tomándole el brazo con tanta firmeza que Alice temió que pudiera dejarla sin respiración.

—Recuerda —dijo con voz chillona—, saluda primero a la anfitriona.

—Lo sé —respondió Alice con un suspiro—. Me lo ha dicho al menos veinte veces. Y solo durante el trayecto.

Su tía tiró ligeramente de su brazo para que comenzaran a avanzar.

—Nunca son suficientes.

Subieron los escalones junto a un flujo constante de invitados. Alice mantuvo la vista al frente, sintiendo cómo algunas miradas se posaban en ella incluso antes de cruzar el umbral. Alice, que se había criado en el campo, no estaba acostumbrada a estar rodeada de tanta gente, pero tampoco se sentía del todo incómoda siendo el centro de atención.

Al contrario, su tía parecía al borde del colapso. Alice podía sentir su temblor a través del brazo. Dominic las seguía de cerca.

Cuando llegaron a la entrada, un mayordomo les abrió paso y, tras una breve pausa, su voz resonó en el interior del salón:

—Lady Alice Thorne, acompañada de la condesa de Ashford y de su hermano, el vizconde de Rothwell.

El anuncio llamó la atención de los que se encontraban dentro. Alice lo notó en la forma en que algunas cabezas se giraron, y en las miradas que la observaban con abierta curiosidad. Por un instante sintió el impulso de detenerse, pero no lo hizo. Alzó ligeramente la barbilla y avanzó a paso seguro.

Si iban a mirarla, que lo hicieran bien.

Un sirviente se acercó y le tendió un carnet de baile, una pequeña tarjeta con los nombres de las piezas de la noche. Alice lo tomó y se enroscó la cintita alrededor de la muñeca.

—Será mejor que no aceptes ningún baile —le advirtió su tía.

—¿No es a bailar a lo que se viene a un baile? —preguntó Alice mientras buscaba a sus amigas con la mirada.

—No estás preparada para bailar delante de la flor y nata de la sociedad.

—¿Y qué debo hacer, tía, quedarme quieta en una esquina?

—Por supuesto que no. —Augusta frunció los labios—. Pasearás por el salón para que los caballeros te vean. Es mejor que se imaginen cómo eres a que lo descubran en realidad.

A Alice esto le parecía una soberana tontería, pero decidió que era mejor guardarse esa opinión para ella misma.

—Lady Ashford, es un placer darle la bienvenida a mi casa —dijo una mujer menuda de mediana edad acercándose a ellos. Era la primera vez que Alice la veía, pero había algo en ella que le resultaba familiar.

—Lady Weston —la saludó su tía con entusiasmo—. El placer es mío. Mi sobrino y… —Augusta giró la cabeza a la vez que Alice para darse cuenta de que Dominic no estaba con ellas—. Estaba con nosotras hace unos instantes —se excusó, visiblemente apurada.

Lady Weston, lejos de ofenderse, esbozó una sonrisa cómplice.

—Habrá ido a la sala contigua, donde algunos caballeros están fumando.

—Es como si temiese a las jóvenes casaderas —dijo Augusta, exhalando un largo suspiro de resignación.

—Debe de ser un mal contagioso —añadió lady Weston haciendo una mueca—, pues hace rato que tampoco veo a mi hijo.

—¿Va a buscar esposa esta temporada?

—No es su deseo, pero tengo la esperanza de que alguna joven le haga cambiar de idea.

En ese momento, como si acabara de reparar en la presencia de Alice, lady Weston se volvió hacia ella con una sonrisa cortés que se congeló apenas se fijó bien en su rostro. Alice temió por un instante haber cometido alguna impertinencia, pero, lejos de desvanecerse, la sonrisa de la dama volvió a dibujarse y se amplió aún más, adquiriendo un matiz peculiar, casi cómplice, que Alice no supo interpretar. Era como si lady Weston acabara de reconocer en ella a alguien ya conocido, aunque Alice habría jurado no haber coincidido antes con aquella mujer.

—Discúlpame, no os he presentado —intervino Augusta—. Ella es mi sobrina y mi protegida esta temporada, Alice Thorne.

—Thorne —repitió la mujer, pensativa—. ¿Pariente del vizconde de Rothwell?

—Soy su hermana, lady Weston —respondió Alice, ganándose una mirada de desaprobación por parte de su tía: no le habían preguntado a ella directamente, por lo que no debía haber tomado

la palabra. Sin embargo, a la anfitriona no pareció importarle lo más mínimo, pues la miraba con calidez.

—Puedes llamarme Beatrice, querida. Es un placer tenerte entre nosotros esta noche.

—El placer es mío. —Alice hizo una reverencia—. Debo confesar que el salón luce digno de un cuento de hadas.

—Los cuentos de hadas son para las niñas —la reprendió su tía, y Alice puso los ojos en blanco, lo que le valió otra reprimenda.

Pero Alice no le hizo el menor caso, ya que acababa de ver a Cecily y a Frances.

—Si me disculpan —dijo—, debo ir a saludar a mis amigas.

No esperó a que su tía le diese permiso, lo que provocó que Augusta sacase su abanico y comenzase a agitarlo con brío. Lady Weston, en cambio, la siguió con la mirada y una sonrisa complacida.

—Su sobrina es diferente —dijo, como quien pronuncia un cumplido; pero Augusta no se lo tomó así.

—Por suerte, aún queda mucha temporada. Conseguiré que se comporte como se espera de ella.

—Espero que no —replicó lady Weston, sorprendiendo a Augusta.

Alice tuvo que esquivar a varios invitados para llegar hasta las gemelas. Cecily fue la primera en advertir su llegada y le dedicó una sonrisa radiante; Frances, más comedida, se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza.

—¡Alice! —exclamó Cecily, tomándola de las manos—. Estás preciosa.

—Es un vestido incómodo. —Alice suspiró y, después, miró a ambas jóvenes—. Los vuestros tampoco parecen muy cómodos.

Cecily alzó los hombros.

—No lo son, pero de eso se trata. De estar bellas, no cómodas.

—Para lo que nos están sirviendo... —murmuró Frances, chasqueando la lengua—. Ningún caballero se ha fijado en nosotras.

—Eso no es verdad —replicó Cecily, levantando la mano en la que llevaba prendido el carnet de baile—. Yo ya tengo tres bailes

comprometidos. Y tú no llevas ninguno porque has declinado todas las invitaciones.

—No he dicho que ningún hombre no se haya fijado en nosotras —puntualizó Frances—. He dicho caballeros.

—Todos los presentes son caballeros.

—Caballeros dignos de figurar en mi carnet. ¿Me explico ahora con mayor claridad?

Cecily, no dispuesta a que el mal humor de su hermana le aguase su primer baile, fingió no haberla oído. Ladeó la cabeza hacia Alice y le preguntó:

—¿Has podido descansar?

—Sí —respondió Alice—. Aunque sigo preocupada por Ingrid.

—La encontraremos. —Cecily estiró su mano para tomar la de ella y darle un ligero apretón—. Pero, ahora, vamos a disfrutar del baile.

Los primeros compases de una contradanza resonaron en el salón. Los invitados se apartaron para despejar el centro, que en cuestión de instantes se llenó de parejas dispuestas a bailar.

Un joven, de cabello pelirrojo y ojos verdes, caminó hasta donde ellas con pasos seguros. Se detuvo frente a Cecily y le ofreció el brazo.

—Milady, vengo a reclamar el honor que tuvo a bien concederme.

Cecily esbozó una sonrisa encantada, aceptando el brazo y alejándose con él hacia la pista.

—Parece simpático —apreció Alice.

—Es un tercer hijo y, por si fuera poco, artista. —Frances negó con la cabeza—. Nuestro padre jamás daría su beneplácito.

—Solo van a bailar, Frances. No se van a casar.

Frances suspiró.

—Mi hermana es demasiado fantasiosa. No necesita más que un baile para dejarse engañar.

Alice miró a Frances y se dio cuenta de que, bajo toda esa fachada crítica y ese tono mordaz, en realidad había una joven que estaba preocupada por su hermana.

—No dejaremos que nadie le haga daño —le aseguró Alice, porque puede que tan solo conociera a Cecily de hacía unos pocos días, pero para ella ya era una amiga.

Frances fue a responderle, pero entonces algo —o, más bien, alguien— llamó su atención. Su madre la observaba desde el otro extremo del salón y le hizo un gesto disimulado.

—Debo acudir a su lado —dijo con resignación—. Si no lo hago, es capaz de venir a buscarme y pasearme por todo el salón. ¿Quieres venir?

Alice negó con la cabeza.

—Ve tú. Con la preocupación por Ingrid no he probado bocado. Voy a acercarme a la mesa de los canapés.

Frances asintió y se alejó con paso diligente hacia su madre.

Alice se acercó a la mesa junto al ventanal y observó las bandejas que descansaban sobre ella. Sobre el mantel de damasco se extendía una selección de comida que, tras varias horas sin probar bocado, le pareció especialmente tentadora.

Había canapés de salmón, de pepino, de paté y de huevo; también pequeños bollos glaseados y frutas escarchadas.

Se dijo a sí misma que una joven bien educada no se abalanza sobre una bandeja. Se lo repitió dos veces. Y, por si acaso, se lo recordó una tercera.

Tomó las pinzas de plata y se sirvió los primeros dos canapés con la precisión de un cirujano. El problema comenzó cuando fue a coger el tercero. Fue entonces cuando todo se precipitó con esa eficiencia milimétrica que parecía reservada a las catástrofes más humillantes. La pinza se le escurrió entre los dedos. Alice soltó un gritito e intentó atraparla, pero el brazo se le enredó con el lazo del carnet de baile que llevaba en la muñeca. La cintita tiró, la manga se le quedó a medio camino y, en un esfuerzo desesperado por recuperar el equilibrio, empujó con el codo una torre de hojaldres que se encontraba a su derecha y que se derrumbó con un gran estrépito. Los hojaldres rodaron, la pinza voló y el canapé de salmón salió despedido en el aire y aterrizó en el bajo del vestido de muselina blanca de una joven que pasaba por allí en aquel preciso instante.

La joven, horrorizada, soltó un grito ahogado. Alice se quedó paralizada, sin saber qué hacer.

A su alrededor, varias cabezas se volvieron hacia ella. Desde una esquina del salón, una mujer pegó tal respingo que se le cayó el monóculo dentro del escote.

La víctima, de cabello rubio y mejillas súbitamente encendidas, contempló la mancha rosácea que se extendía por su muselina como quien contempla el anuncio de su propio fin social.

—¡Oh, Dios mío, no! —se lamentó—. ¡¿Qué voy a hacer ahora?!

Alice miró a la joven, que parecía a punto de echarse a llorar, algo que a ella le resultó francamente exagerado. Al fin y al cabo, tan solo era una mancha.

—Limpiarla —dijo Alice en un intento de ser de ayuda.

Los ojos claros de la joven se fijaron en ella, como si se diera cuenta de su existencia por primera vez. La expresión temblorosa de su rostro desapareció y sus labios se apretaron en una tensa línea, mientras la señalaba con furia.

—¡Lo ha hecho a propósito! —exclamó.

—¿A propósito? —repitió Alice, sorprendida—. ¿Por qué haría eso?

—Para quitarse la competencia, por supuesto.

—Haga el favor de dejar de decir sandeces. —Alice resopló, entornando los ojos—. Permítame que la ayude a limpiarlo.

Sin aguardar respuesta, tomó una servilleta de lino de la mesa y se inclinó hacia ella con decisión. Pensó que unos toques discretos bastarían para atenuar la mancha. Sin embargo, pecó de optimista, porque la mancha, lejos de desvanecerse, multiplicó su diámetro por tres y adquirió, allí donde Alice había insistido con más fervor, un inquietante matiz anaranjado que ni el mejor modista habría sabido evaporar.

—¡Pero ¿qué está haciendo?! —chilló la joven, apartándose de un salto como si Alice acabase de sacar una antorcha—. ¡Basta, basta, apártese de mí!

Alice alzó las manos en señal de paz.

—Tampoco hay razón para enfadarse.

—Me ha estropeado el vestido del todo —se lamentó la joven con lágrimas en los ojos.

—Está exagerando. Vayamos al tocador. Con un poco de agua fría yo se lo arreglo.

Alice intentó cogerla de la mano, pero la joven dio un paso atrás, alejándose.

—¡No intente nada más, se lo ruego!

Alice ladeó la cabeza al percibir un murmullo de cuchicheos, dándose cuenta del círculo de invitados que se había formado a su alrededor y que las observaban con curiosidad.

—Tengo la sensación de que estoy llamando la atención —susurró, más para sí misma que para nadie en particular.

—Confíe en mí, no es solo una sensación —dijo una voz a su espalda, con un deje de ironía seca que a Alice le heló la sangre incluso antes de volverse.

Conocía aquella voz. Por supuesto que la conocía.

Alice se giró hacia él. ¿Qué tenía ese hombre que siempre aparecía en los momentos más inoportunos?

—Usted.

—Yo —respondió Bastian, con aquella sonrisa tan irritante, haciendo una pequeña reverencia—. Por lo visto, no se conforma usted con lanzar manzanas y migas de pan. Ahora, arroja canapés.

Bastian avanzó un paso con la calma con la que un general se aproxima a un campo de batalla ya perdido. No miró en ningún momento a la joven manchada, ni a la multitud, ni a la servilleta anaranjada que Alice aún sostenía entre los dedos.

La miró a ella. Solo a ella.

—No lo he arrojado —protestó Alice—. Se me han caído.

—Parece que es usted muy torpe. Siempre se le caen. —El tono burlón de él hizo que Alice frunciera el ceño y abriera la boca para replicar de nuevo, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Bastian se volvió hacia la joven que tenía el vestido manchado y le dijo con tono cortés—: Confío en que se encuentre usted bien. Mi ama de llaves la atenderá en el tocador de señoras. Se ocupará de que el vestido parezca haber sufrido un percance menor.

—Ahora va a resultar que estamos delante de un paladín —musitó Alice, poniendo los ojos en blanco—. No se fíe —le dijo a la joven.

Pero esta no la miraba; incluso parecía haber olvidado que ella estaba allí.

—Muchas gracias, excelencia —balbuceó, e hizo una reverencia tan profunda que Alice temió por un momento que acabara en el suelo con el resto de los hojaldres.

—Acompáñala, por favor —le indicó Bastian a un lacayo que había aparecido a su lado como por arte de magia—. Y tú —añadió, volviendo apenas la cabeza hacia otro sirviente—, recoge esto antes de que nadie más decida ayudar.

Los curiosos, al comprender que el espectáculo había finalizado, comenzaron a dispersarse con la decepción de quien acaba de descubrir que el tercer acto ha sido escamoteado. La joven manchada se alejó del brazo del lacayo, no sin antes dirigir a Alice una última mirada de reproche. Alice, que había recuperado la capacidad de respirar, se permitió el primer parpadeo en lo que le pareció una eternidad.

—Para ser un invitado se da muchos aires.

—¿Invitado? —Bastian arqueó una ceja castaña—. Está usted en mi casa, milady.

—He conocido a la anfitriona —Alice se giró hacia él, llevándose las manos a las caderas. Una postura poco apropiada para una dama que, lejos de ofenderle, a Bastian le pareció sorprendentemente favorecedora—. Y usted no es lady Weston. ¿O pretende convencerme de lo contrario?

Bastian la miró con incredulidad.

—¿Cómo voy a convencerla de que soy lady Weston?

—No lo sé. Es usted quien dice que esta es su casa.

—Porque es mi casa.

A pesar de que estaban hablando entre susurros, tenían la atención de varios invitados.

—No lo es —insistió ella.

—No me lo puedo creer —resopló él—. ¿Quién es usted?

Alice abrió la boca para responder, pero no pudo llegar a hacerlo, porque una voz la interrumpió.

—Weston —lo saludó Dominic, acercándose a Alice—. Veo que has conocido a mi hermana.

—¿Tu hermana? —preguntó Bastian con confusión.

—¿Es el marido de lady Weston? —Alice miró a su hermano, confundida—. Es la primera vez que veo un matrimonio donde ella es considerablemente mayor que el marido.

Bastian estaba tan sorprendido de que fuese la hermana de Dominic que ni siquiera escuchó lo que ella había dicho.

—No es su marido, Alice —dijo Dominic—. Es su hijo, Bastian, el duque de Weston.

Alice lo miró.

—Por eso esa dama tan exagerada lo ha llamado excelencia —dijo, como si tratase de entender la razón.

Bastian entrecerró los ojos.

—No es exagerada, le ha tirado usted un canapé.

Alice se giró hacia Bastian.

—Que yo no le he tirado nada —dijo a la defensiva. Por el rabillo del ojo vio cómo a Dominic le temblaba el labio inferior—. Dominic, ¿no te estarás riendo? —le reprochó, ladeando la cabeza hacia él. No solo no la defendía, sino que, además, parecía encontrar la situación divertida.

—No me atrevería —respondió, pero no hizo el menor esfuerzo por disimular la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Después, se volvió hacia Bastian—. Perdona a mi hermana, Bastian. Está algo nerviosa, ya que es su primer baile en sociedad.

Alice frunció el ceño.

—No estoy nerviosa.

Dominic suspiró.

—Alice, estoy intentando disculparte delante del duque.

—No hay ninguna razón para que me disculpes, Dominic.

Bastian observó a los dos hermanos y no pudo evitar pensar que, al menos, la joven no hacía excepciones: era igual de impertinente con todo el mundo.

—¿Estás segura? —cuestionó Dominic, enarcando una ceja.

—Por supuesto que lo estoy. —Alice alzó la barbilla—. Soy la primera en pedir disculpas cuando me equivoco. Pero no me he equivocado.

—Lady Rachel Beaumont no piensa lo mismo —la corrigió Bastian.

Alice dejó de mirar a su hermano para girarse hacia él. Volvió a llevarse las manos hacia las caderas y frunció los labios en un gesto de desaprobación.

—¿Ha estado hablando sobre mí como una vieja cotilla con esa mujer?

—No me falte al respeto —le espetó Bastian con irritación—. Lady Rachel es la joven a la que le ha tirado el canapé.

—¡Que no le he tirado nada! —Esta vez, alzó un poco la voz, llamando de nuevo la atención de los que estaban cerca.

Dominic cerró los ojos un instante, con la paciencia de un hombre que se pregunta si todavía está a tiempo de devolver a su hermana a Yorkshire antes del amanecer.

—Alice —dijo, bajando la voz—, por favor.

—¿Por favor qué? —Ella lo miró con las cejas enarcadas—. ¿Que siga permitiendo que el duque me corrija como si fuese su pupila?

—Que bajes la voz.

Bastian, en cambio, no dijo nada. Lo cierto era que no sabía qué decir. Jamás había conocido a una joven tan irrespetuosa y, al mismo tiempo, tan libre; tan alejada de lo que la sociedad esperaba de una dama, y tan visiblemente incapaz de preocuparse por ello.

—Estoy hablando bajo.

—No, no lo estás haciendo. Le debes respeto a Weston.

Alice dejó escapar un leve chasquido con la lengua y luego hizo un gesto burlón con la mano que a Bastian no le agradó.

—¿Por qué, porque es un duque?

—Porque es el anfitrión.

—Aun así. El respeto se gana.

Bastian entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella, incapaz de seguir manteniéndose al margen.

—Me lo he ganado desde antes de heredar el título de mi padre. Administro las propiedades de los Weston desde los

veintiuno. He doblado las ganancias de lo que mi padre dejó al morir. Mantengo a más de trescientas familias en Derbyshire, restauro las casas de los aparceros antes de que se hundan, y…

—¿Me va a enumerar todos sus méritos? —le interrumpió Alice, con esa insolencia tan habitual en ella, claramente poco impresionada.

—¿Cómo dice?

Mientras Bastian abría y cerraba la boca como un pez, y su hermano se atragantaba queriendo que lo tragase la tierra, Alice se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Puede que aquel hombre le pareciera insoportable, pero al fin y al cabo estaba en su casa y en la fiesta que iniciaba la temporada. Si seguía así, la alta sociedad la repudiaría y su hermano la enviaría de regreso a Yorkshire y, aunque estaba deseando volver, no podía hacerlo sin haber encontrado a Ingrid.

Tenía que empezar a medir sus palabras, algo que no estaba acostumbrada a hacer.

—Si me disculpan —dijo Alice, aprovechando la perplejidad de ambos hombres—, voy a buscar a algún caballero que quiera bailar… —se interrumpió para mirar su carnet de baile— una contradanza, que es la siguiente pieza.

—Son los caballeros los que piden el baile a las damas, no al revés —la corrigió Bastian, pero Alice ya se había alejado.

—Ya te dije que mi hermana no era como el resto —dijo Dominic con un suspiro, colocándose junto a Bastian—. Tiene una lengua muy afilada. Supongo que es consecuencia de haber pasado toda su vida en el campo.

—La sociedad no está preparada para ella —dijo Bastian, casi más para él, pero Dominic lo escuchó.

—No —respondió Dominic en voz baja—. No lo está.

Los dos hombres se quedaron en silencio. En la pista, Alice se había unido a la línea de damas del brazo del joven Cavendish. La orquesta atacó la contradanza y ella, que se adelantó medio compás y pisó a su pareja en la primera vuelta, se echó a reír con una franqueza que no pertenecía a ese salón.

Y Bastian no podía apartar la mirada de ella.

Bailaba mal, para empezar. Sabía los pasos, sabía las figuras, pero bailaba como quien los ha aprendido en un salón pequeño con un profesor de baile que hacía años había perdido el interés por enseñar, no con los maestros de Mayfair.

Y, sin embargo, era la única persona que estaba bailando de verdad en toda la sala.

La única que reía con la garganta y no con los labios. La única que había pisado a su pareja y lo celebraba en vez de disculparse tres veces. La única cuyos hombros no estaban dispuestos en el ángulo exacto y no le importaba lo más mínimo. La única que miraba al señor Cavendish a los ojos cuando cruzaban la figura, en lugar de mirarle al nudo de la corbata como exigía el decoro.

La única que brillaba con luz propia.

Y, en ese instante, Bastian supo que Alice Thorne era peligrosa para él.

Porque él ya había cometido el error de encariñarse de una mujer una vez. Y no iba a cometerlo dos veces.

Capítulo 10

Alice no solía dormir hasta tarde. Le gustaba levantarse al alba para aprovechar el día.

Pero la noche anterior se había prolongado más de lo previsto. Se habían ido del baile casi de madrugada y, aunque reconocía que se lo había pasado bien, también había terminado agotada. Tampoco había ayudado que su tía la hubiese sermoneado durante todo el camino de regreso por su comportamiento poco decoroso.

Por eso, cuando la luz del día comenzaba ya a filtrarse entre las cortinas, Alice seguía en la cama, dormida. Tan profundamente que no oyó la puerta abrirse ni los pasos apresurados dirigirse hasta el borde de la cama. No fue hasta que sintió un fuerte tirón de las sábanas, seguido de una voz estridente que gritaba su nombre, que se despertó.

—¡Alice!

—¿Tía? —preguntó Alice, aún aturdida.

¿Es que incluso dormida no podía librarse de ella?

Sin embargo, como descubrió un instante más tarde, cuando el aire frío de la habitación rozó sus tobillos desnudos —ya que su tía le había arrancado las sábanas—, no era un sueño.

—¿Qué haces todavía dormida? —Augusta se llevó las manos a las caderas, mirándola con desaprobación—. Una dama no permanece en la cama hasta estas horas.

Alice se frotó los ojos con las manos, aún somnolienta.

—Anoche llegamos tarde...

—Eso no importa. Una dama no es perezosa.

—¿Qué hace aquí, tía?

Augusta la miró con indignación, como si la respuesta fuera evidente.

—Acompañarte.

—¿Acompañarme...?

—A recibir a tus pretendientes.

—¿Tengo que bajar aunque no venga ninguno? —preguntó, desperezándose.

—Tendrías que hacerlo aunque así fuera, pero no es el caso —dijo Augusta, con una mezcla de impaciencia y satisfacción—. Han venido a visitarte esta mañana. Están abajo, aguardando.

—Eso debe de ser un error. —Alice se incorporó, completamente despierta ahora—. Seguro que no son para mí.

Augusta resopló, indignada.

—Por supuesto que son para ti.

—Pero usted me dijo que no tendría ninguno. Me lo repitió durante todo el viaje de regreso. Me dijo que, por la manera en que me había comportado, ningún caballero querría pretenderme.

—Y, aun así, hay más de una decena esperando poder verte —suspiró Augusta—. ¿No es magnífico?

No, no lo era. En absoluto.

Alice había pensado aprovechar aquel día para trazar un plan con el que encontrar a Ingrid, no para pasarse la mañana sonriendo con corrección a una hilera de desconocidos a los que no había pedido invitar.

—No te quedes ahí —espetó Augusta, impaciente—. ¡Venga, levántate! —Y, sin esperar respuesta, se giró hacia la puerta—. ¡Ellen!

La doncella apareció casi de inmediato.

—Señora —saludó con una leve inclinación.

—Ayuda a la señorita Alice a vestirse. Escoge un vestido apropiado para recibir visitas, con el que esté hermosa, pero que no parezca que lo hemos preparado demasiado.

—Por supuesto —respondió Ellen.

—Y deprisa. No podemos hacer que esos jóvenes aguarden todo el día. Sería descortés.

Sin esperar respuesta, Augusta se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Alice suspiró, levantándose de la cama. Al parecer, su día de descanso acababa de terminar. Con suerte, terminaría pronto. Su tía tendía a ser exagerada, así que, con un poco de fortuna, habría despachado a todos los pretendientes a media mañana.

Tía Augusta no exageraba. De hecho, se había quedado corta. Había más de quince hombres esperando frente a la puerta.

Alice los podía ver desde la ventana del salón en el que se encontraba sentada en un sillón. Su tía estaba a su lado, con una sonrisa de satisfacción y el orgullo brillando en sus ojos oscuros.

—Querida, nunca pensé decir esto, pero debo felicitarte. Has logrado en una sola velada lo que otras jóvenes no consiguen en toda una temporada: una aglomeración de caballeros en nuestra entrada.

—Me temo que no fue deliberado —musitó Alice con los labios apretados.

—Por supuesto que sería de lo más ingenuo atribuir semejante despliegue únicamente a tu encanto juvenil —continuó Augusta, que no le estaba prestando la menor atención—. Nada de esto ha ocurrido por arte de magia. Si no fuera por mí, seguirías siendo ignorada por media sociedad. No ha sido tan difícil: unas presentaciones bien escogidas, un par de comentarios en los oídos adecuados y corregir ciertas impresiones poco favorables. —Alzó ligeramente el abanico que sostenía en su mano derecha y esbozó una sonrisa—. Tú, por tu parte, has tenido el acierto de no estropearlo, lo cual ya considero un éxito notable. Pero no nos engañemos: la multitud de hombres en la puerta es, en gran medida, obra mía.

La noche anterior le había asegurado justo lo contrario: que lo había estropeado todo con un comportamiento poco digno de una dama. Y eso que no la había visto discutir con el duque. Su hermano Dominic, para la sorpresa de Alice, tampoco había mencionado aquella discusión a pesar de que había regresado en la carroza con ellas.

Lo cierto era que no quería pensar mucho en el duque de Weston. Había algo en aquel hombre que, por su sola presencia, conseguía irritarla de una manera que nadie —y mucho menos un hombre— había logrado jamás. Y, sin embargo, no podía evitar fijarse en que, a pesar de ser frío como el mármol, era un hombre innegablemente apuesto.

—Alice, deja de soñar despierta. —Su tía la sacó de sus pensamientos con un pequeño toque impaciente en el brazo—. Debes prestar toda tu atención a tus pretendientes.

Alice permaneció en silencio unos instantes, observando primero a su tía y luego, con inevitable resignación, la hilera de caballeros que aguardaban al otro lado de la puerta. Nunca había visto nada semejante. Uno de ellos, visiblemente nervioso, practicaba una reverencia frente al reflejo de la ventana. Otro discutía con un sirviente sobre el orden de entrada, como si se tratara de una audiencia real.

—¿Están haciendo fila? —preguntó, sorprendida.

—Intentándolo —dijo la tía Augusta—. El señor Whitcombe insiste en que llegó primero. El capitán Hargreaves, en cambio, afirma que su rango le concede prioridad. Y el joven señor Ellis… bueno, el joven señor Ellis parece dispuesto a desmayarse antes de ser recibido.

La ventana del salón estaba entreabierta para dejar entrar el aire tibio de abril, lo que explicaba, supuso Alice, que su tía hubiera podido escuchar las conversaciones con tanto detalle. Ella, en cambio, apenas distinguía palabras sueltas.

—Quizá deberíamos recomendarle al señor Ellis que lo haga en su propia casa —sugirió Alice.

Así, en vez de quince, tan solo tendría que recibir a catorce. Algo era algo.

—Ya ha dejado su tarjeta. —Augusta negó con la cabeza y, como si marcara una diferencia que Alice no comprendía, añadió—: Con un lazo.

Un discreto golpe en la puerta anunció la llegada del mayordomo.

—Señora, hay varios caballeros solicitando ser recibidos. ¿Desea que los reciba en orden?

Alice observó de nuevo el exterior. El señor Ellis parecía debatirse ahora entre avanzar o huir. El capitán había adoptado una postura marcial. Y un tercero, cuyo rostro le sonaba levemente —le había sido presentado la noche anterior, creía recordar, aunque no

conseguía ponerle nombre—, sostenía un ramo tan grande que le ocultaba por completo la cara.

Augusta fue a responder, pero Alice se le adelantó.

—Que pasen todos juntos.

El mayordomo la miró con los ojos desorbitados.

—¡¿Todos a la vez?! —gritó su tía, abanicándose con el abanico. Y Alice temió que le fuera a dar, de nuevo, un síncope—. ¡¿Es que acaso has perdido la cordura?!

—¿Dónde está el problema? —Alice se encogió de hombros—. Será más eficiente.

—¡Será un escándalo! —Su tía se incorporó con tal rapidez que el abanico casi se le escapa de la mano—. ¿Recibir a más de un caballero al mismo tiempo? ¿Sin turnos? ¿Sin estructura? ¿Sin jerarquía?

El mayordomo permanecía inmóvil en la puerta.

—No veo el problema —insistió Alice—. Están todos ahí fuera de todos modos.

—Y ahí es donde deben permanecer, en orden, como personas civilizadas, no irrumpiendo en mi salón como si esto fuera un mercado.

—En realidad, es el salón de mi hermano. Además, ¿no tendría que estar Dominic aquí para dar su aprobación?

Augusta frunció el ceño y la miró de arriba abajo con esa desaprobación que siempre permanecía en sus ojos cuando se dirigía a Alice.

—Es un vizconde y tiene asuntos más importantes que atender —replicó, y Alice pensó que ella también. Pero prefirió guardarse aquel pensamiento para sí misma, intuyendo que sus palabras no serían bien recibidas por su tía—. Si uno de ellos decide pedir tu mano, entonces se reunirá con él y la pedirá. Y tu hermano tomará la decisión adecuada.

—¿No debería pedirme matrimonio primero a mí y solo hablar con mi hermano si acepto?

Su tía abrió los ojos.

—Deja de decir sandeces —masculló, abanicándose con fuerza —. Tu hermano sabe qué te conviene. —Alice fue a responder, pero,

como si se negara a seguir escuchando disparates, su tía la interrumpió con un ademán de mano—. Ya hemos perdido demasiado el tiempo. —Se giró hacia el mayordomo y ordenó—: Que pase el primero.

El mayordomo asintió y desapareció con visible alivio.

Unos pocos minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo y el señor Westbrook, tal y como el mayordomo anunció su nombre, entró con una rapidez que perdió casi al instante al tropezar levemente con la alfombra. Afortunadamente, logró reconvertir el tropiezo en una reverencia tan profunda que rozó lo teatral.

Era un hombre unos pocos años mayor que ella, de cabello pelirrojo y ojos verdes. Alice lo recordaba vagamente de la noche anterior.

—Lady Alice —la saludó, llevándose una mano al pecho—, he pasado la noche en vela, incapaz de conciliar el sueño tras el honor de nuestro baile, y me he permitido componer unos modestos versos.

Augusta se llevó una mano al pecho, con exagerado dramatismo. Cuando Alice no dijo nada, le dio un suave codazo.

—Oh —dijo Alice, con extrema prudencia—. Qué... considerado.

—Si me lo permite —prosiguió él, sacando un papel cuidadosamente doblado. Sin esperar respuesta, carraspeó y comenzó:

Vuestra mirada, fulgor matinal,
más dulce que té con dos terrones de azúcar.
Vuestro paso ligero, cual grácil gacela,
que danza y deslumbra aunque no corra en la pradera,
y en ese baile, lady Alice, sentí sin demora
que mi corazón latía con notable mejora.

Alice, sin saber qué decir, mantuvo la sonrisa, aunque sentía que no debía moverse por si eso empeoraba la situación.

Su tía, al parecer, no tenía el mismo problema.

—Encantador —dijo, llevándose la mano en la que sostenía el abanico al corazón, como si le hubiera conmovido—. Verdaderamente encantador.

El señor Westbrook sonrió e hizo un gesto con la mano.

—Tan solo es un borrador.

Alice asintió.

—Se nota.

Su tía le dio un puntapié que hizo que se incorporara un poco y luego le dirigió una mirada de disculpa al señor Westbrook.

—Lo que la señorita Alice desea decir es que se aprecia en él una prometedora base. Una base que, con el debido desarrollo, podría alcanzar formas muy notables.

El señor Westbrook pareció reconfortado.

—Me esforzaré por perfeccionarlo. —Se rascó la barbilla—. Si lo desean, podría añadir una segunda parte. He considerado incluir una comparación con las estrellas, aunque aún no he resuelto la métrica, pero puedo improvisar para usted.

—No —dijo Alice, alzando la voz más de lo que debería—. Prefiero que me sorprenda cuando esté terminado —añadió cuando su tía le lanzó una mirada reprobatoria.

—Una consideración muy delicada por su parte, señorita Thorne —concedió el señor Westbrook, que era evidente que no había entendido nada, pero que se sentía halagado por el motivo equivocado—. Entonces me retiro a pulirlo. Volveré en cuanto la métrica lo permita.

—No se apresure —dijo Alice con toda la dulzura de la que fue capaz—. La paciencia es una virtud.

—La paciencia es la virtud del poeta —señaló él, y se llevó la mano al pecho por tercera vez esa mañana.

Hizo una reverencia solemne, retrocedió dos pasos y a punto estuvo de tropezar con la alfombra en sentido contrario. El mayordomo, que había estado observando la escena con la inmovilidad de una estatua, lo sostuvo discretamente del codo para que no perdiera el equilibrio y lo condujo hacia la puerta.

Apenas hubo desaparecido el señor Westbrook, Augusta se giró hacia Alice con el abanico temblando y una expresión de reproche.

—Has sido poco considerada.

—No se ha dado ni cuenta. —Alice entornó los ojos—. El muy necio se lo ha tomado como un cumplido.

—Alice —le recriminó su tía.

—Tía, usted tampoco quería escuchar más de esa poesía. Y dudo de que un poeta sea un candidato que aprueba para mí.

—Aun así, debemos tratarlos a todos con el mismo respeto.

Antes de que Alice pudiera contestar, el mayordomo volvió a aparecer en la puerta con la misma expresión pétrea.

—El capitán Hargreaves —anunció.

El capitán entró como si no lo hubieran anunciado, sino desplegado. Hombros rectos, barbilla en alto, chaqueta roja impecable y una espada ceremonial que Alice estaba casi segura de que no estaba permitido llevar en una visita matutina. Se detuvo a la distancia exacta de tres pasos del sillón, juntó los talones con un chasquido seco e hizo una reverencia tan vertical que parecía más bien un saludo militar.

—Señorita Thorne —dijo con la voz de quien está acostumbrado a dar órdenes en un patio de armas—, condesa de Ashford. Permítanme presentarles mis respetos.

—Capitán —lo saludó Augusta, que parecía mucho más complacida con este que con el anterior.

La mirada del capitán se centró en Alice.

—Ayer, cuando nos presentamos, quedé prendado de usted.

Alice recordaba que la madre de las gemelas se lo había presentado a las tres a la vez, y a ninguna le había impresionado.

—Fue un placer conocerlo —respondió Alice, ganándose un asentimiento por parte de su tía.

—No soy un jovenzuelo ni un hombre que se ande con rodeos, señorita Thorne. Por lo tanto, debo informarla de que es mi intención casarme con usted. Pero antes quisiera exponerle mis credenciales, para que disponga de toda la información relevante al valorar mi oferta. —Hizo una pausa. Alice, que no sabía si se esperaba que contestara a eso, optó por no hacerlo, y el capitán lo interpretó como permiso para continuar—: Si me permite un breve resumen de mis méritos, señorita: serví tres años bajo el mando del duque de Wellington en la Península. Participé en Badajoz, en Salamanca y en Vitoria, campaña esta última en la que recibí una herida de sable en el hombro izquierdo, de la que conservo una cicatriz que estaré encantado de describir con mayor detalle en una

ocasión más apropiada. Mi asignación anual asciende a dos mil libras, hecho verificable ante cualquier notario. Dispongo de una propiedad en Hertfordshire —modesta, pero en buen estado— y de una cuadra de cuatro caballos, todos ellos de probada disciplina.

Alice parpadeó. Casi prefería el poema. Al menos, era más dinámico.

—En cuanto a mi temperamento —prosiguió él—: es metódico, puntual y de moral firme. Me levanto a las cinco y media todos los días, incluidos los domingos. No bebo más de dos copas por velada y no juego, ni tampoco maldigo en presencia de damas.

Augusta asentía a cada punto con tanta aprobación que Alice temió que fuera a aplaudir.

El capitán fue a decir algo más, pero Alice, incapaz de seguir callada durante más tiempo, se le adelantó.

—Debe disculparme, capitán, pero a mí tampoco me gusta andarme con rodeos: no voy a aceptar su propuesta de matrimonio. No pierda más su tiempo.

—¡Alice! —la reprendió su tía, escandalizada—. Tú no puedes hablar de esa manera al capitán.

—No se preocupe, lady Ashford —dijo el capitán—. Si algo me ha gustado de la señorita Thorne, es su determinación. Además, entiendo su temor.

—¿Mi temor? —preguntó Alice.

—Teme que no sea para usted la vida de mujer de un oficial. Seguirme en los traslados, compartir los acuartelamientos, las marchas y acompañarme en las batallas. Las esposas de los oficiales siguen al regimiento, señorita Thorne. No es una vida para toda dama. Lo comprendo.

—La verdad es que, de todo lo que me ha dicho, es lo único que me parece interesante.

—¡Alice! —la amonestó su tía, abanicándose con fuerza.

—Le ruego que lo reconsidere —le dijo el capitán, que, lejos de tomar la sinceridad de Alice como una falta de respeto, parecía aún más cautivado por ella—. Hablaré con su hermano en dos días, y confío en que para entonces me haya concedido su aprobación. —Y, sin esperar respuesta, se dio media vuelta y se marchó.

—Vaya engreimiento que tiene —murmuró Alice con los ojos entornados.

Su tía ni siquiera se molestó en contestarle esta vez.

El mayordomo, que estaba deseando tanto como Alice que aquella interminable jornada llegase a su fin, dio un discreto paso al frente y presentó al siguiente caballero. Apenas había pronunciado el nombre cuando entró el hombre de las flores.

O, mejor dicho, entró el ramo. Porque de su dueño, de momento, solo se veían dos manos enguantadas agarrando el tallo de una colección de flores tan descomunal que ocultaba por completo al hombre que la portaba. Era un arreglo que parecía haber saqueado medio invernadero de Kew: rosas, lirios, claveles, algo que Alice identificó vagamente como orquídeas y, de manera inexplicable, una rama de laurel.

—Señorita Thorne, espero que este pequeño obsequio sea de su agrado —dijo.

—Es más bien grande —apreció Alice con una mueca.

—Es precioso, lord Thumber —añadió Augusta con una sonrisa complacida—. Pediré que traigan un jarrón.

—No se moleste, señora. Este ramo no debe ser colocado en un jarrón.

Lord Thumber dejó el ramo apoyado en la pared.

—¿No se van a morir las flores sin agua? —preguntó Alice.

—No —respondió él—. Este ramo es especial. Fíjese. —Lo señaló con orgullo—. Cada flor lleva un significado propio, que solo cobra sentido si se leen todas a la vez. Las rosas simbolizan la constancia. Los lirios, la pureza del ánimo. Los claveles, la devoción silenciosa. Las orquídeas, la rareza del sentimiento que las inspira. Y la rama de laurel… —Lord Thumber inspiró con gravedad—, la rama de laurel es por mi tío Archibald, que fue botánico y amaba los laureles, y me pareció apropiado incluirlo como un homenaje a su memoria.

Alice lo miró por encima de los pétalos.

—¿Por qué homenajea a su tío en mi ramo?

Lord Thumber hinchó ligeramente el pecho.

—Porque el tío Archibald era el hombre más sabio que he conocido, señorita Thorne. Y porque creo firmemente que todo momento importante en mi vida debe contar con su presencia, aunque sea en espíritu.

Augusta sonreía como si aquello fuera perfectamente razonable. En cambio, Alice guardó silencio porque, por primera vez en su vida, no se le ocurrió una respuesta mordaz.

Definitivamente, aquella iba a ser una mañana muy larga.

Capítulo 11

Después de cuatro días de bailes, tres desayunos con pretendientes y un almuerzo ligeramente catastrófico con la tía Augusta, Alice había desarrollado la teoría de que la temporada social era, en realidad, un experimento diseñado por alguna autoridad cruel para ver cuánto podía soportar una joven antes de perder el juicio.

Cuando por fin el último pretendiente del día —un señor de nombre impronunciable, origen desconocido y cejas extraordinariamente pobladas— se retiró del salón, el mayordomo anunció otra visita. Pero esta vez, por primera vez en muchas horas, Alice sonrió.

—La señorita Cecily Wyndham y la señorita Frances Wyndham.

—¡Hazlas pasar, por favor!

La tía Augusta, que había empezado a mostrar síntomas preocupantes de agotamiento, se incorporó.

—Iré a mi casa a descansar un rato. No permitas que sea una visita demasiado larga, tienes que dormir la siesta para estar fresca para el baile de esta noche.

Alice suspiró. Aquella tortura parecía no tener fin. Su tía aceptaba la invitación a todos y cada uno de los bailes y ella estaba exhausta. Y lo que era peor, no tenía tiempo para nada más.

—Casi prefiero no estarlo. Igual, si estoy somnolienta, los pretendientes no vienen al día siguiente.

Su tía se levantó y la miró con reprobación.

—Alice. —El tono fue el que reservaba para las sandeces verdaderamente graves—. Una dama jamás desea parecer cansada. Una dama, si ha dormido mal, lo disimula con un buen pellizco en las mejillas, una sonrisa serena y una conversación ingeniosa. No con un bostezo.

Alice hizo una mueca.

—Pues qué pesadilla.

—Qué temporada —la corrigió su tía, alzando la barbilla con altivez, a la vez que levantaba la mano en la que sostenía el abanico —. Has tenido ya seis pedidas de mano. Tu hermano las ha rechazado todas en tu nombre y dos de ellas contaban con mi aprobación. Pero tu hermano está siendo especialmente exigente.

Ella tenía la esperanza de que Dominic estuviese respetando sus deseos, pero no podía saberlo, ya que este no había hablado con ella.

—Algo que es de mi agrado.

—No lo es tanto cuando estás tan impertinente —le corrigió su tía—. Si quieres terminar con la procesión de pretendientes, encuentra al caballero que sea digno de que tu hermano dé su aprobación. Así que vas a estar fresca, vas a ser encantadora y vas a estar disponible. —Se ajustó los guantes con dos tirones precisos y se dirigió hacia la puerta. Sin embargo, cuando llegó a ella, se giró para decirle—: Y nada de escándalos.

Alice le brindó una sonrisa inocente.

—Huyo de los escándalos, tía.

—No, Alice, tú atraes los escándalos.

—Y eso no ha evitado que todas las mañanas la casa se llene de pretendientes. Quizá debería provocar uno lo bastante sonado. A ver si con eso me dejan en paz.

Su tía se giró en el umbral con una cara que reflejaba el terror más puro.

—Ni en broma, Alice Thorne. Ni en broma.

Augusta salió del salón antes de que Alice pudiese contestar. Estaba empezando a conocer bien a su sobrina y sabía que siempre tenía que tener la última palabra. Y ella necesitaba unas horas de sueño para poder soportar más sandeces.

Las gemelas entraron poco después juntas, como siempre, pero no con la misma cara. Cecily llegaba ya sonriendo, de buen humor, y Frances, en cambio, miraba hacia la puerta por la que acababa de desaparecer Augusta, con las cejas levemente alzadas.

—Nos hemos cruzado con tu tía en el vestíbulo —dijo Frances —. Andaba muy rápido para una señora de su edad y se ha despedido de nosotras sin detenerse.

—Parecía enfadada —añadió Cecily con preocupación.

—Siempre lo está. —Alice se encogió de hombros, despreocupada—. No le hagáis caso. —Compartiendo miradas cómplices, las tres jóvenes se rieron a la vez—. Sentaos, por favor —les pidió, señalando el espacio libre del sofá en el que estaba sentada.

Después, alargó la mano hacia la pequeña mesa auxiliar junto a ella, donde descansaba una campanilla de plata, y la hizo sonar con suavidad. Cuando el mayordomo apareció, le pidió que les sirviera el té cuanto antes.

Cuando las tres tuvieron la taza entre las manos y la bandeja delante con sus bizcochos y rebanadas finas de pan con mantequilla, Cecily fue la primera en hablar.

—¿Qué tal tus pretendientes de hoy?

—Como siempre —Alice hizo una mueca antes de dar un pequeño mordisco a una rebanada de pan—: aburridos y raros. ¿Y los vuestros?

—He tenido dos —dijo Frances—. Un tercer hijo y un poeta —añadió, poniendo los ojos en blanco.

—No me hables de poetas, por Dios —suspiró Alice—. El señor Westbrook ha regresado hoy. Y su poesía era peor que la anterior.

—No puede ser peor que el mío. Me ha comparado con un carámbano.

Alice se atragantó con el té y se echó a reír.

—Es que eres fría, Frances —dijo Cecily—. Y él lo decía como un halago sincero, por absurdo que te parezca. Tiene su mérito intentar encontrarle belleza poética a algo tan poco poético.

—Sigue siendo una metáfora malísima —apuntó Alice, y Frances le dio la razón—. A este paso, el próximo te compara con una corriente de aire —dijo, provocando que Frances se riese.

—Sois imposibles —se quejó Cecily, aunque también se estaba riendo.

—Y tú, Cecily, no nos has contado. —Alice dejó la taza sobre el platillo—. ¿Cómo ha ido hoy?

—Cuatro pretendientes, los cuatro encantadores. —Cecily cruzó las piernas, apoyando la espalda contra el respaldo del sofá—. Pero

ninguno logra acelerar mi corazón —suspiró, posando una mano sobre el pecho.

—Lord Hartwell va a pedirle tu mano a padre —le dijo Frances —. Deberías aceptar. Es el heredero de un marquesado próspero. Cuando su padre muera y te conviertas en marquesa, eso sí que te acelerará el corazón.

Cecily negó con la cabeza, poco convencida ante los argumentos de su hermana.

—No me voy a casar con nadie por un título, Frances. Ni aunque fuera el heredero del mismísimo rey.

—No estoy hablando solo del título —replicó Frances con paciencia, como quien explica algo a una niña pequeña—. Estoy hablando de una casa en Grosvenor Square y otra en Northumberland, y de no tener que escuchar a madre suspirar cada vez que entra en la sala porque no has aceptado todavía a nadie.

—Pues que siga suspirando. El aire le viene bien.

Alice, sin poder evitarlo, soltó una carcajada.

—Lord Hartwell es amable —continuó Frances, sin darse por vencida—. Es apuesto. No respira por la boca, no transpira en exceso y sabe leer. En Londres, eso ya son cuatro milagros seguidos. ¿Qué más quieres, Cecily?

—Quiero amar —dijo Cecily, y la seriedad con que lo dijo hizo callar a su hermana durante un instante—. Quiero mirarlo y que me dé un vuelco por dentro. Aunque sea uno pequeño. Un temblor, una tontería, algo. Y con lord Hartwell no me da nada. Es como mirar un mueble bonito.

—Los muebles bonitos duran toda la vida.

—Y también los maridos que no te dan un vuelco. Esa es precisamente la parte que me da miedo.

—¿Te da miedo que tu futuro marido no fallezca pronto?

—A mí me lo daría —bromeó Alice, aunque después de haber conocido a sus pretendientes, ni ella misma estaba segura de si era broma del todo.

Pero, como siempre pasaba cuando las gemelas se enzarzaban en una discusión, no le hicieron el menor caso.

—Me da miedo casarme con el equivocado y ser infeliz el resto de mi vida —respondió Cecily.

—Es imposible ser infeliz con tanto patrimonio.

Cecily negó con la cabeza, pero decidió no seguir la conversación.

—No importa. No hemos venido solo para hablar de pretendientes —dijo, y miró a Alice—. Tenemos noticias. De Ingrid.

Alice se enderezó en el sofá de golpe.

—¿Qué habéis averiguado?

Frances, la más cautelosa de las tres, miró de reojo hacia la puerta y, cuando se aseguró de que no se oía a ningún criado por el pasillo, se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—Primero, lo más importante: Ingrid no robó nada.

—Eso ya lo sabía —dijo Alice, y se dio cuenta de que le temblaba la voz—. Lo supe desde el primer momento. Conozco a Ingrid y ella no sería capaz de hacer algo así.

—Lo sabías de corazón —matizó Cecily con suavidad—. Ahora lo sabemos con pruebas. O, al menos, con algo muy parecido a pruebas.

—Hablad, por Dios.

Las gemelas intercambiaron una de esas miradas silenciosas que tenían desde la infancia y que significaban «empieza tú». Finalmente, fue Frances la que tomó la palabra.

—Martha, una de nuestras sirvientas, mantiene una relación con el dueño de una casa de empeños. Él no sabe nada de un collar empeñado que fue robado a los Haverstock. Ha preguntado al resto de dueños de casas de empeño de la ciudad y todos le han confirmado que tampoco lo han recibido.

—Puedo denunciarlos y…

—No es tan sencillo —la interrumpió Frances—. Estarán arruinados, pero siguen siendo condes. Encontrarán la manera de que alguien jure en falso por ellos y será Ingrid quien termine acusada de robo.

Alice asintió, apretando los puños. Lo último que deseaba era hundir más a su amiga.

—¿Entonces, qué puedo hacer?

—No seas impaciente —le pidió Cecily, apretando su rodilla con suavidad—. Sabemos algo más.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó, y se sorprendió de lo firme que le salió la voz—. ¿Lo sabéis?

—Sabemos por dónde empezar. Y no es un sitio agradable, Alice.

—Me da exactamente igual que no sea agradable.

Frances se pasó la lengua por los labios, como si midiera cuánto decir.

—Nuestra doncella tiene una prima que trabaja de costurera en Cheapside. Y esa prima conoce a una mujer que regenta una lavandería en Lambeth, al otro lado del río. Al parecer, una muchacha con modales refinados estuvo trabajando allí dos semanas el mes pasado limpiando sábanas. Le pagaban por jornada, y su nombre era Ingrid.

—Lambeth —repitió Alice. El nombre se le quedó pegado a la boca como ceniza. Sabía lo suficiente de Londres para saber que Lambeth no era Mayfair. No, ni por asomo.

—Está al otro lado del puente de Westminster. Es un barrio de lavanderías, talleres y obreros. No es peligroso a plena luz, pero tampoco es un lugar donde una dama casadera como nosotras tenga permitido ir.

—No puede importarme menos las normas —replicó Alice con decisión—. ¿Sigue allí?

Cecily hizo un gesto de negación con la cabeza y, por primera vez en toda la conversación, Alice percibió verdadera preocupación en sus ojos.

—Ahí está lo malo —comenzó, mordiendo su labio inferior—. Se marchó hace unos días y nadie sabe exactamente adónde. La mujer de la lavandería dijo que dejó de ir a trabajar sin avisar. Pero también dijo… —hizo una pequeña pausa, como si no fuera capaz de proseguir, pero Frances la animó con la mirada— que Ingrid había estado durmiendo en Southwark. Una pensión o una casa de huéspedes para mujeres solas. No tenía el nombre exacto. Solo la zona.

Alice cerró los ojos un instante. Cada paso que daba Ingrid era un paso más lejos del mundo al que pertenecía, y un paso más cerca de un Londres que Alice solo conocía de oídas.

¿Y si le había pasado algo? ¿Y si alguien le había hecho algo malo? Su corazón se encogía de tan solo pensarlo.

—Tengo que ir. —Alice se levantó del sofá—. Primero iré a la lavandería. Esa mujer de la que habláis vio a Ingrid habrá notado algo. Lo que sea —murmuró, pensando en voz alta. Cualquier mínima pista le servía—. Y después, iré a Southwark.

Las gemelas compartieron una mirada.

—Alice —empezó Cecily con cuidado—, no puedes ir tú sola a Lambeth.

—Puedo llevarme a la doncella y pagar un coche de postas.

—Tu doncella correrá a contárselo a tu hermano —le advirtió Frances—. Y ningún cochero te llevará allí por mucho que le pagues.

Alice suspiró, dejándose caer de nuevo en el sofá. Porque sabía que tenían razón.

—Algo malo le ha ocurrido. Conozco a Ingrid. Quizá al principio no escribió porque no podía costear el porte de la correspondencia, pero en cuanto ganó unos chelines en esa lavandería, habría enviado una carta para tranquilizarme.

—Tal vez ha encontrado un trabajo de institutriz con alguna familia en el campo y aún no ha podido escribirte, o ha llegado la correspondencia a Yorkshire y no ha podido reenviártela —la consoló Cecily.

—No le des falsas esperanzas —dijo Frances—. Es complicado que, una vez el rumor de que es una ladrona se ha extendido, ninguna familia la contrate de institutriz.

Alice, aunque le resultaba duro, agradecía la sinceridad de su amiga.

—¿Y cómo puedo ir a Southwark? —preguntó.

—Tal vez si hablas con tu hermano. Él… —comenzó Cecily, pero Alice la interrumpió.

—Dominic nunca me haría caso. A él no le importará lo que le ha sucedido a una institutriz.

Frances y Cecily compartieron una mirada de complicidad. Frances, siempre la más pragmática, dejó su taza de té sobre la mesa y, con aire pensativo, añadió:

—Solo podrás ir acompañada de un hombre. Pero no cualquier hombre —apuntó cuando Alice abrió la boca—. Si no es tu hermano…

—Debe ser tu marido —dijo Cecily, terminando la frase por su hermana.

—No voy a casarme —replicó Alice con sequedad. Porque si algo tenía claro, era eso—. Y aunque lo hiciera, la lectura de las amonestaciones y los preparativos retrasarían la boda meses. No tenemos tanto tiempo.

—Bueno, si consiguieras un prometido que estuviera dispuesto a todo por ti… —Frances dejó la frase en el aire—. Aunque no fuera del todo decoroso que os vieran a solas, podríais encontrar la manera de cruzar el río sin levantar sospechas.

—Podría comprometerme y, después de encontrar a Ingrid, romper con él —dijo Alice, pensando en voz alta.

—Eso tiraría por la borda tu reputación —le advirtió Frances.

Pero a eso a Alice le traía sin cuidado. Ni siquiera pensaba quedarse mucho tiempo en Londres. En cuanto encontrase a Ingrid, regresaría a Yorkshire.

—¿Dónde encuentro un caballero dispuesto a comprometerse conmigo solo para ayudarme a encontrar a Ingrid? —preguntó, más para sí misma que para ellas.

Las gemelas dijeron algo más, pero Alice ya no les estaba haciendo caso. Ella necesitaba un plan.

Y lo necesitaba cuanto antes. La vida de su amiga Ingrid estaba en peligro.

Capítulo 12

Tras la marcha de las gemelas, Alice necesitaba un poco de aire fresco, por lo que, junto a su doncella Ellen, se dirigió a dar un paseo.

Lo cierto era que ella hubiese preferido salir sola, pero sabía que eso no era una posibilidad. No en Londres.

No tenía queja alguna de Ellen. Pero se tomaba su labor con tanta seriedad que la trataba con el mismo cuidado con el que se trata un objeto valioso puesto bajo custodia de una: con atención, con meticulosidad, sin que ello implicase la menor familiaridad.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo, con Ellen a su lado, sin mediar palabra alguna. Esta vez no le molestó, pues estaba demasiado sumida en sus propios pensamientos. No supo cuánto tiempo anduvo, pero, cuando se dio cuenta, estaba en Hyde Park, paseando junto al Serpentine.

Fue un sollozo lo que la detuvo y la sacó de sus pensamientos. Se acercó a la orilla, donde unos arbustos bajos le ocultaban parcialmente la vista.

Vio a tres niños. Dos de ellos, que debían tener alrededor de ocho años —o eso supuso Alice, pues ella no era diestra en calcular edades—, lanzaban miradas nerviosas hacia el agua. El tercero, y el más pequeño, estaba sentado sobre la hierba, con el rostro enrojecido y las manos apretadas contra los ojos, llorando sin consuelo.

Así que era él el dueño de aquel llanto.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Alice con preocupación, acercándose a ellos—. ¿Estáis bien?

Los niños se sobresaltaron al verla. Dos de ellos compartieron una mirada y, durante un instante, ninguno de ellos respondió. Hasta que, finalmente, fue uno de los mayores, el de cabello pelirrojo y ojos marrones, quien miró a Alice.

—Le agradecemos su preocupación, señorita, pero está todo bien. —El joven le dedicó una sonrisa nerviosa—. Puede seguir con su paseo.

Alice frunció ligeramente el ceño. Aquella respuesta, tan apresurada, no encajaba con el temblor en la voz del muchacho ni con el llanto inconsolable del pequeño.

—No parece que esté todo bien —replicó con suavidad, inclinándose un poco para intentar ver mejor al niño que lloraba—. ¿Se ha hecho daño?

El segundo de los mayores, un chico de cabello oscuro y pecas dispersas por la nariz, dio un paso casi imperceptible hacia delante, como si quisiera interponerse entre Alice y el más pequeño.

—No, él está bien —dijo rápidamente—. Solo ha sido un pequeño susto.

—Mi hermano pequeño a veces tiende a ser un poco dramático —añadió el joven pelirrojo.

—¡No soy dramático! —gritó el niño entre sollozos, golpeando la hierba con las manos—. ¡Mi pelota…! —Se le quebró la voz antes de poder terminar. Apretó los puños, como si eso pudiera contener el llanto, pero solo consiguió que más lágrimas cayesen por sus mejillas y los hombros le temblasen más.

Los dos mayores intercambiaron una mirada incómoda.

—Se le ha caído al agua —dijo el pelirrojo con un suspiro.

—Ah, eso es todo. Pensaba que había sucedido algo grave. —Alice hizo un gesto con la mano, aliviada—. Pues se recupera la pelota y ya está. —Se inclinó un poco más hacia el niño y le dio un toquecito suave en la nariz con el dedo—. Tu hermano tiene razón, sí que eres un poco dramático.

La cara del niño, ya de tono rojizo, adquirió un tono rojo bermellón intenso.

—¡No la puedo recuperar!

—¿Por qué no? —preguntó Alice, ladeando la cabeza, confundida.

—Ha caído demasiado lejos. —No fue el niño que lloraba el que le respondió, sino su hermano mayor.

—¿Dónde ha caído exactamente?

Alice se incorporó, y el pelirrojo le señaló con el brazo extendido hacia un punto a varios metros de la orilla.

—Allí.

Alice entrecerró los ojos para enfocar mejor. A simple vista, no parecía tan lejos. El agua estaba inusualmente calma, casi inmóvil, como una lámina de cristal extendida hasta el centro.

—Ah, pero no es tan lejos.

El niño que había perdido la pelota dejó de llorar para mirarla, ilusionado.

—¿Puede recuperar mi pelota?

—Por supuesto que sí —dijo Alice, siempre optimista. Se llevó una mano al mentón, pensativa—. Tal vez si me arremango el vestido y me meto al agua…

—Milady —intervino Ellen, que hasta ese momento había permanecido al margen con la discreción de una estatua—, no creo que sea prudente. No pueden vérsele los tobillos a una dama.

Alice suspiró. Odiaba tanta norma sobre el decoro. Pero ahora, más que nunca, necesitaba no llamar la atención. Aunque eso no significaba que fuera a dejar al niño sin su pelota.

Escudriñó el lugar en busca de algo con lo que alcanzar la pelota.

—¡Esto servirá! —exclamó, agachándose a recoger un palo largo.

Victoriosa, lo sostuvo en alto un instante, evaluando su peso y su alcance, y luego avanzó con decisión hacia la orilla. La hierba, húmeda y algo resbaladiza, cedía levemente bajo sus zapatos, pero ella apenas pareció notarlo.

—Ya verás cómo en nada recuperamos tu pelota —le dijo al niño.

Este, ilusionado, se levantó y la siguió a unos pasos de distancia.

Alice se inclinó con confianza, extendiendo el palo hacia el agua. En un primer momento pensó que, tal vez, había sido demasiado optimista con la largura del palo, ya que no parecía alcanzar la pelota. Así que decidió avanzar un poco más.

—Cuidado —le advirtió uno de los niños, conteniendo la respiración.

Pero Alice, concentrada en su misión, no lo estaba escuchando.

—Casi lo tengo. Vamos, un poco más… —murmuró para sí misma, dándose ánimos.

Estiró el brazo todo lo que pudo, inclinando el torso hacia delante. La punta del palo rozó el agua, rompiendo la superficie lisa con un pequeño círculo de ondas que se expandieron lentamente.

Y la pelota se movió, pero no hacia ella, sino en dirección contraria, alejándose unos centímetros más de la orilla.

—Qué raro…

Alice tuvo la extraña sensación de que algo, bajo la superficie, había decidido apartar la pelota de su alcance. Sin embargo, Alice no era de las que se rendían con facilidad. Al contrario: cuanto más esquiva se volvía una cosa, mayor era su empeño en conseguirla. Ella era una mujer que conseguía aquello que se proponía y, en ese instante, se había propuesto alcanzar aquella pelota.

Avanzó un paso más hacia la orilla. Se inclinó aún más, estirando el brazo hasta un punto que era imprudente, pero a Alice no le importó, porque consiguió que la punta del palo rozara la pelota. Dichosa, empujó con más firmeza que antes. La pelota se resistió un instante —apenas un segundo, como si algo la retuviera —, pero luego se deslizó hacia ella, aunque no lo suficiente.

Alice suspiró, ya que la paciencia no era una de sus virtudes, y se inclinó un poco más, volviendo a intentarlo, esta vez con más brusquedad. Sin embargo, en cuanto la punta del palo tocó la pelota, Alice sintió cómo algo que se escondía debajo del agua tiraba del palo hacia abajo.

—¡Pero qué…! —exclamó, sorprendida.

No obstante, obstinada como era, no soltó el palo, sino que tiró de él hacia atrás con más fuerza. Pero no consiguió su propósito, porque lo que fuera que se escondía debajo del agua no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer y tiró con más fuerza aún. El palo se tensó en sus manos y, en lugar de liberarse, tiró de ella hacia delante.

Alice dio un pequeño traspié y, a pesar de que intentó recuperar el equilibrio, su propio impulso la traicionó y se precipitó hacia delante, cayendo de bruces en el lago.

El agua la recibió con un chapuzón frío y rotundo, empapándola por completo en un instante.

—¡¿Habéis visto eso?! —exclamó Alice, apartándose el cabello mojado del rostro, con el vestido empapado pegado a la piel—. ¡Había algo! ¡Algo habita debajo del lago y me ha…

Pero Alice no pudo terminar, ya que una voz masculina la interrumpió.

—¿Por qué cada vez que pienso que no me puede usted sorprender, lo hace?

Antes siquiera de darse la vuelta, Alice ya sabía a quién pertenecía aquella voz. No le gustaba en absoluto haber memorizado su tono, ni la profundidad con la que arrastraba cada palabra.

Se puso en pie de golpe dentro del agua, empapada, y se giró con toda la dignidad que pudo reunir. Alzó la barbilla, negándose a mostrar la menor debilidad ante él.

Esta vez, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Él estaba montado en su caballo blanco, con la confianza de un capitán salido de un campo de batalla. Había en su postura una confianza natural, y sus hombros anchos, marcados bajo la chaqueta negra, reforzaban esa impresión de solidez y control.

Su cabello oscuro, ligeramente indómito, le caía sobre la frente, y sus ojos azules —fríos como dos témpanos de hielo— se detuvieron en ella con una intensidad que hizo que la piel de Alice, congelada por el agua, se calentara con la rapidez de una llama recién avivada.

¿Por qué aquel hombre insufrible tenía que ser tan atractivo?

—Siempre tiende a aparecer usted en los momentos menos oportunos —se quejó Alice, tratando de desviar la atención de sus pensamientos—. Márchese, no le necesitamos para nada.

Sin embargo, él no solo no le hizo el menor caso, sino que descendió de su caballo.

—Le dije que ese temperamento temerario la iba a meter en problemas. Debería tener más cuidado.

Ellos no habían vuelto a verse desde el primer baile de la temporada. Él no había acudido a ningún otro, algo que, según había escuchado, era normal en él y que Alice había agradecido. Pero, por supuesto, el destino era caprichoso, y se habían vuelto a encontrar.

—No estoy de humor para que me sermonee —resopló, quitándose un trozo de hierba que se le había pegado en la frente—. Además, no me he caído. Algo me ha tirado. —Se giró hacia los niños—. ¿Vosotros lo habéis visto, verdad?

Sin embargo, los niños no le estaban prestando la menor atención. Porque, antes de caerse, Alice había logrado empujar la pelota hasta la orilla. El más pequeño había podido alcanzarla y ahora los tres celebraban su triunfo. En realidad, el triunfo de Alice.

—Muchas gracias, señora —dijo el más pequeño, sosteniendo la pelota entre sus manos como si fuera su más preciado tesoro.

Su hermano mayor, intuyendo la discusión que estaba a punto de suceder, agarró con suavidad el brazo del más pequeño y, junto al otro niño, se alejaron de ellos.

—¿Tú sí lo has visto, verdad? —Alice miró a Mary—. ¿Has visto cómo algo dentro del agua sostenía el palo y me tiraba hacia dentro?

—Yo… —comenzó la sirvienta, mordiendo su labio inferior con nerviosismo, sin saber qué decir—. Yo…

—Por favor —Bastian se apiadó de la joven sirvienta—, mire qué orgullosa es usted. ¿Tan difícil es reconocer que se ha caído?

—¡Es que no me he caído! —Alice se llevó las manos a las caderas—. Se lo estoy diciendo, algo ha cogido el palo que sostenía y me ha tirado hacia dentro.

—Vamos a ver… —Bastian arqueó una ceja, claramente escéptico, y dio un paso hacia ella, acortando la distancia—. Entonces, según usted, hay algún tipo de criatura ahí abajo, con la suficiente fuerza como para agarrar su palo y tirarla al agua. ¿Y cómo exactamente llevó a cabo semejante hazaña? ¿Con las manos o con los dientes?

—Es usted un necio. —Alice lanzó un resoplido, apretando los labios—. Le estoy hablando en serio.

Bastian sonrió.

—Y yo también.

Alice sostuvo su mirada, sin retroceder ni un solo paso, aunque el agua fría le empapara el vestido y le entumeciera las piernas.

—Pues entonces escúcheme bien, porque lo que he sentido en ese palo no era el peso del agua ni mi propio impulso. Era una resistencia. Una resistencia que tiraba hacia abajo con una fuerza deliberada.

—No he oído rumores de que un monstruo habite en el Serpentine —dijo la voz de una mujer.

Alice giró la cabeza. Varios de los que paseaban por el parque en ese momento habían sido testigos de la escena y la observaban con curiosidad.

Pues sí que estaba logrando lo de no llamar la atención…

—Yo a veces he notado cómo se movía el agua de una manera extraña —intervino una joven que paseaba por allí.

—¿Ve? —le dijo Alice a Bastian, aunque las palabras le salieron entrecortadas por el frío—. Se lo he dicho, algo habita estas aguas.

Bastian la miró un instante. Había interactuado lo suficiente con aquella joven como para saber que no daría su brazo a torcer aunque se estuviera congelando. Sin decir nada, bajó del caballo, se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros.

—Está usted temblando. Va a caer enferma —le dijo él.

—Estoy bien —respondió Alice, aunque se frotó los brazos con las manos—. Nunca he caído enferma.

—Es una suerte, con lo temeraria que es. —Bastian la observó durante unos instantes, y el corazón de Alice latió con fuerza al ver la genuina preocupación en ellos. ¿Él se preocupaba por ella?—. Déjeme llevarla a casa.

—No puede ir en el caballo sola con usted, milord —intervino Ellen.

Bastian apretó los dientes. Cómo detestaba las normas de la sociedad… Alice estaba quedándose congelada, y, con lo tozuda que era, era capaz de irse a casa andando.

Escudriñó a su alrededor. Los presentes iban a pie, pero, a lo lejos, divisó a quien le pareció lord Ashbourne —un compañero de Eton—, sentado sobre una manta junto a su mujer y uno de sus hijos. También advirtió la calesa detrás de ellos.

—Tiene razón —le dijo a Ellen—. He visto a un conocido. Voy a pedirle prestada la calesa. —Señaló discretamente con la cabeza en dirección a lord Ashbourne y se alejó con paso decidido.

Alice lo siguió con la mirada. Luego miró el caballo de Bastian. Era un animal muy bien plantado. Tranquilo y obediente, a juzgar por cómo aguardaba sin moverse, con las riendas colgando.

—Supongo que tendremos que aceptar su oferta —le dijo a su doncella.

—Así es, milady. Está siendo muy caballeroso.

Alice suspiró. Para su sorpresa, el duque lo estaba siendo. Le había dejado su chaqueta y, ahora, su caballo.

—No podemos ser descorteses entonces.

Ellen asintió, pero, cuando la vio subir al caballo, abrió los ojos de golpe. Sin embargo, Alice apenas le dio tiempo a reaccionar.

—Sube —le pidió, agarrando las riendas con toda la naturalidad del mundo.

—Lady Alice, creo que…

—Si no subes, me marcho yo sola. Me estoy congelando.

Ellen la conocía lo suficiente como para saber que no eran amenazas vacías, por lo que no le quedó más remedio que aceptar la mano de su señorita y subir.

El caballo, al principio, se quedó un poco sorprendido, pero quizá, dándose cuenta, al igual que Ellen, de que obedecer a Alice era la mejor opción, no tardó en aceptar las órdenes de su nueva jinete.

Cuando pasó por el lado de Bastian, Alice le hizo una seña con la mano.

Él, que estaba llegando adonde se encontraba lord Ashbourne con su familia, la miró perplejo, pero no fue capaz de emitir palabra alguna.

—Le agradezco el gesto —dijo ella, con una leve inclinación de cabeza—. Haré que le lleven el caballo y la chaqueta a su casa. Que

tenga un buen día, duque. —Y, sin darle tiempo a responder, tiró suavemente de las riendas.

Bastian solo pudo mirar cómo se alejaba.

¿Le acababa de robar el caballo?

No. No se lo había robado, pues le había dicho que pensaba devolvérselo.

Podría haberla llamado, podría haberse enfadado, podría haber hecho cualquier cosa que se esperaría de un hombre en su situación. En cambio, hizo algo que sorprendió a los presentes más que ninguna otra cosa de cuanto habían presenciado esa tarde: estalló en carcajadas.

Capítulo 13

La velada de lady Harrington era, según el consenso general de la sociedad londinense, una de las pocas a las que no convenía faltar. No tanto por la calidad de su orquesta —que era notable— ni por la abundancia de su mesa —que era generosa—, sino porque la anfitriona poseía el don singular de reunir en sus salones, en la misma noche, a personas que de otro modo nunca coincidirían y que, una vez reunidas, jamás dejaban de tener algo que decirse.

Aquella noche, Alice Thorne llegó para descubrir que lo que tenían que decirse era, en gran medida, sobre ella.

No era lo mismo que su primer baile, cuando la curiosidad había sido la de quien observa a una recién llegada y quiere formarse una opinión rápida y definitiva. Esto era distinto: más concentrado, más deliberado, como si el nombre de Alice Thorne llevase ya varias horas circulando por los salones antes de que ella cruzara el umbral.

Tres damas se inclinaron la una hacia la otra en el instante exacto en que ella pasó a su lado. Sus abanicos subieron al unísono.

—Se montó el caballo y se marchó —alcanzó a oír Alice, sin poder determinar cuál de las tres lo había dicho.

—Se la ha visto discutir con el duque de Weston —dijo otra de ellas.

Alice tragó saliva. No le importaban lo más mínimo los cotilleos ni que hablasen de ella, pero su tía estaba a su lado y no estaba de humor para otro de sus sermones. Sin embargo, esta parecía ajena a las habladurías, sino que estaba centrada en observar el salón.

—Este baile es importante, Alice —le dijo con seriedad.

—¿No lo son todos? —preguntó ella.

—Sí. Pero lady Harrington no invita a cualquiera, y los que están esta noche en su salón son exactamente las personas que pueden decidir tu temporada. Así que, por favor, procura no protagonizar ningún incidente.

Alice abrió la boca, pero la cerró al instante, meditando las palabras que iba a pronunciar.

—Lo intentaré —dijo finalmente, que era lo más honesto que podía ofrecer.

Su tía la miró con desconfianza, pero antes de que pudiera añadir nada, una conocida la reclamó desde el otro lado del salón. Augusta se alejó con paso resuelto, no sin antes lanzar a Alice una última mirada de advertencia.

Alice se quedó sola exactamente el tiempo necesario para que las gemelas la encontrasen.

Cecily llegó primero, como siempre, con los ojos brillantes y esa energía suya que llenaba el espacio antes de que ella misma lo hiciera. Frances venía detrás, con paso más tranquilo.

—¿Es verdad que caíste al lago? —preguntó Cecily, bajando la voz.

Alice hizo una mueca.

—Ya veo que los rumores corren deprisa.

—Así es Londres —respondió Frances.

—Pues entonces Londres debería saber también que no me caí. Algo me tiró.

Cecily parpadeó, observándola confundida.

—¿Algo?

—Una resistencia bajo el agua —dijo Alice con seguridad—. Tiró del palo hacia abajo y me arrastró con él. —Dio un paso hacia delante e hizo gestos con las manos, recreando lo que sucedió.

Las gemelas se miraron entre sí con la velocidad y el hermetismo de quienes llevan toda la vida comunicándose sin palabras. Luego, volvieron a mirar a Alice.

—Muy bien —murmuró Frances con un escepticismo evidente—. Supongamos que algo te tiró. Eso no explica lo otro.

Alice estrechó los ojos.

—¿Lo otro?

—Lo del caballo —apuntó Cecily, que llevaba claramente un buen rato esperando llegar a este punto—. Alice, ¿le robaste el caballo al duque de Weston?

Alice frunció el ceño. Qué rumor más absurdo. Mira que a la alta sociedad le gustaba inventar.

—Yo no soy ninguna ladrona. No le robé nada.

Las dos gemelas la miraron.

—¿Cómo que no? —dijo Frances.

—Que no. El duque vio que estaba empapada y me dejó el caballo para que me fuese a casa con mi doncella.

—Los rumores dicen que fue a pedir prestada una calesa para ti y tu doncella y aprovechaste ese momento para robarle el caballo.

—¡Qué necedad! —Alice alzó las manos en el aire, indignada—. Él me prestó el caballo y se fue a pedir una calesa para sí mismo.

—¿Ves, Frances? —Cecily arqueó una ceja y le dedicó a su hermana una mirada de «te lo dije»—. Los rumores no eran ciertos.

—Vamos, Cecily, sabes que es imposible que eso… —Frances se interrumpió cuando vio cómo su hermana le hacía un gesto de súplica—. Es mejor no hacer caso a los rumores maliciosos —concluyó.

Alice estaba completamente de acuerdo. No iba a permitir que las malas lenguas le afectasen. Ya se cansarían de inventar falsedades sobre ella.

Y, sin embargo, los cuchicheos no amainaban. Al contrario: cada vez que Alice creía que la conversación había derivado hacia otro asunto, captaba su nombre de nuevo, flotando entre abanicos y sonrisas falsas. Empezaba a pensar que necesitaba ponerle fin de alguna manera, aunque no terminaba de saber cómo, cuando el tono del salón cambió de golpe.

No fue un sonido concreto. Fue más bien una alteración en el ambiente, como cuando el viento cambia de dirección sin avisar. Las conversaciones no se detuvieron, pero se transformaron: más agudas, más rápidas, orientadas todas hacia el mismo punto.

—Ha venido el duque —oyó Alice que decía alguien a su espalda.

—¿El duque de Weston? —respondió otra voz, con un asombro que no se molestaba en disimular—. Pero si nunca viene a estos bailes.

Alice no necesitó girarse para confirmar que era cierto: bastó con observar el efecto que producía. Las damas jóvenes se recomponían con disimulo, ajustándose los guantes y retocándose el cabello. Dos de ellas se encaminaron hacia el lado del salón donde, supuso Alice, acababa de aparecer Bastian.

—Solo acudió al baile que se celebró en su propia casa, y porque no le quedó más remedio —murmuró Cecily, estirando el cuello con curiosidad—. Estaba convencida de que no volvería a vérsele en un baile en toda la temporada.

—Habrá venido a recuperar su caballo —apuntó Frances, poniéndose de puntillas.

Alice puso los ojos en blanco.

—Los empleados de mi hermano le devolvieron el caballo esa misma tarde. Y la chaqueta.

—¿También le robaste la chaqueta? —dijo Frances, con una sonrisilla que delataba que, por primera vez en mucho tiempo, se estaba divirtiendo de verdad.

Cecily se tapó la boca con la mano.

—Que no robé nada —se defendió Alice, alzando la voz—. ¿Sabes qué? Da igual. —Hizo un gesto con la mano—. Voy a aclararlo ahora mismo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Cecily.

—A exigirle al duque que aclare este malentendido.

—No creo… —comenzó Cecily, pero Alice ya se había alejado de ella.

Aunque no podía verlo, no le resultó difícil de localizar. Le bastó con seguir la dirección en que se orientaban la mayoría de los abanicos del salón.

Bastian de Weston estaba de pie cerca de una de las columnas, con los brazos a cada lado de las caderas, los hombros rectos y esa expresión constante de aburrimiento que Alice tanto detestaba. ¿Cómo era posible que pareciera no querer estar allí y, aun así, lograra adueñarse del lugar con su sola presencia?

Porque a su alrededor ya se había congregado un pequeño grupo de damas jóvenes. Bastian las atendía con una cortesía impecable, pero era evidente a ojos de cualquiera, o eso pensó

Alice, que no tenía el más mínimo interés en ninguna de ellas. Y aquello le provocó una satisfacción que no reconocería en voz alta.

Alice se abrió paso entre los invitados con paso resuelto. Bastian la vio llegar antes de que ella llegase. Alice lo supo por el modo en que algo cambió en su expresión —muy poco, apenas un apretón leve de los labios— justo cuando quedaban tres personas entre ellos.

Las damas que lo rodeaban también la vieron. Y, a juzgar por el silencio que cayó sobre el grupo, no le pasó inadvertido a ninguna de ellas quién era.

Alice se detuvo frente a Bastian y le dedicó una reverencia breve.

—Excelencia —lo saludó.

Bastian inclinó la cabeza.

—Lady Alice Thorne.

—Haga el favor de aclarar que no he robado su caballo —dijo ella, yendo directa al grano.

Él la miró. Tenía las mejillas levemente encendidas y llevaba un vestido no muy diferente al del resto de las jóvenes del salón; y, sin embargo, a él le pareció, con diferencia, la más bella de todas.

—Tiene razón. No lo ha robado.

—¿Lo veis? —Alice miró sin el menor disimulo a las jóvenes que seguían congregadas alrededor del duque.

Estas la contemplaron con una mezcla de sorpresa y fascinación. No era habitual que una joven se condujera con semejante descaro en público.

El duque esbozó una sonrisa que Alice no supo muy bien cómo interpretar. Él ni siquiera había tenido intención de acudir a ese baile, pero algo —que prefería no examinar con demasiado detenimiento— lo había llevado hasta allí. Lo mismo que lo impulsaba, cada vez que Alice abría la boca, a decir exactamente lo que sabía que iba a hacerla perder la compostura.

—Lo tomó prestado sin consultarme —añadió con tono mesurado—. Pero también lo devolvió sin que yo se lo pidiera, y parece convencida de que ambas cosas se compensan entre sí.

La sonrisa de satisfacción en el rostro de Alice se evaporó, siendo sustituida por un fruncimiento de labios que a Bastian le pareció sorprendentemente atractivo. Aquella mujer era, si cabe, aún más bella enfadada.

—¿Por qué falta a la verdad?

—¿De qué me acusa, lady Alice? —preguntó él.

Alice fue consciente de las miradas que comenzaban a despertar a su alrededor. También pudo sentir los ojos oscuros de su tía fijos en ella. Estaban llamando la atención y ella no se podía permitir hacerlo.

Fue entonces cuando los primeros compases de un vals comenzaron a sonar.

Y entonces, a Alice se le ocurrió una idea. Un vals era lo suficientemente íntimo para poder hablar con él sin que nadie más los escuchase. Porque aquel malentendido necesitaba quedar resuelto, y cuanto antes, mejor.

—Creo que este baile es el nuestro —dijo Alice.

Bastian arrugó el ceño, y Alice pudo ver la sorpresa en sus ojos claros.

—No recuerdo haberle pedido un baile.

—Pues yo sí lo recuerdo —replicó ella.

—Estoy bastante seguro de que no.

Alice no tenía tiempo para sandeces. Desató el pequeño lápiz del cordoncillo del carné, abrió la tarjeta, encontró el hueco correspondiente a esa pieza y escribió: Weston. Después, con todo el descaro, se lo tendió.

—¿Lo ve? —evidenció—. Aquí está.

Bastian no sabía si indignarse o aplaudir la audacia de la joven. Decidió una tercera opción: seguirle la corriente.

—Bailemos entonces —dijo, ofreciéndole el brazo, que ella aceptó—. ¿Tiene usted permiso para bailar el vals? —le preguntó mientras se dirigían a la pista.

—Con veintiún años no hace falta permiso de nadie.

Bastian enarcó una ceja.

—¿Tiene usted veintiún años?

Alice se mordió el labio inferior.

—Veinte —reconoció.

—Ajá.

—Es casi lo mismo.

—No lo es.

—Tiene razón —concordó ella cuando llegaron a la pista—. Y ahora mismo mi tía debe estar tirándose de los pelos.

Bastian la miró.

—¿Prefiere que regresemos?

—Claro que no —dijo ella, colocándose frente a él como el resto de las parejas en la pista.

Bastian posó la mano en su cintura con la misma calma con que hacía todo lo demás. Alice apoyó la suya en su hombro y procuró no pensar en que la mitad del salón los estaba mirando.

Los violines marcaron el primer tiempo, y ellos comenzaron a girar.

—Bien —murmuró Alice, cuando comprobó que los pasos no iban a traicionarla—. ¿Por qué no reconoce que no le he robado el caballo?

—He reconocido que no lo ha robado.

—Pero ha dado a entender que me lo llevé sin su permiso.

—Es que lo hizo.

—No es cierto. Usted me ofreció el caballo mientras iba a buscar una calesa.

—Eso no tiene sentido, lady Alice. ¿Por qué razón, en vez de regresar a mi casa en mi caballo, pediría prestada una calesa para hacerlo?

—Porque me ha prestado su caballo a mí y a mi doncella.

Giraron. Alice se concentró un instante en los pasos, y cuando volvió a mirarlo, encontró que él también la miraba.

—¿Nunca reconoce usted que se equivoca?

—Claro que lo hago.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Los violines subieron medio tono y la cadencia del vals los llevó hacia el centro del salón, donde otras parejas giraban a su alrededor como planetas siguiendo su propia órbita.

—Muy bien. —Bastian exhaló un largo suspiro—. Haré saber a quien quiera escucharme que le presté mi caballo. Y que yo fui a pedirle a lord Ashbourne su calesa para ir a mi casa, porque soy demasiado vago para regresar andando.

Alice lo miró.

—¿Demasiado vago?

—Es la versión más sencilla.

—Y la menos creíble.

—Quizá —concedió Bastian—. Pero es la que más le conviene a usted, de modo que le sugiero que no la examine demasiado.

Volvieron a girar. La mano de él en su cintura la condujo con una suavidad que Alice habría preferido no notar, y los violines marcaron un compás más lento, casi como si la música también estuviera escuchando.

—No estaba dejándome su caballo, ¿verdad? —dijo ella al fin, en voz bastante más baja que antes.

Bastian no respondió de inmediato. La llevó por el arco final del salón con esa calma suya que nunca parecía esforzada, y cuando habló, lo hizo sin mirarla.

—No —reconoció.

—Su intención era que mi doncella y yo usásemos la calesa para ir a casa de mi hermano y usted regresar a la suya en su caballo.

—Así es. Usted luego tenía que enviar la calesa de regreso para que lord Ashford pudiese regresar a su casa con su familia.

—Entiendo. —Alice hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior y ahogando un suspiro. Después, ladeó la cabeza para mirar al duque—. Reconozco que a veces actúo sin pensar.

—Vaya. Creo que se ha hecho un milagro. —Bastian esbozó una sonrisa—. Está reconociendo que se ha equivocado.

Ella frunció el ceño.

—Ha sido un malentendido. No es necesario que se burle de mí.

—Confíe en mí, no me burlo de usted.

Alice lo examinó, intentando determinar si era cierto. En su expresión no había rastro de ironía, lo cual resultaba, por alguna razón, más desconcertante que si la hubiera habido. Sin embargo,

antes de que pudiera responder, los violines resolvieron el último acorde y la música se apagó.

Se detuvieron. Se separaron con la distancia que exigía el decoro, y se hicieron una reverencia mutua con la formalidad que la ocasión requería. A su alrededor, las demás parejas hacían lo mismo, y el salón recuperó el murmullo habitual.

—Permítame que la lleve hasta su tía —dijo Bastian, ofreciéndole el brazo.

Alice vio a su tía observándola desde el otro lado del salón, con una mueca enfadada que no auguraba nada bueno. Lo último que necesitaba aquella noche era escuchar otro de sus sermones.

—No —dijo—. Necesito beber algo. El vals me ha dejado sedienta.

Bastian asintió.

—Entonces permítame que la acompañe hasta la mesa del ponche.

—Puedo ir sola.

—Lady Alice…

Pero Alice no le permitió terminar.

—Buenas noches, excelencia.

Y, con una leve inclinación, se alejó de él.

Bastian se quedó donde estaba, con el brazo a medio ofrecer y la frase a medio terminar, mientras la veía abrirse paso entre los invitados. Alguien a su lado dijo algo que no escuchó, porque Bastian solo tenía ojos para lady Alice Thorne.

Se preguntó, no por primera vez, por qué aquella joven seguía sorprendiéndole.

Llevaba semanas observando a Alice Thorne ignorar las normas con la misma naturalidad con que otros las seguían. Debería haberlo aprendido ya. Debería, como mínimo, haber dejado de esperar que las cosas transcurrieran de otra manera cuando ella estaba presente.

Y, sin embargo, ahí estaba, con el brazo todavía en el aire.

Dándose cuenta del aspecto ridículo que debía de tener, lo bajó despacio.

Desde la mesa del ponche, sin girarse, Alice cogió una copa y desapareció entre la multitud. ¿Qué tenía aquella joven que lo

fascinaba tanto?

—Excelencia. —Una mujer, con dos hijas tras ella, lo sacó de sus cavilaciones—. Permítame presentarle a mis hijas.

Bastian, a duras penas, logró esbozar una sonrisa. Estaba atrapado. Ahora, por haber acudido a aquel baile, tendría que pasarse varias horas lidiando con madres codiciosas.

Aun así, Bastian no tenía la menor duda de que había merecido la pena.

Capítulo 14

No importaba lo que Alice hiciese, ni lo vergonzosa que resultase su conducta a ojos de su tía: los caballeros seguían acercándose a ella, pidiéndole bailes y asegurándole que irían al día siguiente a visitarla a su casa.

Al principio había culpado a la dote que su hermano le había otorgado, pero lo cierto era que no era mayor que la de otras jóvenes que no recibían tanta atención. Y era algo que estaba empezando a resultarle agotador. Los bailes se habían convertido en una carga demasiado pesada y la incertidumbre sobre el paradero de Ingrid la estaba consumiendo por dentro.

Se acomodó en la rama del árbol en la que estaba sentada. No era lo más cómodo con el vestido que llevaba, pero había necesitado salir del salón. El balcón estaba repleto de invitados, así que había optado por el jardín y, casi sin pensarlo, había trepado a uno de los árboles.

Siempre lograba pensar mejor desde las alturas. Pero, esa noche, la cabeza no le respondía.

Estaba confundida.

Había disfrutado del vals con el duque. Aunque habían discutido, tal y como hacían siempre, en esos instantes había olvidado cualquier preocupación, y eso era algo que no podía permitirse. Por eso no había dejado que la acompañara en busca de un refrigerio. Necesitaba centrar sus pensamientos en lo que era verdaderamente importante.

El sonido de unos pasos la hizo mirar hacia abajo. Gracias a la luna llena que reinaba en el cielo —la única luz que alcanzaba ese rincón del jardín al que no llegaban ni los faroles de aceite colgados de los árboles ni los hachones del camino principal—, lo vio.

Ese hombre tenía la fea costumbre de aparecer cuando menos convenía.

Sin pensárselo dos veces, tal y como hacía siempre, tomó una pequeña rama, la rompió y la lanzó hacia abajo. Alice tenía una puntería excelente; tanto, que le dio en el hombro.

Bastian soltó un juramento y miró hacia arriba. La falta de luz no le permitía distinguirla bien, pero no tenía duda alguna de quién estaba ahí arriba.

—Lady Alice —dijo, con una calma que Alice encontró irritante —, se le ha vuelto a caer algo.

Alice sonrió.

—Esta vez, no se me ha caído. Se lo he tirado.

—¿Y por qué diablos ha hecho eso? —preguntó él, ceñudo.

—No para de acusarme de tirar cosas, así que he decidido darle la razón.

—No seré yo el que intente encontrar la lógica a sus acciones — suspiró, negando con la cabeza, como si la diera por imposible—. Debería regresar al baile.

—No pienso regresar. Me estaba faltando el aire en el salón.

—Pues yo la he visto muy cómoda aceptando las atenciones de los caballeros.

Alice frunció el ceño.

—Si no supiese que usted es un bloque de hielo que no tiene sentimientos, pensaría que está celoso.

Bastian soltó una risa seca.

—No sabe nada de mí.

—¿Está celoso entonces? —preguntó Alice.

Algo en aquella afirmación le producía un cosquilleo agradable en el fondo del estómago. No es que le importara, por supuesto que no. Y, sin embargo, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, le resultaba extrañamente satisfactorio pensar que aquel duque arrogante y pretencioso pudiera sentir celos por ella.

—En absoluto —respondió Bastian a la defensiva, consiguiendo que Alice ensanchara su sonrisa—. Tan solo era una observación.

Alice ladeó la cabeza, contemplándolo en silencio durante unos pocos instantes, mientras movía sus piernas en el aire.

—Tiene usted siempre la necesidad de tener la última palabra.

Bastian pensó que Alice se estaba describiendo a sí misma, pero no quería seguir discutiendo. No al aire libre y con ella subida en un árbol.

—Debería bajar. Es peligroso que esté ahí arriba, puede hacerse daño.

Sin embargo, Alice no se movió.

—Estoy perfectamente cómoda donde estoy.

—Está sentada en una rama a tres metros del suelo con un vestido de baile.

—Dos metros y medio, como mucho.

—Eso no mejora el argumento.

—Usted no mejora la compañía.

Bastian se pasó una mano por el rostro e inspiró con profundidad antes de volver a mirarla.

—Baje del árbol.

Alice cruzó los brazos a la vez que negaba con la cabeza.

—Si hay algo que odio, es que me den órdenes.

—Tómeselo como una sugerencia. Mientras baje, me da igual.

—Pues entonces rechazo su sugerencia amablemente.

Bastian suspiró, aquella joven estaba decidida a volverlo loco.

—Antes o después su tía la echará en falta y saldrá a buscarla —argumentó—. Dudo que le guste verla encima de un árbol.

—A mi tía no le gusta nada de lo que hago.

Debajo de aquella obstinación sumamente irritante, Bastian pudo percibir un hilo de vulnerabilidad.

—No la tenía por una mujer que le da importancia a las opiniones del resto.

Alice tardó un instante en contestar.

—Y no lo hago. Pero mi tía insiste en darme su opinión. —Hizo una pausa—. No sé cómo lo hacen otras jóvenes para aguantar el escrutinio continuo. —Descruzó los brazos y hundió los hombros—. La temporada es agotadora.

Él esbozó una sonrisa.

—En eso le doy la razón. He escapado a duras penas de una madre que insistía en que fuésemos a una de las salas para que su hija pudiese interpretarme una pieza del pianoforte.

—Y no lo ha hecho —lo hizo sonar como una pregunta, aunque era una afirmación.

—He salido al jardín antes de que pudiesen arrastrarme con ellas.

—Ha huido —señaló Alice, divertida—. No lo tenía por un cobarde.

—No lo soy, pero las madres de hijas casaderas me dan terror —dijo él, fingiendo un escalofrío, y ella se rio.

—Supongo que no desea casarse.

—No esta temporada.

Ni en ninguna, pero eso fue un pensamiento que Bastian prefirió guardarse para sí mismo.

—Entiendo. Aunque no es su deseo, terminará casándose.

Bastian suspiró.

—Soy hijo único, necesito un heredero.

Ella soltó una carcajada seca.

—Y hará infeliz a una pobre dama solo porque cree que debe cumplir con su deber.

Cuando él pensaba que estaban teniendo una conversación medianamente agradable, ella tenía que estropearlo.

—No lo creo. Debo cumplir con mi deber, sí. Pero no debe preocuparse por la mujer que se convierta en mi esposa. Será sumamente rica, contará con más de lo que necesite y será invitada a las fiestas de mayor prestigio.

—Y, a cambio de eso, deberá acostarse con usted para engendrar a su heredero. A eso se le llama prostitución, duque.

Él no podía creer lo que aquella joven estaba diciendo.

—Mi mujer será la duquesa de Weston y será tratada con todo el respeto que merece. Por el amor de Dios, no será ninguna fulana.

Alice se encogió de hombros.

—Un título a cambio de tener que aguantarle a usted el resto de su vida es poca cosa.

—Me está ofendiendo.

—Siento que le ofendan las verdades, excelencia. —Alice esbozó una sonrisa, sin un ápice de remordimiento—. Imagino que es de los que mantiene varias amantes.

¿Estaba ella provocándolo a propósito? ¿Acaso se estaba burlando de él? Bastian intentó mirarla a los ojos para adivinarlo, pero le resultó imposible: la luna apenas la iluminaba en ese momento.

—Un caballero soltero puede mantener las amantes que desee —replicó, apretando los dientes con irritación.

—Me apiado de la pobre joven que termine convirtiéndose en su esposa —continuó Alice—. Tendrá que soportar los comentarios de las demás mujeres y los cuchicheos en cada salón. Todo el mundo sabrá que usted mantiene amantes y, aunque ella finja no escucharlos, los rumores dolerán.

—No voy a tener amantes cuando me case.

¿Por qué siquiera le estaba dando explicaciones?

—Muy noble de su parte. —Bastian apretó aún más los dientes al escuchar el retintín en las palabras de Alice—. Entonces, cuando se case, dejará desamparadas a las pobres mujeres que cuentan con su protección.

Bastian se acarició la sien. Le estaba empezando a doler la cabeza. Quizá estaba dormido y aquella era una pesadilla; hasta cerró los ojos para comprobarlo, pero entonces una rama pequeña le golpeó en la nariz. No le hizo daño, pero sí le arrancó un respingo.

—No me tire ramas —se quejó con un resoplido.

—Se me ha caído sola. —Alice esbozó una sonrisa falsamente inocente—. Claro que no me creerá.

—¿Le importa que no la crea?

—¿Acaso debería importarme lo que un hombre que ha tenido amantes durante años y piensa abandonarlas en cuanto se case piense de mí?

Bastian frunció el ceño.

—Ha dicho que avergonzaría a mi mujer si seguía con ellas, y ahora me dice que no debo dejarlas.

—Porque la avergonzaría —señaló.

—¿Y entonces qué debo hacer, según usted?

—No casarse.

—¿Y dejar el título en manos del inútil de mi primo segundo? —Bastian ni siquiera permitió que Alice respondiera—. Confíe en mí, no

pasará.

—Entonces cásese con sus amantes —respondió ella, aunque rápidamente cambió de opinión—. Claro que no puede, porque son varias y está penado. —Negó con la cabeza—. Está en un dilema, duque. Pero se lo merece, por mantenerlas.

Bastian resopló.

—No mantengo a ninguna amante —confesó, sintiendo que necesitaba terminar con aquella conversación tan absurda lo antes posible—. Nunca lo he hecho.

Alice estudió su rostro durante unos instantes, como si estuviera tratando de adivinar si sus palabras eran sinceras, y después rodó los ojos a la vez que miraba hacia el cielo.

—¿Y entonces por qué estamos discutiendo?

—¿Y a mí me lo pregunta? —rebatió Bastian con un pequeño resoplido—. No tengo la menor idea. Es usted quien lo discute todo.

Alice volvió a mirarlo.

—Ha sido usted el que me ha hecho creer que ha mantenido relaciones íntimas con otras mujeres.

—Y las he mantenido —replicó. No era una conversación para tener con una dama; en realidad, nada de lo que habían hablado esa noche lo era. Pero aquella joven conseguía hacerle olvidar cualquier regla y convicción.

—¿Quiere que pierda la cordura? —Alice agitó los brazos en el aire—. Me ha dicho que nunca ha mantenido a una amante. ¿Ha estado casado? ¿Es viudo?

Bastian tuvo que morderse el labio inferior para no echarse a reír. Porque comprendió de golpe lo que estaba ocurriendo: para Alice, la única manera de que un hombre soltero hubiese tenido relaciones íntimas sin mantener formalmente a una amante era que hubiese estado casado. El mundo, tal como ella lo entendía, no contemplaba más opciones.

Porque ella era muy inocente, más de lo que lo eran las jóvenes casaderas que desfilaban cada temporada fingiendo serlo. Alice, en cambio, era completamente real, y precisamente por eso, llamaba tanto su atención.

Y aunque no era lo correcto, no pudo evitar tomarle el pelo.

—No quisiera escandalizarla, milady, pero no es necesario haber estado casado ni mantener a una amante para haber tenido ciertas experiencias.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó con confusión.

—Que uno puede compartir la compañía de una mujer sin comprometerse a nada más.

Alice tardó un instante en comprender sus palabras.

—Eso es propio de libertinos.

—¿Y tener amantes no?

—También —reconoció ella—. Los libertinos no deberían casarse.

—Hay mujeres que opinan que un libertino reformado es el mejor marido posible —dijo Bastian, solo para prolongar la conversación un poco más, aunque no se habría sabido explicar por qué.

—Mi propia tía lo dice. Pero porque para ella un hombre con título tiene perdonado cualquier pecado incluso antes de cometerlo.

—¿Y usted no lo cree?

—Yo creo que los libertinos no se reforman.

—Entiendo. Entonces jamás aceptaría casarse con un hombre con un pasado. Prefiere un hombre que se ha pasado toda su juventud suspirando por el verdadero amor.

Alice entrecerró los ojos. Sabía perfectamente que se estaba burlando de ella, pero lo que más le irritaba no era eso, sino la facilidad con la que conseguía enfurecerla. Apretó los dedos contra la rama sobre la que estaba sentada, obligándose a no reaccionar como una niña contrariada.

—Lo que jamás haría —replicó, alzando apenas la barbilla— sería aceptar una proposición de compromiso de un hombre como usted.

Bastian alzó una ceja.

—Tampoco se la haría.

Alice lo fulminó con la mirada.

Había esperado una réplica ingeniosa, incluso una provocación mayor, pero aquella respuesta seca, inmediata, le pinchó el orgullo más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Nos entendemos perfectamente, entonces —respondió con los labios apretados.

—Eso parece.

El silencio que siguió no fue precisamente cómodo. Alice fingió interesarse por las hojas del árbol; Bastian, abajo, parecía demasiado satisfecho consigo mismo. Finalmente, él alzó la vista otra vez.

—Y ahora, ¿no va a bajar de una vez? Me está empezando a doler el cuello.

Alice se acomodó aún más en la rama.

—No veo necesidad alguna de bajar aún —dijo, balanceando las piernas en el aire—. Márchese al interior, yo regresaré en un rato.

Y, a pesar de que no lo estaba mirando, Alice supo que Bastian no se había movido y que no tenía ninguna intención de hacerlo.

—Primero quiero asegurarme de que está sana y salva en el suelo.

Alice abrió la boca para replicar y se movió hacia el borde de la rama con toda la intención de tener la última palabra.

No la tuvo.

El pie le resbaló sobre la corteza húmeda, sintió el vacío abrirse bajo ella, y por si fuera poco, escuchó el desgarrón inequívoco de su vestido. Fantástico. Si sobrevivía a aquella caída, su tía se encargaría personalmente de rematarla. Ya podía imaginar su expresión de horror, la mano en el pecho y el sermón interminable sobre la impropiedad de trepar árboles como si fuese un muchacho salvaje.

Afortunadamente, Bastian la cogió antes de que llegara a la hierba, con un brazo firme alrededor de su cintura, aunque la cabeza de Alice encontró su hombro con un golpe lo bastante seco como para hacerle ver, durante un instante, una breve oscuridad. Durante un segundo completo no supo muy bien si estaba de pie o tumbada en la hierba.

Aunque luego lo supo demasiado bien.

Estaba en brazos de Bastian. Ella le rodeaba el cuello por puro instinto, y él le sostenía la espalda con el brazo para que no se cayera. Y estaban demasiado cerca. Lo bastante como para notar el calor de su cuerpo a través de la ropa. Lo bastante como para

percibir el leve aroma de su colonia —madera, algo especiado y masculino—. Lo bastante como para ver esa maldita expresión suya, tan fría e inexpresiva como siempre.

Pero había algo diferente en él, algo que Alice percibió al instante. Sus ojos ya no parecían aquellos bloques de hielo con los que solía mirar al mundo. Había fuego en ellos. Un brillo oscuro e intenso que la dejó inmóvil durante un segundo y que consiguió que su pulso se acelerara.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Bastian, en voz muy baja.

—Sí —respondió ella, aunque la palabra salió más ronca de lo que habría querido. Alice carraspeó suavemente, molesta consigo misma. Seguramente era por la caída o por el susto. Desde luego no tenía nada que ver con el hecho de seguir entre sus brazos, con una mano apoyada en su cuello y aquellos ojos mirándola como si pudieran leer pensamientos que ella prefería no tener—. Suélteme —demandó, con algo más de convicción.

—Con mucho gusto —respondió Bastian, a pesar de que no la soltó. Ni siquiera hizo el menor amago de hacerlo. Cuando Alice frunció el ceño, añadió—: La soltaré en cuanto me garantice que no va a marearse.

—Yo nunca me mareo.

—También decía que no caía de los árboles, y mire.

—Es la primera vez que caigo de un árbol y ha sido por su culpa.

—Ya me extrañaba que estuviera tardando tanto en culparme.

Su tono de voz era tranquilo, casi dulce.

Antes de que Alice pudiera responder, Bastian levantó la mano libre y, con una naturalidad que hasta a él mismo le sorprendió, apartó un mechón de cabello que se había escapado del peinado de Alice. A pesar de que sus dedos apenas rozaron la mejilla de la joven, esta no pudo evitar sentir un escalofrío recorrerle la espalda.

Maldito hombre.

—Porque estaba siendo educada —respondió, y de nuevo su voz salió más ronca de lo que pretendía.

Perfecto. Hasta su propia voz había decidido traicionarla.

—Usted no es educada —replicó él—. No se molesta en serlo.

—Con aquellos que se lo merecen, sí.

Alice sostuvo su mirada con toda la dignidad que una mujer podía reunir mientras seguía prácticamente en brazos de un duque. Pero entonces él la miró de una forma diferente. De una manera en la que nunca la había mirado, en la que nunca antes nadie la había mirado. Y por un instante, Alice sintió algo que no supo nombrar, algo que le subía despacio desde el pecho hasta la garganta y que no tenía absolutamente nada que ver con el golpe en la cabeza.

—No quiero seguir discutiendo —dijo él, y esta vez su voz también había perdido parte de su ligereza habitual.

—Entonces déjeme en el suelo y márchese.

Bastian no se movió.

—Tampoco quiero eso.

Lo dijo con una intensidad tan inesperada que Alice tragó saliva.

—¿Y qué es lo que quiere?

Bastian sonrió y acercó su rostro al de ella despacio, como si quisiera darle tiempo para apartarse. Sin embargo, Alice no lo hizo.

Podía sentir su respiración sobre los labios. Podía contar las pestañas de sus ojos. Podía...

Pero un gritito escandalizado hizo que ambos mirasen hacia el camino. Bastian murmuró algo que no era exactamente un juramento, pero se le parecía mucho. Él la soltó y Alice se puso de pie de un solo movimiento, alisándose el vestido destrozado.

—No es lo que parece, tía.

Lady Ashbourne la observaba como si acabara de presenciar el fin de la civilización tal y como la conocía. Permanecía completamente inmóvil; ni siquiera pestañeaba y Alice temió sinceramente que fuese a desmayarse allí mismo. Pero la acompañante de su tía, lady Harrington, no parecía compartir aquella preocupación. Al contrario, sonreía.

—Llevo veinte años organizando estas fiestas —declaró con absoluta satisfacción—, y nunca falla. Siempre hay un buen escándalo que las vuelve inolvidables. Querida, no podría estar más encantada.

—Lady Harrington, le aseguro que esto no...

Sin embargo, Alice no pudo terminar.

Porque su tía reaccionó por fin, recuperando de golpe toda su capacidad de escándalo. La agarró del brazo con una fuerza sorprendente para una mujer de su tamaño.

—Ni una palabra.

—Pero... —comenzó Alice.

—Ni. Una. Palabra.

Y, con la dignidad furiosa de una general retirándose del campo de batalla, Lady Ashbourne arrastró a su sobrina hacia la calesa.

Capítulo 15

—Una proposición de matrimonio es la única opción para salvarla del desastre —dijo lady Ashford con las mejillas rojas mientras se abanicaba.

—No voy a casarme con él, tía.

—No tienes otra opción —replicó con severidad—. Estabais… estabais… —Su tía ni siquiera era capaz de terminar la frase.

Alice suspiró. ¿Por qué su tía tenía que ser tan dramática?

—No estábamos haciendo nada indecoroso. Yo estaba subida a un árbol, me caí y él me cogió en brazos.

En realidad, habían estado a punto de hacerlo. Porque el duque Weston iba a besarla. Alice lo había visto en el fuego de su mirada, en la forma en la que se había inclinado hacia ella. Y la peor parte de todas era que ella le habría dejado hacerlo, porque lo había anhelado, y aún seguía haciéndolo.

Sin embargo, eso era algo que su tía Augusta no sabía. Y que ella prefería no pensar.

—Por la Virgen María. —Su tía se levantó de la silla en la que era incapaz de seguir sentada—. ¡Hasta te has desgarrado el vestido! —La señaló con el abanico.

—Eso ha sido por culpa de una rama. Solo hay que coserlo, no es para tanto.

—No es por el vestido. Se te veía la pierna.

Alice apoyó la espalda en la silla en la que estaba sentada y echó la cabeza atrás, exhalando un suspiro cansado.

—Solo nos iluminaba la luna, tía, y me arrastraste hasta el carruaje y me metiste dentro antes de que nadie más pudiese percatarse.

—A estas alturas, todos en esa fiesta sabrán lo que ha pasado. —Lady Ashford caminaba de un lado a otro, abanicándose—. ¡Y antes del amanecer, todo Londres!

Alice se incorporó para mirar a su tía.

—Si me hubieses dejado quedarme unos instantes más, habría convencido a lady Harrington de mantener la discreción.

—No seas incrédula. No había nada que pudiésemos hacer para evitar que lo contase.

—Es una chismosa.

—La mayor chismosa de Londres —le corrigió su tía. Se volvió hacia su sobrino con el abanico en alto como si fuese un arma—. Dominic, tienes que asegurarte de que el duque le pida matrimonio —dijo, mirando a su sobrino.

Dominic no respondió de inmediato. Estaba recostado en el sillón de su despacho, con los dedos entrelazados sobre el escritorio y la expresión de quien lleva un rato escuchando y todavía no ha decidido qué piensa. No había acudido al baile, pero, por fortuna, estaba en casa cuando su tía cruzó la puerta llamándolo a toda voz, seguida de Alice, que suspiraba e intentaba tranquilizarla.

—El duque de Weston es un hombre honorable —respondió Dominic— . Él...

—No lo es —le interrumpió Alice, provocando que dos pares de ojos se fijasen en ella.

—¿Él te ha hecho daño? ¿Te ha obligado a algo que no querías? —le preguntó su hermano, alterándose por primera vez esa noche.

—No, claro que no —aclaró Alice con rapidez—. No me refería a ese tipo de honor. Es un necio, un libertino y un…

—Será un buen marido —la interrumpió su tía, dando un paso hacia adelante y colocándose a su lado—. Aunque ha sido un escándalo, una rápida pedida de compromiso lo solucionará de momento.

—No pienso comprometerme con él —repitió Alice, cruzando los brazos por encima de su pecho.

Ni con él ni con nadie.

Y, desde luego, no porque la sociedad hubiera decidido que casi besar a un hombre bajo un árbol equivalía a firmar un contrato matrimonial.

Sí, Bastian era atractivo. Sí, había estado a punto de besarla. Y sí —aunque preferiría lanzarse de nuevo desde aquel árbol antes que admitirlo en voz alta—, una parte muy poco razonable de ella no

se había opuesto en absoluto. Pero de ahí a casarse con él había una distancia considerable.

Una enorme, absurda y necesaria distancia.

Porque Bastian era arrogante, insoportable y tenía esa exasperante costumbre de mirarla como si pudiera desmontarla con una sola frase.

—Mañana, a primera hora, haré que le llegue una carta para que venga aquí —decidió Dominic, apoyando los codos sobre su escritorio de caoba—. Hablaré con él.

—Y si no acepta... ¿qué vas a hacer? —Alice arqueó una ceja hacia su hermano—. ¿Retarle a un duelo?

—No. Si no es el hombre de honor que creo y no acepta las consecuencias de mancillar tu honor, entonces tú lograrás lo que parece que siempre has deseado.

—¿Y qué es eso?

—Convertirte en una solterona que vive en el campo.

Alice no respondió.

En ese instante se dio cuenta de que estaba en apuros. Porque si Bastian la rechazaba, regresaría a Yorkshire al día siguiente e Ingrid quedaría sin quien la buscase. Pero si aceptaba… si aceptaba, tendría exactamente lo que las gemelas le habían dicho que necesitaba: un hombre con título, con nombre, con la reputación suficiente para abrir cualquier puerta y cerrar cualquier rumor. Alguien que pudiese acompañarla a Lambeth sin que nadie preguntase demasiado.

No era el plan que habría elegido. Bastian era lo último que habría elegido para un falso compromiso. Pero el destino, con su habitual falta de consideración, lo había puesto como única opción.

Y, en ese momento, Alice tomó una decisión.

Bastian se comprometería con ella. Y si tenía que obligarlo, lo haría.

Capítulo 16

Cuando Dominic Thorne le envió una nota a primeras horas de la mañana pidiéndole que acudiera a su casa con la mayor discreción posible, Bastian estuvo convencido de que aquello solo podía significar una cosa: un duelo.

Teniendo en cuenta la situación tan comprometida en la que los habían encontrado a Alice y a él la noche anterior en el baile, no le sorprendió.

Por eso, mientras esperaba en el salón principal de los Thorne, de pie junto a la chimenea y con una taza de té intacta frente a él —porque nadie debería beber té antes de saber si iba a ser retado a muerte—, Bastian repasaba mentalmente si prefería pistolas o espadas.

Las pistolas le parecían más rápidas. Las espadas, en cambio, ofrecían más oportunidades para arrepentirse. Aunque, conociendo a Dominic, probablemente elegiría algo mucho menos elegante y mucho más personal. Como, tal vez, golpearlo él mismo.

Y, siendo honestos, esa opción le parecía incluso más digna. Al menos así podría defenderse sin la absurda formalidad de diez pasos, testigos solemnes y reglas ridículas sobre el honor. Un buen golpe en la mandíbula tenía algo mucho más sincero.

Desvió la mirada hacia el gran reloj del salón. Dominic se estaba tomando demasiado tiempo, y a Bastian nunca le había gustado demasiado que lo hiciesen esperar.

Aquella mañana, estaba especialmente impaciente y, aunque no quería detenerse demasiado en ello, también más inquieto de lo habitual. No era por las posibles consecuencias de lo ocurrido la noche anterior, ya que Bastian era un hombre valiente. No le preocupaba demasiado ni Dominic, ni su enfado, ni siquiera la posibilidad, bastante real, de acabar con un puñetazo bien merecido.

Lo que realmente le incomodaba era otra cosa.

Había estado a punto de besar a Alice Thorne. Lo había deseado. Y lo que de verdad le irritaba —con una intensidad que encontraba completamente desproporcionada— era que lo hubieran interrumpido justo antes de hacerlo.

Llevaba toda la mañana diciéndose que era un impulso sin importancia, el tipo de cosa que ocurre cuando hay luna llena y una mujer de espíritu combativo cae encima de uno desde un árbol. Nada más. Pero entonces recordaba cómo ella se había quedado en silencio cuando él le apartó el mechón de la cara, y la explicación se deshacía antes de terminar de formularla.

No podía seguir dándole vueltas a ese pensamiento. No traería nada bueno. Necesitaba distraerse.

Por eso, se levantó del sillón y decidió salir al pasillo.

En el corredor de la planta baja reinaba la tranquilidad, aunque Bastian podía escuchar a lo lejos el murmullo de voces y el trajín del servicio. Necesitaba moverse, pero no había dado ni dos pasos cuando, de pronto, una mano lo sujetó por la muñeca y, antes de que pudiera reaccionar, tiró de él con decisión hacia una puerta lateral que no había notado hasta ese momento.

Bastian escuchó cómo la puerta se cerraba a su espalda mientras recorría la estancia con una rápida mirada. El espacio era reducido; parecía un pequeño cuarto de costura o de almacenaje, con una pequeña ventana desde la que entraba la luz del sol. Había estanterías estrechas, una mesa auxiliar y varias cajas cuidadosamente apiladas.

Supo quién lo había arrastrado hasta allí sin necesidad siquiera de alzar la vista. Porque aquel aroma a rosas, suave y envolvente, era ya peligrosamente inconfundible para Bastian.

Alice estaba frente a él, con el cabello rubio recogido en un moño del que escapaban algunos mechones rebeldes, y un vestido amarillo salpicado de pequeñas flores que, para irritación de Bastian, le sentaba demasiado bien. ¿Por qué el amarillo le favorecía tanto?

Ella seguía sujetándole la mano. Bastian nunca había sido demasiado amigo del contacto ajeno, pero le gustaba sentir la suavidad y el calor de la piel de Alice contrastando con la suya.

Sus ojos descendieron hasta sus manos entrelazadas. Los de Alice hicieron lo mismo, como si acabara de reparar en ello por primera vez. Después, ella apartó la mano de la suya con rapidez, como si el contacto le hubiera quemado la piel.

Aquello no le gustó. La necesidad de tomar de nuevo su mano fue tan inmediata como inesperada, y Bastian eligió deliberadamente no darle más vueltas a ese pensamiento.

—¿No cree que esto es un poco indecoroso? —preguntó Bastian con una sonrisa involuntaria.

Alice se encogió de hombros.

—Quería hablar con usted.

—Eso ya lo había deducido, teniendo en cuenta que prácticamente me ha secuestrado. Pero no estoy seguro de que sea lo más conveniente después de lo de anoche, especialmente cuando su hermano me ha citado esta mañana y sospecho que no es precisamente para invitarme a desayunar.

Alice frunció el ceño.

—Yo no le he secuestrado.

—¿Ah, no?

—No. Tan solo le he invitado a tener una conversación más... —Alice tiró de su labio inferior, buscando la palabra correcta— discreta.

—Para que sea una invitación debería usted haberme preguntado si quería tener esa conversación, y no lo ha hecho.

Alice cruzó los brazos y preguntó con impaciencia:

—Bastian, ¿quiere usted hablar conmigo?

—¿Acaso tengo ahora otra opción? —preguntó, apoyándose sobre la pared mientras una sonrisa involuntaria adornaba sus labios.

—Se lo estoy preguntando.

—Pero lo está haciendo demasiado tarde. Debería habérmelo preguntado en el pasillo, no ahora que ya estamos encerrados.

—¿Qué más da cuándo? —Bastian fue a responder, pero Alice habló antes de que él pudiera hacerlo—. ¿Sabe qué? No importa. Siempre me hace perder el tiempo y debemos darnos prisa. —Descruzó los brazos y bajó la voz—. Mi hermano va a darse cuenta

que no esta donde debería. Debe usted aceptar la propuesta de compromiso.

La sonrisa burlona de Bastian desapareció y la miró, confundido.

—¿Qué?

—Mi hermano le va a exigir que se case conmigo por lo que sucedió anoche, y usted le dirá que sí.

—¿Cómo sabe que es eso lo que me va a decir? —preguntó Bastian, confundido.

—Porque me lo ha dicho él. ¿Y además qué otra cosa querría hablar con usted después de lo de anoche? ¿Creía que le había citado aquí para tomar el té y discutir sobre los colores de moda esta temporada?

Bastian entrecerró los ojos.

—No sea condescendiente.

—No lo soy, es usted el que parece que no está centrado.

Él suspiró. Aquella joven era insufrible. E irresistible. Por Dios, quería besar esos labios.

—Estaba convencido de que su hermano me había citado para darme un escarmiento.

—¿Y no lo es el matrimonio?

Bastian miró a Alice durante unos instantes.

—Es la primera vez que estoy de acuerdo con usted —confesó —. ¿Y quiere casarse conmigo?

—Por supuesto que no —respondió ella, airada.

—Pero lo hará, porque su reputación se ha visto comprometida —dijo en voz alta, aunque en realidad estaba pensando para sí mismo.

Había estado demasiado ocupado toda la noche pensando en aquellos labios, en el cuerpo de ella entre sus brazos, como para reparar en lo que los rumores que lady Harrington ya habría esparcido le ocasionarían.

—Mi reputación no me importa en absoluto —murmuró Alice, resoplando—. Y no me voy a casar con usted, no diga sandeces.

Bastian se irguió lentamente, separándose de la pared. Observó a la joven mientras se frotaba los ojos, confundido. Como siempre le

ocurría cuando estaba con lady Alice, no estaba entendiendo nada.

—Pero si acaba de ordenarme que debo aceptar la propuesta que su hermano me hará.

—Yo no le he ordenado nada —rebatió, poniéndose de brazos en jarras—. No doy órdenes. Yo pido las cosas con educación.

Bastian soltó una carcajada, convencido de que bromeaba, pero la manera en que ella lo miró dejó claro que no era así.

—Lady Alice, tiene usted un concepto muy equivocado de sí misma.

Ella frunció el ceño, abrió la boca para responder, pero, en el último momento, decidió no hacerlo.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo, mirándolo fijamente.

Y Bastian no podía estar más de acuerdo. Estaban perdiendo el tiempo discutiendo cuando podría tirar todo lo que había sobre la mesa, tumbarla encima y…

—¿Me está escuchando? —le preguntó ella, sacándole de sus ensoñaciones.

No. No la estaba escuchando lo más mínimo.

—Sí.

Alice frunció el ceño. No le creía en absoluto.

—Como acabo de decirle —recalcó con cansancio—, no vamos a casarnos, vamos a comprometernos.

Bastian la conocía lo suficiente para saber que aquello era uno de sus enredos.

—¿No terminan los compromisos en boda, lady Alice?

—Este no.

—¿Sabe que si nos comprometemos y rompemos su reputación seguirá inevitablemente destruida?

—Como le he dicho, no me importa mi reputación —dijo, e hizo una pausa—. Mire, no puedo explicarle ahora todo con detalle, no tenemos tiempo. —Dio un pequeño paso hacia él y bajó aún más la voz, como si temiera que pudieran escucharla—. Si acepté venir a Londres no fue para buscar marido, ni disfrutar de la temporada —entornó los ojos, como si no pudiera comprender cómo alguien pudiera disfrutar de ninguna de esas dos cosas, y, por primera vez, Bastian coincidía plenamente con ella—, sino para buscar a mi amiga

Ingrid. Ella es institutriz y ha desaparecido. He averiguado que lo último que se sabe de ella es que trabajó de lavandera en Lambeth. No puedo ir sola a preguntar allí, el decoro no lo permite, pero con un prometido, y más siendo un duque, no habrá problemas.

—¿Y ese prometido debo ser yo? —preguntó Bastian, perplejo.

—No me queda otra opción. —Alice exhaló un suspiro, hundiendo los hombros—. Después de lo de anoche, mi hermano me enviará de regreso al campo si no nos comprometemos.

—Acallar el rumor será difícil, sí. Pero soy un hombre con influencia, y su hermano también la tiene. Entre los dos podríamos restablecer su reputación sin necesidad de llegar al compromiso. Y puedo convencerle de que no la mande a Yorkshire, de que la deje disfrutar de la temporada.

—¿Y volver a la decena de pretendientes llamando a mi puerta cada mañana?

—¿Decenas?

—En realidad, eso los días más flojos.

Alice no lo dijo con altanería, sino más bien como si fuera una molestia.

Y, aun así, Bastian sintió una punzada de celos. ¿Celos? No, él no sentía celos. Ni siquiera los había sentido cuando… No, él se negaba a pensar en ella en esos momentos, ni en ninguno.

Aquella mujer formaba parte de su pasado.

—¿Y eso no le agrada? —preguntó Bastian.

Alice lo miró como si no comprendiera su pregunta.

—Como le he dicho, no quiero casarme, ni con usted ni con nadie. Mi tía me obliga a atenderlos y me hacen perder el tiempo y que no pueda encontrar a Ingrid. Y no, ninguno de ellos sirve para comprometerme falsamente.

—¿Y yo sí?

—Usted no quiere casarse. Así que no me pondrá problemas cuando yo encuentre a Ingrid y dé el compromiso por acabado. Volveré a Yorkshire y usted seguirá soltero.

—¿Y qué gano yo si acepto?

—Mi hermano me ha dicho que es un caballero de honor.

—Lo soy. Por supuesto que lo soy.

—Si no acepta casarse conmigo, aunque acalle los rumores de lo que sucedió ayer, habrá un nuevo rumor. —Alice esbozó una sonrisa—. ¿Quiere saber cuál será?

Bastian hizo una mueca.

—No, pero me lo dirá igual.

—Que es un sinvergüenza que pone en aprietos a las damas sin asumir las consecuencias.

Ella estaba intentando manipularlo.

—Y si acepto, quedaré como un hombre al que abandonan.

—Su ego podrá superarlo —señaló Alice—. Además, esta temporada las madres casaderas le dejarán en paz. Y cuando desee encontrar esposa, le aseguro que encontrará una que aprecie que me permitiese romper el compromiso, aunque estaba en su derecho de no hacerlo. Y esa dama merecerá la pena.

—Déjeme ver si lo he entendido bien —murmuró, llevándose una mano al mentón—. Gracias a que usted romperá conmigo, en el futuro aparecerá la esposa perfecta, bella, sensata y, además, profundamente agradecida por haber permitido que me abandonaran en público.

—Sí.

Bastian se preguntó si ella era consciente de las necedades que estaba diciendo. Llegó a la conclusión de que probablemente sí, pero le daba lo mismo. Lady Alice estaba decidida. Su amiga debía importarle mucho.

—Entonces... ¿acepta o no? —preguntó Alice con impaciencia.

Bastian la observó en silencio.

Con los brazos cruzados, el ceño apenas fruncido y aquella impaciencia brillándole en los ojos verdes, Alice parecía esperar que aceptara como si le estuviera proponiendo un simple paseo por el jardín y no un compromiso falso que podía convertirse en el escándalo más sonado de toda la historia de Londres.

Era absurdo e imprudente. Y, probablemente, una pésima idea. Cualquier hombre sensato se habría negado en ese mismo instante. Y Bastian se consideraba, por norma general, un hombre sensato.

Pero Alice Thorne tenía la irritante costumbre de hacerle cuestionar todas sus buenas decisiones.

Capítulo 17

Alice esperó una respuesta que solo concebía válida si era afirmativa. ¿Cómo iba a rechazarla? Al fin y al cabo, le había propuesto un trato justo y muy beneficioso para los dos. Sin embargo, él la miraba como si hubiese perdido la cordura, con ese brillo en los ojos que ella no sabía identificar y que, ahora que caía en la cuenta, solía aparecer cada vez que la miraba.

Fue a abrir la boca para meterle prisa, porque la paciencia no figuraba entre sus virtudes, cuando la puerta se abrió de golpe.

Su hermano estaba al otro lado, observándolos con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiese creer lo que estaba viendo.

Alice pensó que quizá no había sido su mejor idea encerrarse en el cuarto de costura con el duque. Aunque tampoco había muchos lugares en aquella casa donde una conversación pudiese mantenerse fuera de los oídos del servicio.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó Dominic cuando logró encontrar su voz.

Antes de que Bastian pudiese responder, Alice corrió hacia su hermano y le dio un rápido abrazo.

Dominic frunció el ceño. Su hermana no le abrazaba desde que era una niña muy pequeña.

—No te lo vas a creer —dijo, con una amplia sonrisa, separándose de Dominic—. Bastian ha hincado la rodilla y me ha pedido matrimonio.

Dominic estrechó los ojos.

—¿En el cuarto de costura?

Alice asintió.

—¿No te parece de lo más romántico?

—No —respondió su hermano.

No obstante, aquella actitud reacia de Dominic no fue suficiente para que Alice se echara hacia atrás y siguió con su amplia y falsa

sonrisa en los labios. Escuchaba tras ella la respiración del duque, pero no se volvió a mirarlo. En ese momento, no necesitaba distracciones.

—Pues para mí lo es —continuó—. ¿Te acuerdas de que siempre le pedía a nuestra madre que me contase una y otra vez el cuento de la princesa costurera que ella misma se inventó? —No esperó a que Dominic respondiese—. En el cuento, el príncipe le pedía matrimonio en el cuarto de costura. Yo se lo conté a Bastian anoche y él me ha dado esta sorpresa.

—Alice, odiabas los cuentos; sobre todo, los de princesas. Siempre le decías a madre que te contase historias de heroínas. Y, cuando te contaba la de Emily, le pedías que se saltase la parte en que se reencontraba con su amado.

Alice se maldijo internamente. ¿Por qué tenía que recordar él eso?

—Pues ese me gustaba —insistió ella.

Dominic negó con la cabeza.

—Tu hermana dice la verdad, Dominic —dijo Bastian, hablando por primera vez, lo cual le arrancó a Alice una sorpresa que procuró no demostrar—. Y lo único que importa es que ella me ha hecho el hombre más feliz de Inglaterra al decirme que sí.

—Del planeta —recalcó Alice.

—¿Cómo? —preguntó Bastian, ladeando la cabeza para mirarla.

—Que le he hecho el hombre más feliz del planeta al aceptar su proposición.

Bastian la miró un instante con esa expresión suya que Alice nunca sabía descifrar. Y entonces hizo algo que ella no esperaba en absoluto. Se acercó despacio, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Del planeta —repitió él, en voz baja, sin apartar los ojos de los suyos—. Tiene usted razón, me he quedado corto.

Alice sintió el calor de sus labios directamente sobre su piel y tuvo que recordarse a sí misma que su hermano estaba a dos pasos y que aquello era una farsa. Ambas cosas le resultaron considerablemente más difíciles de recordar de lo que habrían debido.

—Weston, tú y yo tenemos que hablar en mi despacho —dijo Dominic, mirándoles con recelo.

—No tenéis nada de qué hablar, hermano. Ya está todo arreglado.

—Estáis comprometidos, pero debo hablar con Weston de tu dote.

—No será necesaria —dijo Bastian—. Puede quedársela Alice y usarla para lo que ella considere. Soy más que capaz de mantenerla a ella y a nuestros futuros hijos sin necesidad de la dote.

Alice sintió que le hervía la sangre. Era una farsa, sí. Ella lo sabía y él lo sabía. Pero había algo insoportablemente presumido en la manera en que Bastian hablaba de mantenerla, de sus futuros hijos, de su dinero, como si ya hubiera decidido cómo iba a ser todo sin molestarse en preguntarle a ella.

Su opinión también contaba, aunque fuera de mentira.

—No es necesario que me mantenga, excelencia —dijo, sin poder evitar ponerse a la defensiva—, ni que rechace una dote que le pertenece.

—¿Y cómo piensa pagar sus necesidades? ¿Trabajando? —preguntó Bastian, sin terminar de entender el enfado de la joven.

Alice, que en ese momento reparó en que seguían con las manos entrelazadas, la retiró de golpe.

—Soy más que capaz de ganar mi propio dinero.

No, ella no lo era. No había sido educada para ello.

—¿Trabajando en qué? —insistió Bastian.

Había un retintín en su voz que la irritó aún más. Se llevó las manos a las caderas y alzó la barbilla.

—Puedo ser institutriz o dar clases de pianoforte.

—Tú no sabes tocar el pianoforte —le recordó su hermano, aunque ninguno de los dos le estaba haciendo el menor caso.

—Mi mujer, la duquesa de Weston, no va a trabajar de institutriz ni de profesora —dijo Bastian con severidad—. No diga sandeces.

—No digo sandeces. Solo estoy diciendo que soy capaz de mantenerme. Trabajaré de lo que haga falta; así no tendrá que volver a echarme en cara que tiene que mantenerme.

—Por todos los santos, mujer —Bastian resopló—. No estoy echándole en cara nada. Todo lo mío será también de mi esposa.

—¿Y entonces por qué no quiere coger la dote? ¿No considera que lo de su esposa debe ser también de los dos? ¿O simplemente es por orgullo?

—Por los clavos de Cristo, me está volviendo loco.

Dominic carraspeó con fuerza antes de que Alice pudiese responder, recordándoles a ambos que seguía allí.

Los dos se volvieron hacia él.

—Las parejas suelen discutir después de casarse —dijo Dominic.

Por la expresión en su rostro, Alice no sabía adivinar si su hermano se estaba divirtiendo o si, por el contrario, estaba molesto. Tal vez ambas cosas.

—Son los nervios. —Alice esbozó una sonrisa que esperaba que pareciese tierna—. La gente enamorada discute sin necesidad de estar casados. ¿A que sí, querido?

Bastian la miró. Tenía esa sonrisa, esa sonrisa falsa y perfecta que, de algún modo, le resultaba igual de devastadora que las reales, y por un instante completo se le fue completamente el hilo de lo que se suponía que tenía que decir.

El tacón de Alice aterrizó sobre su pie. ¿Por qué tenía que ser tan impaciente y bruta?

—Así es —dijo, tratando de fingir que no acababa de recibir un pisotón—. Exactamente como ella dice.

Dominic los observó durante unos segundos. Era evidente que no se creía nada de lo que estaba sucediendo, pero también llegó a la rápida conclusión de que no le compensaba discutirlo. A esas alturas, había aprendido que, cuando se trataba de su hermana, había cosas que, por su propia salud y tranquilidad, era mejor no saber.

—Bien —dijo al fin—. Entonces, cuanto antes sea la boda, mejor. Puedo conseguir una licencia especial. En dos días, podríais estar casados.

Alice abrió mucho los ojos. ¿Cómo que dos días? ¿Desde cuándo su hermano tenía tanta prisa por casarla? Puede que no

entendiese mucho de esos menesteres, pero ella había pensado que tendría unos meses de noviazgo.

—No —dijo, tratando de no entrar en pánico.

—Alice…

—He dicho que no —repitió con seriedad, negándose a dejar que su hermano siguiera hablando—. Quiero un compromiso como es debido, Dominic. Quiero esperar a que se lean las amonestaciones. Quiero una iglesia llena de invitados y un banquete preparado con tiempo. Quiero lo que otras novias tienen.

La mentira se le deslizó de la boca con más dificultad de lo esperado. Porque, si algún día, en el hipotético e improbable caso de que decidiese casarse, lo último que querría sería una iglesia llena de gente y un banquete interminable. Una dispensa especial, los familiares justos y una mesa pequeña era todo cuanto habría pedido. Odiaba la parafernalia de las bodas. Siempre le había parecido una pérdida de tiempo y dinero. Pero Dominic no tenía por qué saber eso.

Era lo que deseaban la mayoría de jóvenes casaderas y esperaba que su hermano aceptase por válida su mentira. Alice necesitaba más tiempo que dos o tres días.

Dominic la miró un momento largo. Luego miró a Bastian, que sabiamente, no dijo nada.

—De acuerdo —cedió Dominic con un suspiro—. Pero entonces, esta misma mañana tenéis que dejaros ver juntos, que todo Londres sepa que estáis comprometidos.

—¿Esta mañana? —repitió Alice.

—Esta mañana. —Dominic no dejaba margen—. Un paseo por Bond Street. Es la hora en que todo el mundo hace sus recados. Para mediodía, no habrá en la ciudad quien no sepa que los rumores de lo que sucedió ayer han terminado en un compromiso.

—¿Y no puede ser mañana? —preguntó Alice.

—Por supuesto que no —se negó Dominic—. Hoy se creerán vuestra historia de amor —dijo con un retintín que a Alice no se le pasó desapercibido—, pero mañana creerán que Bastian ha aceptado casarse contigo obligado o por pena.

—¿Por pena? —Alice cruzó los brazos—. Prefiero que piensen que soy una furcia a que doy pena.

—Alice —le advirtió Dominic.

—Daremos ese paseo —intervino Bastian antes de que Alice lo estropeara todo—. ¿No le parece una buena idea, prometida?

—Lo estoy deseando —respondió ella con una sonrisa—. Pero antes, si me permite, debo cambiarme. Este vestido no es apropiado para dar un paseo.

Bastian asintió.

—Iré a buscar a mi madre. Estoy seguro de que estará encantada de acompañarnos. Quizá deberías avisar a tu tía, Dominic.

—Seguimos teniendo mucho de qué hablar.

Bastian no tenía la menor gana de quedarse a solas con Dominic. Porque aquello era un disparate y, para su desgracia, Dominic era lo suficientemente inteligente para darse cuenta. Aunque, claro, tampoco hacía falta demasiada inteligencia o astucia para ver que la idea de ese compromiso hacía aguas por todas partes.

—Tendrá que ser en otro momento —dijo. Le tomó la mano a Alice y le besó el dorso con calma—. Volveré en un rato.

Alice sonrió.

—Estaré preparada.

Capítulo 18

Bond Street a media mañana era exactamente lo que Dominic había prometido: un escaparate. Los carruajes avanzaban despacio entre el gentío, y cada diez pasos había alguien conocido a quien saludar, una sombrerera a la que fingir que se miraba con interés o un caballero que inclinaba la cabeza con una expresión que decía claramente que ya había oído algo y que estaba decidido a ver con sus propios ojos si era cierto.

Alice caminaba del brazo de Bastian con la espalda recta y la sonrisa justa. Detrás de ellos, a una distancia que garantizaba la decencia sin impedir que se escuchase cada palabra, lady Weston y lady Ashford avanzaban en tándem con miradas de felicidad.

Ambas estaban encantadas.

—¿Le ha dicho la verdad a su madre? —preguntó Alice, en voz baja, sin dejar de mirar al frente.

—No.

—Se va a disgustar cuando lo descubra.

Bastian se encogió de hombros.

—Lo superará.

Alice frunció el ceño.

—¿Y cuándo piensa decírselo?

—Cuando termine todo esto. —Bastian saludó con una inclinación a un caballero que los miraba desde la acera de enfrente con interés apenas disimulado—. Además, hay un lado positivo que usted no está considerando.

—¿Cuál?

—Que, mientras mi madre me crea comprometido, dejará de invitar a jóvenes casaderas a cada cena y de organizar excursiones al campo con familias que resultan tener hijas en edad de merecer. Llevaba toda la temporada perfeccionando esa táctica. —Hizo una pausa—. Usted me ha dado un respiro considerable, lady Alice.

Alice lo miró de reojo.

—Entonces la mala de esta historia soy yo.

—No he dicho eso.

—No hace falta. Su madre creerá que nos comprometemos, se ilusionará, y cuando todo esto termine y no haya boda, la culpa recaerá sobre mí. A sus ojos, seré la joven que le rompió el corazón a su hijo. —Se alisó la falda del vestido a la vez que chasqueaba la lengua—. Estupendo.

Bastian no comprendía del todo cuál era el problema. ¿Acaso no era lo que ella misma le había dicho horas antes?

—¿Se está echando atrás? —preguntó.

—No. —Alice no dudó a la hora de responder—. Pero me parece que su madre debería saber la verdad.

—¿Y su tía no merece saber también la verdad?

—Mi tía no se tomará el engaño a bien. Se lo contará a mi hermano y, antes de que me dé cuenta, estaré metida en un carruaje camino de Yorkshire.

—¿Y por qué cree que mi madre aceptará la farsa?

Era una buena pregunta. Alice apenas había cruzado unas palabras con la duquesa viuda, pero le habían bastado para darse cuenta de que era una mujer inteligente y de buen carácter. Además, le agradaba.

—Usted no es una hija casadera. Su reputación no corre ningún riesgo. —Hizo una pausa—. ¿O cree que le pedirá que rompa el compromiso?

Bastian ladeó la cabeza, luciendo reflexivo durante un instante.

—No. Probablemente, le parezca bien.

—¿Porque los caballeros ayudan a las damas?

—Porque pensará que hay posibilidades de que acabe convirtiéndose en algo real.

—Entonces es mejor no contarle nada —decidió Alice—. Así no se hará falsas ilusiones.

—¿No se las está haciendo ya? —dijo él con una sonrisa pícara.

—Puedo buscarle una dama con la que reemplazarme.

—Así que ahora es una casamentera.

—En los bailes se conocen jóvenes…

—No es necesario —le cortó Bastian—. Ya le he dicho que no voy a casarme esta temporada.

Caminaron en silencio durante unos pasos. Una sombrerera los observó pasar desde su escaparate con los ojos muy abiertos. Alice sonrió hacia ningún lado con la expresión de una joven enamorada; o eso era lo que creía ella.

—Hay algo que tenemos que aclarar.

—Ingrid —dijo él, antes de que pudiera continuar.

Alice lo miró.

—¿Cómo sabe que iba a mencionar a mi amiga?

—Porque lleva usted pensando en ello desde que salimos de la casa. Lo noto en cómo camina.

—¿En cómo camino?

—Cuando está pensando en algo que le preocupa, acelera el paso. Ahora mismo lleva un paso y medio de ventaja sobre donde debería estar.

Ella miró por el rabillo del ojo tras de sí y vio cómo su tía y la madre de Bastian se esforzaban por seguirlos. Disminuyó el paso.

—¿Por qué no me ha avisado de que iba demasiado rápido? —se quejó.

—¿Por qué debería hacerlo? —cuestionó Bastian—. No me molesta.

Alice puso los ojos en blanco. Aquel hombre era desesperante.

—Por la salud de su madre y de mi tía. Mírelas —las señaló con un movimiento de cabeza—; ambas están rojas como un tomate por seguirnos el ritmo. Les podría haber dado un síncope.

Y su tía no se había traído el abanico. Ni siquiera se podía abanicar la pobre.

—Pero sería su culpa, no la mía —puntualizó Bastian.

Alice fue a contestar, indignada por la poca consideración del duque, pero vio que la comisura de su labio inferior se curvaba.

—Se está burlando de mí —dijo ella, con la voz enfadada, aunque sus ojos estaban alegres.

—Jamás me atrevería. Es capaz de quitarse un zapato y lanzármelo.

—Yo no… —Se calló cuando recordó que el día anterior le había lanzado una rama—. De todas maneras, eso no importa ahora —dijo, cambiando de tema. Debía centrarse en lo verdaderamente importante—. Antes no he podido contarle en detalle lo que le ha sucedido a mi amiga; permítame que lo haga ahora —comenzó, reconduciendo la conversación.

Alice no esperó a que él le diese permiso y, durante unos minutos, le contó todo lo que sabía hasta ese momento de Ingrid.

Bastian la escuchó con atención sin dejar de caminar, mientras a su alrededor los miembros de la alta sociedad los observaban pasar, unos con curiosidad y otros con algo que se parecía demasiado a la envidia, pero todos con el cuchicheo discreto de quien ya tiene algo que contar en su próxima visita.

—Es usted una buena amiga —murmuró Bastian cuando Alice terminó—. Otra joven no se habría preocupado por alguien de una posición tan inferior a la suya.

Alice no se ofendió porque comprendió que él no pretendía ser cruel. Se limitaba a constatar un hecho.

—Ingrid ha sido una buena amiga para mí. Su procedencia me importa bien poco. Ella me necesita y haré lo que sea necesario para encontrarla.

—¿Ha pensado que quizá no quiere que la encuentre?

—Eso es una necedad. ¿Por qué no iba a querer?

Bastian se encogió de hombros.

—Puede sentirse avergonzada por haber perdido su empleo o, simplemente, no quiere que usted se vea obligada a ayudarla.

Alice tuvo que reconocer que él tenía parte de razón.

—Pues tendrá que superarlo. No pienso parar hasta encontrarla.

Bastian no tuvo la menor duda de que lo haría.

—¿Ha denunciado a los condes de Haverstock?

—¿Serviría de algo?

—No, no lo haría —respondió Bastian con su habitual sinceridad. Eso era algo que Alice valoraba de él—. ¿Y ha tomado alguna medida contra ellos?

—No. —Alice frunció el ceño—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque antes de embarcarme en este barco… —comenzó él.

Alice se detuvo y lo miró.

—No tenemos que ir en barco. Hay que cruzar el río, sí, pero existe el puente de Westminster para eso.

Bastian parpadeó y, después, hizo una mueca.

—Era una expresión —le aclaró.

Alice resopló.

—Pues vaya expresión más confusa.

—Es una expresión perfectamente común.

—Pues a mí me ha confundido, lo cual demuestra que no lo es tanto. —Le lanzó una mirada de suficiencia—. La próxima vez, hable con propiedad, excelencia —dijo ella, comenzando a caminar de nuevo.

—Ya hablo con propiedad —replicó él—. De todas formas, lo que estaba intentando decirle antes de que me interrumpiese…

—Yo nunca interrumpo. —Alice lo miró, ofendida—. Es de mala educación.

Bastian abrió la boca y, después, la cerró. ¿Cómo podía ser tan descarada? Sin embargo, decidió que era una batalla que no tenía ningún sentido librar en mitad de Bond Street.

—Como iba diciendo —continuó, con una paciencia que él mismo encontró admirable—, necesito saber si los condes podrían estar resentidos con usted por haber tomado alguna represalia contra ellos.

—Si fuera por mí, les quemaría la casa, con ambos dentro. —Bastian la creía perfectamente capaz—, pero no soy una delincuente —continuó—. En cuanto encuentre a Ingrid, buscaré la manera de que confiesen la verdad y el nombre de mi amiga quede limpio.

—Pagarán por ello, se lo prometo —le aseguró Bastian con una firmeza que Alice no esperaba. Porque, al fin y al cabo, Bastian no conocía de nada a Ingrid—. Pero, de momento, necesitamos que piensen que no van a tener problemas. Así no nos los darán ellos a nosotros.

—No le tenía por un justiciero —observó Alice.

—No me gusta que mis pares se aprovechen de su posición.

—¿Entonces vamos a ir esta tarde a la lavandería?

—Voy a ir yo solo. Descríbame a su amiga.

Alice arrugó el ceño. Se detuvo de golpe, pero, al darse cuenta de que su tía y la madre de Bastian estaban demasiado cerca, volvió a caminar de nuevo.

—Iré con usted.

No pensaba permitir que Bastian la dejase fuera.

—Puede ser peligroso —le advirtió él.

—Por esa razón, voy a ir —secundó Alice, decidida—. Mi amiga puede estar en peligro. No voy a quedarme en casa tumbada en mi cama mirando el techo.

—No tiene por qué quedarse mirando el techo. Puede hacer muchas otras cosas —dijo él con una media sonrisa.

—Voy a ir.

—Sea razonable. No podemos ir solos, no estamos casados. Y dudo —dijo, mirando por encima de su hombro— que su tía y mi madre accedan a venir con nosotros.

Alice puso los ojos en blanco. Y fue exactamente en ese momento cuando las vio.

Cecily y Frances salían de una sombrerera con sus respectivas doncellas y dos cajas bajo el brazo, discutiendo sobre algo. Fue Cecily la primera en alzar la vista, y la expresión de su cara al ver a Alice del brazo de Bastian fue un poema en tres actos: sorpresa, comprensión inmediata y una alegría que intentó disimular sin éxito.

Frances tardó medio segundo más, pero llegó a las mismas conclusiones por un camino considerablemente más directo.

—Alice. —Cecily se acercó con una sonrisa luminosa y le tomó las manos—. Ya se lo había dicho a Frances: que el rumor de la fiesta de ayer iba a terminar en un compromiso. —Después, dirigió una mirada a ambos antes de preguntar con ojos implorantes—: ¿Por qué estáis comprometidos, verdad?

Bastian vio a aquella joven tan ilusionada que no pudo evitar responder:

—Lo estamos.

Cecily pegó un pequeño brinco, consiguiendo que Alice, sin quererlo, saltara con ella.

—Al final has elegido con cabeza, como debe ser —dijo Frances, con aprobación.

—En realidad —Alice echó una rápida mirada a su alrededor, comprobando que nadie podía escucharla—, es un compromiso falso.

—¿Falso? —repitió Frances, también en voz baja.

—¡Oh, eso lo hace aún más emocionante! —exclamó Cecily, con los ojos muy abiertos—. Pero ¿por qué haríais algo así? —preguntó, soltando las manos de Alice.

—Porque vosotras mismas me dijisteis que, para seguir buscando a Ingrid, necesitaba un hombre con título que me acompañase.

—Y te has buscado un duque —murmuró Frances—. Nada menos que un duque.

Bastian tuvo la ligera sensación de que se habían olvidado completamente de que él estaba allí. Y, aunque era una falta de respeto, lo pasó por alto porque estaba entretenido escuchándolas. Además, con su posición, siempre era el centro de atención. Todos querían complacerlo, todos buscaban ganarse su aprobación. Y que, por una vez, no sucediese, le pareció refrescante.

—Sí, pero resulta que no es suficiente —suspiró Alice.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cecily.

—Que vosotras dos acabáis de apuntaros a un plan muy interesante para esta tarde —Alice esbozó una sonrisa—. Uno en el que no hacen falta las doncellas. —Miró a Bastian con una complicidad inexistente, pues él no estaba comprendiendo nada—. ¿A que sí?

Las gemelas se miraron sin entender nada, pero asintieron. Ayudarían a Alice en lo que necesitase. Era prácticamente lo único en lo que siempre estaban de acuerdo.

—¿Quiere que lleve a tres damas solteras a un barrio peligroso? —preguntó Bastian.

—Por supuesto que no —dijo Alice—. Quiero que nos acompañe a la heladería.

Cecily parpadeó.

—¿Vamos a pasar la tarde en la heladería?

—Claro que no. —Alice hizo una mueca—. Pero es lo que los demás pensarán.

Bastian la miró fijamente.

—O sea que lo que quiere es que mienta a todo el mundo.

Alice lo consideró un instante.

—Prefiero llamarlo discreción estratégica —dijo. Cuando Bastian entrecerró los ojos, añadió—: Pero sí, básicamente eso.

Capítulo 19

El carruaje de alquiler que Bastian había contratado era perfectamente anónimo: sin librea, sin escudo, sin ningún detalle que permitiese relacionarlo con nadie de alcurnia. Era, en todos los sentidos, un vehículo diseñado para pasar completamente desapercibido. Lo cual habría funcionado considerablemente mejor si sus ocupantes hubieran tenido la misma filosofía.

—¿Por qué no hemos venido en tu carruaje? —preguntó Frances, acomodándose en el asiento—. Al menos, tendría cojines.

—Para pasar desapercibidos —dijo Bastian desde el asiento de enfrente.

—¿Y este traqueteo forma parte del plan?

—Frances —le riñó Cecily mientras le daba un suave codazo en las costillas.

—Es una pregunta legítima. —Frances se encogió de hombros —. Llevamos diez minutos y ya noto que se me están reorganizando las costillas.

—El carruaje del duque lleva sus armas en la puerta —explicó Alice—. Cualquiera que lo vea sabrá quién va dentro.

—Entiendo —musitó Frances—. Así que, para que nadie nos reconozca, hemos cogido el coche más desvencijado de Londres.

—No es desvencijado —se quejó Bastian con el ceño fruncido.

El coche eligió ese momento para dar un tumbo sobre un adoquín mal colocado que hizo que los cuatro se agarrasen a lo que tenían más cerca.

—Sí que lo es —dijo Alice—, pero es perfecto. Así, podemos mezclarnos sin problemas.

Frances miró por la ventanilla. Las calles se habían ido estrechando a medida que avanzaban hacia el sur, y el paisaje había cambiado por completo. Ya no había escaparates elegantes ni damas con sombrillas. Las aceras las ocupaban mujeres con delantales y cofias de algodón, hombres en chaquetas de lana gastada,

vendedores ambulantes con sus carros y niños corriendo entre las piernas de los adultos. Los edificios eran más bajos, más oscuros, con la piedra ennegrecida por el hollín y la ropa tendida entre las ventanas.

El olor a río y a carbón se había colado por las rendijas del coche, provocando que Frances arrugara la nariz. Se volvió hacia Bastian con una ceja levantada.

—¿De verdad creéis que vamos a pasar desapercibidas? —cuestionó—. De ellas me lo esperaba, viven en las nubes. —Alice chasqueó la lengua y fue a abrir la boca cuando Frances la señaló con la cabeza, pero esta habló antes de que pudiera hacerlo—. ¿Pero de usted, excelencia? No me lo esperaba.

—No espero pasar desapercibido cuando baje del carruaje, pero sí antes de hacerlo —le explicó Bastian—. No deseo llamar la atención antes de tiempo.

—Yo no tengo la mejor intención de bajar —dijo Frances—. Y tú tampoco lo harás —añadió, mirando a su hermana.

—¿Por qué no? —preguntó Cecily.

—Somos las acompañantes. No tenemos que correr más riesgos de los necesarios.

—¿Y Alice?

—Yo sí voy a ir —respondió rápidamente Alice.

—Y por eso, lady Frances tiene razón —intervino Bastian—. Es mejor que se queden en el carruaje. Ya tengo bastante con asegurarme de que usted —señaló a Alice con la barbilla— no se meta en problemas.

—Yo nunca me meto en problemas.

—Sí que lo haces —respondieron ambas gemelas a la vez.

—¡Qué oportuno! —Alice se palmeó los muslos con las manos —. Tenéis que poneros de acuerdo precisamente ahora, y en mi contra.

Las dos se echaron a reír. Alice, contagiada, no tardó en seguirlas.

Bastian observó a las tres jóvenes reírse juntas y pensó que rara vez había visto a Alice Thorne así. Sin el escudo de las réplicas afiladas ni la tensión de tener que demostrar algo. Solo ella, con sus

amigas, completamente en su elemento. Y no pudo evitar alegrarse de que las hubiera conocido.

—Bien —dijo Bastian, antes de que la situación se alargase más —. Nosotros bajamos. —Señaló a Alice y después miró a las gemelas —, vosotras esperáis.

—Tampoco es necesario que sea un desagradable —se quejó Alice, provocando que las gemelas la mirasen boquiabiertas.

—Solo estoy constatando un hecho —replicó Bastian con un resoplido.

—Lo puede constatar con más educación.

Bastian no respondió.

El coche se detuvo frente a la lavandería. Bastian bajó primero y le ofreció la mano a Alice. La calle olía a río, a jabón de lejía y a carbón húmedo. Desde dentro llegaba el ruido sordo del agua hirviendo y el golpeteo rítmico de la ropa contra las tablas.

—Déjeme hablar a mí —dijo Alice, en voz baja, antes de entrar a la lavandería.

Bastian la miró, perplejo.

—¿Perdón?

—Que no diga una palabra —respondió Alice—. ¿Por qué a Bastian le costaba tanto comprender las cosas?—. Confíe en mí, sé cómo hacer que la gente hable. Es un don que tengo —añadió con orgullo.

Bastian tuvo que morderse el labio inferior para no echarse a reír.

—¿Ah, sí? ¿Va a amenazarla? ¿O tal vez chantajearla?

—No diga tonterías —resopló Alice, chasqueando la lengua—. Simplemente, voy a ser amable.

—Entonces tendrá que hacer un esfuerzo muy grande para conseguirlo.

Si las miradas matasen, el duque estaría en el suelo en ese momento.

—Es usted insoportable.

—Ya estamos comprometidos, no necesita conquistarme con tanto halago —le respondió Bastian con ironía.

Alice entrecerró los ojos.

—Bien sabe Dios lo que tengo que aguantar con este hombre —farfulló para sí misma.

Y Bastian estuvo a punto de soltar una carcajada. Aquella mujer era increíblemente maleducada, impulsiva y completamente incapaz de morderse la lengua. Y, sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con ella, más seguro estaba de que era la persona más fascinante que había conocido en toda su vida.

Bastian comenzó a andar de nuevo y ambos entraron en la lavandería. El calor los recibió de golpe, espeso y húmedo, cargado de vapor y del olor áspero del jabón. Era una sala larga, con el techo bajo, llena de grandes tinas de madera sobre las que se inclinaban varias mujeres con los brazos hasta los codos. Las miradas no tardaron en encontrarlos.

Una mujer de mediana edad, ancha de hombros y con el cabello bajo una cofia húmeda, se limpió las manos en el delantal y avanzó hacia ellos.

—¿Qué quieren? —preguntó con evidente enfado, como si le molestase que miembros de la alta sociedad se encontrasen allí.

—Buenas —saludó Alice, ignorando su mal humor—. ¿Es usted la regente?

—Lo soy.

Alice se alivió por su buena suerte.

—Busco a alguien que trabajó aquí. Una joven llamada Ingrid.

La mujer la miró con una inexpresividad casi absoluta.

—No me suena.

—¿Seguro? —insistió Alice—. De cabello castaño y ojos azules. Un poco más alta que yo. Y de modales refinados.

La mujer continuó sin alterar el gesto.

—Aquí no trabaja ninguna así.

—Trabajó —la corrigió—. El mes pasado. Sé que estuvo aquí porque me lo han dicho personas de confianza. Y sé que dejó de venir de un día para otro, sin avisar. —Hizo una pausa—. Es mi amiga. Le ruego que, si sabe algo, me lo diga, pues estoy muy preocupada por ella.

La mujer la miró. Luego miró a Bastian y luego volvió a Alice.

—¿Se ha metido en problemas?

Alice suspiró.

—Es lo que intento averiguar.

—¿De verdad es su amiga? Una señorita como usted y una lavandera...

—Era institutriz. Ha terminado en la calle por culpa de sus últimos patrones. La engañaron y la trataron como si no valiese nada.

La mujer torció la boca.

—Como suelen hacer los de su clase con el resto.

Alice fue a responder, pero Bastian se adelantó.

—Soy el duque de Weston, y le aseguro que no todos somos así. Yo trato a mis empleados con el respeto que merecen.

La mujer lo miró sin inmutarse, pero Alice puso los ojos en blanco.

—Si no menciona su título cada cinco minutos, le da un vahído —farfulló Alice, llevándose las manos a las caderas—. Es más fuerte que él.

—¿Es que a todo le tiene que encontrar usted una queja? —Bastian resopló—. Lo he dicho para que la mujer entienda que puede confiar en mí.

—O para que le hagan una reverencia —añadió Alice con retintín—. Parece que es lo que le gusta.

—No será por las que me hace usted.

Eso era cierto. Alice tendía a olvidarse de ellas. Pero, en ese momento, con una solemnidad completamente impostada, recogió ligeramente la falda y le hizo la reverencia más exagerada y teatral que Bastian había visto en su vida.

—¿Mejor así, excelencia? —preguntó con una sonrisa inocente, enderezándose.

—Discúlpenme —dijo la lavandera antes de que Bastian pudiera responderle—. ¿Esto es alguna clase de broma?

—Por supuesto que no —contestó Alice, girándose de nuevo hacia ella—. Me tomo muy en serio la búsqueda de mi querida amiga Ingrid. Es este hombre —señaló a Bastian— el que me desespera.

—¿Que yo la desespero? —preguntó él, indignado.

La lavandera no tuvo ninguna duda de que iban a empezar a discutir de nuevo. Así que decidió que era mejor decirles todo lo que sabía.

—Su amiga estuvo trabajando aquí un tiempo, pero no sé nada de ella desde hace tres semanas. Habrá encontrado otro trabajo. Aquí, la gente va y viene.

—No lo creo —dijo Alice—. Pero, aunque así fuese, seguiría viviendo en el mismo sitio. Me han dicho que alguien de aquí mencionó que tenía habitación en Southwark.

—No fui yo quien lo menciono. Aquí trabajan muchas mujeres, pudo ser cualquiera de ellas; algunas hablaban con ella. Y es cierto que muchas viven por allí Lo siento, pero no puedo ayudarles más.

Alice asintió despacio, como si aceptase la respuesta, aunque realmente no lo hacía. No pensaba rendirse. Si era necesario, interrogaría a todas las mujeres que se encontraban allí trabajando. Pero entonces, por encima del hombro de la mujer, alguien llamó su atención. Al fondo de la sala, casi oculta tras una columna de vapor y una fila de sábanas colgadas a secar, había una joven que no estaba trabajando. Estaba completamente quieta, con la cabeza ligeramente girada hacia ellos, y, en cuanto sus ojos se encontraron con los de Alice, se movió.

—Perdone un momento —se disculpó.

Se internó en la sala antes de que nadie pudiese detenerla. Al verla, la joven esquivó una tina, dobló entre dos hileras de ropa tendida y huyó hacia la salida trasera. Alice acortó el paso bordeando por el otro lado, intentando cortarle el camino, pero la joven conocía cada rincón de aquel lugar.

Abrió la puerta trasera y Alice la siguió al callejón. Era un pasaje estrecho y húmedo entre dos muros de ladrillo ennegrecido, con cajas apiladas a los lados y el suelo resbaladizo de musgo. La joven caminaba deprisa, con la cabeza gacha y los hombros tensos.

—¡Espere! —gritó Alice.

Pero la joven no se detuvo.

—¡Por favor, solo quiero saber si conoce a Ingrid! —dijo con desesperación, a la vez que comenzaba a andar con más rapidez. Pero, lejos de pararse, la joven aceleró el paso—. No le voy a causar

ningún problema —insistió—. Ingrid es como una hermana para mí. Llevo semanas buscándola y estoy muy asustada. Si sabe algo, cualquier cosa, por favor, dígamelo.

Y, cuando Alice estaba perdiendo cualquier esperanza de conmover a la joven, esta se detuvo. Sin embargo, no se volvió de inmediato. Se quedó parada en mitad del callejón con la espalda tensa, como si estuviese decidiendo algo.

Cuando finalmente se giró, Alice dio un paso para acercarse a ella. De cerca, era más joven de lo que le había parecido dentro. Dieciséis años, quizá diecisiete. Tenía los ojos oscuros y cansados.

—No me meta en líos —le suplicó. Su acento era del sur de Londres, áspero y directo—. Ya tengo bastantes.

—No es mi intención —le dijo Alice con honestidad—. Tan solo busco el paradero de mi amiga Ingrid. ¿La conocía?

—Compartíamos cuarto en Mint Street —respondió con una pequeña exhalación—. Era buena persona. No se metía con nadie.

Algo en la forma en la que pronunció aquellas últimas palabras hizo que Alice se diera cuenta de que aquella joven sabía algo más. Algo que no le estaba contando.

—¿Y…? —la presionó Alice, inclinándose ligeramente hacia ella —. Si sabe algo, por insignificante que parezca, necesito que me lo diga. Podría ser importante.

—Llevaba días diciendo que sentía que alguien la seguía, que la miraban. Yo pensé que eran imaginaciones, pero entonces, un día, me levanté y ya no estaba. —La joven se mordió el labio inferior—. Se había ido sin decir nada.

—¿Y sus cosas?

La joven la miró fijamente.

—Se las dejó. Toda su ropa, sus libros, todo. Solo se llevó lo que tenía encima.

Alice sintió que el estómago se le encogía.

—¿Por qué no lo denunció?

La joven soltó algo que podría haber sido una risa si no hubiera sonado tan amarga.

—¿Denunciar que se había marchado?

—Denunciar que sentía que la seguían, que desapareció sin avisar, sin llevarse sus cosas.

—Las chicas como nosotras, señorita, cuando abrimos la boca, terminamos peor que cuando la teníamos cerrada. Eso lo aprendes pronto por aquí.

Alice no respondió de inmediato. Miró a la joven, que sostuvo su mirada sin apartar los ojos, con esa dignidad callada de quien no pide lástima porque sabe que no sirve de nada.

—¿Sabes cómo era el hombre que ella creía que la seguía?

—Ni siquiera ella estaba segura de que la seguían, ni de si era un hombre —dijo la joven—. Se sentía observada, nada más.

—¿Y tú crees que han podido hacerle daño? —preguntó Alice con un nudo en la garganta.

—Las chicas como nosotras, a veces, desaparecen y nunca vuelve a saberse nada de ellas. —La joven se encogió de hombros con una mueca amarga—. A nadie le importa.

Alice se quedó en silencio un instante. Había algo en aquellas palabras que se le quedó pegado por dentro, como una astilla pequeña en un lugar al que no se llega fácilmente.

—A mí me importa —dijo al fin—. Y voy a encontrarla.

La joven la miró durante un momento. Lo hizo como si no creyera del todo sus palabras, como si hubiera escuchado demasiadas veces promesas que nunca se llegaron a cumplir.

Y Alice podía entenderla. Pero ella la cumpliría. Ella encontraría a Ingrid.

—Suerte —murmuró. Y, antes de que Alice pudiese decir nada más, se volvió y desapareció por el callejón.

Alice se quedó sola entre los dos muros de ladrillo oscuro, con el ruido amortiguado de la lavandería al otro lado de la puerta y el sonido lejano del río mezclándose con el viento. Aunque pronto se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Lo ha oído todo? —preguntó sin volverse.

—Sí —dijo Bastian.

Alice se giró con los ojos llenos de lágrimas y Bastian contuvo el impulso de consolarla porque sabía que no se lo agradecería. Si algo había aprendido de Alice era que odiaba sentirse débil.

—Ella puede estar herida o muerta —dijo Alice.

—No debes ponerte en lo peor. Es más probable que se haya marchado por iniciativa propia.

—¿Y por qué no se ha llevado sus cosas?

—Quizá tenía prisa.

Alice negó con la cabeza.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Y qué hago?

—Mentirme para tranquilizarme. Pero soy más que capaz de enfrentar la verdad.

—La única verdad es que tu amiga sigue desaparecida y no sabemos si por iniciativa propia o no. Pero ponerse en lo peor no la ayudará.

—Tenemos que ir adonde se quedaba a dormir y recoger sus cosas.

—No —respondió Bastian, y Alice lo miró con los ojos entrecerrados.

—No venga si no quiere.

Alice fue a avanzar, pero, antes de que pudiera hacerlo, Bastian la sujetó de la muñeca, impidiéndoselo.

—Ni siquiera te ha dicho en qué edificio vivía —comenzó, y, cuando ella abrió la boca, le puso un dedo en los labios. Alice se quedó inmóvil—. Y, aunque lo averigües, no vas a ir.

Alice se removió, soltándose del agarre.

—Tengo que recoger sus cosas.

—Si alguien la seguía y ella ha huido, esa persona puede seguir vigilando el lugar. Si te ven ir y preguntar, te pondrás en peligro.

—No me importa.

—Pues a mí sí. —Lo dijo en voz baja, sin énfasis, como quien dice algo que lleva un rato siendo verdad—. Está empezando a anochecer. Es hora de que te lleve a casa.

Alice alzó la vista al cielo. La luz había cambiado sin que ella se hubiese dado cuenta, volviéndose de ese tono gris anaranjado que precede a la oscuridad.

—Antes de irnos, hablaré con la regente de nuevo. Necesito que me dé el nombre de la chica con la que acabo de hablar y saber

dónde vive.

—No va a hacer nada de eso. A partir de ahora, yo me encargo.

—Me prometió que me dejaría investigar.

—Yo no le he prometido nada.

Alice lo miró fijamente.

—Me prometió que vendría conmigo, no que vendría en mi lugar.

—Las circunstancias han cambiado.

—Las circunstancias no han cambiado. Ingrid sigue desaparecida y yo sigo siendo la única persona que la conoce lo suficiente para reconocerla o para saber qué preguntar.

—Pero ahora sabemos que alguien la seguía. Y usted va a quedarse al margen.

—Eso no va a pasar, yo…

No terminó la frase porque, en ese momento, Bastian, con la expresión serena de quien ha tomado una decisión irrevocable, la cogió en brazos.

—¡Suélteme! —se quejó Alice.

—No.

—¡Le estoy hablando! ¡Bájeme ahora mismo!

Se removió, intentando soltarse, pero él la sostuvo con firmeza, ajustando el brazo bajo sus rodillas para impedir que se deslizara.

—En cuanto lleguemos al carruaje.

—¡Esto es un abuso de autoridad! ¡Soy una persona adulta!

—Lo sé. Pesa usted lo suficiente para recordármelo.

—¡Eso es una grosería!

Bastian siguió caminando hacia el carruaje con Alice en brazos y la misma calma con que habría cruzado un salón de baile. En la entrada de la lavandería, tres lavanderas los observaban con los ojos muy abiertos. Una de ellas sonreía.

—Cuando lleguemos a casa —dijo Alice, con toda la dignidad que la situación le permitía, que era poca—, voy a escribir una carta muy detallada a su madre contándole cómo me trata.

—Mi madre le dará la razón. Pero, con eso, solo conseguirá que la aprecie más y se disguste con usted cuando descubra que nuestro compromiso es una farsa y la ha mentido.

Alice no respondió porque, para su desgracia, por lo poco que había llegado a conocer a lady Weston**,** sabía que, probablemente, Bastian tenía razón.

Capítulo 20

Cecily había llegado a la conclusión, tras varios minutos en el interior del coche de alquiler, de que había dos tipos de esperas: las esperas tranquilas, en las que una podía leer, pensar o simplemente observar el mundo por la ventanilla, y las esperas de Frances, que consistían en un comentario cada cuarenta y cinco segundos sobre algo que le molestaba.

—El cojín de la izquierda está roto.

Cecily hizo una mueca.

—Ya lo sé.

—Y, encima, hay una mancha en el techo que no quiero identificar.

—Pues no la identifiques.

Frances entrecerró los ojos y cruzó una pierna encima de la otra a la vez que se removía con incomodidad en el asiento. Después, ladeó la cabeza hacia la ventanilla.

—Llevan demasiado tiempo ahí dentro —musitó con preocupación.

—Frances...

—Lo digo en serio. Han pasado más de doce minutos.

—Yo calculo unos veinte —dijo Cecily.

Frances abrió la boca, pero después, como si se lo pensase mejor, la cerró.

Volvió a observar desde la ventanilla. La calle seguía igual que cuando habían llegado: estrecha, concurrida, con el ruido constante del trabajo y el olor del río colándose por todas partes. Nadie les prestaba demasiada atención, lo cual Frances agradecía. Y, aunque seguía pareciéndole un escándalo que el duque de Weston hubiese contratado el carruaje más desvencijado de Londres, tenía que admitir que el plan tenía su lógica. Nadie miraba dos veces un coche de alquiler en Lambeth. Un carruaje con escudo ducal, en cambio, habría detenido el tráfico.

—¿Crees que están bien? —preguntó Frances.

—Tranquila, hermana. Están bien.

Cecily apoyó una mano sobre el hombro de Frances y lo apretó ligeramente con una sonrisa genuina.

Y, aunque Frances agradecía el gesto, no la creía. Se habían criado en las mismas casas, habían leído los mismos libros y asistido a las mismas veladas; sin embargo, en algún punto del camino, sus miradas sobre el mundo se habían separado. Cecily había llegado a la conclusión de que la gente era, en esencia, buena. Frances, en cambio, estaba convencida de que era, ante todo, interesada.

—¿Y si no lo están?

—Entonces, el duque de Weston, que tiene el doble de estatura que cualquier persona de ese barrio y el triple de arrogancia, se encargará de que lo estén.

Frances lo consideró.

—Supongo —murmuró.

Fue exactamente entonces cuando la puerta del carruaje se abrió.

Ninguna de las dos había oído pasos acercarse. La puerta simplemente se abrió, como si la persona al otro lado llevara un rato esperando el momento oportuno, y en el hueco apareció un hombre que no encajaba del todo con nada.

No era un vagabundo. La ropa era oscura y sencilla, de buena confección, aunque muy usada, y la llevaba con esa comodidad de quien no piensa en lo que lleva puesto porque tiene cosas más importantes en la cabeza. No era joven exactamente, pero tampoco mayor; las gemelas dudaron que llegase a los treinta, pero tenía el aspecto de alguien que ha vivido más de lo que sus años sugerirían.

Las miró a las dos con unos ojos oscuros que evaluaban y calculaban al mismo tiempo.

—Buenas tardes —las saludó, con una cortesía que resultaba completamente fuera de lugar—. Si son tan amables de bajar del carruaje...

Frances no se movió.

—No —se negó.

El hombre parpadeó. Cecily tuvo la impresión de que no era una respuesta que se encontrase con frecuencia.

—Ha sido una sugerencia muy educada —dijo él.

—Y esta ha sido una negativa igualmente educada —replicó Frances—. Cochero, si me hace el favor…

Silencio.

Frances frunció el ceño. Se asomó ligeramente por la ventanilla lateral, descubriendo que pescante estaba vacío.

—¿Dónde está el cochero? —preguntó, con un tono que ya no era del todo tranquilo.

—Descansando —respondió el hombre con una mueca que no llegaba a ser una sonrisa.

—¿Descansando?

—Es un eufemismo. —El hombre alzó los hombros—. Está inconsciente. No le he hecho daño permanente, si es lo que le preocupa. Cuando despierte, tendrá dolor de cabeza y muy mal humor, pero estará perfectamente.

—¡Ha golpeado al cochero! —gritó Cecily, sobrecogida.

—Era necesario —replicó el hombre, ladeando la cabeza—. Estaba empeñado en ponerme las cosas difíciles. Como estáis haciendo vosotras.

Frances se desplazó en el asiento, interponiéndose entre la puerta y su hermana con un movimiento tan automático que ni ella misma lo pensó. Porque Frances siempre, instintivamente, intentaba proteger a su hermana.

—¿Está amenazando con golpearnos? —le dijo con furia.

—Yo no golpeo a mujeres —replicó él—. Ni siquiera a las damas —añadió, burlón—. Y, con esto aclarado..., ¿me harían el favor de bajar?

—No vamos a bajar —respondió Frances, alzando la barbilla—. Y, si da un solo paso más, lo lamentará.

El hombre la miró con algo que podría haber sido diversión si sus ojos no hubiesen sido tan imposibles de leer.

—¿Tengo que preguntarle por qué?

—Porque gritaré hasta que venga todo el vecindario.

—En este barrio, los gritos no llaman la atención de nadie.

—Entonces gritaré hasta quedarme sin voz y lo dejaré sordo.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Eso sí me lo creo.

—Bien. Entonces entendemos la situación.

El hombre apoyó un brazo en el marco de la puerta y las miró a las dos con una atención que Cecily encontró incómoda y Frances irritante, que, en el fondo, era lo mismo.

—No voy a hacerles daño —dijo.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que va a hacernos daño —replicó Frances.

—También es lo que diría alguien que de verdad no va a hacerles daño.

—No me fío de usted.

—Tiene usted razón —concedió el hombre, inclinando ligeramente la cabeza—. En vuestro lugar, yo tampoco bajaría.

—¿Entonces qué quiere? —le preguntó Frances con desconfianza.

—Lo que llevan encima. Joyas, dinero, lo que tengan... —Hizo un gesto con la mano—. Sin complicaciones y sin que nadie salga lastimado.

—Es un ladrón.

A pesar de que Cecily dijo aquellas palabras en voz baja, el hombre las escuchó.

—Prefiero trabajador independiente —replicó—, pero ladrón es más conciso, sí.

—¿Acaso tiene usted conciencia? —preguntó Frances.

—Tengo principios.

—Los ladrones no tienen principios.

—Eso demuestra que no conoce a muchos ladrones.

Frances apretó los labios.

—Gracias a Dios.

Él volvió a hacer ese gesto con la cabeza, como si anotase mentalmente una respuesta que le parecía correcta. Frances lo encontró exasperante.

—Mis principios incluyen no hacerle daño a nadie que no se lo busque, no robar a quien no puede permitírselo y no mentir más de

lo estrictamente necesario —dijo, separándose apenas de la pared—. Por eso les estoy pidiendo las cosas en lugar de simplemente tomarlas.

—Qué caballeroso —murmuró Frances con sarcasmo.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Lo intento.

—Pues no lo consigue.

—¿Por qué no?

—Porque los caballeros de verdad no golpean a los cocheros ni abren puertas de carruajes ajenos.

—Suerte que no sea un caballero —apuntó él, guiñándole un ojo.

—Pero ha dicho que intenta ser caballeroso.

—Incongruencias de la vida.

Frances abrió la boca. Ese hombre se estaba riendo de ella.

Cecily, que había estado observando el intercambio con la misma fascinación que miedo, decidió intervenir.

—Si le damos lo que pide, ¿nos dejará en paz?

—Cecily —le advirtió Frances.

—Es una pregunta práctica, como te gusta a ti.

—No pienso permitir que nos robe.

Cecily suspiró.

—Debemos considerar todas las opciones disponibles.

—La única opción disponible es que no le damos nada —replicó Frances, cerrando las manos en puños.

El ladrón las observaba con interés. Aquellas damas eran muy diferentes a las que él conocía. Y la verdad es que se estaba divirtiendo, pero la diversión estaba a punto de terminarse.

Unos pasos se escucharon en el callejón. El hombre los oyó antes que ellas. Se tensó apenas, un cambio tan pequeño que Frances casi no lo notó, y giró la cabeza hacia el origen del sonido.

En ese mismo momento, Bastian doblaba la esquina con Alice en brazos. Alice, que claramente estaba en medio de una discusión, vio la escena antes de terminar la frase y se quedó callada.

Bastian y el hombre intercambiaron una mirada que duró unos largos instantes.

—Weston —dijo el hombre, con una calma extraordinaria para alguien que acababa de ser descubierto robando a dos damas.

—Nicholas —lo saludó Bastian, con una calma igualmente extraordinaria para alguien que sostenía a una mujer en brazos.

—¿Le conoces? —preguntó Alice con curiosidad, mirando a Bastian.

—Nos conocemos —aclaró Nicholas antes de que Bastian pudiera responder—. De otra vida.

—¿De qué otra vida? —preguntó Frances desde el interior del carruaje.

—De una en la que los dos éramos considerablemente más jóvenes y bastante menos sensatos —dijo Nicholas.

—Usted sigue sin ser sensato.

Nicholas le guiñó un ojo y Frances frunció el ceño. Luego miró a Alice, todavía en brazos de Bastian.

—¿Vas a bajarla en algún momento?

—Cuando ella me garantice que no va a volver a entrar en ese callejón —respondió Bastian.

—¡Estoy aquí delante! —se quejó Alice.

Bastian la miró y, con una sonrisa, dijo:

—Lo sé.

Frances bajó del carruaje, se plantó frente a Nicholas y lo miró de arriba abajo.

—Ha intentado robarnos —dijo, girando la cabeza y mirando a Bastian y a su amiga.

—¿Ahora robas a damas inocentes? —le preguntó Bastian a Nicholas, dejando finalmente a Alice en el suelo.

—Esta tiene poco de inocente —señaló Nicholas con diversión, mirando a Frances, que le fulminó con la mirada—. Y no iba a robarlas, solo estaba entreteniéndome. Tenía curiosidad por saber qué hacían dos damas en mis calles.

—¿Sus calles? —preguntó Frances, confundida—. ¿Tiene las escrituras de propiedad?

—No las necesito. Todos saben que son mías. —Le sostuvo la mirada a Frances—. Aunque usted es la primera persona en pedirme los papeles. Normalmente la gente simplemente se aparta. —La

recorrió con una mirada breve y directa—. Aunque entiendo que no sea de las que se apartan. Con esa belleza, no lo necesita.

—Es un impresentable.

Frances retrocedió un par de pasos, pero no pudo evitar sentir cómo sus mejillas se enrojecían, lo que provocó que Nicholas se riera. Después, miró a Bastian.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mi prometida está buscando a una amiga.

—¿Te casas? —preguntó Nicholas, sorprendido—. ¡Enhorabuena! —exclamó, aplaudiendo, lo que hizo que Bastian entrecerrara los ojos—. No me ha llegado la invitación de boda, ¡qué descortés por tu parte! ¿O tal vez la has enviado y no ha llegado? No me va a quedar más remedio que tener unas palabras con el servicio de correos.

—No es necesario que haga eso —aclaró Alice, que o bien no detectó su ironía o prefirió ignorarla—. Acabamos de comprometernos. Aún no hemos enviado ninguna carta.

Nicholas se llevó una mano al corazón.

—Me deja considerablemente más aliviado.

—Deje de reírse de mi amiga —espetó Frances, dando un paso hacia Nicholas y señalándolo con el dedo.

—Solo está siendo amable —lo defendió Cecily, bajando del carruaje.

—Por Dios, Cecily —resopló Frances—. Es un ladrón.

Nicholas contempló cómo Cecily se colocaba al lado de Frances. Por primera vez, una al lado de la otra, con la claridad de la luz del día, las observó con atención, dándose cuenta de algo que no había percibido hasta ese instante.

—Gemelas —murmuró, casi para sí mismo, sin ocultar su fascinación—. No me había fijado.

—Se parecen mucho —apuntó Alice—, pero es fácil diferenciarlas.

—Lo es. —Nicholas asintió—. Jamás las confundiría.

Frances dejó de mirar a su hermana para centrar su atención de nuevo en Nicholas. Cerró las manos en puños y alzó la barbilla para exigirle que le dijera por qué no las confundiría. Una impresión que

de cualquier otra persona se tomaría como un halago, ya que Frances consideraba que su hermana y ella eran muy diferentes, pero que de Nicholas se lo tomó como una burla.

Sin embargo, Bastian se le adelantó.

—Si has terminado la charla, voy a necesitar tu ayuda.

Nicholas recuperó su expresión risueña.

—Vaya, así que el duque de Weston me necesita.

Bastian puso los ojos en blanco, pero no cayó en su provocación. En su lugar, procedió a contarle lo que le había sucedido a Ingrid. Y, por primera vez desde que las gemelas lo habían conocido, Nicholas dejó aquel comportamiento burlón que parecía tener siempre y escuchó a Bastian con atención, sin interrumpir una sola vez, ya que bien sabía lo mucho que cualquier detalle, por insignificante que pareciera en un primer momento, podía importar.

—Así que quieres que la busque por ti —murmuró cuando Bastian terminó de contarle todo lo que sabía.

—Tú conoces este lado del río mejor que nadie. Si alguien la ha visto o sabe algo, tú puedes encontrarlo antes que yo.

Nicholas se llevó una mano a la barbilla.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Que no le denunciemos por ladrón —dijo Frances.

Nicholas la miró. Durante unos instantes, sus ojos observaron a Frances en silencio, casi calculadores. Después, ladeó la cabeza hacia Bastian y, con decisión, dijo:

—Una noche con ella y os ayudo.

—¡No soy ninguna furcia! —gritó Frances, escandalizada y furiosa—. ¡¿Cómo se atreve?!

Nicholas se giró hacia ella y alzó las manos en señal de paz.

—Tranquilícese. Me refería a una noche jugando a las cartas —aclaró con rapidez. Aunque Bastian, que lo conocía, bien sabía que aquellas palabras que Nicholas había empleado no habían sido una confusión inocente, sino una clara provocación—. Aunque su fogosidad resulta... —hizo una pausa breve— interesante. Y, ya que se ha ofrecido…

—¡Yo no me he ofrecido a nada! —exclamó Frances. Sus mejillas habían adquirido un color que no tenía nada que ver con el frío y que ella negaría hasta la muerte.

—Por supuesto que no. —Nicholas se pasó la lengua por los labios y miró a Frances de arriba abajo—. Pero su cuerpo habla por usted.

—¡Mi cuerpo no dice nada!

Nicholas abrió la boca para responder, pero Bastian decidió intervenir en aquella conversación, que, a sus ojos, era una auténtica pérdida de tiempo.

—¿Ya te has divertido suficiente?

—No —respondió Nicholas, con los ojos fijos en Frances—, pero tendré que conformarme. —Con un suspiro de resignación, se volvió hacia Alice con un tono más serio—. Si su amiga sigue en Londres, la encontraré. Conozco cada rincón de este lado del río y sé cómo hacer preguntas sin levantar sospechas.

—Quiero ayudar —ofreció Alice—. Conozco a Ingrid. Puedo reconocerla antes que usted.

—No lo dudo. —La miró con algo parecido al respeto—. Pero no es lugar para una dama. Seguid disfrutando de la temporada y de vuestro compromiso, dejadme que yo me encargue de este asunto.

Y, sin más, se alejó calle abajo con las manos en los bolsillos, como si la tarde hubiese transcurrido con absoluta normalidad.

Frances lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina.

—¿Quién demonios es ese hombre? —preguntó.

—Es una historia muy larga —dijo Bastian a la vez que ayudaba a Alice a subir al carruaje de nuevo.

Las gemelas subieron tras ella.

—¿Y nos la va a contar? —inquirió Cecily con curiosidad.

Bastian no dudó.

—No. Y ahora voy a despertar al cochero, a ver si está en condiciones de llevarnos de regreso.

—Bastian —lo llamó Alice antes de que él pudiese moverse—. No me importa la historia de ese hombre ni que lo conozcas, pero necesito saber si confías en él.

Los ojos claros de Bastian se fijaron en los de la joven. Y, con una intensidad que no dejaba espacio para dudas, dijo:

—Con mi vida.

Alice no necesitó más respuesta que esa.

Capítulo 21

—Quietecita, jovencita.

Alice apenas había apoyado un pie en el suelo cuando la tía Augusta se colocó frente a ella. Sin esperar respuesta, le recolocó el chal color crema sobre los hombros. Después, le tomó la muñeca, inspeccionó el guante con el ceño fruncido y alisó la seda con los dedos, eliminando unas arrugas que, a ojos de Alice, eran completamente inexistentes.

Aunque, ¿a quién le importaba una arruga en un guante? A su tía, evidentemente.

—Mucho mejor —murmuró lady Ashford.

Retrocedió un par de pasos y sus ojos oscuros la recorrieron de arriba abajo. Alice no supo si había superado la inspección, pero el hecho de que el ceño de su tía no se acentuara ya podía considerarse un logro considerable.

—Hoy es un día muy importante —dijo, colocándose a su lado —. Vas a presentarte en sociedad oficialmente con tu prometido. Recuerda que no debes hablar demasiado.

—Por supuesto, tía.

—Pero tampoco demasiado poco. Eso resultará extraño —continuó—. Préstale atención, sin parecer ansiosa, y no lo interrumpas en ningún momento. Responde con cortesía, pero sin extenderte. Muestra interés, pero con moderación. No lo contradigas, aunque tampoco asientas a todo sin pensar.

Alice pensó que eran demasiadas cosas para recordar, pero sabía que su tía no apreciaría si hiciese el comentario en alto.

—Entiendo.

—Mantén la compostura. Sonríe cuando corresponda, pero no en exceso. Y, por supuesto, cuida el tono de voz.

—Sí, tía.

—Ni demasiado alto ni demasiado bajo. Y evita cualquier tema incómodo.

—Naturalmente.

—O polémico.

—Por supuesto.

—Y nada de cotilleos.

—¿Y de qué va a hablar usted?

La tía Augusta enrojeció.

—¿Qué insinúas?

—Lo digo con todo el respeto —respondió Alice con genuina dulzura. No comprendía por qué su tía parecía tan ofendida—, pero eso reduce considerablemente sus temas de conversación.

—¡Yo no soy ninguna chismosa! —exclamó lady Ashford, alzando la mano en el aire—. No seas impertinente.

Alice no pudo responder, lo cual, en aquella ocasión, agradeció profundamente, pues intuía que su respuesta honesta no le iba a gustar a su tía.

—Buenas noches —las saludó una voz profunda y masculina.

Alice levantó la vista justo cuando Bastian se acercaba, deteniéndose frente a ellas con una inclinación impecable. Su tía Augusta respondió con la misma corrección, pero fue a Alice a quien él miró.

Y no fue una mirada breve. Se detuvo en su rostro, en la línea de su cuello, en la caída del vestido y volvió a sus ojos, como si todo lo demás hubiera sido solo un camino para regresar a ellos.

Aquella mirada no tenía nada que ver con la que su tía le había dedicado minutos antes. No había en ella corrección ni juicio. La de su tía no aceleraba su corazón, ni hacía que su respiración se volviera más pesada, ni despertaba ese leve hormigueo que ahora le recorría la piel.

—Duque Weston. —La voz de su tía se coló entre ellos, rompiendo el momento—. Es un placer para nosotras que nos haya invitado a la ópera. Mi sobrina ha estado toda la noche sin dormir ante la expectación.

—¿Ah, sí? —Las cejas de Bastian se arquearon con diversión—. ¿Le gusta la ópera?

—No lo sé. —Alice se encogió de hombros—. Es la primera vez que vengo.

—Mi sobrina —intervino Augusta con rapidez— ha tenido una educación musical muy completa. Simplemente no ha tenido aún ocasión de asistir a una representación adecuada. Es la primera vez que está en Londres.

—Espero que esta primera experiencia esté a la altura —dijo Bastian—. Cuento con un palco que ofrece la mejor vista del teatro.

—¿La mejor? —repitió Alice, escéptica—. ¿No le parece eso un poco presuntuoso?

Bastian fue a responder, pero la tía Augusta, quien parecía a punto de darle un síncope, habló antes de que él pudiera hacerlo.

—Deberíamos entrar. No es adecuado quedarse en la entrada.

Y, sin esperar respuesta, se volvió con decisión hacia el interior del teatro. Alice apenas tuvo tiempo de intercambiar una mirada con Bastian antes de seguirla.

Atravesaron la entrada entre un ir y venir constante de carruajes y saludos apresurados. Un lacayo les abrió las puertas. Augusta fue la primera en avanzar, recogiendo ligeramente la falda para no tropezar mientras cruzaba el umbral sin titubear.

Alice la siguió, sintiendo el cambio inmediato: el aire más cálido, el murmullo más denso, la sensación de haber dejado atrás la noche para entrar en algo mucho más contenido. El vestíbulo los envolvió entonces: luz dorada reflejada en los espejos, voces bajas entremezcladas, y el roce constante de telas elegantes al pasar.

—Tía —murmuró Alice, viendo que la piel de su tía era de un color rojizo—, ¿se encuentra bien?

La tía Augusta ni siquiera la miró.

—Perfectamente. Y no hagas comentarios innecesarios, todos te están mirando.

A su lado, Bastian caminaba con calma, como si nada de aquello le sorprendiera en absoluto. Al ofrecerle el brazo, ella lo aceptó casi por inercia.

—Está usted muy bella esta noche, lady Alice —dijo él, lo bastante bajo como para que nadie más lo oyera.

—No lo tenía por un zalamero, duque Weston.

—Soy un hombre sincero. Aunque debo añadir algo más. —Se inclinó hacia Alice ligeramente, los labios de él rozando el lóbulo de

ella—. El amarillo es su color.

Alice frunció el ceño, pensativa.

—No voy de amarillo.

Una sonrisa asomó en los labios de Bastian.

—Lo sé.

Alice puso los ojos en blanco.

—¿Sabe algo de su amigo? —le preguntó, bajando la voz.

—Solo ha pasado un día. Démosle un poco más de tiempo.

—A Ingrid puede no quedarle tiempo.

—Nicholas se está encargando. Le aseguro que es nuestra mejor opción. Lo único que podemos hacer es disfrutar de esta noche.

—Su palco, excelencia —anunció el acomodador, interrumpiendo a Alice. Después, se inclinó mientras abría la puerta con gesto ceremonioso.

Augusta tomó asiento primero. Alice dudó apenas un instante antes de sentarse a su lado, recogiendo el vestido con cuidado, consciente —demasiado consciente— de la cercanía de Bastian cuando ocupó el asiento contiguo. Él se acomodó, apoyando ligeramente el brazo en el respaldo, lo bastante cerca como para que su presencia no pasara desapercibida, pero sin invadir. Alice mantuvo la vista al frente, ajustando los guantes mientras la música comenzaba a elevarse suavemente desde el foso.

—Duque Weston —dijo Augusta—, he estado esperando esta función con especial interés.

Alice había pasado el suficiente tiempo con su tía durante las últimas semanas como para saber que no le entusiasmaba la ópera. De hecho, dudaba que ninguna actividad cultural; tan solo iba para que la vieran en sociedad.

—Entonces espero no decepcionarla —respondió Bastian, con la mirada fija en el escenario—. Aunque temo que la ópera tiene la mala costumbre de no ajustarse a las expectativas de nadie.

—Confiemos en que esta sea la excepción. —Augusta sostuvo su abanico—. ¿Su madre no va a venir?

—Por desgracia, tenía otro compromiso. Me ha pedido que la disculpe.

Las luces descendieron ligeramente y el murmullo del teatro se fue apagando hasta convertirse en un silencio expectante. Desde el foso, los primeros acordes comenzaron a elevarse con suavidad. Durante los primeros minutos, Alice esperó en silencio. Pero cuando la introducción empezó a alargarse, cruzó las piernas y se giró levemente hacia Bastian.

—¿Siempre tarda tanto en empezar? —murmuró Alice en voz baja.

Bastian ladeó la cabeza hacia ella. No parecía siquiera sorprendido por su impaciencia.

—Están creando ambiente.

—¿Creando ambiente? —repitió Alice, frunciendo el ceño—. Eso ni siquiera tiene sentido. —Exhaló un suspiro mientras apoyaba la espalda en el asiento, que, para su sorpresa, era bastante cómodo —. No sé qué le ven a la ópera. Tan solo llevo unos minutos aquí y ya me he aburrido.

—Ni siquiera le está dando una oportunidad. Aún no ha empezado.

Alice chasqueó la lengua.

—Le he dado varios minutos y no me está entreteniendo.

—¿Ha leído el programa?

Alice bajó la vista al papel impreso que llevaba en la mano desde que el acomodador se lo había entregado y que hasta ese momento había ignorado por completo.

—Prefiero que me sorprendan —dijo, desechándolo—. Aunque, de momento, me está sorprendiendo negativamente.

Bastian arqueó una ceja.

—Tiene usted una visión muy exigente de la música.

—Tengo una visión muy práctica del entretenimiento.

—Aunque debo confesar que no me sorprende del todo. —Bastian inclinó ligeramente la cabeza, observándola con evidente diversión—. La ópera es bastante sofisticada. No todo el mundo la entiende a la primera.

Alice entrecerró los ojos.

—¿Me está usted llamando tonta?

Lo dijo un poco más alto de lo que pretendía, provocando que su tía Augusta, que estaba a su lado, la mirara con el ceño fruncido.

—Alice, la obra ha comenzado. Haz el favor de guardar silencio —la reprendió, señalándola con el abanico.

Alice abrió la boca para replicar, pero su tía ya había vuelto la vista al escenario. Se mordió el labio inferior, conteniéndose, mientras las luces descendían del todo y la música, ahora sí, se imponía con claridad.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Bastian sonreía.

—Ha sido culpa suya —farfulló.

En el escenario, el tenor comenzó a cantar. Y Alice frunció ligeramente el ceño.

—No quiero parecer crítica…

—Pero intuyo que lo va a ser —terminó Bastian por ella.

—¿Siempre suena así?

—¿Así cómo?

—Ya sabe... —Alice mordió su labio inferior—. Como si estuviera esforzándose demasiado.

Bastian la miró, claramente divertido.

—Le aseguro que es muy aplaudido.

—Eso no significa que cante bien —replicó Alice.

—Por supuesto que no —reconoció con una mueca—. Significa que la mayoría de la gente cree que sí.

Alice soltó una pequeña risita, divertida.

Después, volvió la vista al escenario. Las voces, que al principio le habían parecido exageradas, comenzaron a tener sentido y, poco a poco, Alice comenzó a verse envuelta en la historia que contaban. Comenzó a sentir el dolor de la protagonista, incluso la desesperación que el tenor transmitía por no poder estar con su amada.

Cruzó las piernas, acomodándose ligeramente en el asiento, mientras la obra avanzaba. Estaba tan absorta en la función que, al principio, no notó la mano de Bastian rozando la suya. Era un roce apenas sutil, que nadie, a excepción de ella, podía ver. Alice ladeó la cabeza hacia Bastian, que tenía la mirada fija en el escenario, pero

ella no tuvo la menor duda de que él era muy consciente de lo que estaba haciendo.

Y, aun así, no se apartó.

Porque, a pesar de que sabía que era un error, que su compromiso era una mentira, le gustaba sentir la aspereza de los dedos de Bastian sobre su piel.

Como si sintieran la tensión que se había formado entre ellos, la música comenzó a crecer, volviéndose más intensa y más rápida. Las voces se alzaron, entrelazándose en un clímax que incluso Alice, que apenas unos minutos antes había dudado de todo aquello, pudo sentir con claridad.

Y entonces, todo se detuvo. Durante un segundo, el teatro entero pareció contener la respiración. Y después, resonaron los aplausos.

Alice parpadeó, como si regresara poco a poco. La luz subió ligeramente. Y, con ella, volvió la realidad. Fue entonces cuando, casi al mismo tiempo, sus manos se separaron, como si aquel momento solo hubiera sido posible en la oscuridad.

Alice retiró la suya con calma, llevándola de nuevo a su regazo, mientras el público seguía aplaudiendo con entusiasmo. Podía sentir el rubor en sus mejillas.

Capítulo 22

El aplauso aún resonaba cuando el público comenzó a levantarse. Su tía se puso de pie, con el abanico en mano.

—Vamos —le dijo a Alice mientras se dirigía hacia la puerta del palco—. Los descansos siempre son muy cortos.

Alice se estaba levantando cuando su tía ya había cruzado el umbral.

—Y luego dice que viene por la obra —murmuró mientras observaba cómo hablaba con dos mujeres a las que recordaba haber visto vagamente en uno de los bailes a los que había asistido.

—No como usted. —Alice se sobresaltó al escuchar la voz de Bastian, que estaba a su lado. Casi se había olvidado de él—. A usted sí le está gustando. ¿Ve cómo tenía que esperar un poco? Es demasiado impaciente.

Alice se recogió la falda al pasar junto al acomodador, que mantenía la puerta abierta, y cruzó el umbral hacia el pasillo. Ciertamente le estaba gustando la función; y las vistas y la acústica del palco eran asombrosas.

Pero aquella sonrisa de «se lo dije» de Bastian le impidió reconocerlo.

—Si usted lo dice —musitó, sin mirarlo, mientras avanzaba.

—¿Por qué es tan orgullosa?

—¿Y usted por qué tiene la necesidad de tener siempre la razón?

Bastian la consideró un momento, como si la pregunta mereciese una respuesta seria.

—Porque generalmente la tengo.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que no la tiene —replicó Alice, volviéndose hacia él.

—¿De verdad le resulta tan costoso admitir que le está gustando la función? —preguntó Bastian con un resoplido.

Alice alzó los hombros y, con expresión orgullosa, dijo:

—No me está gustando especialmente.

—Se ha pasado todo el acto sin apartar los ojos del escenario.

—Estaba buscando a alguien conocido en el patio de butacas.

—¿Durante dos horas?

—Es un teatro muy grande.

—No es tan difícil. Solo tiene que decir: «usted tenía razón y yo me equivocaba».

Alice lo miró. Sin pestañear, con la barbilla apenas alzada y los labios apretados en una línea.

—Si me disculpa —dijo al cabo de unos instantes—, voy a la sala de retiro.

Y se alejó por el pasillo sin darle oportunidad de responder.

No era, se dijo Alice mientras avanzaba entre el gentío del descanso, una retirada, sino una decisión estratégica. Había una diferencia considerable entre ambas cosas, aunque en ese momento no habría sabido articular cuál era exactamente.

La sala de retiro estaba al fondo del corredor principal, según le había indicado su tía al llegar. Una doncella de servicio la recibió con una reverencia y le ofreció agua de colonia y un cuenco de porcelana con agua fría para refrescarse las muñecas. Alice lo agradeció más de lo que habría reconocido en voz alta: tenía las mejillas calientes de una manera que no podía atribuirse únicamente a la temperatura del teatro.

Se observó brevemente en el espejo. El peinado seguía en orden y el vestido no tenía ni una sola arruga. Su tía estaría orgullosa, o al menos no estaría decepcionada: todo estaba perfectamente en su sitio.

«Usted tenía razón y yo me equivocaba».

Las palabras resonaron en su cabeza una y otra vez.

Estaba disfrutando de la función. Claro que sí. La soprano era extraordinaria, la puesta en escena magnífica, y la acústica del palco de Bastian era, en efecto, asombrosa. Pero admitírselo a él, con esa sonrisa de superioridad que se dibujaba en sus labios, era algo que su orgullo se negaba a tolerar.

Aquello no era una guerra. El duque había tenido razón, punto. No había ninguna necesidad de convertirlo en una cuestión de

principios. Y, sin embargo, lo estaba haciendo. Porque se negaba a darle la razón.

Se aplicó un poco más de colonia en las muñecas, agradeció de nuevo a la doncella y salió al pasillo con paso resuelto. Se dirigió a la izquierda y se dio cuenta de que el pasillo terminaba en una escalera que no recordaba haber subido.

—Qué extraño —murmuró, deteniéndose.

Dio media vuelta y, esta vez, fue hacia la derecha. Pasó junto a un grupo de caballeros que hablaban animadamente, dobló una esquina que le pareció familiar y se encontró ante una puerta que le resultaba vagamente conocida.

Se detuvo.

A su alrededor, el murmullo del descanso seguía su curso indiferente. Nadie parecía reparar en ella. Nadie, excepto los pasillos del teatro, que habían decidido reorganizarse durante su ausencia con el único propósito de dificultarle la vida.

La puerta, al menos, tenía aspecto prometedor. Si su orientación no la engañaba del todo, al otro lado debería encontrarse el corredor que llevaba de vuelta al palco. La abrió con una confianza que desapareció cuando vio adónde conducía.

Era un almacén. Cuerdas, poleas, algo que en la penumbra parecía una palmera de cartón y, al fondo, una ventana pequeña que daba a un patio interior. Alice contempló todo aquello un instante y suspiró.

—¿Puedo preguntar qué está haciendo? —la interrumpió una voz, provocando que se sobresaltase.

Se giró, sabiendo perfectamente quién estaba allí con ella.

Bastian estaba apoyado en la pared de enfrente, con los brazos cruzados y una expresión altanera.

—¿Me está siguiendo? —espetó Alice a la defensiva, llevándose las manos a las caderas.

Él se encogió de hombros.

—La he visto pasar completamente desorientada.

—No estaba desorientada. Estaba explorando.

—¿El almacén de utilería? —Bastian arqueó una ceja.

—El teatro es un lugar interesante.

Él dio un paso hacia adelante, apartándose de la pared. Exhaló un suspiro mientras se pasaba una mano por la cara.

—Lady Alice…

—¿Qué? —Alice alzó los hombros—. Hay quien viene a ver la función y hay quien aprovecha para conocer el edificio. Yo soy de las segundas.

Bastian la miró como si la diera por imposible. Después, con una sonrisa, dijo:

—El palco está en esa dirección. —Señaló con una ligera inclinación de cabeza el corredor opuesto al que ella se dirigía.

Alice miró hacia donde señalaba. Luego volvió a mirarlo a él.

—Lo sé.

—Iba en sentido contrario.

—Iba a dar un rodeo.

—¿Por un almacén sin salida?

Alice se encogió de hombros.

—Me gusta comprobar que las puertas están cerradas. Es una costumbre que tengo.

—¿Por qué le cuesta tanto reconocer las cosas? —Bastian se pasó una mano por el rostro, frotándose el puente de la nariz—. Reconózcalo, se ha perdido. No pasa nada.

Pero Alice no podía reconocerlo.

—¡Qué tonterías dice! —lanzó un resoplido, mirando de un lado a otro con nerviosismo—. Claro que no. Yo nunca me pierdo.

—Lady Alice, la puerta del almacén está abierta.

—Cierto, resulta que no estaba cerrada con llave. Tendré que avisar al acomodador. Alguien puede entrar y robar. ¿Ve cómo hago bien comprobando que las puertas están cerradas?

Hacía rato que a Bastian le parecía que la conversación no tenía sentido. Y él no era un hombre dado a perder el tiempo en palabras vacías. Pero, cuando se trataba de lady Alice, todo cambiaba. Porque, a aquellas alturas, a Bastian no le quedaba más remedio que reconocer que, por alguna razón inexplicable, le gustaba pasar tiempo con aquella joven.

Había algo en la forma en que ella discutía, en cómo sostenía la mirada, en cómo se negaba a ceder incluso cuando sabía que estaba

equivocada, que le resultaba estimulante.

Era tan distinta a cualquier dama que hubiera conocido que, por momentos, le parecía casi desconcertante. Y, sin embargo, precisamente por eso, no deseaba marcharse.

—¿Cree usted que alguien de la alta sociedad londinense tiene intención de robar una palmera de cartón y un juego de poleas?

—Nunca se sabe. Una palmera de cartón puede ser un gran botín.

Bastian esperó la sonrisa. La media sonrisa, al menos. Alguna señal de que lady Alice bromeaba, pero ella lo miraba con seriedad. Definitivamente, lady Alice Thorne era la mujer más obstinada que había conocido en su vida.

—Y, si alguien lo hiciese, ¿dónde cree que la va a guardar para que no la vean?

Alice lo pensó un momento.

—Podrían sacarla durante el siguiente acto. Con el ruido de la orquesta nadie oiría nada, y si la envuelven en un abrigo...

—La palmera mide dos metros —la interrumpió Bastian.

Aquello no amilanó a Alice.

—Entonces necesitarán un abrigo muy grande.

Bastian la miró con intensidad durante unos instantes. Y entonces, hizo algo que Alice no esperaba: dio un paso hacia ella, lento y deliberado, y le rozó la mejilla con el dorso de los dedos. Alice, en lugar de apartarse como habría hecho en cualquier otra ocasión, no se movió.

—Puede que estuviera un poco perdida —reconoció en voz baja. Su voz no sonó tan firme como antes, pero tampoco tembló. Entonces Bastian esbozó una sonrisa que hizo que Alice arrugara levemente el ceño—. Pero no haga que me arrepienta por reconocerlo —añadió, girando el rostro, lo justo para acomodar la mejilla en la palma que él no había retirado.

Fue en ese momento cuando llegaron las voces desde el corredor.

Bastian ladeó la cabeza hacia el pasillo. Y sin decir nada, con la misma calma con que hacía todo lo demás, le puso la mano en el

brazo y la hizo pasar al interior del almacén, cerrando la puerta tras él sin hacer ningún ruido, quedándose uno frente a el otro.

La pequeña estancia tan solo estaba iluminada por el hilo de luz tenue que entraba por la ventana que se encontraba al fondo.

Al otro lado de la puerta, las voces se acercaron. Alice reconoció la de lady Harrington. Esa mujer parecía saber cuándo podía pillarlos en una indiscreción. Ninguno de los dos habló. Las voces pasaron despacio y se fueron apagando hasta desaparecer.

—Ya se habrán ido —dijo Alice al cabo de unos segundos. Su voz salió más baja de lo que pretendía.

—Sí —estuvo de acuerdo Bastian.

Sin embargo, no abrió la puerta.

—Entonces podemos salir ya —murmuró Alice.

Pero, a pesar de sus palabras, ella tampoco hizo amago alguna de moverse.

—Podemos.

Bastian la miraba fijamente con ese brillo en los ojos que ya había visto antes en él, pero que esta vez, era aún mas intenso. Un brillo que ella no sabía identificar, pero que provocó que un escalofrío recorriese su piel.

—Bastian, ¿que estamos haciendo? —susurró, dejándose de formalidades, ya que sentía que aquel momento era demasiado íntimo para ello.

—Ojala lo supiese —suspiró él.

Y sin pensarlo demasiado, porque Bastian parecía perder la capacidad de pensar logicamente cuando se encontraba junto lady Alice, pasó su brazo alrededor de la cintura de ella, acercándola más a él.

Los ojos de ella descendieron, deteniéndose en el punto donde sus cuerpos se tocaban, y su pecho comenzó a elevarse y descender con mayor rapidez. Por un instante, Bastian estuvo seguro de que lo apartaría de un manotazo, escandalizada por un gesto tan impropio. Al fin y al cabo, por muy peculiar y extravagante que fuera, lady Alice Thorne seguía siendo una dama.

Sin embargo, no lo hizo.

—Esto no es correcto —murmuró.

—¿Y cuando te ha importado hacer a ti lo correcto?

—Nunca.

—Entonces no empieces ahora —susurró.

Y, sin esperar respuesta, Bastian se inclinó hacia ella despacio, con una lentitud casi deliberada, como si quisiera darle tiempo a arrepentirse, a apartarse, a poner distancia entre los dos. No obstante, ella no lo hizo. Porque si algo tenía claro Alice en aquellos momentos, era que no quería que él se detuviera. Y como si hubiera leído sus pensamientos, Bastian la besó.

Fue la primera vez que alguien la besaba. Alice no era de las que soñaban con ello: ni siquiera pensó que besaría a un hombre alguna vez. Y sin embargo, en el momento en que ocurrió, descubrió que era mucho mejor de lo que habría imaginado si hubiera sido de las que imaginan estas cosas.

A la calidez de su boca. A la mano de Bastian en su mandíbula, sujetándola con una delicadeza que contrastaba con todo lo que ella creía saber de él. A tenerle tan cerca que desaparecía toda distancia y todo aire y toda posibilidad de pensar con claridad en nada.

La besó sin prisa, como quien saborea algo que ha esperado demasiado tiempo y no tiene ninguna intención de desperdiciarlo ahora que está ahí.

Alice no supo qué hacer al principio. No tenía experiencia ninguna en la que apoyarse, ningún punto de referencia, solo la calidez de su boca y la mano de Bastian en su mandíbula y una sensación en el pecho que no se parecía a nada que hubiera sentido antes, como si algo que había estado quieto mucho tiempo hubiera decidido de repente que ya no quería estarlo.

Abrió más los labios despacio, sin decidirlo del todo, y él lo tomó como la invitación que era. La besó más hondo, con la lengua rozando la suya, y Alice emitió un sonido que no había planeado emitir y que quedó atrapado entre los dos en la penumbra del almacén. Sintió calor en las mejillas, en las manos, en algún lugar más abajo del esternón que no supo identificar pero que era insistente e imposible de ignorar.

Fue entonces cuando algo cambió en él.

La mano en su nuca se tensó y la acercó, y el beso que había sido delicado y paciente se volvió más intenso, más urgente, y Alice dejó de pensar en el almacén y en la palmera y en su tía y en todo lo demás porque no había espacio para nada de eso, solo para él y para esa presión cálida y para sus propias manos aferradas a su camisa sin saber cuándo habían llegado hasta ahí.

Bastian apretó el brazo que le rodeaba la cintura y la acercó hasta que no hubo más distancia posible entre los dos, y Alice pensó vagamente, en el único rincón de su cabeza que todavía funcionaba, que jamás en su vida había querido tan poco que algo terminase.

Pero terminó.

Y él se separó despacio, como había empezado, sin precipitación. Le rozó los labios una última vez, casi sin querer, antes de alzar la cabeza.

Alice no abrió los ojos, que no sabía hasta ese momento que había cerrado, de inmediato. Necesitó un momento. Varios, en realidad.

Cuando por fin lo hizo, Bastian la estaba mirando desde muy cerca con una expresión que nunca le había visto, despojada de la ironía habitual, de la distancia calculada, de todo lo que normalmente ponía entre él y el mundo. Solo él, mirándola como si fuese la única mujer en la faz de la tierra.

Ninguno de los dos dijo nada durante un momento.

—Bastian —dijo, en voz muy baja.

—Lo sé —susurró él, antes de que pudiera continuar.

—¿Qué sabes?

—Que esto no debería haber pasado.

Ella levantó la cabeza y le miró a la cara.

—No iba a decir eso —dijo, con una ira que a él le pareció encantadora.

—Entonces ¿qué ibas a decir?

—Que me estás pisando.

Él bajó la vista a sus pies, dándose cuenta de que había una distancia considerable entre los dos.

—No te estoy pisando.

—Ahora no, pero porque me he apartado.

Bastian esbozó una sonrisa, alzó la mano y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos.

—No estoy diciendo que me arrepienta.

Alice dio un paso atrás y la mano de él cayó.

—Es exactamente lo que has querido decir.

Bastian exhaló.

—Por todos los santos, Alice. Eras tú la que estaba pensando que no deberíamos habernos besado.

—Que yo lo estuviese pensando —replicó ella, irguiéndose— es cosa mía. Tú no puedes decirlo. Soy una dama, no una cualquiera, y si me has besado es porque has querido, así que ahórrate los remordimientos.

Él la miró un momento en silencio.

—No tengo ningún remordimiento.

—No es eso lo que has dicho.

Bastian se llevó las manos al rostro.

—Me estás volviendo loco —resopló. Y en aquellos momentos, no en el buen sentido.

—Debes saber que yo me arrepiento y mucho.

Bastian bajó las manos y sus ojos se fijaron en los de ella. La estudiaron con una intensidad que casi hizo que Alice confesara todos los pecados y secretos que se había guardado durante sus veinte años de vida.

—Por supuesto que no lo haces —dijo al cabo de unos segundos. Pronunció aquella afirmación con tal arrogancia y seguridad que hizo que Alice arqueara la espalda y alzara la barbilla, dando un paso hacia él.

—Sí que lo hago. Me arrepiento mucho y profundamente y ojalá no hubiera ocurrido nunca.

Bastian negó con la cabeza, suavizando la expresión a la vez que daba un paso hacia ella.

—Mientes fatal.

—Yo no...

Sin embargo, Alice no terminó la frase porque Bastian le puso la mano en la nuca, se inclinó hacia ella y la volvió a besar. Menos despacio que la primera vez. Más directo, más seguro, con la

confianza de quien ya sabe lo que hay al otro lado y no tiene ningún interés en andarse con rodeos.

El beso duró solo un suspiro. Cuando se separó, Alice tenía los ojos entreabiertos y una expresión que no se parecía en nada al arrepentimiento.

—¿Sigues arrepintiéndote? —preguntó él.

Alice tardó unos segundos en responder.

—Cállate —siseó, golpeando su hombro con suavidad.

Bastian sonrió.

—Aunque es lo que menos me apetece en estos instantes, debemos salir. Va a empezar el siguiente acto.

—Sal tú primero. Después, iré yo.

—Saldremos juntos. No quiero que vuelvas a perderte.

—Yo no me he... —Se detuvo al darse cuenta de que Bastian estaba en lo cierto—. Bien. Este teatro es un laberinto. Pero si nos ven salir juntos de aquí…

—Me aseguraré de que no hay nadie en el pasillo, y una vez fuera, no hay nada de malo en que un prometido acompañe a su prometida de vuelta al palco.

Alice lo miró.

—No somos prometidos de verdad.

Él no respondió, abrió la puerta, salió y le hizo un gesto para que saliese ella al solitario pasillo. Le ofreció un brazo y ella lo cogió Anduvieron por el pasillo en silencio. El siguiente acto iba a empezar y casi todos estaban dentro.

—Tampoco estaba tan lejos —dijo Alice, rompiendo el silencio—. Podía haberlo encontrado tranquilamente.

—Lo hubieses terminado encontrando, sí —concordó él—. Lo que no has dicho es cuándo. Con suerte, antes de la siguiente función, que es en dos días.

Ella puso los ojos en blanco.

—No eres gracioso —le respondió, manteniendo la cordialidad que había empezado en el almacén—. No necesitaba que acompañes.

—Mi falta de humor es algo que mi madre siempre me recrimina. Pero ella me enseñó a ser un caballero y no quería que

termines en las viejas celdas del sótano. Podrías haberte quedado atrapada.

—¿Hay celdas en el sótano?

—Así es, aunque ya no se usan. Llevaban allí a los artistas que no complacían al público. Si el patio de butacas los abucheaba lo suficiente, desaparecían directamente entre bastidores.

Alice lo miró.

—¿En serio?

Bastian soltó una carcajada. Fue a responder, pero una voz femenina, suave y perfectamente modulada, se interpuso entre ellos.

—Duque Weston.

La joven que se acercaba a ellos destacaba entre la multitud. Alta y pelirroja, con una piel tan pálida que parecía casi translúcida bajo el resplandor dorado de los apliques del pasillo. Caminó con elegancia hasta colocarse frente a ellos. Era, sin duda alguna, hermosa, y Alice tuvo la sensación de que ella era muy consciente de su belleza.

—Lady Eliza.

A pesar de la cordialidad en el tono de Bastian, Alice percibió la tensión desde el primer instante. La manera en que los hombros de él se tensaron levemente, el cambio en su postura, y esa curva en sus labios que pretendía ser una sonrisa pero no lo era.

Era la primera vez que veía a Bastian Weston incómodo. Y aquello le provocó una sensación desagradable en el estómago.

—¿No me va a presentar?

Bastian tardó una fracción de segundo en reaccionar.

—Ella es lady Alice...

—Su prometida —terminó Alice por él al notar que Bastian no la presentaba como era debido.

Los ojos azules de lady Eliza, claros y seguros, la estudiaron de arriba abajo, y algo en la forma en la que lo hizo, le hizo sentirse incómoda y fuera de lugar. Y tuvo la sensación de que eso era lo que lady Eliza buscaba.

—Qué inesperado —dijo al fin, con una sonrisa que no alcanzó a sus ojos—. Antes no eras de los que tomaban decisiones

apresuradas. Aunque supongo que todos tenemos derecho a cambiar de forma de ser. Debo regresar, mi marido me está esperando en el palco —dijo, girándose hacia atrás—. Que tenga una buena noche, duque Weston.

—¿Quién es? —preguntó Alice.

—Nadie —respondió él, mientras la conducía hacia el palco.

Su tía ya estaba sentada. No dijo nada cuando entraron, pero la mirada que les dedicó lo dijo todo y algo más.

Bastian tomó su asiento y dirigió la vista al escenario, donde los músicos terminaban de afinar. Alice lo observó un momento de reojo. Tenía esa expresión cerrada de siempre, la de cuando no quería que nadie leyera nada en su cara, pero ella llevaba suficiente tiempo estudiándolo sin querer hacerlo como para saber que algo había cambiado desde el pasillo. Algo pequeño, algo que lady Eliza había dejado al pasar como quien deja una ventana abierta sin molestarse en cerrarla.

No le preguntó, pues no era asunto suyo.

Se acomodó en su butaca y miró hacia el escenario sin verlo del todo. Sin saber muy bien por qué, se llevó los dedos a los labios. Los notó ligeramente hinchados. Retiró la mano de inmediato, con la esperanza de que nadie lo hubiera visto, y miró de reojo a su tía, que afortunadamente tenía los ojos puestos en el programa. Luego miró a Bastian, que seguía con la vista al frente.

Menos mal.

Se obligó a mirar el escenario y centrarse en la función, ya que no podía seguir pensando en los besos que se habían dado. Aquel era un compromiso de mentira.

Pero Alice sabía, con la misma certeza con que sabía otras cosas que preferiría no saber, que esa noche iba a ser difícil de olvidar. La calidez de su boca, sus manos sujetándola como si no hubiera ningún sitio al que tuviese que ir. El momento en que el beso había dejado de ser suave y ella había dejado de pensar en todo lo demás.

Eso no se olvida fácilmente. Y ella era demasiado honesta consigo misma, aunque no con nadie más, para pretender que sí.

Se dijo que ya lo pensaría esa noche, en la calma de su cuarto, sin él sentado a tres asientos de distancia. Se dijo que era perfectamente capaz de separar lo que había pasado de lo que era real, y que lo que era real era un acuerdo con fecha de caducidad y nada más.

Se lo dijo dos veces.

Por si acaso, una tercera.

El telón terminó de subir. La soprano salió al escenario entre aplausos y Alice aplaudió también, mecánicamente, sin apartar los ojos del escenario y sin conseguir del todo que su cabeza se quedara allí.

Capítulo 23

—Los pícnics de lady Sutton son siempre una delicia —suspiró Cecily, mirando el jardín con anhelo—. Este año ha traído un cuarteto de cuerda. —Se llevó una mano al corazón—. Un cuarteto, Alice. En un pícnic.

—Maravilloso —murmuró Frances, que no compartía el entusiasmo de su hermana. No apartaba los ojos de una abeja que llevaba varios segundos sobrevolando su sombrero—. Absolutamente maravilloso. Música en el exterior, hierba húmeda, insectos, y ese niño de allí que no para de gritar desde hace veinte minutos.

—Pobrecito. —Cecily le dio una pequeña palmada en el hombro —. Tan solo un bebé, Frances.

—Es un incordio. Me está dando dolor de cabeza.

Acostumbrada a las constantes discusiones de las hermanas, Alice se recostó levemente sobre la manta y cerró los ojos un momento, dejando que el sol de la mañana le diera en la cara. Hyde Park estaba precioso en esa época del año, había que reconocerlo. Los árboles completamente verdes, el lago al fondo, que en esa ocasión pensaba evitar, y suficiente gente elegante paseando como para que su tía tuviese entretenimiento hasta la hora de cenar.

—¿Por qué odias tanto a los niños? —preguntó Cecily, mirando a su hermana con genuina curiosidad.

—No los odio. —Frances hizo una mueca y se colocó su sombrero—. Simplemente, no me gustan.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Yo no odio la lluvia, pero tampoco me gusta mojarme.

—Pero querrás tener hijos algún día.

—Tener hijos y tener que soportarlos son cosas distintas —señaló, logrando que Cecily entrecerrara los ojos, confundida—. Para eso están las nodrizas, las institutrices y, con suerte, un internado decente en algún condado suficientemente lejano.

Cecily miró a su hermana durante unos instantes, sin poder creerse lo que acababa de escuchar. Abrió la boca para responderle, pero no debió de dar con ningún argumento lo suficientemente válido como para conseguir que Frances entrara en razón, porque miró a Alice en busca de apoyo.

—A mí no me mires —dijo Alice sin abrir los ojos, pero sintiendo la mirada de su amiga en ella—. Yo no voy a tener hijos.

—¿Por qué no?

—Porque no me voy a casar.

—Pero estás comprometida —replicó Cecily.

Alice se sentó en la manta y miró a su amiga, bajando la voz.

—Cecily, sabes que es un compromiso de mentira. En cuanto encuentre a Ingrid, regresaré a Yorkshire.

—He visto cómo os habéis mirado antes. —Cecily apoyó las manos sobre sus piernas cruzadas y le brindó una sonrisa soñadora a Alice—. Algo ha cambiado entre vosotros. Pensé que...

—Pues no pienses —la cortó Alice con brusquedad—, porque no ha cambiado nada.

Aunque, ciertamente, no era verdad del todo.

Hacía cuatro días que Alice y el duque de Weston no se veían. Desde el almacén y la palmera de cartón y todo lo que había ocurrido dentro. Esa tarde, al llegar al pícnic, Bastian la había saludado con una inclinación de cabeza y ella le había devuelto el saludo con una sonrisa que esperaba que pareciese completamente normal, y los dos habían seguido en direcciones distintas como si nada hubiese cambiado.

Pero algo había cambiado. Alice lo sabía porque, cada vez que él estaba en su campo de visión, era consciente de ello, y cuatro días antes no le ocurría eso, o al menos no con esa intensidad que era nueva para ella.

—¿Seguro? —insistió Cecily con picardía, inclinándose hacia ella —. Te has puesto colorada.

—Eso es porque hace calor.

Alice se abanicó con la mano. No iba a contarles que se había besado con el duque. No porque no confiara en ellas, sino porque Cecily se haría falsas ilusiones y comenzaría a ver una historia de

amor donde no la había. Y Frances... bueno, Frances seguramente le repetiría una y otra vez el gran error que había cometido traspasando aquella línea con Bastian, y le enumeraría una larga lista de cómo ese traspié que había tenido afectaría negativamente en su misión de encontrar a Ingrid, algo en lo que Alice prefería no pensar.

—Alice... —Cecily apoyó las manos en sus rodillas y se inclinó más hacia ella, con los ojos entrecerrados, como si esperara que en algún momento Alice flaqueara y confesara la verdad.

Alice le mantuvo la mirada.

—Cecily...

—No vas a ganar esa batalla, Alice. —Frances negó con la cabeza a la vez que chasqueaba la lengua—. Mi hermana está empeñada en ver historias de amor con finales felices por todos lados.

—No es eso —dijo Cecily—. Simplemente creo que Alice está descartando la posibilidad de tener hijos muy rápido.

Alice puso los ojos en blanco.

—No me voy a casar con el duque ni con nadie.

—Técnicamente —intervino Frances—, no hace falta casarse para tener hijos.

—Frances. —Cecily abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca, como si estuviera asimilando las palabras de su hermana. Después, miró a su alrededor, comprobando que no había nadie lo suficientemente cerca como para haberlas escuchado—. No digas eso. Es un escándalo.

Frances se encogió de hombros.

—Es un hecho biológico.

—Los hijos se tienen solo dentro del matrimonio.

—Se pueden tener hijos sin estar casada.

—No, no se puede.

—Por Dios, Cecily. —Frances resopló—. Ni tú puedes ser tan inocente.

Cecily se puso colorada.

—Lo que quiero decir —respondió, balbuceando levemente— es que no se debe.

Frances fue a responder, pero Alice la interrumpió.

—Están empezando con los aros —anunció, levantándose de un salto. Después, se sacudió la falda—, y le he prometido a mi tía que participaría en los juegos.

Frances la miró.

—Tú nunca haces caso a tu tía.

—Estoy en proceso de mejorar como sobrina. Y, si así consigo que dejéis de discutir, aún mejor. —Alice sonrió y le guiñó un ojo.

—Nosotras no discutimos —se quejó Cecily, mientras Frances asentía, dándole la razón por segunda vez desde que Alice las conocía—. Yo también quiero jugar a los aros —dijo, levantándose con entusiasmo.

Las tres intercambiaron una mirada. Al principio, Frances negó con la cabeza, pero después, con un suspiro resignado y dándose cuenta de que había perdido la batalla, se levantó de la manta. Luego, se acercaron al grupo que se había formado alrededor de las varas. Era un juego sencillo: lanzar el aro desde una distancia marcada e intentar que rodeara la vara.

Alice no había jugado antes, pero la inexperiencia nunca había sido un obstáculo para ella. Nadie nacía sabiendo, ¿no?

No pudo evitar recorrer al grupo de personas con la mirada, buscando —aunque ella nunca lo reconocería en voz alta— al duque de Weston. Él estaba al otro lado del grupo, con las manos cruzadas a la espalda, hablando con otro caballero. No la miró cuando se acercaron. O, al menos, no de manera visible, que no era exactamente lo mismo, porque lo cierto era que llevaba toda la tarde perfectamente al tanto de dónde estaba ella en cada momento.

No era solo por los tres caballeros que se habían acercado a felicitarle por el compromiso, asegurándole que era un hombre con una suerte extraordinaria, ni por las miradas de envidia mal disimulada que había recibido de varios más. Era algo distinto y bastante más inconveniente, porque ese compromiso era una farsa con fecha de caducidad y él lo sabía perfectamente y, sin embargo, cada vez le resultaba más difícil recordarlo; especialmente cuando lady Alice Thorne estaba en la misma habitación. O en el mismo jardín. O, en general, en el mismo radio de existencia.

Lo cual era, reconoció para sus adentros, un problema; sobre todo, porque en lo único que podía pensar, era en volver a besarla.

Alice esbozó una sonrisa cuando el organizador del juego les ofreció los aros, y Bastian la miró, esta vez, sin disimular. Al fin y al cabo, no era extraño que un prometido mirase a su prometida jugar.

Cecily, que estaba entusiasmada por jugar, lanzó primero. El aro rodeó la vara con una limpieza que arrancó algunos aplausos del grupo. Frances lanzó el suyo, erró por poco y declaró que el sol le había dado en los ojos, lo cual era técnicamente imposible dado que llevaba sombrero.

Después, le tocó a Alice. Cogió el aro con decisión, como si hubiera jugado decenas de veces antes. Dio un paso hacia adelante e, inspirando profundamente, lo lanzó con bastante más ímpetu del necesario.

El aro salió disparado en diagonal, pasó por encima de la vara sin rozarla siquiera y fue a aterrizar directamente en el sombrero de un caballero que paseaba por detrás sin la menor sospecha de lo que se le venía encima. El pobre hombre pegó un pequeño brinco al sentir un objeto cayendo sobre él. Se llevó la mano a la cabeza, sosteniendo el objeto entre sus dedos y observándolo con la boca abierta al darse cuenta de que era un aro.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Alice, alzando la voz entre las risas de algunos asistentes. Otros, más precavidos, se mordían el labio inferior, intentando disimular la diversión.

El caballero, que era un hombre de mediana edad y ceño considerablemente fruncido, detuvo sus ojos en Alice.

—No me mire así, le puede pasar a cualquiera. Es más complicado de lo que parece. —Alice sintió la necesidad de justificarse. Aunque, al escucharse a sí misma, se dio cuenta de que, tal vez, el silencio la hubiera favorecido.

El caballero, que frunció aún más el ceño, volvió a estudiar el aro durante unos instantes, para después mirar la vara, que estaba a varios metros, en una dirección completamente distinta a la que había llegado el proyectil.

—Tal vez usted no sabe jugar —dijo, dejando el aro en el suelo. Después, se ajustó el sombrero y, con toda la dignidad que le

quedaba al pobre hombre, se dio la vuelta y se alejó.

Alice cruzó los brazos.

—Qué hombre más desagradable —farfulló.

Bastian, que había estado observando la situación, se acercó a Alice con las manos cruzadas a la espalda. A pesar de que trataba de mantener esa expresión de neutra frialdad que siempre lo acompañaba, la sonrisa que se asomaba en sus labios lo delataba.

—Ya veo que es superior a usted no lanzarle algo a las personas.

Alice se giró hacia Bastian. Por supuesto que él aprovecharía aquel momento para lanzar alguno de sus comentarios tan poco oportunos. No pudo evitar darse cuenta de que, aunque no fuera apropiado, prefería cuando se dirigía a ella dejando las formalidades de lado.

—No ha sido mi culpa —se defendió—. La vara está mal colocada. Cualquiera puede ver que está torcida.

Bastian miró la vara. No le sorprendió en absoluto que estuviera perfectamente derecha.

—No, no lo veo. Pero me parece que usted tampoco. Solo que sigue siendo incapaz de reconocer que no tiene razón.

—Es muy tozuda —dijo Cecily, provocando que Alice le lanzase una mirada furiosa, pero esta se rio.

—No soy tozuda. —Descruzó los brazos y se giró hacia el organizador, que contemplaba la escena con perplejidad—. Deme otro aro.

—Me toca a mí —dijo una joven que estaba esperando su turno.

—Tendrá que esperar. —Alice ni siquiera la miró—. Tengo que demostrarle a mi prometido que soy más que capaz de conseguirlo.

Bastian no dijo nada. Aunque Alice, de haber prestado atención, habría notado que la palabra «prometido» había salido de su boca sin el menor rastro de ironía. Pero Bastian sí lo había notado.

Alice le pidió otro aro al organizador y este se lo entregó con premura, no sería él quien se atreviese a llevar la contraria a la joven.

—Aléjese —le dijo Alice a Bastian—, por su propio bien.

—¿Me está protegiendo?

—Estoy advirtiéndole.

Bastian dio un paso atrás con una solemnidad que no engañaba a nadie y una sonrisa en la boca; desde que la había conocido, sonreía más de lo que había sonreído en toda su vida.

El aro giró en el aire, vaciló un instante sobre la vara y cayó en ella, rodeándola.

El grupo aplaudió. Cecily soltó un pequeño grito de alegría y Frances, más comedida, esbozó una pequeña sonrisa a la vez que miraba a Alice con orgullo.

Alice se giró hacia Bastian, alzando los brazos en el aire y con una expresión de triunfo dibujada en su rostro. Él la miraba con esa fisura en la comisura de los labios que ella ya sabía reconocer.

—No diga nada —comenzó ella.

—No iba a decir nada.

—Lo estaba pensando.

—Lo que estaba pensando es que está usted preciosa —susurró él.

Alice no esperaba eso. Ninguna réplica ingeniosa, ninguna observación sobre su puntería, ningún comentario con doble filo. Solo eso, dicho con la misma calma con que decía todo lo demás, pero sin ninguna ironía detrás.

—Está intentando desarmarme.

—Estoy diciéndole la verdad, lady Alice.

Alice lo miró un momento. Luego miró al grupo alrededor, que afortunadamente tenía la atención puesta en el siguiente lanzamiento.

—Eso es peor —murmuró.

Bastian tomó su mano despacio, con la misma deliberación de siempre, y le rozó el dorso con los labios sin apartar los ojos de ella.

—Lo sé —dijo.

Luego se apartó, aunque no demasiado, y se quedó a un lado, observando cómo se desarrollaba la siguiente partida.

El juego de los aros terminó con Cecily ganando por dos varas consecutivas, algo que celebró con ese entusiasmo que la caracterizaba. Frances siguió diciendo que el sol le había dado en los ojos durante todos sus lanzamientos, que el césped estaba irregular

y que los aros tenían un peso sospechoso. Pero, como era de esperar, nadie le hizo demasiado caso.

Cuando las partidas finalizaron, el grupo se dispersó y las tres jóvenes se dirigieron hacia la mesa donde lady Sutton había dispuesto limonada y pastas. Alice se obligó a sí misma a no mirar dónde estaba Bastian. Se encontraba sirviéndose una limonada cuando una voz familiar sonó a su espalda.

—Nuestra tía está escandalizada. Dice que has atacado a lord Perrington con un aro.

Alice se giró. Dominic estaba a dos pasos de ella, con una expresión seria, pero Alice conocía lo suficiente a su hermano como para ver el brillo de diversión en los ojos de color verde que ambos habían heredado de su madre.

—La tía se escandaliza con rapidez.

—En eso te doy la razón —coincidió, haciendo una mueca. Después, su atención se posó en las gemelas, que lo observaban con interés—. Señoritas, no creo que nos hayan presentado.

—Ellas son mis amigas, Frances y Cecily Wyndham —las presentó Alice—. Él es mi hermano mayor, Dominic.

—Encantado. —Dominic hizo una pequeña inclinación—. Os diría que mi hermana me ha hablado de vosotras, pero faltaría a la verdad. —A pesar del tono alegre de sus palabras, el reproche en ellas era evidente.

—Eso es porque nunca hablamos —apuntó Alice con una sonrisa inocente—. Si no, desde luego que te habría hablado de mis queridas amigas.

—Y seguramente, todo bueno.

Cecily esbozó una sonrisa educada.

—No esté tan seguro de eso. Somos unas damas, pero podemos ser traviesas.

Frances frunció el ceño y Alice miró a su amiga con perspicacia; juraría que Cecily se había ruborizado

—No lo pongo en duda, lady Cecily. —Dominic sonrió, apenas disimulando su diversión—. Si me disculpan, las dejo que sigan disfrutando de la limonada.

—¿No quiere una? —le preguntó Cecily, como si no quisiese que se marchase aún.

—Se lo agradezco, pero debo atender a unos caballeros que me están esperando. —Se inclinó levemente—. Ha sido un placer.

Y se alejó con esa calma suya que Alice reconocía demasiado bien, porque era exactamente la misma táctica que ella usaba cuando quería escabullirse de una conversación.

Frances lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre el gentío.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó a Cecily.

—¿El qué?

—Has actuado más raro de lo normal.

—Eso es porque es guapísimo. —Cecily se llevó una mano al corazón con aire soñador, a la vez que exhalaba un largo suspiro—. Y además tiene ese aire…

—Aburrido —terminó Alice por ella, mientras entrecerraba los ojos. Lo que le faltaba era que su amiga se fijara en su hermano.

—Interesante —replicó Cecily—. Quería decir interesante.

—Tu gusto en caballeros es pésimo.

—Lo es —coincidió Frances—. Pero, por lo menos, este tiene título, prestigio y una fortuna considerable.

Había algo en la idea de que Dominic se casara con Cecily que no agradaba a Alice. No era por Cecily, ni mucho menos; su nueva amiga sería la mejor esposa que cualquier caballero de Londres podría encontrar. Pero no Dominic. Cecily era genuina, una romántica empedernida que buscaba el amor verdadero, mientras que su hermano era frío y tan solo se casaría porque tenía que hacerlo.

Cecily tendría una vida desdichada junto a su hermano. Se merecía un hombre que la hiciera feliz, y Dominic no era ese hombre.

—Dominic no está buscando casarse —dijo Alice.

Pero sus palabras no desanimaron a Cecily, que seguía con la mano en el corazón y con la mirada fija en el camino por el que Dominic se había alejado de ellas.

—La gente cambia de opinión.

—Dominic no.

—Todo el mundo cambia de opinión cuando aparece la persona adecuada.

—Hermana —Frances resopló—, si sigues así, voy a tirarme al lago.

—No serías la primera en hacerlo —dijo Cecily, mirando a Alice con una sonrisa.

Alice iba a responder, pero algo llamó su atención. Al otro lado, cerca de unos árboles, Bastian hablaba con alguien. Alice la reconoció antes de ver la cara: el porte, el cabello pelirrojo, esa manera de moverse con una elegancia demasiado consciente de sí misma.

Lady Eliza.

A su lado había un hombre, considerablemente mayor que ella, con el pelo completamente gris y el aire tranquilo de quien está acostumbrado a que lo ignoren en las conversaciones. Ella pensó que podría tratarse del padre de la mujer.

Alice no pudo evitar una punzada de celos en su estómago, lo cual no tenía sentido, ya que Bastian no era nada suyo, no le pertenecía. Se habían besado, sí, pero no había significado nada, así que no tenía ninguna razón para acercarse a ellos.

Y, sin embargo, sus pies tomaron esa decisión sin consultarle.

—Alice —la llamó Cecily a su espalda.

Pero Alice ya no la oía. Porque, justo en ese momento, lady Eliza posó la mano en el brazo de Bastian con naturalidad, como si tuviera todo el derecho de hacerlo y como si ya lo hubiera hecho decenas de veces antes. Soltó una risa coqueta, pestañeando con rapidez y diciendo unas palabras que Alice no alcanzó a escuchar. A Bastian no debió de resultarle tan cómico como a lady Eliza, porque no se rio; ni siquiera la comisura de sus labios se movió un poco, pero tampoco se apartó de ella, algo que enfureció a Alice.

Fue entonces cuando lady Eliza la vio llegar.

—Lady Alice. —La sonrisa de lady Eliza apareció con una precisión que Alice encontró más irritante que cualquier insulto directo—. Justo ahora le preguntaba a Bastian dónde se encontraba

usted. —Alice lo dudaba mucho, pero decidió no decirlo—. Permítame presentarle a mi marido, el conde de Harcastle.

—¿Su marido? —preguntó Alice, antes de poder contenerse—. Qué... encantador. Pensaba que era su padre.

El silencio que siguió duró exactamente lo suficiente para que Alice tomara plena conciencia de lo que acababa de salir de su boca.

—Le pido mil disculpas, lord Harcastle —dijo con rapidez, sintiendo cómo sus mejillas se enrojecían. Al final, su tía, su hermano, sus criadas y sus institutrices iban a tener razón: hablaba antes de pensar. Quizá había llegado el momento de empezar a medir más sus palabras.

El conde no respondió. La miraba con una expresión completamente impenetrable.

Alice, convencida de haber ofendido a un hombre de avanzada edad con el oído deteriorado, elevó el volumen considerablemente.

—¡Lord Harcastle! ¡Le estoy pidiendo disculpas!

El hombre parpadeó.

—¿Por qué grita?

—Para que pueda oírme, ya que está un poco sordo por la edad.

—¡¿Primero lo confunde con mi padre y ahora lo llama viejo?! —espetó lady Eliza, que parecía indignada, a diferencia de su marido, que no parecía afectado en absoluto.

—En realidad, las dos cosas son lo mismo.

Bastian no sabía si lady Alice estaba intentando ofender a lord Harcastle o si verdaderamente pretendía mitigar su error con aquellas palabras. Seguramente, conociéndola, era la segunda opción. Y eso hizo que no pudiera evitar soltar una carcajada.

—¿Y le parece gracioso? — Lady Eliza se giró hacia Bastian, enfurecida.

Bastian, lejos de sentirse avergonzado o arrepentido, se encogió de hombros.

—Tiene su gracia, sí.

—¿Le parece gracioso que su prometida insulte a mi marido?

—No he insultado a nadie —intervino Alice. Después, se giró hacia el conde—. Mis disculpas de nuevo, lord Harcastle.

—No se preocupe, señorita...

—Sí tiene que preocuparse —le interrumpió lady Eliza—. No puede ir faltando el respeto de esa manera. Tal vez en el campo se permita, pero en la ciudad no.

—Le recomiendo, lady Eliza, que reconsidere su manera de hablar a mi prometida. —A pesar de que las palabras de Bastian eran tranquilas, la advertencia en ellas era clara.

Lady Eliza frunció el ceño, pero decidió que era mejor no seguir discutiendo.

—Si nos disculpan, mi marido y yo tenemos que seguir saludando a otros invitados. —Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos y, con la barbilla alzada, enlazó su brazo con el de su marido y se dio la vuelta, tirando de él.

—Pobre hombre. No le deja ni hablar —murmuró Alice cuando se alejaron—. Una lástima, porque me cae bien.

—Pues no parece que te caiga tan bien —replicó Bastian, con la ceja alzada—. Lo has llamado viejo y sordo.

Alice se giró hacia Bastian.

—Le he pedido disculpas.

—A gritos.

—Para que pudiera oírme. Aunque resulta que oía perfectamente, así que en realidad no hay nada de lo que disculparse.

—Esa lógica es exclusivamente tuya.

—Es una lógica perfectamente válida. —Los ojos de Alice se fijaron en los de Bastian y su expresión se suavizó. Después, dejando escapar un pequeño suspiro a la vez que hundía los hombros, dijo—: Gracias.

Aquella palabra sorprendió a Bastian. Si algo había aprendido de lady Alice era que rara vez le pedía perdón, y mucho menos, le daba las gracias.

—¿Por qué?

—Por lo que le has dicho a lady Eliza.

Bastian no respondió de inmediato. Miró hacia donde la pareja se había perdido entre el gentío.

—No toleraré que nadie te hable así. Aunque debo reconocer que me ha sorprendido que no me gritases a mí por defenderte.

Alice esbozó una sonrisa suave. No podía negar que aquel precisamente podía haber sido un comportamiento habitual en ella, porque ella solita libraba sus propias batallas. No necesitaba ningún defensor, pero, en aquella ocasión, le había gustado que Bastian diera la cara por ella. Porque eso quería decir que le importaba lo suficiente como para protegerla.

—¿Entre ella y tú hay más historia de la que quieres contar, verdad? —preguntó Alice.

Bastian la observó en silencio durante unos instantes. Alice percibió cómo su mirada se ensombrecía y cómo sus hombros se tensaban bajo la tela, pero su expresión permanecía cerrada, impenetrable, como la de un libro que nadie había logrado descifrar.

—Su padre es el marqués de Castlemoor —respondió con un tono carente de emoción—. La conozco desde la infancia. Sus padres y los míos eran grandes amigos. Nos criamos cerca.

—¿Y?

—Y nada —contestó él, cortando la conversación.

Alice se moría por seguir preguntando. Tenía al menos cuatro preguntas perfectamente formuladas y una curiosidad que no tenía ninguna intención de disminuir por sí sola. Pero conocía ese tono. Era el tono de una puerta cerrada y, por mucho que ella tuviese la costumbre de abrir las puertas sin llamar, había algo en su expresión que, esta vez, la detuvo.

Además, no era su prometida de verdad. No tenía ningún derecho a exigirle nada. Aunque eso, reconoció para sus adentros, le importaba cada vez menos.

—Pero… —intentó de nuevo, a pesar de que se acababa de prometer a sí misma que dejaría el tema.

—Discúlpame, voy a buscar algo de beber —dijo, marchándose sin esperar respuesta.

Alice lo miró alejarse.

Se preguntó qué había entre él y lady Eliza. Se preguntó por qué no se lo había contado. Se preguntó, sobre todo, por qué le

importaba tanto saberlo cuando se suponía que no debía importarle nada.

Exhaló despacio.

A su espalda, las risas del grupo que se preparaba para el siguiente juego llenaban el aire de Hyde Park, y el sol de la tarde seguía siendo el mismo de antes, indiferente y perfectamente hermoso. Algunas cosas, pensó Alice, eran mucho más sencillas cuando uno no se ponía a pensar en ellas.

El problema era que ella siempre pensaba en todo.

Capítulo 24

El Blind Man's Buff había congregado a buena parte de los invitados alrededor de un espacio despejado entre los árboles. El organizador explicaba las reglas con entusiasmo: al que le tocase ir vendado debía atrapar a alguien del grupo; si lo lograba y adivinaba quién era, esa persona pasaba a ser la siguiente en llevar la venda.

En ese momento, Alice se encontraba al lado de su tía, que había aprovechado el momento de distracción —precisamente el instante en que Alice se había quedado quieta viendo alejarse a Bastian— para tomarla del brazo y arrastrarla a su lado sin darle oportunidad de resistirse. Ahora, la pobre Alice sonreía y asentía mientras su tía conversaba con otras dos mujeres sobre algo que no estaba siguiendo en absoluto.

—...y el encaje de Bruselas es imposible de conseguir este año —decía su tía.

—Completamente imposible —confirmó una de las mujeres—. ¿Verdad, Alice? —le preguntó, mirándola.

—Sí —musitó Alice, que no había oído nada, pero le pareció la respuesta más segura, dado que la mujer esperaba una.

La mujer pareció complacida por su respuesta, pero su tía le lanzó una mirada breve y afilada que significaba «presta atención» en el idioma universal de las tías.

Afortunadamente, en aquel mismo instante, Cecily apareció a su lado.

—Van a empezar —anunció con nerviosismo—. ¿Juegas?

—Me encantaría —respondió Alice, que hubiese aceptado una cena con el mismo diablo por irse de allí—. Si me disculpa, tía —dijo, aunque ya se estaba alejando con Cecily sin esperar su respuesta—. Gracias —le susurró cuando dieron un par de pasos.

—He sentido que necesitabas que te salvase. —Cecily le guiñó un ojo—. Aunque, en realidad, sí que me apetece jugar.

Frances, que se acababa de acercar a ellas, suspiró.

—Es un aburrimiento de juego. Pero me apunto; si me quedo atrás, madre me va a presentar a unos cuantos caballeros aún más aburridos.

Cecily se rio.

—Solo quiere ayudar.

—Ya. —Frances hizo una mueca—. Pero que ayude a otra.

Cecily fue a responder, pero entonces miró al pequeño grupo que se había formado alrededor del organizador del juego y cualquier argumento en defensa de su madre se evaporó de su mente.

—¡Vamos, que empieza ya! —exclamó con emoción, corriendo hacia el grupo.

El primer voluntario en llevar la venda fue un joven caballero que aceptó con más entusiasmo del que la situación requería. Le ataron el pañuelo, lo giraron tres veces entre las risas del grupo, y lo soltaron.

El caos fue inmediato y alegre. El caballero vendado avanzaba con los brazos extendidos mientras el grupo se dispersaba entre risas y exclamaciones. Atrapó a una joven que no había corrido lo suficientemente rápido, adivinó su nombre entre aplausos y le pasó la venda.

La joven erró dos veces antes de atrapar a alguien, y ese alguien resultó ser Cecily, en parte porque Frances, a su lado, le había susurrado que corría demasiado despacio, distrayéndola en el momento menos oportuno. La joven vendada no necesitó más pista que esa para adivinar su nombre.

—Me has delatado —le dijo Cecily a su hermana mientras le ataban el pañuelo.

—Te he dado un consejo. —Frances se encogió de hombros—. Que no lo hayas sabido aprovechar no es culpa mía.

Fue en ese momento, mientras el grupo se reorganizaba alrededor de Cecily, cuando Alice aprovechó la distracción general para alejarse despacio, primero un paso, luego otro, hasta que los árboles se interpusieron entre ella y las risas del grupo.

Necesitaba un momento. Solo un momento a solas.

Se detuvo en un pequeño claro donde la luz se filtraba entre las ramas y el aire era más fresco. Se sentó en un banco de piedra que alguien había tenido la consideración de colocar allí, apoyó los codos en las rodillas y miró al suelo con la concentración de quien no está mirando nada, sino pensando en demasiadas cosas a la vez.

—Pensaba que estabas jugando al Blind Man's Buff —dijo una voz a sus espaldas.

Al principio, Alice pegó un pequeño brinco, irguiéndose en el banco. Pero al instante reconoció aquella voz que se estaba convirtiendo en una familiar para ella.

—Y estoy jugando —respondió.

Bastian rodeó el banco y se sentó a su lado.

—¿Sentada en un banco, alejada del resto?

—El juego se trata de que no te pillen. Y aquí no van a pillarme. —Apoyó las palmas sobre el banco y ladeó la cabeza hacia Bastian —. ¿Me estás siguiendo?

—Te he visto irte y he pensado que podías necesitar compañía.

Alice frunció el ceño.

—Antes no te ha importado que estuviese sola.

Bastian guardó silencio un momento.

—Tienes razón —dijo al fin con un suspiro—. Entre lady Eliza y yo hay una historia. Pero está cerrada y no tengo intención de hablar de ella.

—No tienes que darme explicaciones. No estamos prometidos de verdad.

Y, a pesar de que sus palabras eran ciertas, Alice sintió como si mil pequeñas espinas se clavaran en su pecho. Porque sí, Bastian no le debía ninguna explicación; al fin y al cabo, su compromiso era una farsa, pero a ella le hubiera gustado que Bastian tuviera la confianza suficiente para contarle qué había sucedido entre lady Eliza y él. Puede que ni siquiera se llevaran bien del todo y discutieran la mayor parte de las veces, pero Bastian y ella formaban un equipo.

Aunque lo que más la atormentaba y hacía que esas espinas se hundieran más en su piel era que Alice no se creía que la historia entre lady Eliza y Bastian estuviera tan cerrada como él decía.

Pero no debía importarle. Porque ella encontraría a Ingrid, regresaría a Yorkshire y no volvería a ver al duque de Weston nunca más.

—No me has dicho por qué estás aquí sola —dijo Bastian, cambiando adrede de tema.

—Supongo que necesitaba un momento a solas. —Alice se inclinó ligeramente hacia delante mientras sus piernas se balanceaban en el aire—. Todas estas celebraciones pueden ser agotadoras. Y aquí, en Londres, todos los días hay alguna.

—Dentro de tres días hay una cacería en la finca de Lord Munday, en Sunrey. Y me he enterado hace un rato de que tu tía y mi madre han aceptado por nosotros. Por suerte, solo tendremos que pasar una noche allí.

—Mi tía no me ha dicho nada, pero tiende a avisarme con la menor antelación posible, como si temiese que fuese a buscar una excusa.

Bastian esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Y es un temor infundado?

—No, no lo es —reconoció Alice—. Pensé que, al estar comprometida, dejaría de arrastrarme a tantos eventos. Es verdad que ya no tengo que acudir cada noche a un baile distinto, pero resulta que la temporada londinense tiene una cantidad de actividades que no son bailes verdaderamente asombrosa. Picnics, conciertos, exposiciones, visitas, carreras de caballos... —Hizo una pausa—. La cacería.

—Así es.

—¿Y tú no tienes nada que decir al respecto? ¿Tu madre toma decisiones por ti y lo aceptas sin más?

Bastian la miró.

—No suelo hacerlo, pero es cierto que tenemos que dejarnos ver como prometidos. Y, si evitamos los bailes, tenemos que acudir a otros eventos.

Alice entrecerró los ojos e hizo una mueca.

—Odio las cacerías.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque odias cualquier cosa en la que no puedas participar activamente. Observar no es lo tuyo.

Alice abrió la boca para negarlo. Pero después se lo pensó mejor.

—No entiendo por qué las mujeres no pueden participar —admitió—. Los hombres creen que nos vamos a hacer daño o algo igual de condescendiente.

—En realidad, es porque algunos temen que seáis mejores que ellos.

Ella se rio.

—Los hombres podéis ser muy infantiles a veces.

—No es mi caso.

—No —concedió Alice, ladeando la cabeza—. Tú eres infantil de otras maneras.

Bastian la miró con una expresión que no era exactamente ofensa, pero tampoco era del todo neutral.

—Puedo enseñarte a disparar en Surrey, si quieres —ofreció.

—Ya sé disparar —dijo Alice, ofendida de que pudiera siquiera dudar un instante de que no poseyera aquella habilidad—. Y que sepas que tengo una puntería excelente. —Alzó la barbilla, orgullosa —. Puedo demostrárselo cuando quiera.

Bastian alzó las manos en señal de paz.

—No será necesario. Me fío.

Alice lo miró con perspicacia.

—Tienes miedo de que te dé un tiro por error.

Bastian consideró esto con una seriedad que no engañaba a nadie.

—No me falta razón.

—No te preocupes —dijo Alice, con una dulzura completamente falsa—. Si alguna vez te disparo, no será por error.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

—No pretendía tranquilizarte.

Lejos de ofenderse por la amenaza, Bastian se rio.

—¿Quién te enseñó a disparar, tu padre? —preguntó con curiosidad.

La mención de su padre hizo que Alice se enderezara y sus piernas dejaran de moverse de golpe. Bastian observó cómo su sonrisa y la expresión relajada de su rostro desaparecían, siendo sustituidas por una mueca tensa.

—Mi padre lo único que me enseñó fue a no contar con él.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir —dijo ella, que de lo que menos le apetecía hablar era de su padre—. Me enseñó a disparar uno de los mozos de cuadra, que tenía muy buena puntería. Lo pillé fumando en el establo uno de los puros que había robado del despacho de mi padre y lo chantajeé.

A Bastian ni siquiera le sorprendió del todo esa información. Si alguien era capaz de hacer algo así, esa era lady Alice.

—¿A qué edad?

—Once.

Aquello sí que le sorprendió.

—¿Chantajeabas al servicio con once años?

—Era una niña muy lista.

—Eras una niña muy peligrosa.

—Supongo que lo era.

—Y ahora, eres una joven peligrosa.

—Ya no chantajeo al servicio.

—No, pero eres aún más peligrosa. Por lo menos, para mí —dijo él en un tono bajo—. Tienes esa mirada que hace que me olvide de lo que es lo correcto.

Alice lo miró, aún con una ligera expresión de desconcierto.

—¿Qué mirada?

Bastian señaló sus ojos con la barbilla.

—Esa.

Alice soltó un pequeño resoplido que sonó más como una risa nerviosa. No le gustaba la forma en la que Bastian le hacía sentir, en cómo, con tan solo cuatro palabras, sin tan siquiera tocarla, su piel comenzaba a arder con fuerza y su corazón empezaba a latir en su pecho como un caballo desbocado.

—Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido.

—Me tienes hechizado. —Bastian alzó la mano y enroscó en su dedo índice el mechón que se había escapado de su peinado—. No puedo dejar de pensar en esos labios.

—Estamos en Hyde Park durante un pícnic. Cualquiera podría vernos.

—Y no me importa lo más mínimo —replicó él, acercando su boca a la de ella.

—A mí tampoco —confesó Alice.

Y, esta vez, fue ella quien cerró la distancia.

Bastian la recibió sin sorpresa, como si la hubiese estado esperando todo el día. Le puso una mano en la cintura y la acercó despacio, y Alice se aferró a su brazo sin decidirlo.

El beso empezó suave, casi con cautela, como si ambos estuviesen aprendiendo algo que ya sabían, pero que cada vez era distinto. Luego, Bastian la acercó un poco más y el beso se hizo más profundo, más lento, con esa deliberación suya que a Alice le resultaba simultáneamente desesperante y lo mejor que había sentido en su vida. Le puso la mano libre en la nuca y ella cerró los ojos y dejó de pensar en Hyde Park, en los invitados, en su tía y en todo lo que había al otro lado de los árboles.

Solo estaban ellos dos en ese claro tranquilo, con la luz filtrándose entre las ramas y el banco de piedra frío bajo ellos, y Alice pensó vagamente que, si aquello era un error, era el error más agradable que había cometido en toda su vida.

—La invitación de boda sigue sin llegar y ha pasado una semana desde que nos vimos.

Ambos se separaron con rapidez al escuchar la voz masculina.

—Nicholas, ¿qué haces aquí? —Bastian miró al hombre, sorprendido y, en parte, agradecido de que la interrupción hubiera sido de él y no de cualquier otra persona, o se hubieran metido en grandes problemas.

Alice se levantó del banco de golpe. Sus labios aún estaban enrojecidos e hinchados, y su pecho subía y bajaba con rapidez, pero ella apenas parecía darse cuenta. Porque ahora toda su atención estaba en Nicholas.

—¿Sabes algo de Ingrid?

Nicholas mantenía esa postura relajada que siempre parecía acompañarlo. Con las manos en cada bolsillo de su pantalón, los observaba a ambos con diversión. Bastian siempre había admirado e irritado a partes iguales esa forma en la que Nicholas se tomaba la vida; como si ningún asunto fuera lo suficientemente serio o importante, como si todo fuera un juego.

—No sé dónde está, pero he descubierto algo, sí —respondió.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Alice, dando un paso hacia él.

Bastian le rodeó la cintura con el brazo y la retuvo suavemente antes de que Alice agarrase a Nicholas por la camisa y lo zarandease hasta obtener una respuesta, que era exactamente lo que estaba a punto de hacer.

—Este no es el lugar adecuado para tener esta conversación —advirtió Bastian—. Cualquiera podría vernos.

—Un poco tarde para preocuparte de la discreción, ¿no crees? —Nicholas arqueó una ceja y Alice no pudo evitar sonrojarse—. No te preocupes, están todos ocupados con esos juegos aburridos.

—No es propio de ti dejarte ver por Hyde Park durante un pícnic.

—Me he asegurado de que nadie me viese. —Bastian conocía lo suficiente a Nicholas como para saber que esa afirmación era cierta —. No he podido resistirme, el parque está precioso en primavera.

Bastian puso los ojos en blanco. Porque, de nuevo, lo conocía lo suficiente como para intuir el verdadero motivo de su visita.

—Ella no es para ti —le advirtió.

Nicholas esbozó una sonrisa que no prometía nada bueno.

—Y eso la hace aún más interesante.

Alice no sabía de qué estaban hablando, pero no podía importarle menos en ese momento.

—Dime qué sabes —espetó, intentando soltarse del brazo de Bastian. Sin embargo, este la sujetó con más firmeza.

Nicholas los miró a los dos un instante y algo en su expresión cambió, volviéndose más seria.

—He tenido unas palabras con el casero de Ingrid. Es un ser repugnante, pero él no ha tenido nada que ver con su desaparición.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alice—. Ha podido mentirte.

—Nadie me miente sin que yo me dé cuenta. Tengo la habilidad de que hasta el mejor mentiroso me diga la verdad en menos de diez minutos —respondió Nicholas con seguridad—. Confía en mí, puedo ser muy persuasivo. —Le guiñó un ojo—. Todo apunta a que tu amiga Ingrid se marchó por sí misma.

—No tiene sentido —balbuceó Alice, negando con la cabeza—. Dejó sus cosas.

—Tal vez no quería llevárselas —sugirió Nicholas.

—Su compañera de habitación me contó que Ingrid pensaba que alguien la seguía. Y conozco a Ingrid; ella no era una paranoica.

—Parece que eso es cierto, sí —dijo Nicholas.

—¿Y sabes quién la seguía? —preguntó Bastian.

—Mis hombres han preguntado por las calles y parece que un lord joven estuvo varios días merodeando frente al edificio donde vivía Ingrid. Los vecinos lo vieron más de una vez.

—¿Un lord? —repitió Alice.

—Eso dijeron.

—¿Y no saben quién es? —insistió Bastian.

—No.

—¡Ha sido él! —exclamó Alice—. ¡Ese lord la ha secuestrado!

—No lo creo. —Nicholas negó con la cabeza—. Él estuvo yendo unos días después de que ella desapareciese.

—¿Y sigue yendo por allí? —preguntó Bastian.

—No, ya no. Debió de darse cuenta de que Ingrid ya no estaba.

—Tal vez está escapando de él —sugirió Alice.

—Esa es una de las posibilidades que barajo.

—Tenemos que encontrarlo.

—Suerte con eso —suspiró Bastian, rodando los ojos—. En plena temporada londinense hay más lores que estrellas en el cielo.

Alice se soltó de su agarre y, esta vez, Bastian la dejó.

—¿Y entonces qué? —espetó, volviéndose hacia él—. ¿Pretendes que deje de buscarla? ¿Cómo puedes ser tan...?

—Yo no he dicho eso. Lo único que digo es que no va a ser fácil.

—¿Y entonces qué? ¿Me quedo de brazos cruzados? ¿Dejo a mi amiga tirada?

—¿Quieres dejar de atribuirme palabras que no he dicho? —se quejó Bastian—. Nadie ha hablado de rendirse.

Alice se cruzó de brazos.

—Es lo que está pareciendo.

—Aunque es muy divertido veros discutir, tengo asuntos más importantes que atender —dijo Nicholas, interrumpiéndolos—. Pero hay algo más que quizá os gustaría saber. A no ser que prefiráis seguir discutiendo, claro.

Aquellas palabras captaron la atención de Alice y Bastian, que se giraron hacia él.

—Habla —le exigió Alice con impaciencia.

—Una de las chicas que vive en el edificio, aunque no sabe el nombre del lord, al verle merodear por el edificio, lo reconoció. Resulta que lo había visto antes —dijo Nicholas—. Al parecer el lord frecuenta el Brooks's, y suele ir a las partidas privadas de los jueves de whist.

—¿Y qué hace una dama en el Brooks's? —preguntó Alice, extrañada—. Las damas no pueden entrar en un club de caballeros.

—En ese club las damas tienen prohibida la entrada, sí. —Nicholas sonrió, divertido—. Ahora, las mujeres de…

—Ya vale, Nicholas —le cortó Bastian.

—Hoy es jueves. —Alice no les estaba prestando atención, sumida en sus pensamientos—. Esta noche podría estar ahí.

—Esta noche estará ahí —confirmó Nicholas—. Es un habitual, parece.

—Entonces iremos esta noche —decidió Alice.

Bastian la miró con severidad.

—Tú no vas a ir a ningún sitio.

Alice cruzó los brazos con más fuerza.

—Ingrid es mi amiga.

—Y es un club de caballeros. No puedes entrar.

Alice abrió la boca, pero después se lo pensó mejor y la cerró. Aunque la expresión de su cara dejaba muy claro lo que pensaba de esa restricción.

—Con todo mi pesar, los clubs de caballeros no son lo mío —dijo Nicholas, completamente impasible ante la tensión entre los dos —. Pero seguiré indagando para encontrar el paradero de Ingrid. Un placer volver a verla, lady Alice.

Y, como parecía habitual en él, Nicholas se alejó antes de esperar una respuesta.

Alice ni siquiera le prestó demasiada atención. Siguió mirando a Bastian, que la observaba con severidad y una decisión tomada. Aun así, ella no se rindió.

—Tengo que ir, Bastian. Soy muy buena sacando información a la gente de manera discreta. Puedo descubrir quién es y conseguir que me cuente por qué seguía a Ingrid sin levantar ninguna sospecha. Soy muy sutil.

Bastian pensó que un terremoto destruyendo Londres sería más sutil.

—Te vas a quedar en casa. —Bastian no estaba dispuesto a ceder. No en eso—. O, si quieres entretenerte, acude al baile que haya esta noche. Yo me encargo y te prometo contarte lo que descubra. Confía en mí.

Bastian esperó una larga lista de argumentos absurdos por los que ella debía ir o una retahíla de descalificativos, pero, para su gran sorpresa, Alice asintió.

—Está bien, tienes razón. Encárgate tú.

Por un instante, Bastian temió haber escuchado mal. ¿Acaba de, no solo estar de acuerdo con algo que él decía sin rechistar, sino reconocer que él tenía razón?

No tuvo tiempo de meditarlo demasiado, porque Alice habló de nuevo:

—Es mejor que regrese antes de que se den cuenta de que no estoy.

Bastian observó cómo la esbelta y delicada figura de lady Alice se perdía entre unos árboles. Decidió esperar unos minutos antes de unirse él también al grupo.

Estaba satisfecho. Alice había resultado ser más razonable de lo esperado y había entendido lo peligroso que era para ella ir a aquel club de caballeros. Y, lo más importante, lo que hizo que una dulce

sensación se instalara en el fondo de su estómago, fue darse cuenta de que Alice confiaba en él.

Y aquel fue el mejor regalo que Bastian Weston había recibido en sus veintiocho años de edad.

Capítulo 25

Alice no confiaba en Bastian. O, por lo menos, no en este asunto.

Ella conocía a Ingrid mejor que nadie y tenía una capacidad para sacar información a la gente que Bastian, con todo su aplomo ducal, sencillamente no tenía. Él intimidaba; ella encandilaba. Eran habilidades distintas y ambas tenían su momento.

Esta noche, era el suyo.

No estaba orgullosa de haberlo engañado. Bueno, sí lo estaba, un poco, pero eso era un detalle menor. El caso era que había logrado convencerle de que lo dejaría estar, que se quedaría en casa siendo razonable y sensata, y que confiaría en que él se encargase de todo.

Bastian debería haberla conocido mejor. Pero ese era problema de él, no de ella.

Le había enviado una carta a su tía diciéndole que se encontraba indispuesta y necesitaba guardar cama. Su tía lo había aceptado sin preguntas y, lo que era más importante, sin presentarse en casa de Dominic para comprobarlo en persona. Alice no sabía si atribuirlo a la confianza o al agotamiento de la temporada, pero, en cualquier caso, no iba a ponerse a investigarlo.

De esa manera había podido pasar el día ajustando la ropa de Dominic que le había cogido prestada sin que él lo supiese. La casaca le quedaba ancha de hombros, pero, con el chaleco bien ceñido, no se notaba demasiado. Los pantalones eran otro asunto, pero con las botas altas de su hermano y unos cuantos alfileres estratégicos el resultado era, si no del todo convincente, al menos no la delataba a primera vista.

El pelo era lo más complicado. Se lo había recogido con más paciencia de la que solía dedicarle a nada y escondido bajo el sombrero de Dominic. Se miró en el espejo.

Un caballero joven. Delgado, algo peculiar, con la casaca un poco grande. Pero un caballero al fin y al cabo.

Alice esbozó una sonrisa. Nadie sospecharía quién era realmente.

Y entonces se sentó al borde de la cama y comenzó a hacer lo que consideraba la parte más difícil: esperar. Alice no era de las que esperaban con facilidad, pero se obligó a quedarse quieta en su cuarto, con el disfraz puesto y el sombrero en el regazo, escuchando los sonidos de la casa apagarse uno por uno. Los pasos de las doncellas por el corredor, el ruido de las puertas cerrándose y la tos de algún criado al fondo que se disponía a retirarse a su alcoba, hasta que todos los ruidos fueron apagándose.

Esperó un poco más, por si acaso. Cuando el reloj del corredor dio las once y media y no se oía absolutamente nada, se puso en pie.

Se colocó el sombrero, se aseguró de que el pelo estuviese bien recogido y se acercó a la ventana con cuidado de no hacer ruido. La abrió despacio, centímetro a centímetro, aguantando la respiración cada vez que la madera crujía levemente.

El árbol estaba ahí, a un palmo del alféizar, con sus ramas gruesas y su corteza familiar. Alice lo evaluó un momento con la mirada experta de quien ha trepado toda clase de árboles en toda clase de circunstancias inapropiadas. Para Alice, aquello era pan comido.

Se sentó en el alféizar, se agarró a la rama más cercana y se deslizó al exterior sin hacer apenas ruido. La casaca de Dominic se enganchó un momento en una rama menor; tiró de ella con cuidado y, cinco minutos después, estaba en la calle con los pies en el suelo y el corazón latiéndole más rápido de lo que habría querido reconocer.

Miró hacia arriba. Las ventanas de la casa seguían a oscuras.

Bien.

Se ajustó el sombrero, metió las manos en los bolsillos de la casaca con lo que esperaba que fuese un aire suficientemente masculino y recorrió la calle en busca de un coche de alquiler.

No tardó en encontrar uno. El cochero no le puso ningún inconveniente en llevarla al Brooks's. Alice no creía que sospechase que era una mujer, aunque tampoco la había mirado demasiado, lo cual era exactamente lo que ella necesitaba. Si algo había aprendido en su corta estancia en Londres era que, si entregabas más monedas de las necesarias, la gente tendía a no hacer preguntas. Era una lección sencilla y extraordinariamente útil.

El trayecto fue breve. Cuando el coche se detuvo frente al edificio, Alice se bajó y se quedó un momento en la acera mirando la fachada.

El Brooks's. Iluminado, con voces masculinas apagadas filtrándose desde el interior y un portero apostado en la entrada.

Alice respiró hondo.

Solo era un hombre en la puerta. Podía con eso.

Se acercó al portero con paso firme y decidido, que era exactamente como imaginaba que caminaban los hombres cuando querían parecer importantes.

—Buenas noches —saludó, en el tono más grave que fue capaz de producir su garganta.

El portero la miró de arriba abajo y Alice intentó no entrar en pánico. No sospecharía nada; era completamente imposible que la descubriesen. O eso era lo que ella quería creer.

—Vengo a las partidas de esta noche —añadió, con una voz que consideraba bastante convincente y que sonaba aproximadamente como un joven con un resfriado severo.

—Por supuesto, señor —respondió el portero, haciéndose a un lado—. Pase usted.

Sin embargo, aquella respuesta no convenció a Alice. En realidad, ni siquiera la escuchó; había imaginado tantos posibles escenarios de ese momento, ideando diferentes planes para cada uno de ellos... Curiosamente, en ninguno de esos escenarios el portero la dejaba pasar sin resistencia.

—Le advierto que mi padre está esperándome dentro y es un hombre muy importante —espetó Alice, alzando la barbilla e hinchando el pecho—. Y no le gusta que me hagan esperar en la puerta.

El portero ni siquiera le dio una segunda mirada. Tan solo se limitó a asentir y a murmurar con voz completamente desinteresada:

—Por supuesto, señor.

El portero retrocedió un paso más, dejándole aún más espacio, esperando que aquel joven tan particular pasara. Sin embargo, este no solo no pasó, sino que avanzó hacia él con la barbilla tan alzada que el portero pensó que se iba a romper el cuello y levantó la mano derecha, moviéndola de una forma exagerada en el aire.

—Así que le agradecería que me dejase pasar sin más dilación si no quiere que tome represalias.

—Señor —el portero entornó los ojos—, llevo un minuto intentando dejarle pasar.

Alice, que estaba a punto de seguir con su teatrillo, tuvo que cerrar la boca y apretar los labios con fuerza. Miró al portero, que señalaba la puerta abierta y que, efectivamente, le había dejado un espacio para que más de diez hombres pasaran a la vez.

—Ah —murmuró, sin saber qué más decir.

—Cuando guste, señor.

—Sí, claro. —Carraspeó—. Gracias.

Recuperándose de aquella pequeña confusión, entró con orgullo, como si perteneciese a ese lugar. Como si por dentro no se sintiese como un pez fuera del agua. Detrás de ella, el portero cerró la puerta con la expresión de quien ya no se pregunta nada de la alta sociedad desde hace mucho tiempo.

El interior del Brooks's era exactamente lo que Alice había imaginado y, al mismo tiempo, era completamente diferente. La estancia estaba dominada por la madera oscura y el cuero envejecido de los sillones. La luz de las lámparas apenas lograba disipar las sombras que se acumulaban en los rincones, tiñendo el salón de un aire íntimo y casi conspirador. El olor a tabaco y brandy impregnaba el ambiente con una intensidad desconocida para ella, mezclándose con el tenue aroma de cera derretida y papel antiguo.

Pero lo que más la desconcertó fue el ruido. No era el murmullo ordenado de un salón de baile ni la conversación cuidadosamente medida de una cena formal. Era algo más áspero, más vivo. Risas bajas, vasos apoyándose contra la madera, voces que se alzaban sin

reparo alguno. Era el sonido de hombres hablando con absoluta libertad, sin la presencia de una dama que los obligara a moderar sus palabras o contener sus gestos.

Y, en cierta manera, le pareció refrescante.

Alice se detuvo un momento en el umbral del salón principal y sus ojos recorrieron las mesas de juego, donde los grupos de caballeros jugaban con las casacas desabrochadas y copas de brandy en la mano. Afortunadamente para ella, nadie la miró; ni siquiera prestaron la menor atención al joven caballero de aspecto discreto que acababa de entrar.

—Todo va según lo planeado —se murmuró para sí misma, orgullosa de estar haciéndolo tan bien.

Ahora solo tenía que encontrar al hombre que había seguido a Ingrid. Alice se preguntó cuánto podía costar eso y pronto llegó a una conclusión: con su habilidad, no mucho. El problema era que no tenía ni la menor idea de cómo era ese hombre.

Alice se quedó quieta un momento, procesando ese pequeño detalle que, en el entusiasmo de la planificación, había pasado por alto. Nicholas había dicho que sus hombres lo habían visto. Que era joven, bien vestido y que frecuentaba el Brooks's los jueves.

Joven y bien vestido. Esas eran buenas pistas.

O eso creyó hasta que dio una segunda mirada por el local y se dio cuenta de que el salón estaba lleno de hombres jóvenes y bien vestidos.

—Genial —masculló con amargura, estirando los brazos y cerrando las manos en puños—. ¿Y qué hago ahora?

Alice no pudo encontrar una respuesta, porque un criado del local se acercó a ella, interrumpiendo su diálogo consigo misma.

—¿Le recojo el sombrero, señor? —preguntó, haciendo una pequeña reverencia.

—No, gracias.

Instintivamente, Alice sostuvo su sombrero negro —mejor dicho, el de su hermano— con las dos manos, aferrándose al material como si temiera que el criado fuese a arrancárselo.

—Como guste, señor. Es solo que los caballeros suelen...

—No me voy a exponer a coger un catarro —lo interrumpió Alice, con su voz más grave.

—¿Un catarro? ¿Quitándose el sombrero, señor? —El criado no pudo evitar mostrar su incredulidad. Durante los años que llevaba trabajando en aquel club había escuchado toda clase de extravagancias, pero ninguna como aquella.

—El frío entra por la cabeza —dijo Alice, que se iba inventando argumentos al momento—. Es de sobra conocido.

—Estamos en interior, señor.

—Los interiores también tienen corrientes.

El criado la observó un momento, dándose cuenta de que no iba a ganar aquella discusión, si es que se le podía denominar de esa manera. Hizo una pequeña reverencia y se retiró con toda la discreción de su oficio.

Alice dejó escapar todo el aire que había estado conteniendo. Menos mal que tenía una mente imaginativa, capaz de improvisar en cada momento. Había logrado pasar la entrada y enfrentarse a un criado sin llamar la atención. O, por lo menos, así era como ella lo veía.

Porque el criado se dirigió hacia el fondo del salón, donde otro miembro del servicio le dijo algo en voz baja. Los dos la miraron, pero ella no se fijó porque estaba pensando en cómo continuar su plan.

Aunque, en realidad, no tenía ninguno. Y necesitaba uno.

Interrogar a todos los jóvenes era lo único que se le ocurría. Claro que podía tirarse toda la noche sin sacar nada en claro, así que lo más sensato era acercarse a los grupos, escuchar y preguntar con naturalidad. De manera discreta, por supuesto. La discreción era parte de ella. Siempre lo había sido.

Se acercó a la primera mesa de cartas con paso decidido. Cuatro caballeros, todos jóvenes y bien vestidos. Cualquiera de ellos podía ser su hombre.

Se sentó en la silla vacía sin que nadie se la ofreciese.

—Buenas noches —saludó, con su voz más grave—. ¿Sois habituales de los jueves?

—Algunos —respondió uno, el más joven de todos.

—¿Y a alguno le gusta seguir a mujeres por la calle?

Alice sintió la mirada de los cuatro jóvenes sobre ella. Abrían los ojos y la boca. Alice intentó identificar algún gesto, alguna expresión, algo que destacase en uno de ellos, pero todos parecían igual de perplejos.

—¿Cómo dice? —preguntó un caballero rubio, que parecía ser el único capaz de articular palabra alguna.

—Ya sabe, por conversar. —Alice se encogió de hombros—. Existen aficiones mucho más extrañas, créame. Algunos caballeros beben hasta quedarse dormidos sobre un periódico. —Señaló con la barbilla a uno, varias mesas más allá, que estaba haciendo precisamente eso—. Yo prefiero montar a caballo.

Ninguno de ellos respondió, aumentando la frustración de Alice, quien estuvo segura de que el culpable se encontraba en aquella mesa. ¿Por qué, si no, ninguno de ellos continuaría aquella conversación tan normal?

Uno de los caballeros, el rubio, repartió las cartas. Alice recogió las suyas y las miró con expresión concentrada, aunque realmente no las estaba mirando. No pudo evitar pensar que tal vez estaba siendo demasiado sutil, así que decidió ser un poco más directa. Tan solo un poco.

—¿Conocéis a una joven llamada Ingrid? —preguntó.

Los cuatro caballeros levantaron la vista de sus cartas al mismo tiempo.

Alice los estudió uno por uno. Ninguno pareció especialmente nervioso. Más bien la miraban con la expresión uniforme de quien no entiende absolutamente nada de lo que está pasando en esa mesa.

—¿Ingrid? —repitió uno. Tenía el cabello pelirrojo y los ojos azules.

—Una joven institutriz, que trabajaba en una lavandería en Lambeth. Desapareció hace unas semanas.

—No —respondió el más joven.

Los otros dos también sacudieron la cabeza y Alice albergó la esperanza de que el caballero pelirrojo supiera algo, pues fruncía el ceño con aire pensativo. Sin embargo, al cabo de un instante, él también indicó que no.

—Qué pena —murmuró Alice, preguntándose si debía confiar en sus respuestas.

—¿La está usted buscando?

—¿Yo? —Alice miró al joven pelirrojo que acababa de hacerle la pregunta. No podía contarle la verdad, ya que aquello levantaría sospechas y podía alertar al joven que buscaba—. No. Ni siquiera la conozco. Era otro tema de conversación. Sois sorprendentemente callados para tratarse de un club de caballeros, ¿no os parece?

El pelirrojo intercambió una mirada con el caballero más joven. Este último se encogió de hombros y el rubio, que observaba la interacción y parecía ser el más impaciente del grupo, le hizo un gesto a Alice señalando las cartas.

—Es su turno.

Alice miró su mano, mordiéndose el labio inferior mientras observaba las cartas. Debió de tardar demasiado en decidirse, porque el caballero rubio lanzó un pequeño resoplido. El joven castaño de cejas pobladas, que se había mantenido en silencio hasta ese momento, se dirigió a Alice con cierta confusión.

—¿Sabe jugar?

—¡Por supuesto que sé! —respondió Alice con indignación, carraspeando al darse cuenta de que, al alzar la voz, le había salido más aguda de lo debido—. Hace muchos años que juego al whist —añadió, modulando la voz.

—Estamos jugando al macao.

Ella dejó de mirar las cartas.

—¿Los jueves no juegan todas las mesas al whist?

—En absoluto. Los jueves hay una partida privada de whist en una de las salas. Nosotros preferimos el macao.

Alice procesó aquella información. Tenía que encontrar esa sala. No hacía nada útil en esa mesa, pero levantarse de golpe pondría en entredicho toda la discreción con la que había estado obrando hasta ese momento.

Miró sus cartas. Escogió una al azar y la lanzó sobre la mesa.

—He ganado —anunció.

Los cuatro caballeros observaron la carta con perplejidad y después la volvieron a mirar a ella. Lo hicieron varias veces, como si

hubiera algo que no estaban comprendiendo.

—No ha ganado —dijo el rubio.

—Claro que sí. —Alice entrecerró los ojos, porque siempre tenía que haber algún listillo en todos los grupos. Sin esperar una respuesta, se levantó, dejando sus cartas sobre la mesa—. Quédense con las ganancias. Considérenlo un gesto de cortesía de mi parte.

—No hay ganancias. Nadie ha apostado nada todavía.

—Mejor aún. —Se ajustó el sombrero—. Caballeros, ha sido un placer, pero debo irme.

Y se alejó con paso tranquilo mientras detrás de ella reinaba un silencio absoluto y perplejo.

Contenta con lo bien que había llevado la situación, se acercó a uno de los camareros que circulaban por el salón.

—¿Dónde está la sala de la partida privada de whist?

—Me temo que está terminando, señor.

—¿Aun así podría entrar?

—Es una partida privada, señor. Solo para los invitados. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

Alice frunció el ceño. Necesitaba pensar.

—Un brandy —dijo. Era la bebida preferida de su hermano y suponía que era lo que los caballeros bebían.

Mientras el camarero iba por la copa, ella se acomodó en una de las butacas de cuero. Si la partida estaba terminando, solo necesitaba saber cuál era la sala y esperar fuera para ver quién salía. Después interrogaría a esos caballeros con discreción. Con toda la discreción del mundo. Nadie sospecharía nada.

El camarero regresó.

—¿Al menos puede decirme dónde está la sala donde están jugando? —insistió, a la vez que aceptaba la copa que le entregó el camarero.

—¿Por qué quiere saberlo, señor?

El brandy le descendió por la garganta como fuego líquido, abrasándole el pecho y provocándole una tos violenta. Por un instante estuvo peligrosamente cerca de escupirle toda la bebida al

camarero, que, afortunadamente, poseía unos reflejos admirables y logró apartarse a tiempo.

—¿Se encuentra bien, señor?

Tras unos instantes en los que casi creyó que se ahogaba, Alice logró incorporarse, aunque aún tenía los ojos llorosos.

—¡Por Júpiter! ¡¿Qué demonios me ha dado?! —espetó, furiosa.

Una dama no podía maldecir. Por suerte, allí nadie la reconocía como una dama. A ojos del resto, era simplemente un joven caballero, y los jóvenes caballeros, al parecer, podían blasfemar cuanto les viniera en gana.

—Brandy, señor. Lo que ha pedido.

Alice observó el vaso que sostenía en la mano derecha. En apariencia parecía idéntico al que tomaba su hermano, pero no podía serlo. Por lo que tan solo había una explicación posible.

—¿Está intentando envenenarme?

—¿Por qué querría envenenarle? —El camarero parpadeó un par de veces, confundido—. Ya se lo he dicho, es brandy. Es el mismo que servimos a todos los caballeros.

—Es imposible que sea el mismo que les da a todos —espetó ella—. Ninguno de esos hombres parece debatirse entre la vida y la muerte después de probarlo. —Alice miró durante unos instantes a unos jóvenes que se encontraban a unos pasos de ella, con la misma bebida que ella parecía tener en la mano, y que bebían tragos generosos sin que les estuvieran consumiendo las entrañas cada vez que lo hacían—. Que sepa que voy a presentar una queja formal al director del club.

—Señor, le aseguro que es exactamente el mismo brandy. No sé qué ha podido suceder.

Alice, que ya se estaba recuperando, decidió que podía aprovechar la confusión del hombre. Dejó el vaso con ese líquido del infierno y se puso de pie.

—Mire —dijo, bajando la voz con aire condescendiente—, estoy dispuesto a olvidar este desafortunado incidente. Soy un hombre razonable. Pero necesitaré que me indique dónde se encuentra la sala de la partida privada. Como compensación por el disgusto, comprenderá usted.

El camarero la miró.

—La segunda puerta al fondo del corredor, señor —dijo al fin, con la resignación de quien sabe que es más sencillo ceder—. Aunque la partida está a punto de terminar.

—Tiene usted mi palabra de que no volveré a mencionar el asunto del brandy —dijo Alice, con una inclinación de cabeza solemne.

El camarero la miró extrañado, pero ella ya se estaba dirigiendo hacia el corredor con paso resuelto, completamente satisfecha con cómo estaba llevando la situación. No tenía ninguna duda de que nadie, absolutamente nadie, sospechaba de ella. Alice estaba segura de que había nacido para la investigación.

En cambio, detrás de ella, el camarero que le había servido el brandy observaba cómo se alejaba con la expresión de quien tiene muchas cosas que decir y ha decidido que ninguna de ellas merece el esfuerzo. En la mesa del macao, cuatro caballeros seguían sin ponerse de acuerdo sobre qué había ocurrido exactamente en los últimos diez minutos. Y el portero de la entrada, que llevaba veinte años en su puesto y había visto de todo, estaba considerando seriamente si mencionar el incidente al director o simplemente dejarlo pasar como una de esas noches que es mejor no recordar.

Sin embargo, Alice no era consciente de ninguna de estas cosas. Avanzaba por el corredor con paso resuelto, convencida de que la segunda puerta a la izquierda era su destino y de que todo iba exactamente según lo previsto.

Capítulo 26

No había recorrido ni cinco metros cuando una mano le sujetó el brazo con firmeza y la condujo hacia un rincón apartado antes de que pudiera reaccionar.

Alice supo quién era incluso antes de girarse. Aquel perfume amaderado, y profundamente masculino, resultaba inconfundible. Aun así, se volvió bruscamente, soltándose de su agarre.

—Buenas noches —saludó, con su voz más grave—. ¿En qué puedo ayudarle?

Bastian Weston estudiaba su rostro con la misma intensidad con la que lo había hecho en los últimos encuentros que habían tenido. Alice no tuvo la menor duda de que aquel hombre sabía quién era ella; y su cuerpo, tan traicionero cuando se trataba de él, se derretía ante su cercanía. Sin embargo, ella continuó con esa expresión solemne que había intentado mantener toda la noche y la espalda bien erguida.

—Alice —murmuró él.

—No conozco a ninguna Alice —respondió ella—. Me llamo Alec.

Bastian entornó los ojos.

—Estás empezando a agotar mi paciencia —le advirtió con un gruñido.

No obstante, como siempre, lady Alice no hizo caso de su advertencia.

—Alec. Con C al final —insistió ella—. No es un nombre tan extraño. Aunque es más común en Escocia, mi padre era de allí…

Pero no pudo seguir con su estratagema porque Bastian le quitó el sombrero.

—¡¿Cómo se atreve?! —Alice pegó un salto, intentando, sin éxito, recuperarlo—. ¡Devuélvame el sombrero! Voy a resfriarme por su culpa.

Bastian levantó el sombrero y, a pesar de que Alice pegaba pequeños saltos, era lo suficientemente alto para que ni siquiera

pudiese llegar a rozarlo. El pelo de Alice, mal recogido y ya medio suelto, se deshizo completamente.

—El pelo largo está muy de moda —se justificó ella antes de que él pudiese decir ni una sola palabra—. Muchos caballeros lo llevan. Lord Byron, sin ir más lejos, y nadie cuestiona su masculinidad.

—¿Lord Byron? —repitió Bastian, preguntándose por qué siquiera estaba participando en aquella conversación.

Era evidente que lady Alice se lo había inventado.

—Es un caballero muy distinguido que frecuenta los mejores círculos y tiene una melena envidiable y…

—Cállate —susurró, y antes de que ella pudiese replicar, la besó.

No fue un beso como los anteriores. La pilló de improviso, con la urgencia de un hombre que ha decidido no esperar un segundo más. Él la acorraló contra la pared, usando su cuerpo para anular cualquier distancia, mientras una mano le sujetaba la mandíbula y la otra la ceñía por la cintura. Sin rodeos, sin la calma deliberada de otras veces.

Bastian profundizó el beso sin vacilación, deslizando la mano hacia su nuca para asegurar el contacto, como si temiera que se escapara. Aunque Alice no tenía ninguna intención de apartarse; al contrario, se aferró a las solapas de su casaca con ambas manos, tirando de él.

—Más —susurró Alice entre sus labios, o quizás solo lo pensó, pero sus manos delataban que no quería que parase.

Un sonido involuntario escapó de su garganta. Bastian respondió con un gruñido bajo y contenido contra su boca, un sonido que no parecía destinado a salir, pero que se le escapó de forma ruda. Aquella pérdida de control, más que el beso mismo, fue lo que terminó por desestabilizarla.

Él presionó su frente contra la de ella, sin romper el contacto del todo, mientras sus dedos se hundían en el pelo suelto de Alice. Les faltaba el aire, pero ninguno parecía dispuesto a dar el primer paso para alejarse.

—Te dije que yo me encargaba —siseó Bastian.

—Lo sé, pero Ingrid es mi amiga. No podía quedarme en casa esperando —dijo, con la voz entrecortada, sin molestarse en seguir fingiendo. Ya no tenía ningún sentido.

Bastian no se apartó. Seguía con la frente apoyada en la de ella, los dedos enredados en su pelo, y Alice podía sentir su respiración, todavía algo irregular, mezclándose con la suya.

—Y has decidido disfrazarte y colarte en un club de caballeros llamando la atención.

—No he llamado la atención. He sido muy discreta.

Él soltó una carcajada, breve y genuina, y le dio un beso en la nariz antes de separarse de ella.

—Llevo toda la noche en la sala privada jugando al whist —dijo —. Estamos completamente aislados del salón principal. Y, aun así, han entrado tres camareros distintos a comentar entre ellos sobre el joven caballero con actitudes extrañas.

—Se referirían a otro. He visto a muchos caballeros extravagantes esta noche.

Bastian negó con la cabeza.

—Qué voy a hacer contigo…

—¿Has podido entrar en la partida? —preguntó ella, pasando por alto completamente lo que acababa de decir, como si la conversación anterior no hubiese existido.

—Sí.

—¿Cómo lo has conseguido sin invitación?

—He logrado que me inviten.

—¿Cómo?

Bastian hizo una mueca.

—Soy un duque, Alice.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que necesitas.

Alice decidió dejarlo estar por el momento.

—¿Has averiguado algo? —preguntó, inquieta.

—Bastante. —Bajó la voz—. He pasado la noche jugando con cuatro caballeros. Dos de ellos, jóvenes. Al principio no sabía cuál era de los dos o si era alguno, ya que podía no haber venido esta noche. Pero el alcohol y las cartas tienen una manera muy eficaz de

hacer hablar a la gente. —Hizo una pausa—. Se llama Edmund Carew. Es el tercer hijo del marqués de Dunmore.

—¿Y por qué seguía a Ingrid? ¿Le ha hecho algo?

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora.

—¿Ahora?

—Los demás jugadores se han marchado hace un momento. Él sigue dentro. Solo. —Bastian le puso el sombrero en la cabeza con suavidad y le metió el pelo debajo, aprovechando para acariciar su mejilla durante un segundo—. Por eso salí a buscarte cuando supuse que eras tú el joven extraño. No podía dejar que vagaras por el club mientras intentaba interrogar a un hombre.

—Estaba buscando la manera de colarme en la sala.

—Y lo habías logrado.

—Claro que sí —respondió ella con una sonrisa.

—Llamando aún más la atención, logrando que acabasen descubriéndote y echando por tierra todo lo que llevo esta noche construyendo.

Alice dejó de sonreír.

—Eso no habría pasado.

—Por supuesto que sí. —Bastian entrecerró los ojos—. Cuando te he encontrado, ibas directa hacia la puerta con intención de entrar.

Alice se encogió de hombros.

—Iba a ser discreta.

—Tan discreta como un elefante en el salón de baile de la reina.

—¡¿Cómo te atreves?! —replicó ella, indignada.

Bastian le tomó la mano sin decir nada más, enredando los dedos con los suyos, y tiró de ella suavemente.

—No nos demoremos más. Venga, vamos.

Alice sintió el calor de su mano en la suya y decidió que había cosas más urgentes en las que pensar que en lo que le producía ese contacto. Cosas como Ingrid, por ejemplo. Encontrar el paradero de su amiga era lo más importante; aunque, en los últimos días, parecía olvidarlo cada vez con más frecuencia.

La condujo por un corredor lateral que Alice no había visto, alejado del salón principal y del tráfico de camareros, hasta

detenerse frente a la segunda puerta a la izquierda. La misma que le había indicado el camarero.

Bastian la abrió despacio.

La sala olía a tabaco, a brandy derramado y a partida larga. En el centro había una mesa de juego con las cartas todavía repartidas y varias copas vacías. Las velas estaban casi consumidas. En una butaca al fondo, con la cabeza ladeada y los brazos abiertos, dormitaba un joven de unos veinticinco años. La casaca arrugada, el pelo revuelto, y sostenía una copa vacía todavía entre los dedos.

Alice supuso que él era Edmund Carew, tercer hijo del marqués de Dunmore. Frunció el ceño ante el espectáculo que ofrecía: la cabeza ladeada, la boca entreabierta y el corbatín deshecho. Incluso roncaba levemente.

—Está muy borracho.

—Lo he dejado demasiado tiempo solo. —Bastian cerró la puerta detrás de él y suspiró cuando contempló al joven—. Está profundamente dormido. Dudo que consigamos nada hoy —observó —. Tendremos que interrogarlo en otro momento.

Ahora que sabían quién era, no sería complicado para Bastian volver a encontrarlo cuando Edmund Carew estuviese más despierto y sobrio. Fue a sostener la muñeca de Alice para tirar de ella e irse de la sala antes de que entrara algún empleado, cuando esta se deshizo de su agarre.

—¿Acaso has perdido el juicio? —siseó—. No he venido hasta aquí, y puesto mi vida en riesgo con una bebida que hace que aún me queme la garganta, para regresar a casa sin nada.

Sin esperar la respuesta de Bastian, se acercó a Edmund con paso decidido, se detuvo frente a él y lo estudió un momento como si fuera un problema aritmético de solución incierta. Luego le puso una mano en el hombro y lo sacudió sin la menor delicadeza.

—¡Señor Carew!

El joven emitió un sonido que podría haber sido una palabra o simplemente aire escapando de sus pulmones, y volvió a sumirse en el silencio. Impaciente como era ella, Alice lo sacudió con más fuerza.

—¡Señor Carew, despierte!

Nada.

Bastian, que se había apoyado contra la pared y cruzaba los brazos mientras observaba a Alice, inclinó la cabeza hacia un lado.

—Quizás si le hablara con más suavidad... —sugirió.

—O quizás si usted le hubiera dado menos brandy —replicó ella sin volverse.

Con un resoplido, miró a su alrededor, buscando algo útil. Sonrió al ver una jarra de agua sobre la mesa que se encontraba frente a ella. Definitivamente, aquel debía ser su día de suerte.

—Alice... —la advirtió Bastian, intuyendo sus intenciones—. No serás capaz.

Ella lo miró y esbozó una sonrisa.

—Claro que lo voy a hacer.

Y antes de que Bastian pudiera añadir nada más, Alice tomó la jarra y vació la mitad del contenido directamente sobre la cabeza de Edmund Carew.

El efecto fue instantáneo.

Edmund se levantó de la silla con un grito ahogado, tropezó con sus propias piernas, se aferró al borde de la mesa para no caer y derribó dos copas vacías que rodaron por el suelo con gran estrépito. Se quedó de pie, empapado, parpadeando furiosamente, con el pelo pegado a la frente y una expresión de perplejidad absoluta.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Buenas noches —dijo Alice, dejando la jarra sobre la mesa con toda la calma del mundo.

Bastian no dijo nada, pero esbozó una sonrisa. Había conocido a mujeres valientes, a mujeres brillantes, a mujeres que sabían exactamente el efecto que producían. Alice no sabía nada. Lo hacía todo por instinto, sin cálculo, y eso era bastante más peligroso que cualquier cosa que él hubiera visto en mucho tiempo.

Edmund se pasó una mano por la cara, apartándose el agua de los ojos con expresión atónita. Después bajó lentamente la vista hacia la manga empapada de su chaqueta, como si todavía estuviera intentando comprender qué acababa de ocurrir. Parpadeó una vez,

luego otra, y alzó la cabeza. Miró a Alice y después a Bastian, que seguía apoyado contra la pared. Y volvió a mirar a Alice.

—i¿Qué demonios...?!

—Siéntese, Carew —dijo Bastian.

Algo en el tono, tranquilo y absolutamente desprovisto de urgencia, logró lo que ni el brandy ni el agua habían conseguido del todo: devolverle a Edmund cierta coherencia. Se hundió de nuevo en la silla, esta vez sin que nadie lo empujara, y miró a sus interlocutores con los ojos aún brillantes de confusión.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Dónde está mi amiga? —preguntó Alice antes de que Bastian pudiera responder.

Edmund parpadeó. La miró con la expresión de alguien que intenta enfocar un objeto que se mueve demasiado deprisa.

—¿La conozco?

Se tocó la sien. Estaba más lúcido, pero era evidente que arrastraba aún el peso del alcohol.

Alice no contestó. Se quitó el sombrero de un solo gesto y el pelo le cayó sobre los hombros. Edmund, que creía que nada más le podía sorprender aquella noche, abrió la boca, perplejo.

—Es usted una mujer.

—Desde el día que nací. —Alice se apartó varios mechones de cabello que caían desordenados por su frente—. Y ahora, hágame el favor de decirme dónde está Ingrid.

Aquel nombre fue como una corriente de aire frío para Edmund. Sus ojos se abrieron, se irguió en la silla y fue como si cualquier rastro de alcohol se evaporara de su cuerpo.

—Lady Alice Thorne —dijo despacio, como si estuviera leyendo algo escrito en el aire—. Tiene que ser usted. Es tal como Ingrid la describió. Intrépida y valiente.

—¿No le mencionó también que era testaruda e imprudente? —preguntó Bastian con sarcasmo.

Alice le lanzó una mirada que habría hecho retroceder a un hombre más sensato. Pero no a Bastian, quien sonrió.

—Sí —admitió Edmund—. Lo hizo.

—Entonces Ingrid la conoce muy bien.

Alice puso los ojos en blanco, pero no le dedicó más atención.

—¿Por qué Ingrid le hablaría de mí? —le preguntó a Edmund.

El joven vaciló un instante.

—Porque estamos enamorados.

—¿Enamorados?

Aquella confesión sorprendió a Alice. Su amiga Ingrid, al contrario que ella, ansiaba encontrar el amor. Puede que nunca se lo hubiera confesado a Alice, pues era demasiado tímida. Pero ¿no le contaría por carta que se había enamorado? ¿Tan poco confiaba en ella para ocultarle algo así?

—La conocí a través de mi sobrina, que es amiga de la hija de los condes de Haverstock. Coincidimos en su cumpleaños. —Hizo una pausa y algo en su expresión se suavizó de un modo que no tenía nada que ver con el alcohol—. Desde el primer momento supe que es diferente a cualquier mujer que haya conocido. Nos veíamos a escondidas, cuando podíamos. Pero cuando los condes la echaron de la casa acusándola de...

—Creyó las acusaciones y la abandonó —le cortó Alice.

Edmund alzó su mano derecha en un puño y se golpeó el muslo, indignado.

—Por supuesto que no hice eso.

Alice cruzó los brazos por encima del pecho y dio un paso hacia él.

—Estoy bastante segura de que sí lo hizo.

—Está sacando conclusiones precipitadas y no me está dejando explicarme.

—Acostúmbrese —dijo Bastian, que seguía apoyado en la pared —. Lo hace constantemente.

—Cállate —espetó Alice, girándose hacia él. Bastian le respondió con una ceja arqueada y con una sonrisita que prometía que no lo iba a hacer. Con un suspiro de resignación, porque el duque de Weston siempre lo complicaba todo, volvió los ojos hacia Edmund—. Bien. Explíquese.

Edmund suspiró.

—Las acusaciones eran falsas y yo lo sabía. Quería ayudarla a restaurar su honor, pero ella se negó. Y me dejó. —Bajó la vista a

sus manos—. Dijo que no podíamos seguir viéndonos, que era lo más sensato y que ella no iba a ser la causa de ningún escándalo para mi familia. —Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, la voz le salió más ronca—. Después de que la echaran, huyó y no volvió a hablarme. Pero yo no estaba dispuesto a renunciar a ella, así que descubrí dónde vivía y fui a verla. El barrio era... no era lugar para Ingrid, y yo no era capaz de quedarme de brazos cruzados sabiendo las condiciones en las que estaba viviendo. Así que le propuse matrimonio.

—¿Le propuso matrimonio? —repitió Alice, y por primera vez desde que habían entrado en aquella sala, no había ironía en su voz.

—Se negó. Me pidió que la dejara en paz, que respetara su decisión. —Edmund exhaló despacio—. Y yo no fui capaz. Seguí yendo, seguí insistiendo. Hasta que un día llegué y ya no estaba. La presioné demasiado y ella huyó. —Apoyó los codos en sus muslos y hundió el rostro en las manos—. Lo más probable es que fuera de mí.

—¿Y no sabe dónde puede estar?

Edmund alzó la cabeza.

—Si lo supiese, estaría allí intentando convencerla de que me aceptase como su marido.

—¿No le importa que sea de una posición diferente a la suya? —preguntó Bastian, y Alice entrecerró los ojos.

—¿Por qué lo haría? —Alice no pudo quedarse callada ante aquel juicio—. Ingrid es una joven preparada e inteligente.

—No tiene que defenderla —dijo Edmund—. No me importa su clase social, pero ella insistía en que la sociedad me daría la espalda. —Rodó los ojos a la vez que bajaba las manos—. Como si eso me importase.

Alice se dio cuenta de que él era sincero.

—A veces, puede ser muy testaruda —dijo Alice al fin, y en su voz había algo que sonaba casi a ternura—. Si se está escondiendo de usted, lo hace creyendo que es lo mejor para los dos.

—No lo es.

—No, no lo es —coincidió Alice—. Pero la encontraremos. Se lo prometo.

Edmund asintió. Se recostó despacio en el respaldo de la silla, como si aquella conversación le hubiera agotado todas las fuerzas que le quedaban. Cerró los ojos, como si no pudiera luchar contra ello, y echó la cabeza hacia un lado mientras estiraba las piernas. En menos de un minuto, Edmund Carew estaba profundamente dormido.

Alice recogió la chaqueta que el joven había dejado sobre una silla y se la puso encima a modo de manta. Bastian se separó de la pared y señaló la puerta con un gesto. Ambos salieron sin hacer ruido.

Cuando llegaron al corredor, Alice se volvió hacia Bastian.

—Tenemos que encontrarla. Tiene que entrar en razón.

—Lo sé —dijo Bastian—. Mañana le contaré todo esto a Nicholas. Él tiene más recursos que nosotros para rastrearla.

—¿Mañana? ¿Por qué no esta misma noche?

—Porque son las tres de la madrugada, llevas ropa de hombre y yo tengo que sacarte de este club sin que nadie repare en ninguna de las dos cosas.

—Mañana deberíamos ir con Nicholas, recorrer el barrio…

—Mañana tienes que descansar. Te recuerdo que pasado mañana vamos de cacería.

—No me importa la cacería.

—Lo sé. —Bastian hizo una mueca—. Pero si quieres encontrar a Ingrid, debemos seguir con la farsa. Y para eso, tenemos que fingir que somos una pareja de prometidos normales. —Se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de sus palabras—. O todo lo normales que podamos aparentar ser.

Alice suspiró.

—Está bien.

Primero tenía que encontrar a Ingrid, que era la única razón por la que seguía la corriente. Y, en parte, era verdad.

Pero también era verdad que llevaba semanas interpretando el papel de prometida del duque, un papel que había aceptado como lo que era: una farsa, una mentira con fecha de caducidad. Y, sin embargo, no sentía que estuviera fingiendo nada. Sentía, con una incomodidad que prefería no examinar demasiado de cerca, que

aquello le quedaba bien. Como un guante que no debería ser de su talla y que, sin embargo, encajaba.

—Entonces déjame que te lleve a casa.

Alice asintió.

Salieron del club de caballeros sin que nadie reparase en ellos. El duque había llevado su propio carruaje y regresaron en silencio durante todo el trayecto. No era un silencio incómodo, que era lo más desconcertante de todo. Era uno de esos silencios cómodos que resultan mucho más peligrosos que cualquier conversación: el tipo de silencio que solo se construye con alguien con quien ya tienes demasiada confianza, cuando precisamente lo que menos te conviene es tenerla.

Cuando se acercaban a la casa de su hermano, Alice le pidió que detuviera el carruaje antes de doblar la esquina. Bastian dio la orden al cochero, pero bajó con ella.

—No voy a dejarte recorrer las calles a estas horas sola.

Alice miró la calle desierta, los faroles de aceite dibujando charcos de luz amarilla sobre los adoquines y la silueta oscura de las casas con todas las ventanas apagadas. Y, por una vez en su vida, no le llevó la contraria.

Aunque, a pesar de que era la primera vez que caminaba por la calle de madrugada y resultaba un poco aterrador, no fue esa la razón por la que no se negó, sino porque le gustaba pasar tiempo con Bastian.

Caminaron juntos hasta la verja sin decir nada. Cuando llegaron, ella se volvió para despedirse y encontró que él la estaba mirando con esa expresión suya tan difícil de descifrar. La mayor parte del tiempo, observar a Bastian era como intentar leer un libro cerrado: nunca sabía qué estaba pensando realmente, y aquella incapacidad para anticiparlo o comprenderlo la frustraba.

—¿Cómo vas a entrar sin que te vean? —preguntó él.

—Como he salido. Saltando la verja y trepando al árbol que da a mi ventana.

Bastian la miró un momento.

—Si yo fuera tu hermano, talaría todos los árboles del jardín.

Alice sonrió.

—Es una suerte que no lo seas.

—Lo es.

Y lo dijo de un modo que no tenía nada que ver con los árboles. Alice lo supo en el instante en que lo oyó, porque no había en esa voz ni rastro de ironía, ni de ese tono ligero con el que Bastian se defendía del mundo. Solo dos palabras dichas en serio, en voz baja, en mitad de la noche.

Se giró y echó a andar sin responder, porque lo cierto era que no tenía nada que decir. O, más bien, tenía demasiado, y ninguna de esas cosas era prudente.

Ella tampoco quería que Bastian fuera su hermano. Ese no era el problema. El problema era lo que llevaba días, sin querer admitirlo, empezando a desear que fuera.

Capítulo 27

Los jardines de la casa de los Munday en Surrey eran, según todos los que habían tenido el privilegio de ser invitados a la propiedad, una maravilla.

Lady Munday los había diseñado ella misma durante veinte años con la paciencia metódica de quien considera que la naturaleza, abandonada a sus propios medios, tiende al desorden, y los resultados le daban la razón: arriates perfectamente delimitados, setos recortados con escuadra, rosaledas que florecían por turno como si tuvieran horario.

Aunque Alice prefería seguir en Londres buscando a Ingrid, tenía que reconocer que eran preciosos. Ella prefería el campo a la ciudad; eso no había cambiado y estaba segura de que nada cambiaría.

Y aunque Surrey estaba cerca de la ciudad, se respiraba un aire puro, más limpio.

—Los hombres están preparándose para la cacería —anunció lady Munday a las invitadas reunidas en el jardín. Eran cinco mujeres y, de todas ellas, Alice era la más joven por un margen considerable —. Pero nosotras nos vamos a divertir de verdad. He organizado para esta mañana una sesión de encaje de bolillos y para la tarde recitaremos poesía por turnos.

Hubo un murmullo general de aprobación.

—Es una anfitriona maravillosa —dijo lady Ashford con entusiasmo—. Vamos a divertirnos mucho.

Alice, como era costumbre, no estaba de acuerdo con su tía.

Lo que tenían por delante le parecía un día perfectamente diseñado para que el tiempo transcurriera lo más despacio posible, con la máxima corrección y el mínimo aliciente. Vamos, un auténtico suplicio. Y encima, sin las gemelas. Ni siquiera tenía a nadie con quien intercambiar una mirada cómplice cuando lady Munday explicara los pormenores del encaje de bolillos.

—Tal vez lady Alice preferiría una actividad algo más animada —sugirió lady Weston, con una entonación perfectamente neutra—. Aunque el encaje de bolillos es uno de los grandes placeres de la vida, las jóvenes no suelen ser capaces de apreciarlo.

Alice no conocía apenas a la madre de Bastian, pero habría jurado que había ironía en esa voz. Una ironía muy bien disimulada, del tipo que solo detecta quien sabe buscarla. Tal vez, por eso, el resto de las mujeres no pareció advertir nada.

—Mi sobrina puede aprender a disfrutar del encaje de bolillos —dijo lady Ashford.

—Estoy segura de ello —replicó lady Weston—. Con la edad, pero aún es demasiado joven.

Por primera vez en su vida, a Alice no le importaba que hablasen de ella como si no estuviese allí.

—No le falta razón, lady Weston —intervino lady Munday—. Nuestra invitada más joven puede disfrutar de una sesión de acuarelas por la propiedad mientras nosotras nos dedicamos a los bolillos. Los jardines ofrecen lugares espléndidos para pintar, y la luz a esta hora es perfecta.

Alice abrió la boca para decir que casi odiaba más esa actividad que la otra. Pero, en el último instante, se arrepintió, ya que, pensándolo bien, mientras ellas estaban en el interior, ella estaría en el exterior sin supervisión. Por lo que podría aprovechar ese tiempo para pasear por la propiedad.

—Me parece una idea estupenda —dijo su tía con una sonrisa —. Y luego Alice podrá enseñarnos sus acuarelas después de comer. Así todas podremos disfrutar de su trabajo.

Alice miró a su tía. Y su tía le devolvió una mirada que decía, con toda la claridad del mundo, «no me decepciones». Alice puso los ojos en blanco. Lady Weston, desde el otro lado del grupo, articuló un «lo he intentado» silencioso que le arrancó una sonrisa antes de poder evitarlo.

La madre de Bastian le resultaba increíblemente fácil de querer. Poseía una naturalidad que no encontraba en casi ninguna de las damas que había conocido desde su llegada a Londres. No parecía observarla esperando un error, ni corregir cada palabra que decía, ni

medir constantemente si estaba siendo lo bastante apropiada. De hecho, Alice tenía la sensación de que a lady Weston le divertía precisamente aquello que el resto consideraba defectos: su espontaneidad, sus respuestas impulsivas, su incapacidad para comportarse exactamente como se esperaba de ella.

Parecía que la aceptaba tal y como era.

Y, antes de poder detener el pensamiento, Alice se descubrió imaginando que no le habría importado tener una suegra como ella. La idea la golpeó con tal fuerza que se quedó rígida al darse cuenta de lo que acababa de pensar.

Definitivamente, pasar tiempo con aquellas mujeres le estaba afectando, porque ella no iba a casarse. Y, desde luego, no con Bastian Weston.

—Lo mejor será que entremos dentro —dijo la anfitriona—. Ordenaré a un sirviente que te dé los utensilios necesarios para que puedas dibujar.

Alice esbozó una sonrisa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al final se iba a ver obligada a dibujar aunque fuese algo.

Cuando el grupo se dirigía hacia el interior de la casa, lady Weston se rezagó un momento y puso una mano ligera en el brazo de Alice.

—¿Me permites un instante?

No era exactamente una pregunta. Alice se detuvo y dejó que las demás siguieran adelante.

—Lady Weston —dijo Alice.

—Beatrice —la corrigió ella—. Vas a casarte con mi hijo. Podemos dejarnos de formalidades.

—Beatrice, entonces.

—Y algún día, si tú quieres, podrás llamarme mamá. —Alice tragó saliva, lo que hizo que lady Weston esbozara una sonrisa suave—. Lo siento por la confianza, no quería incomodarte.

—No me incomodas —respondió Alice. Y era verdad, que era precisamente el problema.

Quería decirle que también ella deseaba que ese día llegara. Que le caía bien, que había algo en ella cálido y directo que le

recordaba a su propia madre. Que sería un placer llamarla mamá. Quería decirle todo eso.

Pero no le dijo nada, porque ninguna de esas cosas tenía sentido. Ella no iba a casarse con Bastian. El compromiso era una farsa y, cuando terminara, Beatrice seguiría siendo la madre de un duque y Alice volvería a ser lady Alice Thorne y regresaría a Yorkshire, adonde realmente pertenecía.

—Solo quería darte las gracias —dijo, dejando a Alice completamente desarmada porque no se lo esperaba en absoluto.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por hacer tan feliz a mi hijo.

Alice volvió a tragar saliva.

—No creo que eso sea así.

Lady Weston emitió una pequeña risa.

—Estoy segura de que no te lo dice, que incluso intenta disimularlo. Pero te aseguro que es más feliz de lo que ha sido en mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Nunca había perdido la esperanza de que encontrara a la mujer adecuada. Una madre nunca la pierde. Pero empezaba a temer que Bastian se había construido una vida tan cómoda dentro de su propia coraza que ninguna mujer iba a poder llegar hasta él. Me alegra haberme equivocado.

Alice no respondió.

No porque no quisiera, sino porque tenía la garganta cerrada. Aun así, carraspeó para aclararse la voz.

Esa mujer estaba siendo amable con ella; tenía que decirle la verdad y esperar que la entendiese. Que respetase su secreto.

—Bastian y yo…

—Sois los dos suficientemente inteligentes —lady Weston la interrumpió a la vez que estiraba la mano para que Alice la cogiese con la suya, algo que hizo— como para saber lo que tenéis antes de que nadie os lo tenga que decir.

No era exactamente una respuesta. Alice la miró buscando algo más en su expresión, alguna pista que le indicara qué quería decir con eso, pero lady Weston tenía el rostro de quien ha dicho

exactamente lo que quería decir y no tiene ninguna intención de añadir nada más.

—Disfruta de tu mañana pintando —dijo, y le apretó la mano un momento antes de soltarla—. Y Alice, el corazón sabe cosas que la cabeza tarda mucho en entender. Hazle caso, nunca se equivoca.

Tras decir esto, se marchó hacia el interior sin mirar atrás.

Alice se quedó un instante más en el jardín. Algo le decía que la madre de Bastian sabía más de lo que debería. Que sospechaba que el compromiso era una farsa, o al menos que no era del todo lo que parecía.

Era un pensamiento absurdo. Ninguna dama de la alta sociedad toleraría semejante cosa en silencio. Y, sin embargo, Alice estaba segura, con una certeza que no sabía muy bien de dónde venía, de que Beatrice Weston le había pedido que le diera una oportunidad a su hijo. Que no echara a correr antes de ver adónde llevaba todo aquello.

El problema era que Alice no quería trazar ese camino porque temía que el destino al que conducía le gustase tanto que no quisiese regresar nunca más a su verdadero hogar.

Lady Alice llevaba casi una hora sentada frente a su caja de acuarelas.

Contempló la hoja de papel fijada sobre la tablilla. Pintar nunca había sido uno de sus talentos, pero no recordaba que se le diera tan extremadamente mal.

—¿Has dibujado una col? —dijo una voz masculina que ella conocía bien.

Se giró. Bastian estaba a su espalda, ataviado para la cacería, con las botas altas y la chaqueta de montar, mirando el papel con una expresión de absoluta seriedad que resultaba bastante más ofensiva que si se hubiera reído.

—Es más que evidente que es el pabellón de piedra que asoma entre los árboles, allí al fondo —dijo Alice, señalándolo con el dedo.

Bastian siguió la dirección de su dedo. Incluso se inclinó un poco hacia el papel, tratando de identificarlo.

—¿De verdad lo crees?

Alice suspiró y dejó el pincel sobre la caja.

—No. —Alice había defendido y lo seguiría haciendo, hasta la muerte, argumentos que carecían de sentido con tal de tener la razón. Pero aquello era demasiado absurdo y evidente, incluso para ella—. No sé dibujar.

—Ya.

Alice entrecerró los ojos.

—Yo sola puedo verlo. No hacía falta que lo confirmaras.

—No lo he confirmado. Me he limitado a estar de acuerdo.

Alice suspiró.

—El resto de hombres se ha marchado a cazar hace rato. Pensé que habías ido con ellos.

—He llegado hace poco.

Ellos no se habían visto hasta ese momento, pero ella pensaba que él se encontraba en la propiedad.

—Pensaba que habías venido con tu madre.

—Tenía asuntos que atender en Londres.

—¿Te has puesto en contacto con Nicholas? —preguntó ella, bajando la voz.

—Eso lo hice ayer. Pero no sé nada nuevo.

—No debería estar aquí. —Alice inspiró profundamente, sintiendo cómo la culpa volvía a instalarse en su pecho—. Ingrid sigue desaparecida y ni siquiera sé si está bien. Y yo estoy aquí… —bajó la vista hacia el pincel entre sus dedos, frustrada consigo misma— jugando a mezclar colores. Debería estar en Londres, buscándola. Yo…

Bastian se puso de cuclillas y estiró la mano para acariciar la mejilla de Alice.

—Si sigue en Londres, Nicholas la encontrará.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará. No es la primera vez que tiene que buscar a alguien.

Alice sabía que Nicholas escondía un secreto, o tal vez varios. Pero también sabía que Bastian era un hombre honorable y no los desvelaría.

—Aun así, no puedo estar tranquila.

—No puedes hacer nada por ella ahora —dijo mientras Alice acunaba su mejilla en la mano de él, disfrutando del cariño y la cercanía—. Así que intenta disfrutar de este maravilloso día.

—Es maravilloso para ti, que te vas de cacería. Yo tengo que pintar cuando no me gusta.

—Haz otra cosa.

—La otra opción eran los bolillos.

—Entonces es mejor que pintes —replicó él con una sonrisa.

—Me dijiste que me enseñarías a disparar.

—Y tú me dijiste que ya sabías.

—Puedo ir contigo y demostrártelo.

—Algún día iremos —dijo él—. Te lo prometo. Pero hoy, lord Munday es el anfitrión, y no va a aceptar mujeres en su cacería.

—Olvidaba que eres un duque, y los duques siempre cumplen las normas.

—No lo hago. Pero, al menos, soy respetuoso con mis anfitriones.

—A diferencia de mí.

—No he dicho eso.

—No hace falta.

Bastian suspiró.

—Aunque siempre es agradable discutir contigo, hoy no me apetece.

—¿Y qué te apetece?

Bastian le pasó el dedo por la comisura de los labios, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y ella emitió un pequeño sonido que no había planeado en absoluto. Él tragó saliva.

Hubo un momento, breve y completamente silencioso, en el que ninguno de los dos se movió.

—Llegas tarde a la cacería —le recordó Alice. Le salió la voz bastante más queda de lo que habría querido.

—Lo sé —dijo él. Pero no se apartó.

Tenía los ojos fijos en ella y ella no podía dejar de mirarlo.

—Mi tía o el resto de mujeres pueden vernos desde uno de los balcones si se asoman en estos momentos.

—No creo que se escandalicen por ver a dos prometidos cerca el uno del otro.

—No somos prometidos, Bastian —le recordó Alice. Aunque pronunciar aquellas palabras dejó un amargo sabor en su boca, y por la forma en la que Bastian frunció los labios, tuvo la sensación de que a él tampoco le agradó del todo que se lo recordara—. Y creo que tu madre sospecha algo. Ha hablado conmigo. No ha sido clara, pero me ha dado esa impresión.

Bastian no parecía siquiera sorprendido.

—Mi madre es una mujer muy inteligente. Pero sus sospechas no me preocupan.

—A mí sí.

—Entonces haré que dejen de preocuparte —dijo él, en un tono bajo y quedo que a Alice le recorrió la columna de arriba abajo.

Se inclinó hacia ella despacio, sin apartar los ojos de los suyos, y Alice se puso de pie de golpe. La tablilla cayó al suelo con un golpe seco. Ninguno de los dos la recogió.

—No podemos seguir haciendo esto, Bastian.

Él se incorporó y la miró desde su altura.

—¿Haciendo qué, exactamente?

—Besándonos. Estamos pasando un límite.

—No pensaba que estuvieras mal con ello.

—Y no lo estoy. Pero no puedo seguir haciéndolo.

No cuando estaba empezando a sentir algo por él. Cuando estaba empezando a desear que el compromiso no fuese una farsa. Cuando estaba empezando a querer cosas que no debía desear.

—Alice...

—Ve a cazar, Bastian.

Él la miró durante unos instantes. Alice tuvo la sensación de que quería seguir insistiendo, de que guardaba decenas de cosas que quería decirle, pero no le dijo ninguna de ellas. Se giró y se marchó hacia los establos en busca de un caballo.

Alice lo vio alejarse. Y suspiró.

La situación se le estaba yendo de las manos. No había encontrado a Ingrid, estaba mintiendo a todo el mundo y estaba pintando cuando lo detestaba. Y en lo único que podía pensar era en

que se arrepentía de no haber dejado que Bastian la besara una vez más.

Capítulo 28

Después de almorzar, Alice anunció con toda la naturalidad del mundo que necesitaba seguir con sus acuarelas.

—Estoy muy contenta con cómo está quedando —dijo, con una convicción que le pareció personalmente admirable—. Me temo que no voy a tener tiempo de terminarlo antes de que nos marchemos. Es una lástima. Habría sido un placer enseñároslo.

Por la forma en la que su tía arrugaba las cejas y fruncía los labios en una mueca de reprobación, Alice supo que no la había creído. Pero también se dio cuenta de que había tomado la decisión de no mostrar sus sospechas en voz alta.

—Ve a continuar entonces, querida —la animó lady Munday.

Alice tenía la sensación de que la anfitriona había decidido que era mejor que estuviese a su aire. Y ella no podía estar más agradecida por ello.

—Gracias, lady Munday —dijo, y se marchó de la sala antes de que alguien cambiara de opinión.

Salió al jardín con la tablilla bajo el brazo y la caja de acuarelas en la mano. En cuanto dobló la primera esquina del seto y perdió de vista las ventanas de la casa, dejó la tablilla apoyada contra la piedra del muro y siguió caminando.

El aire olía a tierra húmeda y a algo verde que no tenía nombre preciso. El cielo estaba despejado, con esa luz limpia y fría que a veces tiene la tarde en el campo inglés cuando se porta bien, que no es siempre. Alice caminó sin rumbo, como le gustaba hacer, siguiendo el sendero que bordeaba el jardín formal y se perdía después entre los árboles.

Era agradable, eso tenía que reconocerlo. Alice apreciaba no tener que estar sentada, ni tener que fingir interés por algo que ni siquiera había escuchado. Solo caminar, con el aire acariciando sus mejillas y el silencio alrededor, sin esperar nada y sin que nadie esperara nada de ella.

Hacía demasiado tiempo que no se permitía eso. Exactamente, desde que había llegado a Londres.

El sendero se fue haciendo más estrecho a medida que avanzaba, y el jardín de lady Munday quedó atrás sin que Alice lo notara del todo. Al cabo de un rato llegó a un claro pequeño donde el sendero se bifurcaba. A la derecha, el camino bajaba hacia lo que parecía ser un prado abierto. A la izquierda, subía entre más árboles hacia la parte alta de la propiedad.

Alice fue a la derecha, porque el sol daba mejor en esa dirección y porque nadie le había dicho que no pudiera. Y aunque lo hubiesen hecho, tampoco habría cambiado gran cosa, pues ella era una mujer de ideas fijas.

Era esa sensación, pensó mientras caminaba, lo que más echaba de menos de vivir en el campo. Esa libertad sin nombre que Londres le negaba casi siempre. El poder ir y venir sin que nadie la vigilara.

Aunque, si era completamente sincera consigo misma, no era la primera vez que la sentía en Londres. La había sentido la noche que se había colado en Brooks's disfrazada, con el corazón desbocado y la cabeza despejada de un modo extraño. Y la había sentido, también, cada vez que Bastian la besaba.

Eso era lo más inconveniente de todo. Que la libertad y Bastian habían empezado a ocupar el mismo lugar en algún rincón de su cabeza, y ella no sabía muy bien desde cuándo. Tal vez desde el principio, porque Alice estaba empezando a darse cuenta de que ese hombre era su perdición.

Por eso tenía que alejarse de él y, sobre todo, dejar de pensar en él. Pero ella no se veía capaz de ninguna de las dos cosas.

Se obligó a centrarse en el prado en el que se encontraba. Era amplio y en pendiente suave, con la hierba algo larga y dorada por los bordes. Alice se detuvo en el límite del sendero y respiró hondo. A lo lejos, muy amortiguado por la distancia y los árboles, se oía de vez en cuando algún sonido de voces o de cascos, pero nada cercano.

Estaba a punto de seguir caminando cuando lo vio.

Estaba al borde del prado, casi inmóvil entre la hierba larga, con las orejas levantadas y los ojos negros y redondos mirando en su dirección con esa expresión de alerta absoluta que tienen los conejos cuando no saben todavía si algo es peligroso.

Alice se quedó quieta. El conejo hizo lo mismo.

—Hola —lo saludó Alice, en voz muy baja.

El animal movió la nariz.

Era, objetivamente, la criatura más adorable que había visto en mucho tiempo. Pequeño y gris y completamente ajeno a todo lo que no fuera ese prado y esa hierba.

—No te muevas —murmuró, sin saber muy bien por qué lo decía.

El conejo ladeó la cabeza, como si la entendiera.

—No voy a hacerte daño, solo quiero ser tu amiga.

El animal la miró fijamente, sopesando la respuesta. Debió de fiarse de ella, porque no se movió. Tomándose aquello como una señal, Alice avanzó hacia él. Lo hizo lentamente, temerosa de que cualquier movimiento brusco pudiera ahuyentar al pobre conejo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se puso de cuclillas. El conejo tenía los ojos grandes y oscuros, casi negros, y profundamente tiernos.

Estiró la mano despacio, con la palma hacia arriba. Esperó unos segundos hasta que el conejo la olisqueó, buscando ganarse su confianza. Algo que funcionó, ya que inclinó la cabeza hacia un lado, permitiendo que lo acariciara.

Alice había visto muchos conejos en el campo a lo largo de su vida, pero todos huían en cuanto oían pasos.

—Eres absolutamente precioso —murmuró, hundiendo sus manos en el pelaje del animal, algo que, por la forma en la que se inclinó aún más hacia ella, le gustó—. Voy a llamarte Esponjoso —decidió—. No pongas esa cara. Te pega.

Alice juraría que el conejo acababa de poner los ojos en blanco.

Iba a responderle cuando escuchó un disparo. A pesar de que no sonaba cercano, el estampido seco rompió el silencio del prado, provocando que Esponjoso se sobresaltara y desapareciera entre la hierba a gran velocidad.

—¡Esponjoso! —gritó, pero el animal no se detuvo.

Sin pensar, Alice echó a correr tras él.

La hierba era alta en los bordes del prado y Alice la apartaba a manotazos mientras corría, sin perder de vista el rastro de movimiento que dejaba el conejo a su paso. Era sorprendentemente rápido para tener las patas tan cortas, aunque los conejos solían serlo, algo que siempre le había maravillado.

Pero eso no iba a detenerla. Tampoco el vestido, que se le enredaba en los tobillos. Esponjoso necesitaba que alguien lo pusiera a salvo, y ese alguien, a falta de mejores candidatos, era ella.

—¡Para! —le dijo al conejo—. ¡No te van a disparar, no voy a permitirlo!

El conejo no paró.

Siguió corriendo en zigzag con esa lógica errática que tienen los animales pequeños cuando están aterrorizados, y Alice lo siguió a través del prado sin detenerse, levantándose la falda con una mano para no tropezar.

Y entonces desapareció.

Alice se detuvo, sin aliento, mirando a su alrededor. Pero no había rastro de Esponjoso.

—Mira que eres obstinado —susurró al aire—. Deberías haber parado.

Avanzó despacio hasta el último punto donde lo había visto, dándose cuenta de que, a sus pies, medio oculta por la hierba, había una entrada en la tierra. Un agujero que ella no sabía si lo había hecho un animal o un humano. Se agachó para mirar allí, dejando escapar un suspiro de alivio cuando vio a Esponjoso.

—¿Estás bien? —le preguntó.

El animalito emitió un sonido pequeño y lastimero que a Alice le partió el alma, aunque tenía los ojos abiertos y se movía, lo cual era una buena señal.

—Tengo que sacarte —dijo.

Y sin pensarlo más, se tumbó en el suelo, estiró los brazos hacia el agujero y tanteó en la oscuridad. El problema era que la

madriguera era más profunda de lo que parecía desde fuera y sus manos no llegaban. Se estiró un poco más. Tampoco.

—Esponjoso, necesito que vengas hacia mí. Solo tienes que avanzar un poco.

Pero el conejo no avanzó.

—Por favor.

A pesar de sus súplicas, Esponjoso no se movió.

Alice frunció el ceño y probó a meter el brazo desde otro ángulo, con la mejilla pegada a la hierba y la falda completamente arruinada, completamente ajena a todo lo que no fuera ese agujero y ese conejo y la distancia imposible entre los dos.

Tan ajena estaba que no oyó los cascos del caballo hasta que los tuvo prácticamente encima.

—Cuando creo que no puedes sorprenderme más, me sacas del error.

No necesitó girarse para saber quién era. Aun así, se giró.

Bastian la miraba desde su caballo.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que parece —dijo Alice, desde el suelo.

Bastian descendió del caballo y se acercó mirando la escena con la expresión de alguien que está intentando construir una explicación razonable y no encuentra los materiales.

—Lo que parece —repitió— es una dama de la alta sociedad tumbada en un prado con el brazo metido en un agujero.

Alice suspiró.

—Esponjoso está ahí dentro y no llego.

—¿Esponjoso?

—Un conejo que algún desalmado ha asustado con un disparo.

Al comprender lo que estaba sucediendo, Bastian se pasó las manos por la cara. Con un largo suspiro, volvió a mirar a Alice.

—Estamos en una cacería, Alice.

—Eso no lo justifica —respondió ella, a la defensiva.

—Alice, ¿tú qué crees que se hace en las cacerías?

—Cazar. —Alice rodó los ojos—. No soy una necia, Bastian.

—Exacto. Y ese conejo era una de las presas. —Hizo una pausa, armándose de paciencia—. La mía, para ser más exactos.

Alice abrió los ojos de par en par.

—Eres un desalmado.

—¡Estamos cazando conejos! —rugió él, y era de las pocas veces que Alice le oía levantar la voz. Ella tenía la extraña sensación de que era algo que solo le pasaba con ella, aunque no tenía la menor idea de si eso decía algo bueno o algo malo—. Es una cacería, no un paseo campestre. Y tú deberías estar en el jardín, no aquí en medio. Podíamos haberte disparado, ¿te das cuenta? Te has puesto en peligro innecesariamente.

Bastian siguió hablando, pero Alice ya no le prestaba atención.

Porque había vuelto a tender el brazo hacia el agujero y emitía una serie de sonidos suaves e imposibles de describir, una mezcla de susurros y pequeños chasquidos que constituían, al parecer, su método personal de comunicación con la fauna silvestre.

Bastian se interrumpió a mitad de una frase, mirándola con perplejidad.

—¿Qué estás haciendo?

—Hablarle.

—¿En qué idioma?

—En el suyo —contestó Alice con irritación, sin comprender por qué tenía que explicarle algo tan evidente—. Cállate o le asustarás más.

Bastian cerró la boca. Miró el cielo un instante, susurrando unas plegarias, y luego, sin decir nada más, se puso en cuclillas junto a ella.

—Déjame a mí —dijo, en voz muy baja para no asustar más al conejo.

Alice asintió y retrocedió un paso. Bastian se agachó frente al agujero y, unos segundos después, sacó a Esponjoso con cuidado.

Alice lo cogió antes de que Bastian pudiera decir nada, lo acunó contra su pecho con ambas manos y se puso de pie de un salto. El conejo se quedó completamente inmóvil entre sus brazos, con la nariz temblando a gran velocidad.

—Estás a salvo —le dijo Alice—. Ya está. Nadie va a hacerte nada.

Miró a Bastian con una expresión que dejaba muy claro que esa última parte iba también dirigida a él.

Bastian se levantó, se limpió la tierra de la manga y miró al conejo.

—¿Y ahora qué?

—Me lo voy a llevar a casa. Allí nadie le hará daño.

—Es un animal salvaje, Alice. Tienes que dejarlo en el campo.

Ella sabía que a él no le faltaba razón.

—No hasta que termine la cacería. No voy a permitir que lo cacen.

—Alice…

—No. Es de desalmados sin corazón.

—¡Por Dios, Alice! —exclamó Bastian, alzando las manos en el aire—. ¿Nunca has comido carne de conejo?

—Claro que lo he hecho y seguiré haciéndolo. Es de mi preferida.

Bastian frunció el ceño. No sabía por qué seguía esforzándose en comprender a esa mujer.

—Y ese —dijo, señalando al animalito que se había acomodado en los brazos de Alice— es un conejo. Igual que los que te has comido.

Ella le miró indignada y le tapó corriendo las orejas al animalillo.

—No digas eso delante de él.

—No nos entiende, Alice.

—Sí que lo hace —dijo ella, y bajó la cabeza para mirar al conejo—. No le hagas caso, Esponjoso. Nadie va a comerte. Tú eres diferente.

—Es un conejo.

—Se llama Esponjoso —lo corrigió Alice, apretando al animal contra su pecho—. Y los conejos con nombre no se comen. Es una norma.

Bastian arqueó una ceja.

—¿Una norma establecida por quién?

—Por mí. Ahora mismo —respondió—. Y es irrevocable.

Bastian contempló al animal acomodarse en los brazos de Alice y la forma en que ella le acariciaba la cabeza con suavidad. Aquello

carecía de toda lógica y, aun así, no pudo evitar pensar que la escena tenía algo extrañamente tierno. Porque, por un instante fugaz, dejó de ver a Esponjoso entre sus brazos y, en su lugar, imaginó un bebé. Su hijo.

No pudo evitar preguntarse si Alice trataría con tanto cariño al hijo de ambos. Y, sin saber muy bien por qué, Bastian no tuvo ninguna duda de que sería una madre extraordinaria.

—Vamos a llevar al conejo lejos de la zona de cacería —dijo Bastian con resignación. Porque, a esas alturas, ya había asumido que no había nada que pudiera negarle a esa mujer.

Alice esbozó una sonrisa que iluminó sus ojos verdes.

—No es un conejo, se llama Esponjoso —volvió a recordarle.

Bastian entrecerró los ojos. ¿Por qué siquiera eso tenía tanta importancia para ella?

—¿No puedes darme las gracias?

—Cuando lo llames por su nombre.

—¡Por la Virgen María! —exclamó—. Vamos a llevar a Esponjoso a un lugar seguro —dijo con cansancio—. ¿Feliz?

—Mucho.

Alice alzó la barbilla y puso esa expresión orgullosa que ponía cada vez que se salía con la suya, que, cuando se trataba de Bastian, era casi siempre, y después comenzó a andar, dirigiéndose hacia el caballo.

—Sigues sin darme las gracias —dijo él mientras la seguía.

—Sujeta a Esponjoso mientras subo.

Con una paciencia que debía de estarle costando considerablemente, Bastian sujetó al conejo y se lo devolvió cuando ella estuvo arriba. Luego montó tras ella, tomó las riendas y el caballo echó a andar.

Cabalgaron en silencio un momento.

—Estoy esperando que me des las gracias.

—Es una suerte para ti que estés sentado así. No te cansarás mientras esperas.

Bastian soltó una carcajada. Una de verdad, breve y sin avisar, que a Alice le pilló completamente desprevenida porque no era algo que ocurriera con frecuencia. Aquella calidez espontánea poco tenía

que ver con el duque impecable y controlado que el resto del mundo conocía.

Esponjoso movió la nariz, ajeno a todo. Y Alice pensó que el conejito probablemente los consideraba un par de locos. Y lo peor era que no le faltaba razón. Iban los tres a caballo, ella con un conejo en brazos, Bastian con las riendas y sin decir nada, y ninguno de los dos parecía tener ninguna prisa por que aquello terminara.

Eso era, quizás, lo más demencial de todo.

Capítulo 29

Encontraron un lugar al otro extremo de la propiedad donde los árboles eran más densos y el sonido de la cacería llegaba amortiguado y lejano. Bastian detuvo el caballo junto a un pequeño arroyo que cruzaba entre la hierba y desmontó primero para ayudar a Alice a bajar sin soltar al conejo.

—Aquí estará bien —dijo, mirando a su alrededor—. Lejos de la cacería y con agua cerca.

Alice miró el lugar y asintió. Era tranquilo y verde y olía a tierra húmeda y a hierba recién crecida, el tipo de rincón que parece existir al margen del resto del mundo, como si el tiempo pasara por él de otra manera. Los árboles formaban una especie de techo irregular por encima del arroyo, y la luz se filtraba entre las hojas en fragmentos dorados que se movían despacio con la brisa.

Bajó los ojos hacia Esponjoso, que seguía en sus brazos durmiendo plácidamente, como si no fuera la primera vez que lo hacía.

—He tenido mucha suerte de conocerte —le dijo Alice.

Esponjoso movió la nariz y Alice posó sus labios sobre ella, consiguiendo que el animal hiciese un pequeño ruidito.

—La suerte la ha tenido él —intervino Bastian—. Iba a ser la cena.

Alice resopló y, por instinto, apretó el conejo contra su pecho, a pesar de que sabía que Bastian no le haría daño.

—Eso si lograbas cazarle. Que sepas que Esponjoso es extraordinariamente rápido para el tamaño que tiene. Tiene las patas muy cortas, y aun así, me ha costado seguirle.

—Iba a caballo.

—Aun así.

—Soy un cazador excelente. —Bastian alzó la barbilla con orgullo—. Llevo cazando desde los doce años.

Alice entornó los ojos e hizo una mueca mientras acunaba al conejo.

—Ya estás de nuevo presumiendo de tus hazañas.

—Estoy defendiendo mi honor como cazador —dijo él, con toda la seriedad del mundo, aunque Alice vio perfectamente cómo le bailaba algo en la comisura de los labios que tenía muy poco de serio.

Se estaba burlando de ella. Y lejos de enfadarle, Alice le siguió el juego.

—Tu honor como cazador ha sido cuestionado por un conejo que se llama Esponjoso. Reconócelo, él te ha ganado la partida.

—Solo porque se ha encontrado con una valiente guardiana.

La expresión burlona en el rostro de Alice desapareció al escuchar aquella respuesta, que no era ni de lejos la que esperaba. Una calidez inesperada se extendió por su pecho.

—¿Crees que soy valiente? —preguntó.

—Por supuesto —dijo él, y no había ironía en su voz—. Luchas por lo que crees justo sin importarte lo que piensen los demás. No conozco a muchas personas capaces de hacer eso. Y menos aún personas que lo hagan de manera tan completamente natural, como si no pudieran concebir actuar de otro modo.

Alice no respondió de inmediato. Estaba acostumbrada a que Bastian la sorprendiera con la guardia baja, pero cada vez que lo hacía le pillaba igual de desprevenida, con la misma falta de recursos con que uno se enfrenta a algo para lo que no ha tenido tiempo de prepararse. Buscó refugio en lo más seguro que tenía a mano.

—Debería dejar libre a Esponjoso —dijo, cambiando de tema adrede.

Él sonrió, pero no se lo cuestionó.

—Le has cogido cariño —observó.

—Un poco —admitió ella, que era su manera de decir bastante —. Pero sé que tengo que soltarlo. No va a querer irse, claro. Después de todo lo que hemos pasado juntos esta tarde, va a sufrir alejándose de mí. Pero le convenceré, pues es lo mejor para él.

Bastian iba a señalar que llevaba conociendo al conejo menos de media hora, pero decidió, con buen criterio, que era mejor no hacerlo.

Alice se agachó despacio y depositó a Esponjoso en la hierba con todo el cuidado del mundo, con esa delicadeza que reservaba para las cosas que le importaban de verdad y que raramente mostraba en público. Retiró las manos muy despacio, como si quisiera darle tiempo a cambiar de opinión.

El conejo se sacudió. Olisqueó el aire y, sin mirar atrás, sin tan siquiera pensárselo, salió disparado hacia los árboles. Y en menos de tres segundos había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Alice, de cuclillas y con las manos apoyadas sobre las rodillas, miró desconcertada y con la boca abierta el punto donde Esponjoso había desaparecido.

—Vaya, cuánto has tenido que luchar por convencerle —dijo Bastian detrás de ella con ironía.

—Es un desagradecido —farfulló.

Ese brillo de tristeza en los ojos de Alice hizo que Bastian suavizara su expresión y avanzara un paso hacia ella, colocándose a su lado.

—Estaba deseoso de volver a casa.

—Podría haberse despedido. No le costaba nada.

—Los conejos no se despiden, Alice.

—Esponjoso podría haber hecho una excepción. Le he salvado de una muerte segura. Lo mínimo habría sido un gesto. Algo.

—Es un conejo, Alice.

—Era mi conejo —dijo ella. Y luego, consciente de lo que acababa de decir, añadió—: Durante un rato.

Se quedó callada un momento más, mirando los árboles por si acaso Esponjoso reconsideraba su decisión. Pero no lo hizo. Luego se incorporó y se sacudió el vestido con un gesto que pretendía dar el asunto por cerrado, aunque su expresión sugería que no lo estaba del todo.

—Voy a limpiarme —dijo, acercándose al arroyo.

El agua era fría y clara, y Alice se arrodilló en la orilla y hundió las manos con un pequeño sobresalto que le arrancó un sonido

involuntario. Se lavó la tierra de las palmas, de las muñecas, de ese punto del codo donde la manga se había llenado de hierba cuando había tenido el brazo metido en la madriguera. Era un trabajo minucioso y completamente inútil, dado el estado general del vestido, que había sobrevivido a un sprint por el campo, a tumbarse en el suelo y a montar a caballo con un conejo en brazos y ya no tenía mucho que perder. Pero le daba algo en qué ocupar las manos, y eso tenía su valor.

Bastian se sentó en una piedra junto a la orilla sin decir nada. Lo cual era, pensó Alice, una de sus cualidades más desconcertantes: su capacidad para estar en silencio sin que el silencio resultara incómodo. Como si no necesitara llenar el espacio entre los dos con palabras para que ese espacio valiera algo. La mayoría de la gente llenaba el silencio por incomodidad. Bastian lo dejaba estar, y de algún modo eso decía más que la mayoría de las conversaciones que Alice había tenido en su vida.

—¿No van a echarte de menos en la cacería? —preguntó ella, sin volverse.

—No. Están demasiado ocupados compitiendo por ver quién caza más. Si no estoy, una competencia menos. —Se encogió de hombros—. Habrán dado por hecho que me he rendido y he regresado a la casa.

—No te tenía por de los que se rinden.

—Y no te equivocas, porque no me rindo nunca.

Y lo dijo mirándola de una manera que dejó claro que no estaba hablando de la cacería, ni de los conejos, ni de ninguna otra cosa relacionada con esa tarde en Surrey.

Alice no respondió. No lo hizo porque no tenía nada que decir. O tal vez sí, pero, por primera vez en su vida, no tenía el valor suficiente para comenzar aquella conversación. En su lugar, se echó agua en la cara, esperando que el frío le ayudara a despejar sus ideas.

—¿Y a ti no te echarán de menos? —preguntó él.

—No lo creo —dijo ella—. Mientras llegue a la hora de cenar, ni se darán cuenta. Lady Munday tiene suficiente con organizar sus

actividades, mi tía estará bordando felizmente y el resto seguirá a lo suyo.

—Son unas necias. Es imposible no notar cuando no estás.

Alice se volvió a mirarle desde la orilla.

—¿Por qué?

Bastian la miró desde la piedra con esa calma suya que últimamente le costaba más sostener, como si algo que había tenido perfectamente controlado durante años hubiera decidido de pronto no dejarse controlar tan fácilmente.

—Porque cuando no estás cerca todo parece más apagado —dijo—. Como si te llevaras la luz contigo sin darte cuenta. Como si los sitios donde has estado guardaran algo tuyo después de que te vayas, y se notara la diferencia.

—No puedes decir esas cosas —susurró ella.

—¿Por qué no?

—Porque cuando las dice otro caballero me parecen necedades. Palabras vacías dichas para impresionar. Pero cuando las dices tú, me desarman. Y no me gusta estar desarmada.

—Porque yo las digo de verdad —dijo él, y se levantó de la piedra.

Alice observó cómo se acercaba a ella.

—¿Qué haces? —preguntó cuando lo tuvo delante.

—Tienes hierba en el pelo.

Le apartó un mechón con dos dedos y sacó una brizna con la concentración tranquila de alguien que no tiene ninguna prisa. Cuando terminó, no se apartó. Y Alice no se apartó tampoco, que era quizás lo más revelador de todo. La distancia que quedaba entre los dos era ya tan poca que ella podía ver cada detalle de su rostro mirándola sin disimulo, sin esa reserva habitual que empleaba con el resto del mundo, como si aquí, en este rincón al margen del tiempo, hubiera decidido que ya no era necesaria.

—Bastian —susurró—. ¿Qué estamos haciendo?

—Lo que deseamos —respondió él, rodeándole la cintura con el brazo y acercándola más a él—. ¿Sigues pensando que no deberíamos besarnos?

—Sí.

—¿Estás segura? —preguntó él, acercando sus labios a los de ella hasta que apenas quedaba aire entre los dos.

—Segurísima —respondió ella, y unió sus labios a los de él.

Fue Alice quien marcó el ritmo desde el principio. Puso las manos en su pecho y tomó lo que llevaba semanas negándose a sí misma, sin medias tintas, sin la coartada de que había sido el otro quien había empezado. El beso fue profundo y honesto y completamente deliberado.

Bastian la atrajo hacia sí con una firmeza que deshizo cualquier distancia que pudiera quedar, y Alice sintió que algo que había estado tenso en su interior desde hacía semanas cedía de golpe, como una cuerda que llevaba demasiado tiempo tirante. Bastian olía a campo y a algo cálido que Alice ya asociaba solo con él, y que no sabía desde cuándo había empezado a reconocer.

Sabía que su historia no podía terminar bien. Lo sabía con la misma certeza con que sabía su propio nombre. El compromiso era una farsa, el acuerdo tenía fecha de caducidad, y ella era demasiado sensata para creer que los sentimientos solos bastaban para cambiar la realidad.

Pero Bastian la besaba como si fuera lo único valioso en su vida, y ella respondió profundizando el beso. Se presionó contra su cuerpo, buscando sentir cada latido y cada espasmo de su respiración, decidida a ignorar las consecuencias mientras sus bocas siguieran unidas. Decidida, por una vez en su vida, a no echar a correr.

El trueno llegó sin avisar.

Un estampido seco y rotundo que rompió el silencio del bosque de golpe e hizo que ambos se separaran al mismo tiempo, sobresaltados. Bastian levantó la cabeza, dándose cuenta de que las nubes eran oscuras y bajas. Una tormenta estaba a punto de estallar encima de ellos.

Y entonces, antes de que ninguno de los dos dijera nada, oyeron otro sonido: cascos sobre la hierba, alejándose a gran velocidad.

Bastian se giró para darse cuenta de que su caballo había desaparecido.

Capítulo 30

—¿Cómo se te ocurre no atar el caballo?

Por primera vez, Bastian pensó que Alice estaba haciendo una pregunta lógica.

—El mozo de cuadras me aseguró que era un caballo muy dócil.

—Hasta el caballo más dócil sale espantado con un trueno.

—¿Cómo iba a saber que iba a tronar? El cielo estaba despejado hasta hace unos instantes —dijo, levantando la vista.

—Deberías haberlo supuesto.

—¿Cómo exactamente? —Bastian resopló—. No soy un almirante que lleva treinta años leyendo el cielo, ni un granjero que huele la lluvia antes de que llegue. Soy un duque, Alice. Mi relación con el tiempo atmosférico se limita a decidir si llevo abrigo o no.

—Pues hoy deberías haber llevado abrigo.

—Llevo la chaqueta de caza —dijo él.

—Sabes que no me estaba refiriendo a eso —respondió ella, ceñuda.

Bastian soltó una carcajada.

—No es gracioso —murmuró Alice, cruzando los brazos por encima del pecho.

—Tienes razón, no lo es —dijo él, recuperando la compostura justo cuando varios truenos resonaron uno tras otro, cada vez más cerca y más rotundos—. Además, va a caer una buena tormenta.

Como si el cielo lo hubiese escuchado, comenzaron a caer varias gotas.

—Cuanto antes empecemos a andar, antes llegaremos a la casa.

Alice dio un paso, pero Bastian sujetó su muñeca, impidiendo que siguiese avanzando.

—Estamos en mitad de la nada. Lo más inteligente es buscar un refugio antes de que la tormenta nos pille.

—No me da miedo mojarme. —Se volvió hacia él—. ¿Qué sucede, duque? ¿Tienes miedo a estropear tu atuendo de caza?

¿Crees que se va a enfadar contigo tu ayuda de cámara?

—Para tu información, mi ayuda de cámara no me acompaña en los viajes y, dentro de lo posible, me visto yo solo. —Bastian rodó los ojos y soltó la muñeca de Alice—. Ahora, agradecería que ayudases a buscar un refugio antes de que nos pille la tormenta y acabemos los dos con pulmonía.

Como esperaba, Alice no se lo puso fácil. Con esa expresión obstinada tan habitual en ella, volvió a cruzar los brazos por encima del pecho, sin moverse ni un solo paso.

—No vamos a coger pulmonía por un poco de agua. En el campo me he mojado un montón de veces.

—Es increíble —murmuró—. Un momento estás entre mis brazos, derritiéndote, y al siguiente estás discutiendo conmigo cada palabra que digo.

Bastian estaba convencido de que Alice le llevaba la contraria por el simple placer de sacarlo de quicio.

—Yo no me derrito —negó Alice, frunciendo los labios.

—¿Lo ves? —Bastian alzó los brazos en el aire—. Discutes todo.

—Si debato cada cosa que dices es porque, la mayor parte de las veces, no tienes razón. Si quieres que esté de acuerdo contigo, empieza a decir cosas más sensatas. —Alice movió la cabeza de un lado a otro y chasqueó la lengua—. Además, eres muy tozudo. No se puede hablar contigo.

—¿Yo? —Bastian no podía creer lo que estaba escuchando. Cada una de las palabras que Alice había pronunciado era una descripción exacta de ella misma—. ¿Yo soy el tozudo? —repitió, alzando la voz—. No puedo…

Sin embargo, se detuvo cuando sintió cómo varias gotas caían sobre él con insistencia.

—Debemos darnos prisa —murmuró, volviendo a mirar el cielo.

—Sí, vamos a buscar refugio antes de que tu afición por discutir nos mate de una pulmonía.

Sin esperar una respuesta, Alice echó a andar. Pero se detuvo cuando, después de varios pasos, se dio cuenta de que Bastian no la seguía.

—Vamos, ¿qué haces ahí parado? —Se volvió hacia él, que la observaba con la boca abierta—. No tenemos tiempo que perder.

Tras unos instantes, Bastian pareció volver en sí y avanzó hasta ella.

—Tengo que reconocer —dijo caminando junto a Alice entre los árboles— que siempre consigues dejarme sin palabras.

Alice sujetó la tela de su vestido entre los dedos para no tropezarse con ella.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Pero Alice no lo escuchó.

—¡Ahí! —dijo, señalando con el dedo índice hacia un punto fijo.

Entre los árboles, al final de un sendero medio cubierto por la hierba, asomaba una torre de piedra gris. La construcción no era demasiado alta y claramente vieja, con la piedra oscurecida por la humedad y la hiedra trepando por los muros hasta donde alcanzaba la vista. No era exactamente un palacio, pero tenía techo.

—Servirá —murmuró Bastian.

Y, tras compartir una breve mirada, echaron a correr justo cuando la lluvia empezó a caer con más fuerza. Para cuando llegaron a la puerta de la torre, estaban completamente empapados. Bastian la empujó y la vieja madera terminó cediendo con un largo quejido.

El interior olía a piedra húmeda y a algo vegetal y antiguo. La luz entraba por dos ventanas estrechas en la pared, suficiente para ver que la planta baja era poco más que un vestíbulo de piedra con una escalera de madera en el centro.

—Vamos arriba —dijo Bastian cuando entraron.

Alice no discutió. Se recogió la falda empapada y subió los peldaños detrás de él, con cuidado.

Lo que encontraron arriba era mejor de lo que esperaban. Era una estancia baja y circular, con las paredes de piedra y dos ventanas pequeñas con los postigos entornados que dejaban entrar la luz sin el agua. En un rincón había un camastro estrecho con dos mantas dobladas encima, una caja de madera que hacía las veces de mesita y, sobre ella, los restos de una vela casi consumida. El suelo estaba barrido.

—Alguien ha estado aquí —dijo Alice mientras observaba su alrededor con curiosidad.

—Probablemente el guarda de la finca —dedujo Bastian, apartándose varios mechones de cabello mojado que caían por su frente—. Las propiedades grandes suelen tener gente que recorre los límites. Necesitan refugios. En las mías es así.

—Qué previsores.

—Algunos lo somos.

Alice decidió no responder a eso y se acercó a una de las ventanas. Entornó el postigo un dedo y lo que vio no fue alentador. El agua caía en cortinas densas y continuas sobre el prado, borrando el paisaje hasta convertirlo en una mancha gris uniforme. Los árboles se agitaban con cada ráfaga y el cielo, de un color plomizo y bajo, no ofrecía ninguna promesa de mejora inmediata.

—No va a parar pronto —suspiró mientras cerraba el postigo—. Vamos a estar aquí un buen rato y yo estoy helada. —Alice sentía cómo comenzaba a tiritar bajo la tela mojada de su vestido, que se pegaba a su piel—. Tenemos que hacer fuego.

Bastian suspiró.

—Me temo que eso no es posible. No hay chimenea.

—Puedo bajar a buscar leña y hacer un fuego.

Bastian negó con la cabeza.

—No vas a encontrar leña seca con esta lluvia.

—Me las arreglaré —dijo Alice con decisión—. Sé encender un fuego. Crecí en el campo, no en un salón de Londres.

—No lo dudo. —Bastian exhaló un suspiro cansado, preguntándose si merecía la pena siquiera intentar hacerla entrar en razón—. Pero la leña estará empapada, el suelo está empapado, y si por algún milagro consigues encender algo en esas condiciones, lo más probable es que quemes la torre con nosotros dentro.

Alice se irguió.

—¿Perdona?

—Que vas a quemar la torre.

—Llevo encendiendo fuegos desde que tenía ocho años. Nunca he quemado nada que no debiera quemarse.

—Hay una primera vez para todo.

—Qué poca fe tienes en mí.

—Tengo fe absoluta en ti. Pero no la tengo en las decisiones que tomas de forma impulsiva.

—No es impulsivo, es práctico. Estamos mojados y hace frío y...

—Y las mantas están secas —la interrumpió Bastian, señalando el camastro con un gesto que zanjaba el asunto—. Que es exactamente lo que necesitamos ahora mismo.

Alice miró las mantas durante unos instantes. Por un momento, Bastian creyó que, por algún extraño milagro, había entrado en razón. Hasta que habló.

—No voy a quemar la torre. Haré fuego en la planta baja —decidió, aunque con bastante menos convicción que antes.

—No, no quemarás nada, porque no vamos a buscar leña —dijo Bastian con severidad y cansancio—. Vamos, coge la manta, Alice.

A pesar de que Alice cedió, no se la puso encima de los hombros, sino que bajó la vista hacia el vestido empapado, claramente incómoda por el peso de la tela adherida a su piel. Durante un instante permaneció inmóvil, como si estuviera debatiéndose consigo misma. Después soltó un pequeño suspiro y empezó a desabrochar lentamente los diminutos botones del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bastian.

—Lo que es lógico. El vestido está empapado y no me voy a entrar en calor con él puesto. Necesito que se seque.

—Alice...

—Date la vuelta.

Hubo una pausa breve.

—Date la vuelta, Bastian.

Bastian pareció dudar durante un instante. De hecho, a Alice le pareció escuchar que murmuraba entre dientes algo similar a «es una mala idea», pero se dio la vuelta, y Alice terminó de desabrocharse el vestido con los dedos entumecidos, lo que requirió más tiempo del que le habría gustado, y lo dejó caer al suelo con un sonido húmedo y poco glamuroso. Se quedó en la enagua y la camisola de algodón, que también estaban algo húmedas, pero

infinitamente mejor que el vestido, y se envolvió en la manta hasta los hombros.

—Ya —dijo.

Bastian se volvió. Miró el vestido en el suelo, después observó la manta y luego se detuvo en su rostro.

—Van a ser las horas más largas de mi vida —murmuró Bastian con la voz ronca.

—Lo serán menos si te quitas la ropa mojada y te pones la manta —le aconsejó Alice—. Voy a cerrar los ojos, cámbiate y luego siéntate conmigo en el jergón.

—Eso no hará que las horas sean más cortas. —Bastian la miró con un brillo en los ojos que ella no supo interpretar del todo—. Las hará más largas.

—No soy una compañía tan aburrida.

Bastian soltó una carcajada breve y sin humor. Se le olvidaba, a veces, lo genuinamente inocente que era Alice Thorne debajo de toda su valentía y su descaro. Tenía la audacia de quien no conoce el miedo y la ingenuidad de quien nunca ha tenido razones para desconfiar de sus propios impulsos. No se daba cuenta, en absoluto, de lo que suponía estar sentada en un jergón con una manta por toda ropa, mirándole con esos ojos claros completamente ajenos al efecto que producía.

Lo cual no lo hacía más fácil. Al contrario.

—No —dijo él al fin, con una calma que le costó más de lo que aparentaba—. No eres una compañía aburrida. Ese no es el problema.

Alice frunció el ceño, intentando descifrar qué quería decir exactamente, pero Bastian ya se había empezado a quitar la chaqueta de montar empapada.

Él la miraba fijamente y ella cerró los ojos sin que se lo pidiese. O al menos, lo intentó. Los mantuvo cerrados durante lo que consideró un tiempo prudencial, pero el silencio se volvió desconcertante. Abrió los ojos apenas una rendija para asegurarse de que todo seguía en orden.

Bastian seguía allí, solo en sus calzones de lino. No era la primera vez que veía a un hombre sin camisa. Ella estaba

acostumbrada a la tosquedad de los hombres del campo, pero él poseía una constitución distinta: hombros anchos y una musculatura firme que no dependía del trabajo bruto, sino de una elegancia atlética que la dejó sin aliento.

—Estás mirando —dijo él, con una nota de diversión en la voz a la vez que se colocaba la manta.

Alice sintió el calor subirle por las mejillas y cerró los ojos con rapidez.

—Solo ha sido un instante, para comprobar que estabas bien.

—¿Y lo estoy? —preguntó Bastian con picardía—. Porque si ese es el caso, lo justo es que te quites la manta un momento para que yo también te vea a ti.

—Eso no va a pasar —sentenció ella, apretando los párpados.

Bastian se rio. Soltó una de esas carcajadas genuinas que a Alice tanto le gustaban.

—Vamos, puedes abrir los ojos.

Alice los abrió. Bastian estaba ya envuelto del todo en la manta. Solo se le veían las piernas. Unas piernas musculosas para un duque que no se dedica al trabajo duro. Aunque lo cierto era que ella sabía muy poco de Bastian y, aun así, era suficiente para saber que él le gustaba.

¿Gustar?

La palabra llegó a su mente antes de que pudiera procesarla. ¿Cómo podía gustarle? Era arrogante, condescendiente, siempre tan seguro de sí mismo, siempre con esa calma suya que a veces resultaba desesperante. Le gustaba tener razón y siempre tenía que tener la última palabra.

Y, sin embargo...

Sin embargo, la había ayudado a buscar a Ingrid sin pedir nada a cambio. Se había tumbado junto a una madriguera para sacar a un conejo que, en principio, iba a cazar, y lo había hecho todo por ella. La miraba como si fuera lo único que merecía la pena mirar en cualquier habitación en la que coincidieran.

Y besaba extraordinariamente bien. Aunque era el único hombre al que había besado, y aun así tenía la certeza, sin base de comparación, de que ningún otro hombre le haría sentir lo que

sentía cuando Bastian la besaba. Como si el suelo desapareciera bajo sus pies de una manera que no daba miedo, sino todo lo contrario; como si por un momento dejara de ser Lady Alice Thorne, con todas las obligaciones y con la bastardía que escondía en silencio, y fuera simplemente ella.

Libre.

Esa era la palabra que le hacían sentir sus besos. La misma que sentía galopando por el campo, la misma que había sentido aquella noche en Brooks's con ropa de hombre y el corazón desbocado. Que Bastian y la libertad hubieran terminado ocupando el mismo lugar en su cabeza era, con diferencia, la cosa más peligrosa que le había ocurrido en mucho tiempo.

Él se sentó a su lado, pero Alice se levantó.

—Voy a estirar la ropa en esa caja para que se seque —dijo cuando sintió la mirada de Bastian sobre ella.

Alice no necesitaba darse la vuelta para saber que Bastian no se había creído ni una palabra. Porque la realidad era que la ropa no le importaba lo más mínimo; lo que necesitaba era espacio. Y con él tan cerca no podía pensar.

Se sujetó la manta con una mano para que no se le cayera y con la otra recogió su vestido del suelo y lo extendió sobre la caja de madera. Luego recogió la chaqueta de Bastian y la estiró junto al vestido. Después, hizo lo mismo con los pantalones. Los alineó con una precisión que no tenía ninguna justificación práctica, dado que no había ninguna corriente de aire que fuera a secarlos más deprisa en un sentido que en otro, pero Alice necesitaba estar ocupada.

Bastian la observó en silencio. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, que no era estirar ropa. Era moverse, ocupar las manos, tener algo en qué poner los ojos que no fuera él. No era difícil de entender porque a él le pasaba lo mismo, aunque por razones considerablemente distintas.

Lo de Alice era inocencia y nervios. La incomodidad genuina de alguien que no sabe muy bien qué hacer con lo que está sintiendo. Lo de él era otra cosa: la consciencia absoluta de cada movimiento que ella hacía, de la manta que se sujetaba con una mano mientras con la otra extendía su ropa, de la camisola de algodón que

asomaba por el borde y de sus pies descalzos sobre el suelo de piedra.

Mantenía un esfuerzo deliberado por conservar su semblante de siempre, esa máscara de imperturbabilidad, mientras una parte de su mente que prefería no reconocer se perdía en la urgencia de desnudarla. Se preguntó cómo serían sus pechos bajo la fina tela. Imaginó la forma de sus pezones, si serían pequeños o generosos, y si el roce del frío los habría teñido de un rosa pálido o de un tono más encendido.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, sentándose de nuevo a su lado en el jergón.

—Sí —respondió él con voz ronca, aunque la rigidez de su mandíbula decía lo contrario.

Un trueno restalló contra los muros de la torre, haciendo que el sonido rebotara en la piedra con una fuerza que les vibró en el pecho, a la vez que el rugido del agua cayendo se intensificó.

—Parece que la tormenta está justo encima —murmuró Alice, estirando las piernas.

Bastian no la miró, pues era algo más fácil cuando no lo hacía. Sus ojos se mantuvieron en un punto fijo de la pared de piedra.

—Aquí estaremos seguros y secos.

—Siempre y cuando los fantasmas no nos maten.

Bastian no pudo evitar alzar una ceja.

—¿Fantasmas?

—Lady Munday nos ha contado que hay una antigua torre en la linde de sus tierras, que debe de ser esta, en la que hace años un guardabosque desapareció aquí dentro en mitad de una tormenta. Nunca encontraron el cuerpo. Desde entonces, en las noches de tormenta, cada vez que alguien se resguarda en ella, desaparece.

Bastian tragó saliva un segundo y luego enarcó una ceja.

—Te lo estás inventando.

—Totalmente —dijo ella, riéndose—. Pero por un instante te lo has creído, y se te ha puesto cara de pánico.

—Por supuesto que no. —Bastian resopló e hizo un gesto con la mano—. Soy un caballero, y los caballeros no creemos en fantasmas.

Alice lo miró con diversión. Era evidente que Bastian les tenía cierto respeto a los fantasmas, pero era demasiado orgulloso para admitirlo en voz alta.

—¿Hay alguna norma escrita al respecto?

—No hace falta que esté escrita.

Alice se mordió el labio para no reírse más, con un éxito bastante modesto. Bastian la miraba con esa expresión suya de fingida indignación que ella había aprendido a distinguir de la real, y que le gustaba considerablemente más.

—Reconoce que te ha asustado un poco. Has apretado la manta.

—Me la estaba ajustando. Tú misma lo has dicho, hace frío.

—Bastian.

—Alice.

Se miraron un momento, y entonces, los dos se rieron a la vez.

Capítulo 31

La tormenta fue perdiendo fuerza poco a poco, como una discusión que se agota sola. Los truenos se espaciaron, el golpeteo del agua contra los postigos se fue suavizando hasta convertirse en un repiqueteo suave y constante.

—Está amainando —dijo Alice, incorporándose—. Podemos irnos.

Pero Bastian no se levantó del jergón.

—Está oscureciendo.

—Aún hay algo de luz.

—Poca. Y el cielo sigue cubierto, Alice. No habrá luna esta noche. Y sin luna no vamos a ver nada en cuanto salgamos de los árboles.

Alice se frotó los brazos con la manta aún cubriéndole, sin poder evitar su inquietud.

—No podemos quedarnos aquí, Bastian.

—Es más seguro que perderse en el campo a oscuras, sin caballo y sin saber dónde estamos exactamente —razonó Bastian.

—Mi tía debe de estar preocupadísima.

—En cuanto descubran que yo también he desaparecido, se imaginará que estás conmigo —dijo Bastian, aunque intuía que eso, más que tranquilizar a lady Ashford, iba a hacer que estuviera a punto de sufrir un ataque al corazón, pero prefirió no decírselo a Alice—. Y que te protegeré.

Alice lo miró con el ceño fruncido.

—O yo a ti.

—Como sea. —Hizo una pausa—. Tu tía sabe que no somos unos insensatos, Alice. Se imaginarán que nos ha pillado la tormenta y que hemos tenido el buen tino de buscar un lugar en el que protegernos y esperar a que amanezca.

Alice suspiró.

—Mi tía cree que soy una insensata.

—Más a mi favor.

—Eso no tiene ningún sentido, Bastian.

—Sí lo tiene. No le cabrá duda de que en tu insensatez te alejaste de la seguridad del jardín, que yo te encontré, y que ahora estamos juntos esperando a que amanezca. Lo cual, por otro lado, es exactamente lo que ha ocurrido.

Alice consideró esto.

—Con algunos detalles omitidos. —Alice lo reflexionó durante unos instantes, aunque no tenía demasiadas opciones—. Está bien. Nos quedamos —cedió con un suspiro de resignación—. Pero vas a dormir en el suelo porque el jergón es mío.

Bastian asintió.

—Me parece bien —dijo, levantándose del jergón.

Alice se tumbó, se puso la manta por encima y cerró los ojos con la satisfacción de quien ha ganado una batalla. Pero su satisfacción duró aproximadamente treinta segundos.

Los mismos en los que tardó en oír un ruido a su lado y abrir los ojos para darse cuenta de que Bastian estaba tumbado junto a ella en el jergón. Había tomado su manta y se había tapado con la de ella.

—Acordamos que ibas a dormir en el suelo —se quejó.

—Dormiría en el suelo si hubiera suelo disponible.

Alice frunció el ceño mientras tiraba de la manta que compartía con Bastian.

—Hay suelo perfectamente disponible a tu izquierda.

—Es de piedra. No pensarás que duerma ahí. No pegaré ojo en toda la noche.

—Pero eso ya lo sabías antes de acordarlo.

—Si algo he aprendido de ti —dijo Bastian, que estaba de lado mirando hacia la pared— es que no merece la pena llevarte la contraria.

—Pero si me la estás llevando ahora mismo.

—No. Estoy de acuerdo contigo en todo —musitó él—. Ahora cierra los ojos, Alice. Mañana nos vamos al alba y, sin caballo, tenemos un largo camino por delante.

Pero ella no cerró los ojos. No podía, siendo tan consciente de la presencia de él, de su calor, de su aroma masculino.

—¿Te has dado cuenta de que estamos los dos bajo la misma manta en paños menores?

—Créeme, Alice, soy consciente —dijo con voz ronca, con un sonido que salió más como un aullido de dolor que un gruñido—. Demasiado consciente. Pero hay sitio suficiente para que no nos toquemos.

Alice se giró mirando hacia la pared contraria a la que miraba él, asegurándose de que hubiera esa distancia entre ellos. Una distancia razonable, una distancia prudente. Pero siguió sin cerrar los ojos.

—Bastian —murmuró, mientras sus dedos se aferraban a la manta con más fuerza de la que deberían—, tengo hambre.

—Yo también.

Aunque el tipo de hambre que Bastian sentía era mucho más primitiva y carnal que de la que hablaba ella.

Alice, completamente ajena a ese matiz, suspiró con resignación.

—Parece que no llueve, o llueve muy poco. Tal vez podamos intentar conseguir algo de comida.

—Tal vez tu conejo ha decidido seguirnos.

—¡No nos vamos a comer a Esponjoso! —exclamó Alice, furiosa.

—Tan solo bromeaba, Alice.

—Pues que sepas que no tiene ninguna gracia.

Bastian sonrió.

—Un poco sí.

—No, no la tiene.

Bastian exhaló un largo suspiro y cerró los ojos mientras intentaba encontrar una postura cómoda en el jergón.

—Duérmete, Alice.

—No tengo sueño —replicó, aunque bostezó antes de terminar la frase.

Después de eso, el silencio se instaló entre los dos. Poco a poco, Bastian escuchó cómo la respiración de Alice empezaba a acompasarse a su lado. Era un sonido suave, tranquilo, casi cálido

en mitad de aquella torre fría y húmeda. Y Bastian no pudo evitar pensar lo agradable que sería escucharlo cada noche durante el resto de su vida.

Definitivamente, iba a ser una noche muy larga. Lo pensó mirando hacia la pared de piedra, con la espalda vuelta hacia ella y dejando entre ambos toda la distancia posible. Aunque, en un jergón de aquel tamaño, no era demasiada.

Cerró los ojos, intentando conciliar el sueño. Pero la lluvia golpeando el exterior de la torre, el olor húmedo de las mantas y la respiración constante de Alice seguían allí, demasiado cerca de él. En algún momento, bastante más tarde de lo que habría querido admitir, el cansancio terminó venciéndolo.

Y Bastian acabó quedándose dormido escuchando la lluvia y la respiración de Alice, que para entonces ya se había convertido en un sonido extrañamente reconfortante.

Capítulo 32

La penumbra del amanecer comenzó a filtrarse por las rendijas de los postigos, tiñendo la habitación de un gris azulado. Alice abrió los ojos, pero su mente aún estaba envuelta en la niebla del sueño. Miró el techo de piedra, confusa; no eran las vigas de madera de su alcoba ni las cortinas de seda de su cama.

Sintió una presión extraña, un peso cálido y firme que le cruzaba el abdomen. Al intentar girarse, sus piernas chocaron con algo sólido y vivo. Fue entonces cuando el recuerdo de la tormenta y el refugio en la torre regresaron de golpe a su mente.

Bajó la mirada y ahogó un jadeo. La manta con la que se habían tapado ya no estaba encima de ellos y, además, no solo compartían el jergón; estaban anudados. Su espalda estaba pegada al pecho de él, y las piernas de ambos se entrelazaban de tal forma que no sabía dónde terminaba ella y empezaba él. El brazo de Bastian la rodeaba con una posesividad natural, como si llevaran años durmiendo así.

Alice intentó deslizarse hacia fuera, moviendo la cadera y estirando los brazos con cuidado para no romper el silencio.

—Buenos días —dijo una voz grave justo en su oreja.

Alice se quedó petrificada, con el corazón golpeándole las costillas.

—Estabas despierto.

—Desde hace un rato —respondió, y aunque Alice no podía verlo, estaba segura de que estaba sonriendo.

—¿Y no se te ha ocurrido apartarte?

—¿Me preguntas eso cuando eres tú quien usa mi brazo de almohada?

—Yo no...

—Y quien tiene las piernas enredadas con las mías —evidenció él, sin dejarla terminar—. Para alguien que insistía en mantener las

distancias, te has pegado a mí de madrugada como una hiedra a la piedra.

Alice guardó silencio, agradeciendo que la luz aún fuera demasiado débil para revelar su sonrojo. Se irguió un poco, tratando de recuperar una dignidad que era difícil de sostener estando en camisola y enredada en él.

—Yo no he hecho tal cosa —replicó—. Has sido tú.

Bastian soltó una risa baja, una vibración que Alice sintió directamente contra su espalda.

—¿Ah, sí? Así que yo me he dedicado a atrapar tus piernas con las mías y a buscar tu calor como si me fuera la vida en ello. Interesante teoría, Alice. Especialmente porque yo estaba de espaldas cuando me abordaste.

—Has tirado la manta al suelo para que tenga frío.

—La manta la has tirado tú en algún momento de la madrugada en que no parabas de moverte hasta terminar completamente enredada conmigo. Lo cual, dicho sea de paso, fue bastante antes de que yo me despertara.

—El culpable eres tú.

—Ya te digo yo que no. Aunque no tengo queja alguna. Me parece bien que tirases la manta y usases mi cuerpo para darte calor.

—Estaba dormida, no soy responsable de lo que haga mi cuerpo en ese estado.

—Tu cuerpo parece ser mucho más honesto que tus palabras —murmuró él.

Bastian se giró, quedando de costado para verla mejor. La luz del amanecer perfilaba sus hombros anchos y el torso desnudo; solo vestía los calzones de lino, y la cercanía de tanta piel expuesta hizo que Alice perdiera el hilo de su argumento. Él estiró la mano para apartar un mechón de pelo que tapaba su rostro.

—Mi cuerpo está muy tranquilo —replicó ella.

—¿Por qué tiemblas, entonces? —preguntó él. Su voz había bajado un octavo, volviéndose una vibración profunda que Alice sintió en la boca del estómago.

—Hace frío y esta torre es de piedra —respondió ella, aunque la mentira sonó débil incluso para sus propios oídos.

—No es frío, Alice. El frío no hace que el pulso se dispare de esta manera.

Bastian deslizó los dedos por la curva de su cuello, rozando la piel con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de su mirada. Él sabía perfectamente que, detrás de esa fachada de indignación, Alice era una mujer que se lanzaba de cabeza a los problemas. La había visto cabalgar sin miedo, enfrentarse a quien hiciera falta y, ahora, lo veía en sus ojos: esa chispa temeraria que la empujaba siempre al borde del precipicio.

—No es propio de una dama estar así con un caballero que no es su marido —susurró ella, aunque sus manos, en lugar de apartarlo, se cerraron sobre los hombros de él, atrayéndolo un poco más.

—Tú siempre dices que no te importan las normas —le recordó Bastian.

Alice exhaló un suspiro.

—Y no me importan, pero estoy asustada —reconoció en un hilo de voz.

Bastian se detuvo al instante. La suficiencia desapareció de su rostro, sustituida por una expresión de ternura que Alice no le conocía. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto tan suave que apenas pareció un roce de aire.

—No hay nada que temer —la tranquilizó él—. No haré nada que tú no quieras, Alice. Si quieres que me mueva al otro extremo de la habitación, lo haré ahora mismo. No pasará nada.

Alice no tuvo ni la menor duda de que las palabras de Bastian eran honestas.

—Tengo miedo de eso, Bastian —confesó ella, entrecerrando los ojos—. De que no pase nada, de que el sol termine de salir y te apartes. De que regresemos a Londres y yo me arrepienta el resto de mi vida de haber dejado pasar este momento.

Bastian guardó silencio, y Alice pudo ver cómo su mandíbula se tensaba. La luz del alba ya era lo suficientemente clara para mostrarle la tormenta que también se libraba en los ojos de él.

—Ni siquiera sabes lo que me estás pidiendo, Alice. Eres inocente.

—Que sea virgen no me convierte en estúpida. Me he criado entre el servicio, sin familia cerca que me vigilara. Margaret y las demás resolvieron todas mis dudas hace mucho tiempo.

Bastian esbozó una sonrisa cargada de una ironía suave.

—¿Y eras una joven con muchas dudas? —le preguntó él, su pulgar acariciando ahora el borde de la mandíbula de ella.

—Sobre todo, después de ver al mayordomo y a una de las sirvientas contra la pared de la despensa —confesó ella con una franqueza que le hizo ensanchar la sonrisa—. Margaret me sacó de allí antes de que pudiera entenderlo todo, pero vi lo suficiente para saber que aquello no era un castigo.

La risa de Bastian fue apenas un eco en la estancia. Se inclinó un poco más, dejando que su frente descansara contra la de ella.

—Así que mi temeraria Alice sabe perfectamente en lo que se está metiendo.

—Sé que quiero que seas tú —dijo ella, y esa confesión fue mucho más poderosa que cualquier anécdota del pasado.

Porque era cierta.

Bastian presionó sus dedos contra el jergón, fijando su mirada en la de ella.

—Si hacemos esto, Alice, no habrá vuelta atrás —le advirtió él —. No puedes recuperar la virginidad.

Ella no dudó. Ni siquiera un instante.

—Quiero perderla contigo, no recuperarla.

—¿Estás segura?

—No he estado más segura de nada en mi vida.

Bastian abrió la boca, pero Alice lo interrumpió antes de que pudiera pronunciar ni una sola palabra.

—Como vuelvas a preguntármelo, te tiro algo a la cabeza. Y ya sabes que tengo buena puntería cuando quiero.

Él soltó una carcajada.

—Está bien, está bien. —Bastian levantó las manos en señal de rendición mientras la risa moría en una sonrisa llena de fascinación —. Nada de objetos en la cabeza, por favor.

Se levantó del jergón. La luz del alba, ahora de un tono más cálido, bañó su figura mientras se despojaba de la última prenda. Alice no apartó la mirada; se obligó a observarlo, con esa curiosidad temeraria que la caracterizaba. Sus ojos recorrieron la anchura de sus hombros, la firmeza de su torso y su masculinidad, que ahora, completamente libre, la saludaba.

—Nunca imaginé que un hombre desnudo fuese tan bello —admitió ella en un susurro.

Aquella franqueza, tan característica en ella, hizo que Bastian se tensara, no de incomodidad, sino de deseo.

—Alice... —pronunció él su nombre como una advertencia y una súplica a la vez.

Ella no esperó a que Bastian tomara la iniciativa. Se levantó también, quedando frente a él. Con dedos que temblaban solo un poco, desató las cintas de su camisola. La seda se deslizó por su piel con un roce casi imperceptible hasta amontonarse a sus pies sobre el suelo de piedra. Se quitó también la última prenda íntima, quedando completamente expuesta ante él.

Bastian se quedó inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido en la torre. Su mirada recorrió la curva de sus caderas y la delicadeza de su vientre con una intensidad que hacía que Alice sintiera que él la estaba tocando sin mover un solo dedo.

—Eres... —Bastian no terminó la frase. Dio un paso hacia ella, cerrando el espacio hasta que el calor de sus cuerpos empezó a mezclarse en el aire frío de la mañana— preciosa.

—Nunca antes he estado desnuda delante de un hombre —admitió ella, y aunque su voz era firme, el ligero temblor de sus hombros delataba la magnitud del momento.

—Y no puedo ser más dichoso por ello —respondió él. Su voz era un murmullo denso, cargado de una gratitud oscura—. Me alegro de ser el primero y el único que te vea así.

Bastian la rodeó con sus brazos, pegando el cuerpo de ella contra el suyo. El contacto fue una revelación; la suavidad de Alice contra la dureza de él creó una fricción que hizo que el aire en la torre se volviera escaso. Sin dejar de mirarla a los ojos, la condujo de regreso al jergón.

La tumbó con una delicadeza infinita, como si Alice fuera de cristal, aunque ambos sabían que ella era el fuego que lo estaba consumiendo. Se situó sobre ella, apoyando su peso en los codos para no aplastarla, mientras sus manos comenzaban a explorar la piel que tanto tiempo habían deseado.

—Alice —susurró él, rozando con sus labios el lóbulo de su oreja mientras su mano ascendía por su muslo—, si en algún momento quieres que me detenga, solo tienes que decirlo.

—No lo diré —respondió ella, enredando sus dedos en el cabello de la nuca de él y tirando para buscar su boca—. Te lo he dicho, Bastian. No te atrevas a detenerte ahora.

Bastian se separó apenas unos milímetros, lo justo para que sus miradas se cruzaran. La intensidad en sus ojos era casi dolorosa; había un conflicto entre el deseo que lo consumía y el instinto de protegerla.

—Alice, escúchame. La primera vez, para una mujer, suele ser dolorosa.

Ella lo miró fijamente.

—Como no lo hagas de una vez, vas a ser tú quien sienta dolor.

Bastian soltó una carcajada ronca, pero su expresión se volvió seria y cargada de deseo mientras introducía dos dedos en el interior de ella y la exploraba con delicadeza. Alice emitió un gemido que se perdió contra el cuello de él, un sonido que mezclaba sorpresa y un placer que nunca antes había experimentado.

—Estás lista para mí —murmuró él con voz ronca, su aliento cálido rozando la oreja de ella.

Alice rodeó el cuello de Bastian con los brazos, atrayéndolo hacia sí con una urgencia que nacía de lo más profundo de sus entrañas. Sintió cómo él retiraba los dedos, dejando un vacío momentáneo que fue sustituido de inmediato por una presión mucho más firme, cálida e imponente.

Bastian se posicionó entre sus muslos, y Alice tomó consciencia real de la diferencia entre ellos. La sensación de su longitud abriéndose paso fue abrumadora; era una plenitud sólida que estiraba sus sentidos y la obligaba a contener el aliento. No era

como nada que hubiera imaginado; era una invasión lenta y deliberada que reclamaba espacio donde antes no lo había.

Bastian se detuvo cuando encontró la resistencia de su inocencia, apoyando la frente contra la de ella. Sus respiraciones se mezclaban, agitadas y cortas.

—Alice —murmuró él, con los músculos de los brazos tensos mientras se sostenía sobre ella—, solo tienes que decirme que pare.

—No —logró articular ella, aunque la presión era intensa, casi eléctrica—. No te detengas.

Bastian cerró los ojos y, con un empuje constante y cuidadoso, terminó de unir sus cuerpos. Alice sintió un pinchazo agudo, una punzada de fuego que la hizo clavar las uñas en los hombros de él y soltar un pequeño gemido ahogado contra su cuello. Se quedó inmóvil, sintiendo cómo sus músculos se adaptaban a la invasión, al peso y a la asombrosa realidad de tenerlo finalmente dentro de ella.

Él no se movió. Esperó, besándole la sien y las mejillas, dándole tiempo a que el dolor se disipara.

—Respira, mi valiente Alice —susurró él con una ternura que la desarmó—. Ya ha pasado.

Poco a poco, la sensación de tirantez empezó a transformarse. El dolor retrocedió, dejando paso a un calor profundo que irradiaba desde su centro hacia todo su cuerpo. Alice relajó las piernas, rodeando con ellas la cintura de Bastian, y suspiró cuando sintió que la plenitud ya no era molesta, sino necesaria.

—Muévete —le pidió ella.

Bastian obedeció, comenzando a moverse con una cadencia lenta y profunda que arrastró a Alice lejos de cualquier pensamiento racional. Con cada embestida, la sensación de plenitud se transformaba en una marea creciente, un calor que subía por su columna y le nublaba la vista.

Alice se aferró a él, maravillada por la forma en que sus cuerpos encajaban. El roce constante de la piel, el sonido de sus nombres susurrados entre jadeos y la fuerza contenida de Bastian la empujaban hacia un lugar desconocido. Ya no era solo el deseo de ser poseída; era una urgencia eléctrica que la hacía arquear la espalda buscando más, siempre más.

—Bastian… algo pasa —logró decir ella, con la voz entrecortada por la sorpresa de lo que estaba sintiendo.

—Lo sé, Alice. Déjate llevar, estoy contigo —le respondió él, aumentando el ritmo, su propia respiración convertida en un gruñido ronco.

De pronto, la tensión estalló. Alice sintió como si el suelo de la torre desapareciera bajo sus pies. Fue una caída libre, un precipicio de sensaciones que la desbordaron por completo. Sus músculos se tensaron en un espasmo de puro placer y su grito quedó sofocado por el beso de Bastian, mientras las ondas de ese clímax la sacudían una y otra vez.

Ese abandono total de Alice fue lo que terminó de quebrar el autocontrol de Bastian. Él la estrechó contra el jergón con una fuerza desesperada, hundiéndose en ella una última vez mientras el placer lo reclamaba también a él. Se tensó, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, entregándose a esa misma caída, dejando que todo su peso y su esencia se fundieran con ella.

El silencio volvió a la torre, roto únicamente por el latido desbocado de dos corazones que intentaban recuperar el ritmo. Bastian se dejó caer a su lado, sin soltarla, envolviéndola con sus brazos.

—De pequeña soñaba con vivir aventuras —dijo Alice, rompiendo el silencio con la cabeza apoyada en el pecho de él, escuchando cómo su pulso se estabilizaba.

Bastian la miró.

—¿Y te arrepientes de no haberlas podido vivir?

—Las estoy viviendo desde que he llegado a Londres. Aunque no eran como esperaba.

—¿Te han decepcionado? —le preguntó él, acariciándole el pelo con una distracción cariñosa.

—Al contrario —dijo ella, y levantó la cabeza para mirarlo—. No me arrepiento de lo que acabamos de hacer; nunca podría.

—Yo tampoco, Alice. Yo tampoco —dijo él, y bajó la cabeza para darle un tenue beso en los labios, un sello suave tras la tormenta de hacía un momento.

Se quedaron un rato así, simplemente existiendo el uno para el otro. Alice trazó círculos invisibles sobre la piel del torso de Bastian, maravillada por la calidez que desprendía.

—Ya ha amanecido y no llueve. Tenemos que regresar —dijo ella, aunque no hizo el más mínimo esfuerzo por moverse. Sus dedos continuaron su recorrido, como si intentaran memorizar la textura de su piel.

—Deberíamos, sí —concordó él. Sin embargo, en lugar de levantarse, la rodeó con más fuerza, hundiendo la nariz en su cabello, que todavía olía a la lluvia de la noche anterior.

—Me gustaría quedarme aquí para siempre —confesó ella en un susurro, cerrando los ojos contra su pecho—. Lejos de los bailes, de las apariencias y de todo Londres. Solo nosotros.

Bastian soltó un suspiro pesado.

—A mí también, Alice.

—Pero no podemos quedarnos. Estarán preocupados por nosotros.

Su tía debía estar al borde de un ataque del corazón, y sabía que le pediría unas explicaciones que ella no le podía dar. Pero a Alice no podía importarle menos. Porque lo único en lo que podía pensar, lo único que deseaba en esos momentos, era permanecer junto a Bastian.

—Bastian —lo llamó ella, obligándolo a que la mirara a los ojos.

—¿Qué? —respondió él con suavidad.

—Esto no ha cambiado nada. En cuanto encontremos a Ingrid, nuestro compromiso se romperá y yo volveré a Yorkshire.

Bastian se inclinó hacia ella y depositó un beso en su frente. No quiso discutir; las palabras solo romperían la fragilidad del momento, pero él tenía la certeza de que Alice se equivocaba. Porque lo que acababa de suceder entre ellos cambiaba todo.

A pesar de que debían marcharse, Alice no pudo resistir más el peso de sus párpados. Se acurrucó contra él, cerró los ojos y se quedó dormida en cuestión de segundos. Bastian se lo permitió, velando su sueño. Él no sucumbió al cansancio; se quedó allí, simplemente mirándola, incapaz de apartar la vista de la mujer que acababa de entregarse a él con tanta franqueza.

La posibilidad de que Alice pudiera estar esperando un hijo suyo cruzó su mente y, lejos de sentir la alarma que cualquier caballero de su posición experimentaría ante un escándalo semejante, sintió un deseo profundo y primitivo de que así fuera. No iba a decírselo, por supuesto; no quería cargarla con una preocupación más cuando ella ya lidiaba con sus propios miedos.

Pero lo tenía claro. Si antes la búsqueda de Ingrid era una misión de deber, ahora era el último obstáculo hacia su libertad. No permitiría que Alice se marchara a Yorkshire, ni a ningún otro lugar donde él no estuviera.

Esa mujer le había robado algo que él creía haber perdido hacía años: la capacidad de amar sin reservas, sin miedo al fracaso.

Iba a casarse con ella. Y esta vez, se aseguraría de que Alice no solo aceptara su nombre, sino también el hecho de que su vida ahora le pertenecía a él tanto como la de él le pertenecía a ella.

Con ese pensamiento grabado a fuego en su mente, y sintiendo el calor del cuerpo de Alice fundido al suyo, Bastian relajó por fin la guardia. Se dejó llevar por el cansancio y, solo entonces, con la certeza de que su destino ya no le pertenecía a nadie más que a ella, cerró los ojos y se dejó arrastrar por un sueño profundo y, por primera vez en mucho tiempo, completamente tranquilo.

Capítulo 33

—Estoy sorprendido —comentó Bastian mientras caminaban hacia la casa de los Munday.

—¿Por qué? —preguntó Alice con una sonrisa en la cara.

—Hemos dormido hasta el mediodía y no me has echado la culpa por ello.

Ella se encogió de hombros.

—Necesitaba ese descanso.

Bastian le guiñó un ojo.

—Parece que estabas satisfecha y agotada.

—Bastian... —Alice se detuvo en seco, notando cómo sus mejillas enrojecían al escuchar sus palabras—. No puedes decir esas cosas. Es muy inapropiado. —Instintivamente, y a pesar de saber que estaban completamente solos, no pudo evitar mirar a su alrededor.

—¿Qué hay de inapropiado en decir que has dormido bien? —preguntó él con fingida inocencia.

Alice rodó los ojos y, con las manos a cada lado de las caderas, echó a andar de nuevo.

—No has dicho eso.

—He dicho que estabas satisfecha y agotada, que es perfectamente aplicable a alguien que ha dormido muchas horas después de un día muy largo.

Alice le golpeó en el hombro, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Eres un canalla.

—Yo también estaba cansado y satisfecho —reconoció, rodeándole la cintura con su brazo para acercarla a él, provocando que ella se detuviera de nuevo—. Nunca...

Pero Bastian no pudo terminar.

—Como me compares con otra mujer, cojo tu escopeta de caza y te disparo.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque se la llevó ayer el caballo. La había dejado colgada en la silla de montar.

Alice parpadeó. Luego miró el camino por el que habían venido, como si el caballo pudiera aparecer de un momento a otro con la escopeta en la boca a modo de disculpa.

—Has tenido suerte, entonces.

—Definitivamente, soy un hombre con suerte —murmuró Bastian antes de depositar un beso suave sobre su cabello—. Aunque no iba a compararte con nadie.

Alice lo miró de reojo.

—¿Y entonces qué ibas a decir?

—Que nunca he sido tan feliz como lo soy ahora.

El rostro de Alice se iluminó al escuchar aquellas palabras y Bastian no pudo evitar pensar lo hermosa que se veía cuando era feliz.

—Yo tampoco —reconoció ella.

Bastian inclinó la cabeza y acercó los labios a los de ella, pero antes de que pudiesen unirse, el golpeteo de unos cascos sobre la tierra mojada y un grito los interrumpió.

—¡Lord Bastian! ¡Lady Alice!…

Los dos se separaron. Entre los árboles aparecieron lord Munday y otro caballero de la cacería, ambos a caballo. Ninguno de los dos parecía demasiado contento. Lord Munday los observó a ambos durante unos instantes, pero, como buen anfitrión, prefirió no expresar en voz alta lo que estaba pensando y, en su lugar, dijo:

—¡Gracias a Dios! Cuando el caballo regresó sin usted, lord Bastian, nos temimos lo peor. Llevamos horas buscándoles. ¿Están bien?

Alice pensó que por lo menos el caballo estaba a salvo. Aunque lo cierto es que no había pensado en el pobre semental hasta ese momento.

—Perfectamente —dijo Bastian, con una compostura que Alice habría encontrado admirable de no ser porque a ella le latía el corazón a una velocidad bastante poco discreta—. La tormenta nos

pilló lejos de la casa. Encontramos refugio en la torre del límite de su propiedad y esperamos a que amainara.

—Lady Alice —Lord Munday fijó sus ojos en ella—, su tía lleva toda la noche en vela.

—Lo imagino —murmuró Alice, entornando los ojos. Le estaba empezando a doler la cabeza de tan solo pensar en la monserga que su tía le iba a dar—. Ha sido todo un inconveniente que nos haya pillado la tormenta. Lamentamos haberles dado un susto.

Lord Munday asintió, pero no preguntó nada más.

—Fue un descuido por tu parte —dijo su tía desde el asiento frente a ella, mientras el carruaje avanzaba por el camino de vuelta a Londres—. ¿Cómo se te ocurre alejarte así en mitad de una cacería?

Alice sonrió. No podía enfadarse con ella por reñirla, y no solo porque tuviera razón, que la tenía, sino porque recordaba demasiado bien el abrazo en que la había envuelto en cuanto cruzaron la puerta de la casa de campo, sanos y salvos.

Su tía había sido la primera en recibirlos. No había dicho nada en ese momento, solo la había abrazado con una fuerza que Alice no le conocía y que le había apretado algo en el pecho de un modo inesperado. Después, se había asegurado de que les sirvieran un desayuno abundante, algo que Alice había agradecido más de lo que habría querido admitir porque estaba hambrienta, y de que le prepararan un baño caliente.

Solo ahora, varias horas después, limpia y alimentada y de camino a casa, su tía consideraba que había llegado el momento de la conversación pendiente.

—Tienes razón —reconoció Alice, tratando de poner una expresión de culpabilidad, sin conseguirlo del todo—. Fue un descuido.

Su tía parpadeó. Claramente, no esperaba que Alice reconociera tan fácilmente su error.

—Ha sido una suerte que el duque te encontrase.

—Sí, supongo que lo ha sido.

La mejor suerte que Alice había tenido en toda su vida.

—Entenderás que ahora tienes que casarte lo antes posible.

Alice se irguió, apoyando las manos sobre los muslos.

—Nada ha cambiado, tía. Nos casaremos como estaba previsto.

Es decir, ellos no iban a casarse. A pesar de que Alice sabía que, después de lo que había pasado entre ellos, jamás se olvidaría de Bastian, su hogar seguía estando en Yorkshire.

—Aún no hay fecha, Alice. Y puede demorarse varios meses. —Su tía hizo una pausa—. No puedes permitirte esperar demasiado después de lo que ha pasado.

—No me importan las habladurías, ni que llegue a los salones de Londres el rumor de que he pasado la noche con mi prometido en una torre durante una tormenta.

Su tía sacó el abanico y empezó a abanicarse, como siempre hacía cuando una conversación le incomodaba.

—No estoy preocupada por los rumores, Alice. A fin de cuentas, estáis prometidos y él se ha asegurado de que llegaras a casa sana y salva.

—O yo me he asegurado de que llegara él —replicó ella.

—Alice. —El abanico se movió con más energía—. Dos jóvenes prometidos solos durante toda una noche en una torre... Estas cosas a veces tienen... consecuencias.

Alice frunció el ceño.

—¿Qué clase de consecuencias?

—La clase que llega al mundo aproximadamente nueve meses después —dijo, con una delicadeza extraordinaria—. Y que es considerablemente más bienvenida dentro del matrimonio que fuera de él.

El silencio que siguió fue breve, pero muy denso.

Alice miró por la ventana del carruaje. Los campos de Surrey pasaban a toda velocidad y ella no veía ninguno. Porque no había pensado en eso. En ningún momento, ni en la torre ni en el camino de vuelta ni en el desayuno ni en el baño, se le había ocurrido pensar en eso.

Y ahora que lo hacía...

No, no iba a pasar. Seguramente no iba a pasar. Estas cosas no ocurrían necesariamente a la primera, eso también lo sabía. Pero si ocurriera...

Un hijo de Bastian.

¿Por qué aquello no sonaba tan aterrador como debiera ser?

—Alice —la llamó su tía, interrumpiendo sus pensamientos.

—Puedes estar tranquila, tía. No ha pasado nada —mintió—. No es necesario adelantar la boda.

Y aunque su tía no respondió, sus ojos oscuros descendieron unos centímetros y no fue hasta que Alice siguió el camino de su mirada que fue consciente de que tenía las manos sobre el vientre. Las apartó rápidamente, como si la propia tela de su vestido quemara, y, evitando la mirada de su tía, se volvió hacia la ventana.

El compromiso era una farsa. Ella no iba a casarse y no estaba embarazada.

Y, en caso de que lo estuviera, lo criaría ella sola. No sería la primera mujer que lo hacía y no sería la última. Tenía carácter suficiente, y voluntad suficiente, y…

Sus propios pensamientos fueron interrumpidos por una imagen que se dibujó en su cabeza. Ella sentada sobre una manta extendida en el jardín de Weston Hall, bajo la sombra de los árboles, con el sonido de una risa infantil llenando el aire. Y Bastian, unos metros más allá, persiguiendo a un niño pequeño entre la hierba.

Un niño con los ojos de él y la terquedad de ella.

Su hijo. El hijo de Bastian y ella.

Corría tambaleándose sobre las piernas cortas, riéndose cada vez que Bastian fingía no poder alcanzarlo. Y él —el distante, orgulloso e insoportable duque de Weston— se reía también. Con esa risa auténtica y libre que pocas veces ella había tenido el placer de escuchar.

Alice pudo imaginarlo con una claridad dolorosa: las mangas de su camisa arremangadas, el cabello oscuro desordenado por el viento, inclinándose para alzar al niño en brazos mientras este protestaba entre carcajadas.

Y lo peor de todo fue la sensación que aquella imagen despertó dentro de ella. Porque no le produjo miedo ni rechazo, sino una

ternura tan intensa que casi dolía. Como si alguna parte de ella hubiese empezado a imaginar un futuro que jamás debió permitirse desear.

Capítulo 34

La mansión de los Carlisle llevaba semanas siendo tema de conversación en todos los salones de Mayfair. El vizconde, un hombre tan leído como excéntrico, había decidido abrir su colección privada a un reducido círculo de invitados, y la expectación que había generado era inversamente proporcional al número de personas que realmente entendían lo que iban a ver. La mayoría había aceptado la invitación por la misma razón por la que aceptaban todas las invitaciones: porque rechazarla habría sido más comentado que aceptarla.

Alice Thorne no era de esas personas.

La primera sala ya la había detenido en seco. Era una estancia larga, con las paredes forradas de terciopelo oscuro, iluminada únicamente por candelabros de cinco brazos dispuestos a intervalos regulares, y lo que contenía merecía cada uno de los rumores que había generado. Esculturas, monedas, fragmentos de cerámica, armas ceremoniales, y joyas de procedencia incierta.

Alice observaba con fascinación una estatua de mármol iluminada por la luz dorada de los candelabros. La estatua, que representaba a una diosa romana sin brazos, había captado su atención desde el primer instante. Tenía esa calidad particular de las cosas muy antiguas, una densidad en la piedra que no tiene que ver con el peso físico, sino con todo lo que ha visto. A sus pies, dentro de una vitrina, descansaban varias monedas ennegrecidas y un pequeño puñal ceremonial cuya hoja parecía, sin embargo, demasiado limpia para tener siglos de antigüedad.

Bastian estaba a su lado, con una copa de whisky en la mano, observándola a ella con la misma atención con que ella observaba la estatua. Había algo diferente en cómo la miraba desde la cacería, algo que no había estado antes o que no era tan visible. Una atención que no intentaba disimular.

—¿Te impresionan las antigüedades? —preguntó.

Alice se inclinó un poco más hacia la estatua.

—Cuando me dijiste que me traías a ver una exposición, pensé que sería otro de esos planes soporíferos de la temporada. Pero debo admitir que esto tiene cierto encanto.

—Tenía mis dudas de que te gustase —reconoció él—. Pero, en cuanto has visto la primera pieza de la colección, me he dado cuenta de que no me equivocaba.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó ella, mirándole de reojo.

—Porque te quedas muy quieta cuando algo te gusta. Es el único momento en el que dejas de pelear contra el mundo y te permites, sencillamente, estar en paz.

Alice no respondió de inmediato. Era la clase de observación que Bastian hacía a veces, sencilla y precisa y completamente inesperada, que la dejaba sin réplica porque era demasiado exacta para contradecirla.

—¿A ti también te impresionan? —preguntó al fin.

Bastian tomó un sorbo de whisky antes de inclinarse para observar las grietas finísimas que recorrían el mármol bajo la luz de las velas. Su hombro rozó el de ella sin que ninguno de los dos se apartara.

—Me impresionaría más saber cuántas son auténticas.

Alice se volvió hacia él con los ojos brillantes.

—¿Estás insinuando que lord Carlisle llena su colección de falsificaciones?

—No todas —señaló Bastian—. Pero a lord Carlisle no le importa que algunas obras no sean originales, siempre y cuando luzcan como si lo fueran. De hecho, creo que le divierte enormemente ver cómo media nobleza londinense admira con solemnidad algo que salió del taller de un artesano de Cheapside hace veinte años.

Alice miró a los invitados, que observaban cada obra con concentración. Y no pudo evitar pensar que entendía a lord Carlisle. Aunque a ella no le importaba que la estatua que tenía frente a ella fuera falsa, ya que seguía siendo igual de bella.

—Hablas de lord Carlisle como si lo conocieras bastante bien —murmuró al cabo de unos segundos, mirando a Bastian.

—Nuestras familias se conocen desde hace muchos años. Era uno de los mejores amigos de mi padre, quien lo consideraba el hombre más brillante de Londres, y en eso debo darle la razón.

—¿Erais cercanos, tu padre y tú?

Era la primera vez que se atrevía a preguntarle algo tan directamente personal. Lo supo cuando lo preguntó y, aun así, no se arrepintió, porque había algo en esa noche y en esa sala y en la manera en que él estaba de pie a su lado que hacía que las preguntas importantes parecieran menos arriesgadas de lo habitual.

Bastian guardó silencio un instante. La luz cálida de los candelabros suavizaba las líneas de su expresión.

—Lo éramos —dijo.

—¿Cómo era él? —preguntó con curiosidad.

—Era el hombre más trabajador, fiel a sus principios y honorable que he conocido. Y también el mejor padre que podría haber tenido.

—¿Cómo murió? —preguntó Alice en voz baja.

—Una fiebre. Llegó en otoño y no se fue. En tres semanas ya no había nada que hacer. —El rostro de Bastian se ensombreció—. Tenía cincuenta y dos años.

Alice se giró hacia él.

—Lo siento.

Era la primera vez, desde que lo conocía, que Bastian hablaba de algo personal con aquella sinceridad. Alice estaba segura de que el duque de Weston no solía abrirse así con cualquiera, y aquella pequeña muestra de confianza la hizo sentirse extrañamente especial. También comprendió, por la manera en que había pronunciado cada palabra, que había amado profundamente a su padre.

Y, en ese instante, ella deseó haber tenido una relación similar con el suyo.

—Ojalá tuviese una familia que me amase tanto —susurró para sí misma, pero Bastian la escuchó.

También vio sus ojos verdes humedecerse y aquella expresión de tristeza que le contrajo el corazón.

—Tienes a tu hermano Dominic.

Alice soltó una pequeña risa. Pero no era genuina y alegre, sino amarga.

—Mi hermano Dominic dejó de preocuparse por mí en el instante en el que heredó el título. Ni siquiera se ha molestado en pasar tiempo conmigo desde que estoy en Londres. Está contando los días para que me case contigo y deje de ser su responsabilidad. Aunque, ¿por qué iba a importarle? Tan solo soy una...

La palabra «bastarda» estuvo a punto de deslizarse de sus labios.

—Mujer maravillosa por la que cualquier hombre mataría a un ejército entero con tal de tenerla en su vida. Como hija, como hermana y como esposa —terminó Bastian por ella—. Especialmente como esposa —susurró, alargando la mano para limpiar la lágrima solitaria que se derramaba por su mejilla. Alice no pudo registrar aquellas palabras, porque rápidamente añadió—: Dominic te quiere, Alice.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso te lo ha dicho? —preguntó con sarcasmo.

—Hay cosas que no hace falta decir, sino que se ven a simple vista.

Alice no respondió. No lo hizo porque una parte de ella quería creer lo que Bastian decía. Porque, a pesar de lo mucho que se había deteriorado su relación con el paso de los últimos años y de que se sentía decepcionada con él, Alice seguía amando a su hermano mayor; lo seguía haciendo con el mismo entusiasmo y admiración con que lo hacía esa niña pequeña de cinco años la primera vez que él le enseñó a trepar a un árbol.

Sintió la mano de Bastian en la parte baja de su espalda, un gesto discreto y completamente natural entre prometidos, y que, sin embargo, ella sintió con una claridad que no tenía nada de discreta. La guio suavemente hacia la siguiente sala sin decir nada, y Alice lo dejó, que era algo que no habría hecho con nadie más.

La sala siguiente era más pequeña y más oscura, dominada por un sarcófago de piedra arenisca que ocupaba el centro. Tenía inscripciones en los laterales y una tapa con la figura tallada de un

hombre con las manos cruzadas sobre el pecho, y olía, pensó Alice, a siglos de polvo y a algo que no tenía nombre.

—Siempre me ha resultado extraña esa afición de coleccionar muertos como trofeos —murmuró Bastian, señalando el sarcófago con la barbilla.

Trataba de distraerla. Y, al parecer, funcionó. Porque la expresión triste del rostro de ella se difuminó para dar paso a una pequeña sonrisa que Bastian consideró el mayor triunfo que había tenido en su vida.

En aquel instante se dio cuenta de lo mucho que estaría dispuesto a dar con tal de verla sonreír. Incluso su alma. Lo daría todo para que ella nunca más estuviese triste.

—Los vivos son mucho más peligrosos —susurró.

Bastian le dio un sorbo a su whisky.

—En eso tengo que darte la razón.

—El duque de Weston reconociendo que tengo razón. —Alice abrió la boca, tapándose con la mano a la vez que se giraba hacia él —. Eso sí que es un milagro.

Bastian puso los ojos en blanco.

—El milagro es que la tengas.

La sonrisa burlona que bailaba en los labios de Alice fue sustituida por una curva furiosa.

—¡Por supuesto que la tengo! —Se llevó las manos a las caderas—. Siempre tengo la razón.

Bastian sonrió, esperando precisamente que esa fuera la reacción de Alice a sus palabras. Eran una burda provocación, pero ella siempre caía en todas sus burlas. El temperamento de Alice se encendía con la rapidez de la pólvora al contacto con una chispa. Y eso era una de las cosas que, contra todo pronóstico, más le gustaban de ella.

Aunque a Bastian le gustaba todo de Alice. Había aprendido a adorar con la misma intensidad tanto sus virtudes como sus defectos.

No sabía qué tenía aquella mujer, pero estaba rendido a sus pies.

—Aún no te lo he dicho esta noche —dijo, bajando la voz a la vez que se inclinaba, hasta que su oído rozó la oreja de ella—, pero estás preciosa.

Las mejillas de Alice adquirieron un tono rojizo que Bastian encontró adorable. Después, entornó los ojos y le dio una suave palmada en el hombro a la vez que decía:

—Zalamero.

Alice nunca lo reconocería en voz alta, porque era demasiado orgullosa para ello, pero le gustaban los halagos. Le gustaba cuando él la miraba como si fuera la única mujer en el mundo, como si nada más mereciera realmente su atención. Como nadie antes la había mirado.

—Has seguido mi consejo —señaló él, incorporándose, a la vez que se llevaba el vaso de whisky a los labios—. Llevas un vestido amarillo.

Alice tardó unos instantes en entender el significado de sus palabras. Y Bastian se preguntó si realmente ella había escogido el color de su vestido de manera consciente, recordando la conversación que habían mantenido días antes, o si lo había hecho sin darse cuenta. Lo desconocía, pero sí sabía con absoluta certeza que Alice recordaba perfectamente que él le había confesado cuánto le gustaba el amarillo sobre ella.

Y también sabía, con la misma certeza, que ella lo negaría.

—Oh, no seas egocéntrico. —Alice entornó los ojos y lanzó un resoplido—. La elección del color de mi vestido no tiene nada que ver contigo.

Bastian esbozó una sonrisa.

—Si tú lo dices…

Alice fue a responder, pero, antes de que pudiera hacerlo, un hombre de mediana edad se detuvo frente a ellos, interrumpiendo la conversación. Su pecho subía y bajaba acelerado, tenía una expresión de preocupación en el rostro y no parecía pertenecer a aquella selecta reunión.

Bastian lo reconoció al instante.

—¿William?

El hombre hizo una pequeña inclinación.

—Señor, le pido disculpas por la interrupción, pero traigo un mensaje de Nicholas. Dice que es urgente.

Bastian tomó la nota que le tendía. La abrió, leyéndola en silencio, y Alice, que lo observaba, vio cómo algo en su expresión cambiaba de un modo que le heló el estómago antes de que dijera una sola palabra.

Levantó los ojos de la nota y la miró.

—Han encontrado a Ingrid.

Capítulo 35

El carruaje iba a buen paso, dejando atrás las calles anchas y bien iluminadas de Mayfair. Alice miraba por la ventanilla sin ver nada en particular, con la nota de Nicholas doblada en su mano, aunque ya se la sabía de memoria.

Eran tres líneas en las que le pedía a Bastian que acudiera inmediatamente a una dirección donde había encontrado a Ingrid. Estaba en Southwark, el mismo barrio donde había estado viviendo, pero en una dirección diferente. Aunque no lo ponía en la nota, era evidente que algo no iba bien. Incluso sin apenas conocerlo, Alice ya sabía que Nicholas no era hombre de urgencias innecesarias.

—¿Y si está gravemente herida? —preguntó, inquieta.

—No sabemos nada todavía. —Bastian posó una mano sobre su rodilla, tratando de tranquilizarla—. No adelantes acontecimientos. Lo importante es que Nicholas la ha encontrado y que vamos hacia allí.

—Espero que esté bien —susurró. Después, ladeó la cabeza para mirar a Bastian—. Gracias por no obligarme a quedarme.

—Estarías más segura en casa de tu hermano, pero sé que te escaparías en cuanto cerrara la puerta. —Sus dedos acariciaron la rodilla de ella por encima de la tela del vestido—. Y sé que necesitas venir.

Ellos habían salido por la puerta trasera, evitando a la doncella de Alice que les había acompañado y esperaba fuera, ya que el anfitrión solo había permitido la entrada a los invitados de la lista.

—No podría quedarme en casa esperando —reconoció, con la angustia invadiendo su pecho—. No sé cómo está ella. No sé si está viva, Bastian.

Él le rodeó la cintura con el brazo y la acercó hacia sí. Alice apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Pensó en Ingrid, en su risa, en la manera en que siempre había sabido ver lo mejor de cada persona antes de que esa persona se lo mostrara. Pensó en

Edmund Carew dormido en su silla del Brooks's, diciendo que estaban enamorados. Pensó en todo el tiempo que habían perdido ya.

—La hemos encontrado —dijo Bastian, en voz baja—. Eso es lo que importa ahora. No pienses en nada más.

Alice no respondió, pero no levantó la cabeza de su hombro, y él no se movió, y el carruaje siguió avanzando en silencio hasta que se detuvo frente a una pequeña casa de dos plantas que se inclinaba ligeramente hacia la derecha.

La fachada estaba ennegrecida por el humo y la humedad, con la pintura desconchada en tiras largas que dejaban ver la piedra gris debajo. Una de las ventanas del segundo piso tenía el cristal roto y tapado con un trapo oscuro que se movía con la brisa.

—¿Es aquí? —preguntó Alice, incorporándose.

—Es la dirección que nos ha dado Nicholas.

—Esto es peor que la lavandería.

—Aunque Lambeth es un mal barrio, Southwark es peor. Pero esta zona juraría que es de las peores del barrio.

Nicholas estaba en la puerta. Alice lo reconoció en cuanto el carruaje se detuvo y bajó antes de que el cochero pudiera siquiera sujetar las riendas. Bastian la siguió de cerca.

Los miró a los dos, y algo en sus ojos le dijo a Alice todo lo que necesitaba saber antes de que abriera la boca.

—No sabía que la traerías —le dijo a Bastian y miró a Alice con una delicadeza que, por lo que conocía de él, no le era habitual—. Quizás sería mejor que subieras tú solo primero, Bastian, y luego...

Pero Alice no esperó a que terminara. Cruzó la puerta, que estaba abierta, y entró.

El interior olía a humedad y a algo más difícil de nombrar, algo rancio y dulzón que se pegaba a la garganta desde el primer paso. El pasillo era estrecho y oscuro, con el suelo de madera que crujía bajo cada paso y las paredes manchadas de humedad hasta la altura de los hombros.

—¿Ingrid? —llamó Alice, con el corazón golpeándole las costillas.

Una joven asomó la cabeza desde el fondo del corredor y la observó con ojos asustados.

—Primera planta —indicó la chica en un susurro—. La puerta abierta.

Alice subió los peldaños de dos en dos. No tardó ni unos pocos segundos en encontrar la puerta.

Ingrid estaba allí, hundida en un jergón estrecho con las sábanas revueltas. Apenas tenía color en el rostro, el cabello se le pegaba a la frente por el sudor y sus ojos entreabiertos vagaban con la mirada turbia de la fiebre alta.

Alice se arrodilló junto a la cama, sin reparar en la suciedad del suelo.

—Ingrid —susurró, buscándole la mano—. Soy yo, soy Alice. Estoy aquí.

Los dedos de Ingrid se movieron apenas. Alice le tomó la mano entre las suyas y sintió el calor que irradiaba.

—Edmund —murmuró Ingrid, con la voz ronca y débil—. Edmund.

—Vamos a avisarle. Te lo prometo —le dijo Alice, a pesar de que no tenía muy claro que su amiga pudiese escucharla—. Pero primero tienes que quedarte con nosotros, ¿me oyes? —Apretó un poco más su mano—. Tienes que luchar.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan enferma? —preguntó Bastian, entrando junto a Nicholas en la habitación.

Nicholas miró a Alice durante unos instantes antes de responder, como si no estuviera seguro de cuánto decir delante de ella.

—Este lugar no es una casa de huéspedes corriente.

—¿Qué es? —preguntó Alice, sin apartar la mirada de Ingrid.

Nicholas vaciló.

—Es un lugar al que vienen mujeres cuando no tienen otra opción —dijo finalmente—. Mujeres embarazadas que no se pueden permitir tener ese niño.

Alice tardó un momento en entenderlo. Cuando lo hizo, cerró los ojos brevemente.

—¿Ingrid ha abortado?

—Sí —respondió Nicholas—. El método que usan aquí es... —eligió las palabras con cuidado—. No es seguro. No lo es en ningún sitio, pero aquí menos que en ningún otro. La mujer que lo practica no es médico. Usa hierbas, instrumentos... Muchas ni siquiera sobreviven a la infección que viene después.

El silencio en la habitación fue absoluto, salvo por la respiración irregular de Ingrid.

—¿Cuándo? —preguntó Alice.

—Hace tres días —dijo Nicholas—. Lleva así desde entonces. Si no la hubiera encontrado hoy...

—¿Y dónde ha estado antes?

—Por lo que he podido averiguar, trabajando para conseguir el dinero que le faltaba para abortar.

El silencio que siguió tenía un peso distinto al anterior. Alice miró a Ingrid, tan blanca como el papel, con la cara sudorosa y la respiración entrecortada. Había estado meses trabajando en quién sabe qué condiciones, ahorrando cada chelín, sola, sin decírselo a nadie.

Sufriendo en silencio.

—La mujer que le ha hecho esto... —comenzó Alice, tragando saliva.

Ni siquiera fue capaz de terminar la frase, pero Bastian lo hizo por ella.

—Terminará presa. Me ocuparé personalmente de ello.

Alice asintió.

—No se merece menos. —Estiró la mano que no sostenía la de Ingrid para apartar los mechones de cabello que se le pegaban a la frente, despacio y con cuidado—. Vamos a sacarte de aquí —le prometió, a pesar de que no sabía si podía oírla—. Cuando te recuperes, vas a contarme todo. Y me vas a dejar ayudarte.

Ingrid hizo un sonido ininteligible.

—Tal vez es mejor que no la movamos —dijo Bastian, observando a la joven con preocupación—. Enviaré una nota a mi médico para que venga inmediatamente.

—No podemos dejarla aquí. —Alice tragó saliva—. Las condiciones de este lugar son inhumanas.

—Tu prometida tiene razón, Bastian. Si la dejamos aquí, su estado de salud puede empeorar —intervino Nicholas, dando un paso hacia delante.

Alice dejó de mirar a Ingrid para ladear la cabeza hacia Nicholas. Había coincidido con él en pocas ocasiones, pero en todas le había encontrado con ese humor suyo afilado como un cuchillo, ese ingenio seco que usaba para mantener al mundo a distancia. Ahora estaba completamente serio, con una gravedad en el rostro que decía más sobre la situación que cualquier palabra que pudiera añadir.

—Y no solo eso. La situación va a ponerse fea. —Nicholas miró hacia la puerta entreabierta, asegurándose de que estaban solos—. No es solo esa mujer. Hay personas a quienes no les va a hacer ninguna gracia que este negocio se cierre, y van a venir a asegurarse de que no ocurra. —Hizo una pausa breve, casi sin énfasis—. Los estaré esperando. Pero es mejor que Ingrid no esté aquí cuando lleguen.

Bastian entrecerró los ojos. La situación era aún más complicada de lo que pensaba.

—Está bien. La llevaremos a mi casa.

—Vendrá a la mía —decidió Alice, sin soltar la mano de Ingrid—. Quiero tenerla cerca. Se recuperará mejor así. —Apretó un poco más la mano de Ingrid a la vez que la miraba—. Porque se va a recuperar.

Nadie lo discutió.

Bastian llevó a Ingrid en brazos con mucho cuidado mientras Nicholas iba delante, asegurándose de que pudiesen salir de allí sin ningún tipo de problema. Alice iba detrás, sin perder de vista a Ingrid ni un momento, con los ojos fijos en el pecho de su amiga para asegurarse de que seguía subiendo y bajando.

Fuera hacía frío. Un frío húmedo y sin viento que se metía por todas partes, e Ingrid no llevaba más que un camisón viejo, que alguien le había puesto en algún momento que Alice prefería no imaginar. Cuando la acomodaron en el asiento del coche, Alice se quitó el chal y se lo puso encima antes de sentarse a su lado. La piel de Ingrid ardía.

—Ve con cuidado —le ordenó Bastian al cochero.

El hombre asintió y no hizo preguntas.

El trayecto desde Southwark fue largo y silencioso. Bastian iba sentado frente a ella, con los codos apoyados en las rodillas y la vista en Ingrid, pensando en algo que Alice no preguntó. Ella tampoco habló. De vez en cuando, la fiebre hacía que Ingrid se removiera levemente, un sonido pequeño escapándosele entre los labios, y Alice le apretaba la mano y decía: «ya estamos, ya casi», hasta que volvía a quedarse quieta.

Pasada la medianoche cruzaron el puente y Londres empezó a cambiar de cara. Las calles se hicieron más anchas, las fachadas más altas, y las farolas más espaciadas. Mayfair apareció ante ellos.

El carruaje se detuvo frente a la casa.

Antes de salir siquiera, Alice vio a su hermano en la puerta, con el abrigo puesto a medias sobre la ropa de estar en casa y una expresión de enfado que nunca antes había visto en él. Porque sí, había visto a Dominic molesto unas cuantas veces antes, pero jamás tan furioso como en ese instante.

—¡¿Se puede saber dónde estabas?! —espetó, con los brazos cruzados y alzando la voz.

Su hermano nunca levantaba la voz. Sin embargo, Alice estaba demasiado preocupada por Ingrid como para molestarse siquiera por ello.

—Dominic —la voz de Alice salió desde dentro del coche antes de que ella hubiera terminado de bajar—, necesitamos ayuda.

La furia de Dominic fue sustituida por una expresión de confusión cuando vio a Bastian bajar del carruaje con una mujer enferma y casi inconsciente entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es esta joven, Bastian?

—Te prometo que te explicaré todo mañana —fue Alice quien le respondió—. Pero, ahora mismo, necesitamos una habitación y un médico con urgencia.

Dominic ni siquiera se lo pensó.

—Por aquí —dijo, haciéndose a un lado para dejar pasar a Bastian al interior de la vivienda.

Y, por una vez, no hizo más preguntas.

Capítulo 36

Alice llevaba cuatro noches durmiendo en la butaca de la habitación en la que Ingrid se estaba quedando.

No era una butaca especialmente cómoda. Tenía el respaldo demasiado recto y uno de los brazos estaba ligeramente más alto que el otro, de manera que Alice siempre acababa ladeada hacia la derecha, con la mejilla aplastada contra el tapizado y el cuello en una posición que por la mañana le costaba varios minutos deshacer. Dominic había intentado, sin éxito, convencerla de que se fuera a su cuarto. La doncella le había llevado una manta sin decir nada, que era la forma más inteligente de manejarse con ella cuando había tomado una decisión.

Porque no había fuerza alguna que la moviese de allí.

El médico había pasado por última vez hacía unas horas. Ingrid estaba fuera de peligro: sin fiebre, sin riesgo de hemorragia, con el pulso estable por fin. Le había dejado láudano para que descansara, una dosis pequeña disuelta en agua que la mantendría dormida hasta bien entrada la mañana. Pero el láudano acabaría por ceder, y en algún momento entre la noche y el alba, Ingrid abriría los ojos con algo parecido a la lucidez, y Alice quería estar allí cuando ocurriera. Quería ser lo primero que su amiga viera.

De modo que se quedó en la butaca, con la manta que le había traído la doncella y un libro que llevaba cuatro noches sin pasar de la misma página, y esperó.

Pero se acabó quedando dormida. Había estado escuchando la respiración de Ingrid durante horas, el ritmo lento y regular que el láudano le daba, contándola casi sin darse cuenta, como se cuentan las olas, y en algún momento entre las dos y las tres de la madrugada el libro se le escurrió del regazo.

Lo que la despertó fue el silencio. O, más exactamente, un cambio en el silencio. Algo diferente en la respiración al otro lado de

la habitación, un movimiento pequeño, el sonido inconfundible de alguien que intenta incorporarse con cuidado para no hacer ruido.

Alice abrió los ojos para ver que Ingrid estaba sentada en la cama.

No dijo nada durante un momento. Se quedó mirándola desde la butaca, asegurándose de que era real, de que los ojos de su amiga estaban abiertos y enfocados y presentes de una manera que no habían estado en seis días. Luego se levantó, y si las rodillas le temblaron ligeramente al hacerlo, fue cosa suya y de la butaca y de nadie más.

—Ingrid.

Su amiga la miró. Tenía la expresión desorientada, y sus ojos recorrieron la habitación lentamente, como si estuviera intentando adivinar dónde estaba.

—Alice. —Su voz era ronca, pequeña, pero era su voz—. ¿Dónde estoy?

—En Mayfair. —Alice se sentó en el borde de la cama y le tomó las manos antes de haber pensado en hacerlo. Las tenía frías, ya no ardían—. En casa de mi hermano Dominic. Estás a salvo, Ingrid.

Ingrid parpadeó. Miró sus manos entrelazadas con las de Alice como si estuviera intentando convencerse de que eran reales.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días. —Alice lo dijo despacio—. Cuatro si contamos la noche que llegaste. Has tenido mucha fiebre, Ingrid. Los primeros tres días fueron los peores. —Hizo una pausa, tratando de controlar las lágrimas que comenzaron a acumularse en sus ojos, porque lo último que deseaba era asustar a Ingrid—. Pero el médico ha dicho esta tarde que estás fuera de peligro.

—Yo... —Ingrid se llevó las manos al estómago—. Yo...

—Lo sé todo —le dijo Alice.

Ingrid asintió, bajando las manos a cada lado de la cama, y se incorporó lentamente.

—Edmund ha venido cada día a casa de mi hermano —confesó Alice, porque sentía que era justo para el joven que su amiga lo supiese—. Ha intentado verte, pero yo no le he dejado porque

estabas muy débil. —Alice suspiró—. Él te ama, Ingrid. No se hubiese desentendido del bebé.

Los ojos de Ingrid se llenaron de lágrimas al escuchar el nombre de Edmund. Ella negó con la cabeza mientras se mordía el labio inferior y volvió a llevarse las manos al estómago. Miró a Alice durante unos instantes antes de hablar.

—No sabía si era suyo, Alice.

—¿Cómo?

—El conde de Haverstock… —comenzó, en un hilo de voz—. Él me obligó, Alice. Yo no quería...

Ingrid fue incapaz de terminar y Alice no se lo exigió, pues no hacía falta que le dijera nada más. Ese bastardo... Sintió la rabia arderle bajo la piel y apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Pero trató de controlarse, porque en esos instantes lo único que Ingrid necesitaba era calma para poder recuperarse del todo.

—Hablaremos de eso más adelante. Ahora necesitas descansar —dijo Alice a la vez que la ayudaba a tumbarse de nuevo en la cama.

—Alice...

—Descansa, Ingrid. Todo va a ir bien.

La joven institutriz se quedó dormida, y Alice juró que el conde pagaría por lo que le había hecho a su amiga. No solo la habían acusado injustamente de robar algo, sino que él la había forzado.

Tras comprobar que Ingrid estaba bien, se levantó y fue hasta el escritorio junto a la ventana, sacó papel y pluma, y escribió. No era una carta larga, no necesitaba serlo: Bastian lo entendería. Y él la ayudaría.

Una vez escrita, salió de la habitación sin hacer ruido y se la entregó a uno de los sirvientes para que se la hiciese llegar al duque.

Él iba a encargarse de que el conde pagase por lo que le había hecho a Ingrid. Porque Alice no era una persona que confiase en los demás, pero, si ella tenía algo claro, era que podía confiar en Bastian.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo Alice, sentada en una cómoda en la sala azul de la mansión de su hermano.

Frente a ella, en el sofá, Ingrid y Edmund estaban sentados con las manos entrelazadas y esa expresión particular de las personas que llevan días mirándose como si todavía no acabaran de creer que el otro esté ahí. Hacía una semana que Ingrid se había despertado con lucidez por primera vez.

Hacía tres días que el médico había asegurado que estaba completamente recuperada. Hacía dos que Edmund Carew, que había estado llamando a la puerta con una regularidad que Alice encontraba entre admirable y levemente desesperante, había podido subir por fin a verla.

Ingrid había aceptado a regañadientes, pero Alice la conocía lo suficiente para distinguir su resistencia genuina de la que se ponía como escudo cuando tenía miedo de querer algo demasiado, y aquella tarde la segunda había ganado por mucho. Aunque, si su amiga no hubiese aceptado, ella hubiese dejado subir a Edmund igual. Alice era de las personas que daban un empujoncito cuando una amiga lo necesitaba, y un empujón considerable cuando el empujoncito no bastaba.

Lo que había ocurrido en esa habitación durante la hora siguiente Alice no lo sabía con exactitud. Lo que sí sabía era que Edmund había bajado con los ojos enrojecidos y que desde entonces no se había separado de Ingrid más de lo estrictamente necesario.

—Sigo pensando que te estoy complicando la vida —le dijo Ingrid a Edmund.

—No me la estás complicando. —Edmund levantó la mano que tenían unida y le depositó un beso en el dorso, despacio, con una sencillez que no tenía nada de teatral—. La estás mejorando. Considerablemente.

Ingrid abrió la boca para protestar. Era evidente que tenía preparado un argumento, probablemente varios, ordenados y razonables y completamente inútiles.

—Permítete ser feliz, Ingrid, te lo mereces —dijo Alice antes de que esta pudiese hablar.

Ingrid abrió la boca para replicar, pero Edmund se lo impidió.

No con palabras. Le puso dos dedos bajo la barbilla, le volvió la cara hacia él y le dijo algo en voz tan baja que Alice no lo oyó. Lo que sí vio fue la expresión de Ingrid mientras lo escuchaba: cómo la resistencia se iba deshaciendo capa por capa hasta que debajo no quedaba nada salvo ella misma, sin escudos.

Luego Edmund se volvió hacia Alice.

—El médico ha confirmado que puede viajar. Esta tarde partiremos hacia Gretna Green.

Alice lo miró, confundida.

—¿Esta tarde? ¿No es demasiado pronto?

—Cuanto antes, mejor.

—Edmund. —Ingrid lo miraba con los ojos muy abiertos—. No puedes simplemente...

—Puedo y voy a hacerlo —replicó. Pero, después, cuando su mirada se encontró con la de ella, vaciló—. A menos que tú no quieras, claro.

Ingrid no respondió de inmediato, y Alice pudo ver la batalla que se libraba en los ojos de su amiga. Pero finalmente, con una sonrisa tímida, susurró:

—Quiero. Claro que quiero.

Edmund sonrió.

—Entonces, partiremos esta tarde.

—¿Por qué no os casáis en Londres? —inquirió Alice, que no dejaba de observar a la pareja—. ¿No has dicho que tu familia lo acepta?

—Lo hacen, pero sé que Ingrid no quiere una gran boda. Y yo no quiero esperar para que podamos vivir juntos. Mi madre nos acompañará.

—¿Tu madre? —preguntó Ingrid, que no sabía ese dato.

—Y una de mis hermanas. El resto no pueden salir de Londres ahora mismo. —Hizo una pausa breve, como si quisiera decir algo más y decidiera guardarlo para después—. Tengo que ir a prepararlo todo.

Se puso de pie y, antes de soltar la mano de Ingrid, se la llevó a los labios una vez más.

—Te amo, Edmund.

Las palabras salieron de la boca de Ingrid sin previo aviso. Fueron inesperadas hasta para ella misma, pero no se arrepintió de haberlas pronunciado. Porque llevaba queriendo decirlas desde hacía tiempo y no había tenido el valor hasta ese momento.

Edmund se quedó quieto durante unos instantes. Ni siquiera parpadeó, como si estuviera asimilando lo que acababa de escuchar. Pero no tardó en reaccionar.

—No tanto como yo a ti —dijo él.

Antes de que Ingrid pudiera contestar, Edmund se inclinó y la besó. No fue un beso rápido ni especialmente discreto, para tratarse de una sala en la que había una tercera persona presente.

Y Alice encontró de repente que la vista desde la ventana era extraordinariamente interesante. Los adoquines de la calle, el farolero que ajustaba algo en la farola de enfrente, un caballero que cruzaba la calle...

Cuando volvió a mirar, Edmund estaba ya de pie junto a la puerta con el sombrero en la mano.

—Vendré a las cuatro —dijo antes de desaparecer.

—Él es bueno para ti —comentó Alice.

—Lo es. Ha sido una suerte que nos hayamos conocido. —Ingrid inspiró con fuerza e hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Alice, no sé cómo voy a poder agradecerte todo lo que has hecho por mí. Yo... —Las lágrimas se arremolinaron en sus ojos.

Alice se levantó y se sentó a su lado.

—No tienes nada que agradecerme. —Agarró las manos de su amiga y las entrelazó con las suyas—. He hecho lo que tú hubieras hecho por mí.

—Edmund me ha contado que tu prometido movió todos sus contactos y usó todo su poder para que encarcelaran al conde de Haverstock. Su mujer ha huido al campo, y jamás volverá a ser recibida en los círculos de la alta sociedad. Y yo no tengo que dar mi testimonio, algo que agradezco, pues no creo que fuese capaz.

—Lo serías —dijo Alice—. Me lo ha contado también a mí. Y que Bastian lo sujetó mientras él le daba una paliza.

—Se merecía esa paliza. —Ingrid se limpió las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Todo lo que le pase será poco. —Alice apretó los labios en una fina línea, incapaz de no mostrar su ira—. Aunque me hubiese gustado ser yo quien le diera un buen puñetazo.

Ingrid se rio y se inclinó hacia Alice para abrazarla.

—No sabes cuánto me alegra que seas mi amiga.

—Para siempre, Ingrid.

—Tú también te mereces ser feliz, Alice —dijo Ingrid, separándose de ella.

—Lo soy. Mañana regresaré a Yorkshire, y eso me hace aún más feliz.

Pero en cuanto lo dijo, supo que no era del todo verdad. O sí lo era, pero de una manera incompleta, como un puzle al que le falta una pieza que uno no sabe que faltaba hasta que la ve encajar en otro sitio.

Volver a Yorkshire debería ser lo mejor que podía ocurrirle. Era lo que había querido desde el primer día que pisó Londres: terminar con todo aquello y regresar a casa, al campo. Pero esta vez, por primera vez, la idea no le producía alivio.

—¿Y tu compromiso con el duque? —le preguntó Ingrid.

Ella le había puesto al día a su amiga de toda la situación. Esta, como siempre, le había escuchado sin juzgarla, sin opinar, pero era evidente que tenía algo que decir.

—Estos días no nos hemos visto, aunque nos hemos escrito. Esta noche hay una fiesta en casa de los duques de Ambory. Estará casi toda la sociedad. —Hizo una pausa—. Allí romperé el compromiso delante de todos. Él quedará libre y yo regresaré a Yorkshire por la mañana.

Ingrid la miró en silencio durante un momento.

—¿Es eso lo que quieres?

Alice se encogió de hombros.

—Es lo que acordamos desde el principio.

—No te he preguntado lo que acordasteis, te he preguntado si es lo que quieres.

Alice no respondió de inmediato. Se alisó la falda con las manos, un gesto que Ingrid conocía bien y que significaba que estaba buscando las palabras adecuadas o, más probablemente, que estaba evitando decir las que ya tenía.

—Lo que yo quiera no cambia nada.

—Por supuesto que lo hace, Alice.

—El duque está deseando que le libere de este trato, Ingrid.

—¿Estás segura? Porque las gemelas coinciden en que te mira de una manera especial. Y aunque solo las he visto dos veces, ya sé que es muy raro que estén de acuerdo en algo.

—No debería haberlas invitado a casa y dejar que te visitaran —farfulló Alice con una mueca—. Son una mala influencia.

—No las invitaste —la corrigió Ingrid—, se presentaron ellas solas.

Alice soltó una carcajada.

—Son buenas amigas. —Hizo una pausa y la sonrisa se fue apagando despacio—. Pero eso no cambia nada, Ingrid. Bastian y yo somos demasiado distintos. Él tiene su vida y sus obligaciones y yo tengo las mías. Y debo regresar a Yorkshire. Ahí me espera la libertad que siempre he querido.

—La libertad —repitió Ingrid, con un tono que no era exactamente ironía, pero se le parecía bastante.

—Sí.

—¿Y te sientes libre cuando piensas en marcharte mañana?

Alice no respondió, se quedó callada.

Ingrid asintió despacio, como si esa ausencia de respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—Mejor dejemos la charla para otro momento. —Ingrid esbozó una sonrisa triste, porque la ausencia de respuesta de Alice fue precisamente la mejor respuesta que ella pudo tener a su pregunta —. Vamos —Alice se levantó y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera—, tienes que descansar. Te espera un viaje largo.

Ingrid la miró, pero no se levantó.

—Voy a echarte de menos.

—Nos veremos pronto. No vas a deshacerte de mí tan fácilmente.

Ingrid sonrió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas que no llegaron a caer.

—Prométeme que te cuidarás, Alice.

—Siempre lo hago.

—No, no lo haces —dijo Ingrid con suavidad—. Cuidas de todo el mundo menos de ti misma. Esta noche, en esa fiesta, escucha lo que te dice el corazón. No la cabeza, sino el corazón.

Y, de nuevo, Alice no respondió, porque no tenía una respuesta que darle.

Capítulo 37

—Tu prometido aún no ha llegado —observó Cecily mientras le daba un sorbo a la limonada.

El baile en la mansión de los duques de Ambory transcurría con normalidad. Aunque, para Alice, no había nada de normal en aquella noche.

—Llegará —dijo Alice—. Me ha confirmado por medio de una nota que lo hará.

—¿Y cómo vas a romper el compromiso? —le preguntó Frances.

Alice alzó los hombros con falsa indiferencia, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Rompiéndolo.

—Eso ya lo sabemos. —Frances entrecerró los ojos—. Lo que pregunto es el método. Hay varios y no todos tienen el mismo resultado social.

—¿El mismo resultado social?

—Frances ha estado investigando —explicó Cecily.

—He sido metódica —la corrigió su hermana—. Hay básicamente tres opciones. —Levantó un dedo—. La primera: acercarte a él discretamente, decírselo en voz baja y retiraros los dos con dignidad. Daño mínimo para ambos. El rumor tardará dos días en extenderse, pero será moderado.

—Demasiado aburrido —murmuró Cecily.

—La segunda —continuó Frances, ignorándola y levantando un segundo dedo—: hacerlo en medio de una conversación con testigos. Alguien lo oye, alguien lo cuenta, y mañana por la mañana todo Londres lo sabe. Daño considerable, pero repartido entre los dos.

—¿Y la tercera? —preguntó Alice.

Frances levantó el tercer dedo e hizo una pausa antes de hablar, tratando de hacerse la interesante.

—Esperar al vals. Justo en medio de la pista, cuando todos os estén mirando, se lo dices. El efecto es inmediato, teatral y absolutamente definitivo. Nadie en este salón olvidará que fuiste tú quien rompió el compromiso con el duque de Weston en mitad de un vals.

—A mí se me ocurre otra manera —sugirió Cecily con una sonrisita—. Podrías anunciar a grito pelado, delante de todos, que has decidido hacerte monja.

Alice frunció el ceño.

—¿Os estáis riendo de mí?

Las gemelas soltaron una carcajada sincronizada.

—Un poco —reconoció Cecily—. Pero es que las dos creemos que no deberías romper nada esta noche. Estáis enamorados y el amor tiene que triunfar.

—Yo lo creo por razones prácticas —añadió Frances, haciendo una mueca—. Es un duque respetado, con una fortuna considerable y una reputación intachable. Es un buen partido, Alice.

—Además —Cecily le dio la copa a su hermana y dio un paso hacia Alice para sostener sus manos con las de ella—, te quedarás en Londres, junto a nosotras. ¿No sería maravilloso, las tres juntas en la ciudad, viviendo aventuras?

Alice esbozó una sonrisa triste que no llegó a los ojos. Porque, por un instante, pudo imaginarlo con tanta intensidad que casi pareció real. Pero no lo era.

—No va a pasar. —Bajó las manos, apartándolas de las de su amiga—. Bastian no está enamorado de mí.

Cecily la miró durante unos instantes, ladeando la cabeza hacia un lado, con gesto reflexivo.

—No has dicho que tú no estás enamorada —observó.

—No, no lo he dicho.

Alice no se molestó en negarlo.

Porque ¿a quién iba a engañar a esas alturas? No sabía cómo había sucedido ni cuándo, pero Bastian Weston se había adueñado de su corazón. Ella, que no creía que el amor fuese para ella, se había enamorado profundamente.

—Yo estoy segura de que te ama. —Cecily interrumpió sus pensamientos, apoyando una mano en su hombro y mirándola con ese aire soñador que tan habitual era en ella—. He visto cómo te mira y cómo se ha embarcado en la búsqueda de Ingrid por ti. Eso solo lo hace un hombre enamorado.

—Me ha ayudado porque nos pillaron en una situación comprometida y yo le propuse un trato beneficioso para ambos.

—Tal vez al principio, pero después lo ha hecho por amor.

—¡Por Dios! —Frances entornó los ojos—. Ves amor por todos lados.

—Lo veo donde lo hay. —Cecily se cruzó de brazos, firme en sus ideas—. Además, estoy segura de que no se va a presentar, para que no puedas romper el compromiso con él delante de todo el mundo.

—Eso es absurdo —dijo Alice—. Si no hay una ruptura pública...

Cecily no pudo terminar de hablar porque Frances la interrumpió.

—Ha llegado. Está saludando a la anfitriona.

Cecily hizo un mohín de disgusto.

—Qué inoportuno.

—Al contrario, es perfectamente oportuno.—Frances miró a Alice—. Dile que has cambiado de idea. Que te has dado cuenta de que no quieres que tu reputación se vea manchada de por vida. Se casará contigo.

Alice no respondió de inmediato, pues sus ojos estaban puestos en Bastian y en lo único en lo que podía pensar era en lo apuesto que estaba esa noche.

—Lo haría —reconoció Alice en voz baja cuando finalmente pudo apartar la mirada de Bastian—. Se casaría conmigo si se lo pidiese porque, si algo me ha demostrado, es que es un hombre de honor. Pero sería una mentira, pues mi reputación no me importa. Y no quiero que se case conmigo por deber.

—Hay matrimonios en la alta sociedad que han empezado exactamente así —trató de razonar Frances—. Y son perfectamente felices.

Puede que así fuera, pero Alice deseaba que Bastian se casara con ella porque la amaba de la misma manera que ella lo amaba a él.

—Si me disculpáis —dijo—, necesito un poco de aire.

Y, sin esperar respuesta, se dirigió hacia los ventanales del fondo, los empujó con suavidad y bajó los escalones que llevaban directamente al jardín.

Estaba iluminado por los faroles de aceite que bordeaban el camino principal entre los parterres. Anduvo sin rumbo fijo entre ellos, dejando que sus pasos la llevaran donde quisieran, hasta que se detuvo junto a uno de los setos recortados. Se quedó allí de pie, con los brazos cruzados y la mirada perdida en la oscuridad del jardín, pensando en demasiadas cosas a la vez y sin ser capaz de ordenar ninguna de ellas.

—Pensaba que iba a encontrarte subida a un árbol.

Alice se giró para descubrir que Bastian estaba a unos pasos de ella. La luz del farol más cercano le iluminaba de lado, dibujando la línea de su mandíbula y el brillo tranquilo de sus ojos, que la miraban con ese brillo especial que tanto le gustaba a ella.

—Bastian —el nombre de él salió en un murmullo.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Estás bien?

—Lo estoy —respondió, pero dio un paso hacia atrás, alejándose de él.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Y qué haces aquí sola? —preguntó él.

—Pensando la mejor manera de romper el compromiso.

Bastian abrió la boca para responder, pero en ese momento llegaron desde el camino principal voces y el crujido de pasos sobre la grava. Alguien había salido también al jardín. Sin decir nada, Bastian descolgó uno de los farolillos del poste más cercano y le hizo un gesto con la cabeza.

—Este no es lugar para hablar de eso.

Alice dudó un instante, pero lo siguió.

Bastian la condujo por un sendero lateral que se alejaba de los parterres principales, bordeando un muro cubierto de hiedra hasta llegar a una estructura pequeña de cristal y hierro forjado, medio oculta entre los árboles. Empujó la puerta, que cedió con un leve quejido, y esperó a que Alice entrase primero.

—No me gustan los invernaderos —dijo ella, mirando a su alrededor.

—¿Por qué? —preguntó Bastian, dejando el farolillo sobre una silla.

—Son demasiado ordenados. —Alice recorrió con la mirada las hileras de macetas alineadas, las plantas podadas con precisión, cada cosa en su sitio exacto—. La naturaleza no es así. En el campo crece como quiere, sin que nadie le diga dónde tiene que estar.

—Algunos prefieren el orden.

—Ya lo sé. —Alice se volvió hacia él—. Tú eres de esos.

—Cierto. Me gusta el orden y la disciplina. Y tú eres desordenada e indisciplinada.

Alice lo miró con las mejillas ardiendo de ira.

—Entonces es una suerte para ti que hoy se termine todo. En menos de una hora volverás a estar soltero y yo mañana regresaré a Yorkshire.

—No tiene por qué terminarse.

—¿Y por qué no? —preguntó ella, dando un paso hacia él—. Si tanto te gusta sacar a relucir lo que consideras mis defectos.

—No he dicho que sean defectos, ni mucho menos que no me gusten —dijo Bastian, acortando la distancia hasta quedar a apenas unos centímetros de ella—. Me he dado cuenta de que un poco de locura y desorden era justo lo que necesitaba. Que te necesito a ti.

—Y aun así, aquí estás.

Él la miró.

—¿Y dónde querías que estuviese?

—No lo sé. Pero si has venido es porque quieres que rompa el compromiso, como quedamos.

Bastian arqueó una ceja.

—¿Eso crees?

—Sí.

Bastian no respondió con palabras. Antes de que Alice pudiera procesar su respuesta, él cerró el escaso espacio que los separaba y la besó. Ella respondió sin reservas, sus manos enredándose en la nuca de él, atrayéndolo más. Alice entregó todo lo que sentía en ese beso. Por primera vez en su vida, se permitió entregarse a otra persona. Sin miedos, sin dudas.

Sin romper el contacto de sus labios, Bastian la levantó en vilo. Alice ahogó un gemido de sorpresa mientras sentía la fuerza de sus brazos rodeándola. Con un movimiento brusco y decidido, él la llevó hacia la mesa de trabajo. Bastian barrió con el brazo todo lo que había sobre la madera: el estruendo de las macetas de terracota al romperse contra el suelo de piedra resonó en el invernadero, pero ninguno de los dos se detuvo.

La sentó sobre el borde de la mesa. Alice sintió el contraste de la madera fría contra la calidez de su propia piel a través de las finas capas del vestido de muselina. Ahora, a su altura, Bastian se encajó entre sus piernas.

Él bajó el beso hacia la curva de su cuello, su respiración ronca quemándole la piel. Las manos de Bastian, grandes y seguras, subieron por sus piernas, apartando la seda de las faldas hasta encontrar el inicio de sus muslos. Alice echó la cabeza hacia atrás.

—Te deseo, Alice, más de lo que he deseado nada en mi vida.

—¿Quieres hacerme el amor? —le preguntó ella, de esa forma tan poco decorosa y directa que tenía de decir las cosas.

—Más que nada. Pero no estamos casados, no deberíamos...

—Ya lo hicimos una vez —le recordó ella.

—Lo sé. Pero la próxima vez quiero que sea en nuestra alcoba en la noche de bodas.

Ella lo empujó, pillándolo desprevenido, lo que le sorprendió.

—No quiero esperar —espetó, bajando de un salto de la mesa.

Alice se deshizo de las ataduras de sus enaguas, dejando que el lino blanco cayera al suelo sobre los restos de terracota. Se levantó la falda del vestido de muselina y, con un gesto audaz, volvió a sentarse en el borde de la mesa de madera. El contacto directo de su piel desnuda contra la superficie fría y rústica le arrancó un jadeo, pero no apartó la mirada de la de él.

Bastian la observó, con la mandíbula tensa y el deseo oscureciéndole los ojos hasta el punto de parecer casi negros. Dio un paso hacia ella, situándose de nuevo entre sus piernas.

—No voy a poseerte aquí, Alice —susurró él; su voz era una vibración baja que ella sintió en el vientre—. La próxima vez que te posea serás mi mujer.

—No me has pedido que me case contigo.

Él se agachó frente a ella, pero, para sorpresa de Alice, no hincó una sola rodilla como dictaba el protocolo, sino las dos. Se colocó entre sus muslos, separándolos con una determinación que la dejó sin aliento.

—¿Qué haces? —preguntó ella, aferrándose al borde de la mesa.

—No eres una mujer convencional, Alice, y esa es una de las muchas razones por las que te amo.

Escuchar aquellas palabras fue como sentir un estallido de luz en mitad de la noche; el corazón de Alice dio un vuelco, latiendo con una fuerza que amenazaba con romperle las costillas. Intentó decir algo, pero él no le dio oportunidad.

—Y como no lo eres, no te voy a pedir matrimonio de una manera convencional.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó ella, con la respiración entrecortada.

—Dándote placer.

Alice lo miró con una mezcla de desconcierto y deseo.

—No te has quitado la ropa —dijo ella, genuinamente confusa.

Bastian le guiñó un ojo. A pesar de su valentía y su rebeldía, y de que ya no era virgen, seguía habiendo una parte de ella profundamente inocente; no alcanzaba a imaginar todas las formas en las que él podía adorar su cuerpo sin necesidad de desvestirse. Pero se las enseñaría todas, una y otra vez. No había prisa; tenían toda la vida para ello.

—A veces, Alice, las manos y los labios dicen mucho más que los actos —susurró él, justo antes de que su boca encontrara la calidez de su centro.

Alice soltó un jadeo que quedó atrapado entre los cristales del invernadero. El contacto era húmedo, firme y de una precisión que la obligó a arquear la espalda, buscando instintivamente más de aquella sensación abrasadora. Sus dedos se hundieron en el cabello de él, aferrándolo con fuerza.

La lengua de Bastian trazaba un camino lento y experto por su intimidad, mientras uno de sus dedos encontraba el punto exacto de su sensibilidad. El contraste entre la presión firme y la caricia húmeda hizo que Alice perdiera el sentido de la realidad.

—Bastian, esto es demasiado —gimió ella.

Él no respondió; al menos, no con palabras.

Al movimiento de su lengua unió otro dedo que se adentró en su interior. Alice apretó los muslos contra los hombros de Bastian, incapaz de contener los sonidos que brotaban de su garganta, sin darse cuenta o sin importarle si alguien podía escucharla.

La tensión en su vientre se volvió un nudo insoportable, una vibración que se extendía por cada nervio de su cuerpo hasta que, finalmente, Alice estalló. Su espalda se arqueó, sus dedos se hundieron en el cabello de él, y el placer la inundó en oleadas largas y profundas, robándole hasta el último gramo de fuerza.

Cuando los espasmos remitieron, Bastian se detuvo, pero no se alejó de inmediato. Apoyó la frente contra el muslo de ella, respirando con la misma agitación que Alice, dejando que el silencio del invernadero volviera a envolverlos.

En el momento en el que Bastian se levantó, ella ya había recuperado el aliento.

—Supongo que puedo tomarme tu reacción como un sí —murmuró Bastian con una sonrisa.

Alice soltó una carcajada que a Bastian le pareció el sonido más bello que había escuchado nunca. No, mentía; lo más bello habían sido los gemidos que ella emitió mientras él le daba placer.

—¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo? —le preguntó ella.

Él se acercó y volvió a colocarse entre sus muslos.

—No he estado tan seguro de nada en toda mi vida.

Alice lo miró durante unos instantes y, hundiendo los hombros, con un suspiro, confesó:

—No sé si sirvo para vivir en Londres.

—Entonces pasaremos el mayor tiempo posible en el campo.

Alice acercó sus labios a los de él y le besó, un sello suave y definitivo que contrastaba con la intensidad de los minutos anteriores.

—Entonces supongo que no puedo rechazarte.

—No, no puedes —dijo él, con una nota de triunfo en la voz, a la vez que le ayudaba a bajar de la mesa con cuidado.

Ella recogió su ropa interior del suelo y, con una naturalidad que solo la intimidad compartida permitía, se la puso bajo el vestido mientras Bastian la observaba.

—Como no voy a romper el compromiso, podríamos irnos del baile —sugirió Alice.

—Nada me gustaría más que escaparme contigo —confesó Bastian con un resoplido—. Pero debemos hacer las cosas bien.

Alice suspiró.

—¿De verdad?

—Así es. Regresaremos al baile cada uno por su lado. Bailaremos un baile y cada uno se irá a su casa.

Alice entornó los ojos.

—Todo muy convencional.

—No todo —dijo él a la vez que le daba un beso en la nariz—. No vamos a esperar a las tres amonestaciones. Voy a pedir una licencia especial. Con suerte, nos casaremos en unos pocos días. Una boda pequeña, solo con los familiares más cercanos. ¿Te parece bien?

Alice sonrió.

—No podría desear otra cosa.

Capítulo 38

—¡Sabía que os ibais a casar! —Cecily pegó pequeños saltitos a la vez que aplaudía—. Es una historia de amor preciosa.

Alice sonrió como una tonta. Desde que había regresado al salón no podía dejar de hacerlo. Estaba en una nube.

Bastian la amaba de la misma manera que ella lo amaba a él.

—Y yo, que no creía en las historias de amor —reconoció con un suspiro—. Cuánto me equivocaba.

—Ahora solo falta que creas tú —le dijo Cecily a Frances.

—Aunque me alegro mucho por ti, Alice —añadió antes de mirar a su hermana—, eso no va a pasar.

—Pasará cuando encuentres a tu príncipe azul —apuntó Cecily con una sonrisita. Después, ignorando a Frances, que acababa de entornar los ojos, alzó las manos con nerviosismo cuando escuchó cómo los primeros compases del vals resonaban en el salón—. Es el último baile —anunció con los ojos brillantes, buscando ya entre la concurrencia al caballero al que le había concedido ese baile.

El joven de cabello pelirrojo que llevaba toda la noche mirando a Cecily desde el otro extremo del salón no tardó en aparecer a su lado con una reverencia y el brazo extendido. Cecily lo aceptó con una sonrisa radiante y desapareció hacia la pista sin mirar atrás.

Frances, para sorpresa de Alice, fue reclamada por un caballero de expresión seria y modales impecables, al que ella aceptó con poco entusiasmo, dejando a Alice sola.

Su mirada recorrió el salón, buscando a Bastian.

Le había prometido que bailarían el vals. Habían salido juntos del invernadero, pero, al acercarse a la casa, ella se había adelantado unos pasos para que nadie les viera entrar juntos y sacara conclusiones. Que, por otro lado, habrían sido completamente acertadas. Y a Alice no podía importarle menos, pero él quería hacer las cosas bien.

Recorrió el salón una vez más, pero Bastian no estaba en ninguna parte.

Quizás se había entretenido saludando a alguien o quizá su madre le había interceptado. No, eso segundo no, porque la vio conversando con su tía y otras dos mujeres. A falta de algo mejor que hacer, decidió buscarlo ella misma.

Se abrió paso entre los grupos de invitados con la disculpa justa y la sonrisa necesaria, mirando por encima de los hombros, rodeando los corrillos. Lo encontró cerca de las puertas que daban al corredor lateral, de espaldas a ella.

Lo reconoció antes de verle la cara. Los hombros, el porte, la casaca oscura. Y entonces vio algo que hizo que su corazón se encogiera, o mejor dicho, alguien: lady Eliza.

Estaba frente a él, con la mano posada en su brazo con una familiaridad que a Alice le revolvió algo por dentro. Le hablaba en voz baja, inclinada levemente hacia él, con una sonrisa coqueta.

Los ojos de lady Eliza se desviaron hacia ella durante un instante, viéndola llegar. Estiró su mano, posándola en el hombro de Bastian y se inclinó hacia él, con la clara intención de besarlo.

Alice no lo pensó. Dio los tres pasos que faltaban, rodeó el brazo de Bastian con el suyo y lo apartó de lady Eliza con la misma naturalidad con que habría apartado una rama del camino.

Bastian se giró, sorprendido.

—Alice...

—Buenas noches, lady Eliza —dijo Alice, mirando a la mujer con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. ¿Ya le ha dicho Bastian que está invitada a la boda?

—No, no me ha dicho nada. Estábamos ocupados hablando de asuntos más importantes —replicó lady Eliza con una suficiencia que a Alice le hubiese gustado borrar de un plumazo.

Pero esta vez decidió que, por una vez en su vida, iba a portarse como una dama; o, por lo menos, como una con la lengua muy afilada. En lugar de retroceder, dio un paso al frente. Bastian, captando la tensión en el ambiente, reaccionó de inmediato: pasó su brazo por la cintura de Alice, atrayéndola hacia él con una firmeza que no dejaba lugar a dudas sobre a quién pertenecía su lealtad.

—Siento mucho haberos interrumpido —dijo Alice, ensanchando su sonrisa mientras sentía el calor del cuerpo de Bastian contra el suyo—. Imagino que estabais compartiendo anécdotas del pasado.

Lady Eliza abrió la boca para responder, pero Alice no le dio tregua.

—Es comprensible que se aferre a las viejas anécdotas; después de todo, cuando no se tiene nada nuevo que ofrecer, el pasado es lo único que queda, ¿verdad? —Alice ladeó la cabeza con fingida simpatía—. Espero que la invitación a la ceremonia no le resulte dolorosa. Sería una pena que se perdiera el evento de la temporada solo por un exceso de nostalgia.

Bastian soltó una pequeña risa seca, deleitado por la mordacidad de su prometida, y la apretó un poco más contra su costado.

—Alice tiene razón, Eliza —añadió él, con un tono gélido que terminó de hundir a la otra mujer—. Mi tiempo y mis intereses están ahora donde deben estar. No te robaremos más minutos con recuerdos que ya no tienen valor.

Lady Eliza se puso roja de indignación. Sus labios temblaron, pero al ver la unidad absoluta de la pareja frente a ella, comprendió que no tenía ninguna oportunidad. Con un bufido de desprecio que resultó más patético que altivo, se dio la vuelta y se alejó a pasos rápidos, haciendo que la seda de su vestido fustigara el aire con su enfado.

—Ella iba a besarte —le dijo Alice, soltándose del agarre de él.

—Y yo no se lo iba a permitir —respondió Bastian.

Algo en la forma en la que él lo dijo, o tal vez que Alice confiaba plenamente en Bastian, hizo que asintiera y, con un suspiro, dijera:

—Lo sé.

Bastian arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Claro que lo sé. Aunque eso no significa que me haya gustado verla con las manos encima.

Bastian esbozó una sonrisa lenta.

—¿Estabas celosa?

—Por supuesto que lo estaba. ¿Cómo habrías actuado tú si un caballero estuviera a punto de besarme, aunque supieses que yo no iba a dejarle?

—Rompiéndole las costillas. —Bastian apretó la mandíbula con tan solo imaginarlo. Nunca se había considerado un hombre posesivo hasta que la había conocido—. Eres mía, Alice, nadie te toca.

Aquellas palabras, que dichas por cualquier otro hombre hubieran hecho que ardiera de furia, pues ella no era de nadie, hicieron que un cosquilleo agradable le recorriera el pecho. Porque le gustaba ser de Bastian.

—Y tú eres mío —declaró.

Bastian sonrió.

—Lo soy.

Alice sonrió. Después, miró hacia donde lady Eliza había desaparecido.

—¿Vas a contarme tu historia con lady Eliza?

—Lo voy a hacer, pero no aquí —dijo cuando unas voces se acercaron por el corredor.

Le tomó la mano y la condujo de vuelta al salón. La música del vals los recibió en cuanto cruzaron el umbral, cálida y envolvente, y Bastian no se detuvo. La llevó directamente a la pista, le puso la mano en la cintura con esa calma suya de siempre y comenzaron a girar.

—Estamos bailando —dijo Alice.

Bastian se rio.

—Eso parece.

—Pensaba que íbamos a hablar.

—Y hablaremos. —La guió con suavidad hacia el lado del salón donde las puertas acristaladas daban al exterior—, pero primero esto. Recuerda que te he prometido un baile. Y yo siempre cumplo mis promesas.

Alice no protestó. Bastian bailaba bien, lo había sabido desde la primera vez que bailaron, y había algo en girar con él entre la música y las velas que le resultaba difícil resistir. Fueron avanzando

poco a poco, vuelta a vuelta, hasta que se encontraron junto a las puertas.

Bastian las abrió sin dejar de moverse, con la habilidad de quien tiene un plan y no piensa desvelarlo hasta el último momento, y los dos salieron al balcón sin que prácticamente nadie lo advirtiera.

El balcón era estrecho y largo, con una balaustrada de piedra que daba al jardín oscuro, y estaba vacío. La música llegaba amortiguada desde el interior, lo justo para seguir sintiéndola sin que el salón los reclamara.

Bastian la soltó despacio. Se apoyó en la balaustrada y la miró. Esperó unos instantes antes de hablar, como si estuviera midiendo las palabras que iba a decir o quisiera poner en orden sus ideas.

—Lady Eliza y yo nos conocemos desde la infancia —comenzó.

—Eso me lo dijiste.

Bastian hizo una mueca.

—Sé que lo que voy a pedirte es un gran esfuerzo para ti, pero te agradecería que no me interrumpieses cada frase.

Ella puso los ojos en blanco.

—Habla...

—De pequeños ni siquiera nos llevábamos especialmente bien. Ella es un año menor que yo, pero parecía disfrutar burlándose de mí cada vez que la veía. No la soportaba; durante años pensé que era la criatura más insoportable y pedante de toda Inglaterra. Pero supongo que las cosas cambiaron a medida que crecimos. O quizá fui yo quien cambió. Era joven y un necio, que es la combinación más peligrosa que existe. Me convencí de que estaba enamorado de ella. Y Eliza... bueno, Eliza se dejó querer. Llegamos a comprometernos en secreto. Habíamos acordado hacerlo público poco después de su decimoctavo cumpleaños. Recuerdo que pasé semanas enteras imaginando cómo sería nuestra vida juntos. —Bastian soltó una risa amarga, como si no pudiera entender lo necio que había sido—. Y entonces, el día antes de anunciarlo oficialmente, descubrí que Eliza se había comprometido con otro hombre. El conde de Harcastle. Un hombre que le triplicaba la edad.

—¿Su padre la obligó? —preguntó Alice, olvidando que había prometido no interrumpir.

—Eso pensé al principio. Fui a verla, dispuesto a plantarle cara a quien hiciera falta. —Una sonrisa sin humor le cruzó los labios—. Pero ella me reconoció que no había sido así. Que Harcastle ya era conde, que tenía el título, la casa y el dinero. Que yo tendría que esperar años a que mi padre muriese para heredar. Y que ella no quería esperar. —El rostro de Bastian se ensombreció—. En ese instante, me prometí que no volvería a enamorarme. Que me casaría por conveniencia, por deber, por cualquier razón menos por amor. —Inspiró con profundidad y después sus ojos se clavaron en los de Alice—. Pero entonces te conocí a ti y me di cuenta de que nunca había estado enamorado de ella. Porque lo que sentía por Eliza no se parecía en nada a esto. —Él señaló el espacio que los separaba a ambos—. Ella nunca consiguió que me olvidase de mis problemas. Nunca me hizo reír sin quererlo. Nunca me tiró una manzana a la cabeza ni me robó el caballo ni se coló en un club de caballeros disfrazada, convencida de que nadie la reconocería. Ella nunca me hizo sentir tan vivo como tú.

Alice sonrió.

—Soy muy convincente.

—Eres un desastre —dijo él, con una ternura que quitaba cualquier filo a las palabras—. El mejor y más dulce de los desastres. —Dio el último paso que quedaba entre los dos—. Te quiero, Alice. Te quiero porque eres la persona más auténtica que he conocido en mi vida.

—Yo también te quiero. —Y, a pesar de que no era la primera vez que se lo decía, su corazón latía desbocadamente en su pecho —. Aunque eres insoportable la mayor parte del tiempo.

—Lo sé.

—Y condescendiente.

—También.

Alice exhaló despacio.

—Lo que no entiendo es por qué, si fue ella la que terminó vuestra historia, hoy casi te besa.

Bastian suspiró.

—Llevaba semanas intentando hablar conmigo. Me ha enviado notas a casa que he ignorado una y otra vez, pero esta noche me ha

acorralado. —Hizo una pausa—. Me ha dicho que aún me amaba. Que era joven cuando tomó aquella decisión y que tenía miedo de casarse con un hombre del que estaba enamorada por temor a sufrir.

—¿Y la has creído? —preguntó Alice.

—No. —Bastian fue directo—. Aunque tampoco habría cambiado nada si lo hiciese. —Se apoyó en la balaustrada y cruzó los brazos—. Eliza no se casó con Harcastle únicamente porque ya tuviera el título. Hay algo más. Su marido es un hombre enfermizo y débil con el que ella hace lo que quiere. Tienen un único hijo varón, lo que significa que, no necesita acostarse más con el y que cuando Harcastle muera, el niño heredará el título y ella quedará libre con una fortuna considerable y sin ataduras.

Alice lo miró.

—¿Y esta noche qué quería exactamente?

—Proponerme que fuésemos amantes mientras tanto —dijo, con una voz completamente plana—. Que esperásemos juntos a que su marido muriese. Sobra decir que me negué.

—Y aun así, intentó besarte.

—Supongo que te vio llegar y pensó que saldrías corriendo y romperías el compromiso.

—Me conoce muy poco.

—No, no te conoce en absoluto —dijo él. Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí con una firmeza tranquila—. Su error ha sido creer que lo hacía.

Alice apoyó la mano en su pecho sin decir nada. Podía sentir el latido constante de su corazón bajo la tela de la casaca.

—¿Volverá a intentarlo? —preguntó al fin.

—No —dijo Bastian—. Esta noche ha entendido que no hay nada que hacer. Y, si alguna vez se le olvida, tú ya has demostrado que sabes manejar la situación perfectamente.

Alice alzó la vista hacia él.

—He sido muy discreta.

—Has sido perfectamente tú —la corrigió—. Que es mucho mejor.

Ella se rio y, antes de que la risa terminara del todo, acercó los labios a los de él.

—Soy tan feliz —dijo cuando el beso se rompió.

—Y lo vas a ser siempre —respondió él—. No permitiré que nadie vuelva a borrarte esa hermosa sonrisa del rostro.

Desgraciadamente, Bastian estaba a punto de descubrir que eso no estaba en su mano.

Capítulo 39

Cuando entraron en el salón de nuevo, Alice notó un cambio en el ambiente. Algo imperceptible, pero que ella sabía que estaba allí. No tenía nada que ver con que el vals hubiese terminado ni con que la fiesta estuviese dando sus últimos coletazos. Tampoco con que la orquesta guardase los instrumentos, los camareros recogiesen las copas y los grupos de invitados se fuesen deshaciendo poco a poco entre despedidas y reverencias.

Era algo más. Algo silencioso que anunciaba un desastre.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, como si algo dentro de ella lo anticipase antes de que ocurriera.

—¿Estás bien? —le preguntó Bastian en voz baja.

—Sí —dijo ella, con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Tengo que buscar a mi tía. Querrá que nos marchemos pronto.

La vio al fondo del salón y se despidió de Bastian con una última mirada que intentó que pareciese completamente normal. No había dado ni diez pasos cuando el silencio cayó sobre el salón.

Fue entonces cuando lady Eliza se puso en pie.

No levantó la voz, pues no necesitaba hacerlo. Tenía esa habilidad particular de ciertas mujeres para conseguir que el silencio se extendiera a su alrededor antes incluso de abrir la boca, como si el aire mismo se preparase para lo que venía.

—Perdonad que os robe un momento —dijo, con una sonrisa maliciosa que le iluminó los ojos de una manera que no tenía nada de agradable—. Mi marido no ha podido acompañarme esta noche. Como sabéis, su salud no se lo permite. —Hizo una mueca triste, demasiado frívola para que a alguien le resultase verdadera—. Pero antes de venir me pidió que anunciase algo en su nombre, pues él considera que era su obligación hacerlo antes de que fuese demasiado tarde. —Hizo una pausa calculada, dejando que el silencio del salón se espesara a su alrededor—. Mi marido fue durante muchos años amigo íntimo del difunto vizconde de Rothwell.

Un hombre honorable al que todos respetábamos profundamente. Y ese hombre, en un momento de debilidad y de conciencia, le confesó a mi marido su mayor secreto. Le pidió que lo revelase únicamente si llegaba a ser necesario. —Sus ojos se posaron en Alice—. Y ha resultado que lo es.

Alice se quedó rígida en su sitio. Sintió cómo se le helaba la sangre mientras observaba a lady Eliza, anticipando cuáles iban a ser sus palabras antes de pronunciarlas.

Ella lo sabía. Ella sabía su secreto.

—Lady Alice Thorne es una bastarda —continuó, sin mostrar el menor rastro de compasión—. Su madre engañó al vizconde. Él guardó las apariencias y mantuvo el secreto, pero con una condición: que Alice viviese en el campo, apartada de la sociedad. El vizconde de Rothwell**,** no quería engañar a nadie, y mucho menos permitir que su nombre manchase el de una familia honorable como la del duque de Weston. Pero ella no ha tenido los mismos escrúpulos. Se ha comprometido con él con engaños y malas artes.

El silencio que siguió fue absoluto.

Alice sintió el peso de cada mirada del salón posarse sobre ella al mismo tiempo. Algunas con curiosidad, otras con lástima, y otras con esa satisfacción mal disimulada de quien lleva semanas esperando que ocurra algo así.

Pero a ella no le importaban las miradas, ni el murmullo que ya empezaba a extenderse a su alrededor, ni tampoco lo que pudiesen decir de ella. Nunca le había interesado lo más mínimo encajar en la sociedad.

Pues lo único que le importaba era Bastian. Y no había sido sincera con él cuando él lo había sido con ella.

No lo había hecho a propósito. Al principio no se lo había contado porque el compromiso no era de verdad, y su bastardía no le incumbía. Y después, cuando había comenzado a sentirse atraída por él, había estado a punto de confesárselo una vez, hacía unos días, cuando habían estado juntos en la mansión de los Carlisle, pero luego había pasado lo de Ingrid y se había olvidado.

Y ahora pesaba más que nunca.

No se atrevió a mirar a Bastian, porque estaba convencida de que el dolor y la traición que encontraría en su mirada romperían su corazón en mil pedazos. Él debía de estar furioso con ella; a Alice le hubiera gustado que él se hubiese enterado por ella, pero no había sido así. Y sabía que Bastian jamás iba a perdonarla.

Y entonces hizo algo que nunca hacía: huyó.

Se recogió las faldas y salió corriendo hacia la puerta del salón sin mirar atrás. Recorrió el pasillo hasta la puerta de entrada y bajó las escaleras de dos en dos para buscar su carruaje cuando estuvo afuera.

—Alice.

Era Cecily. Y Frances detrás de ella, corriendo y sofocadas.

—Dejadme —les pidió Alice, sin detenerse.

—¡No vamos a dejarte! —le gritó Frances, casi sin voz.

—Alice, escúchanos. —Cecily le puso una mano en el brazo, provocando que se detuviera. La pobre tenía el aliento entrecortado —. Nos importa un absoluto bledo si lo que ha dicho esa mujer es verdad o no.

—Nos da igual si eres bastarda o no. Tu sangre no nos importa y nunca lo ha hecho. —Frances se paró al lado de su hermana—. Y a él tampoco va a importarle, sabes que no.

Alice las miró. Tenía los ojos secos, que era lo más extraño de todo, porque por dentro sentía que algo se había roto de una manera que no sabía si tenía arreglo.

—Necesito irme —fue lo único que consiguió decir.

—Alice...

—Por favor. —Su voz salió más pequeña de lo que pretendía—. Necesito irme.

Las gemelas compartieron una mirada que, en aquel momento, Alice, tan rota por dentro, no fue capaz de interpretar. Pero Cecily apretó un poco más el agarre en el hombro de Alice tan solo unos instantes, hasta que su hermana le hizo un gesto con la cabeza y esta levantó la mano con un suspiro resignado.

—Te queremos, Alice. Escríbenos cuando llegues, por favor.

Alice asintió y se dio la vuelta, subiéndose al carruaje.

El traqueteo de las ruedas sobre los adoquines llenó el silencio mientras la mansión de los Ambory se perdía a sus espaldas. Alice miraba por la ventanilla sin ver nada, con las manos cruzadas sobre el regazo y los dedos entrelazados con más fuerza de la necesaria.

Bastian no la había seguido.

Se lo había repetido tres veces desde que había subido al carruaje, como si la repetición pudiera cambiar el significado. Había tenido tiempo de sobra para ir tras ella, de la misma manera que lo habían hecho sus amigas.

Frances estaba equivocada. A él sí le importaba su sangre. Claro que le importaba, porque Bastian era, ante todo, un duque, y un duque no se casaba con una bastarda. Por mucho que la quisiese, por mucho que lo hubieran prometido en el invernadero hacía apenas una hora, la realidad de su mundo era más fuerte que cualquier promesa susurrada en la oscuridad.

En el fondo, ella lo sabía desde el principio. Siempre lo había sabido.

Lo que no había calculado era lo mucho que iba a doler cuando llegara el momento de recordarlo.

—Ayúdame a empacar. Me voy esta misma noche —le dijo Alice a su doncella en cuanto llegó a la casa.

La joven la estaba esperando despierta, como hacía siempre. La observó un momento con los ojos muy abiertos, sin decir nada, y la acompañó escaleras arriba hasta su habitación.

—Voy a llevarme lo justo. —Alice abrió el armario y empezó a sacar ropa sin demasiado orden—. Solamente los vestidos sencillos, los de algodón. Lo que sirva para el campo. —Dejó sobre la cama un montón de telas que Ellen empezó a doblar con eficiencia—. Los otros, déjalos. No los voy a necesitar. —Ella no iba a volver a acudir a un baile durante el resto de su existencia.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no escuchó la puerta de la habitación abrirse.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Dominic estaba en el umbral, con la ropa de casa y el cabello ligeramente revuelto, como si acabase de despertarse.

—Parto a Yorkshire esta misma noche. —Apenas lo miró un momento y, después, siguió sacando vestidos de su armario.

Dominic entró en la habitación y miró a su hermana durante unos instantes antes de posar sus ojos verdes en la doncella.

—Por favor, Ellen. Déjanos solos y cierra la puerta al salir.

La joven no tardó ni un instante en soltar la prenda que sostenía y abandonar la estancia.

—No te vas a ir a ningún lado, Alice —le dijo cuando estuvieron solos.

Pero ella no le escuchaba. Siguió abriendo cajones, sacando prendas y apilándolas sobre la cama. Porque si mantenía las manos ocupadas no tenía que pensar. Y si no pensaba, no sentía. Y si no sentía, podía seguir respirando.

—Alice, ¿me estás escuchando?

Lo hacía, pero Alice ignoró la voz de su hermano. Abrió el cajón de la mesilla, sacó unas cartas y las metió en el bolso de viaje.

—Alice. —La mano de Dominic le rodeó el brazo con firmeza, deteniéndola en seco—. Para.

Ella intentó soltarse.

—Suéltame, Dominic.

—No. —Su voz era tranquila, pero no cedía—. Para un momento. Solo un momento.

Alice dejó de moverse. No porque quisiera, sino porque de repente las piernas no le respondían con la misma convicción de hacía un instante. Se giró para mirar a su hermano.

—¿Qué sucede?

No supo qué fue, si el cúmulo de emociones de todo lo que había sucedido aquella noche o tal vez la cruda preocupación reflejada en los ojos de su hermano, o quizá ambas cosas, lo que hizo que se derrumbara.

—Soy una bastarda, Dominic —confesó, sentándose en el borde de la cama—. Nuestra madre engañó a nuestro padre. Esta noche una mujer odiosa lo ha hecho público delante de todo Londres.

Padre se lo contó a su marido y ella me odia, así que ha aprovechado la ocasión.

Al menos, Dominic iba a enterarse por su boca, no por otras personas. Porque, a esas alturas, Alice sabía que ya la mitad de la ciudad debía de estar enterada. Sin embargo, Alice no encontró ningún tipo de emoción en el rostro de su hermano. No parecía sorprendido ni tampoco furioso. La observaba con una expresión casi neutra.

—No eres ninguna bastarda —dijo Dominic.

—Lo soy. —Alice estiró las piernas y apoyó las manos en las rodillas—. Con siete años escuché a padre y madre hablar en el despacho de él. Ella le reprochaba el poco caso que me hacía y él le dijo que yo tan solo era una bastarda que no merecía ni un poco de su atención. —A pesar de todos los años que habían pasado y las muchas veces que se había dicho a sí misma que no le importaba lo que su padre pensase de ella, repetir aquellas palabras aún dolía—. Siento no habértelo dicho.

Dominic exhaló un suspiro y se sentó en la cama a su lado.

—Tenía mis sospechas de que lo sabías —murmuró.

Alice alzó la vista para mirarlo.

—¿Tú lo sabías?

—Padre se aseguró de que lo supiese.

—¿Y aun así me has traído a Londres en busca de marido?

Durante los últimos años, Alice había estado segura de que Dominic se distanciaría aún más de ella si descubría su bastardía.

—Eres mi hermana, Alice. —Dominic pasó un brazo alrededor de sus hombros y la atrajo hacia él en un gesto de afecto poco habitual en él—. Una Thorne, no importa la sangre que corra por tus venas.

—A padre le importaba. Nunca pasaba tiempo conmigo. Me ignoraba.

—Y no sabes la suerte que tenías. —El tono de voz tenía más amargura que reproche, provocando que Alice le mirase sorprendida —. Era un mal hombre, Alice. Cruel y egoísta. Hizo la vida imposible a nuestra madre. No la culpes por haberle engañado.

—Nunca la he culpado —dijo ella en voz baja—. ¿Sabes quién es mi padre? —le preguntó antes de ser consciente de que estaba haciendo esa pregunta.

Dominic la miró como si estuviese decidiendo si debía contárselo o no. Al final, decidió la primera opción.

—Mi profesor de equitación de aquella época. En cuanto se enteró de que madre estaba embarazada, se marchó por miedo a las consecuencias.

—Menudo cobarde —masculló Alice, apretando los labios con fuerza—. Me alegro, porque aunque me cueste reconocerlo, quería ir en su búsqueda. Me sentía culpable por no hacer nada, por si él no sabía de mi existencia, y tenía la esperanza infantil de que me amaría en cuanto lo supiese. Ahora sé que no es así. ¿Padre te dijo quién era?

—Él nunca lo supo y nunca se interesó por saberlo.

—¿Madre entonces?

—Por supuesto que no. Cuando ella falleció, yo era joven aún. —Hizo una pausa—. Pero años después, investigué. Lo busqué. Quería saber quién era, por si acaso podía ser alguien para ti. Alguien que te diese lo que nuestro padre nunca te dio. —Su expresión se ensombreció levemente—. Resultó ser un cobarde y un malnacido. Por suerte para todos, falleció poco después de tu nacimiento.

—¿Cómo?

—Un accidente con el caballo. —Dominic eligió las palabras con cuidado—. Los testigos dijeron que, en los últimos meses antes de morir, estaba muy nervioso. Paranoico, casi. Convencido de que alguien le seguía, de que le vigilaban. Ese día espoleó al caballo con demasiada fuerza, el animal se desbocó y no pudo esquivar un tronco caído en el camino. —Hizo una pausa—. Nunca se supo con certeza qué le impulsó a correr así.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Alice en voz baja.

Dominic la miró un momento antes de responder.

—Que tenía miedo de que nuestro padre hubiese descubierto la verdad y mandado a alguien para asesinarle. Falleció por su propio miedo. Que es, a mi juicio, la manera más miserable de morir.

—No lo entiendo, Dominic. —Alice suspiró—. Si lo buscaste por mí, ¿por qué tú te alejaste de mí? No necesitaba un padre, pero sí te necesitaba a ti.

Dominic la miró con una expresión que Alice no le había visto antes. Más suave, más honesta.

—Me mantuve alejado porque padre me amenazó con enviarte a un convento si me acercaba demasiado. Era su manera de controlar las cosas, de asegurarse de que nadie cuestionase sus decisiones. Prometí que nunca te traería a Londres ni te presentaría en sociedad. Era la única manera de mantenerte a salvo.

—Y, aun así, me has presentado en sociedad.

—Por supuesto. —Dominic esbozó una sonrisa triste—. Porque eres mi hermana y porque ninguna promesa hecha a un hombre como él merece ser cumplida. —Se pasó una mano por el cabello—. Debí haber encontrado la manera antes, debí haber estado más presente. Lo siento.

Alice no respondió de inmediato. Miraba a su hermano, a ese hombre del que apenas sabía nada después de años de distancia, pero entonces, debajo del vizconde, vio al niño que había sido. Al hermano mayor que le enseñó a trepar al árbol del jardín de Yorkshire, que le leía en voz alta cuando su madre estaba enferma y que le cogía la mano en los momentos en que el mundo le parecía demasiado grande.

Ese niño había hecho lo que creía mejor para protegerla. Porque la quería.

Alice rompió la distancia que los separaba y lo abrazó. Rodeó su cuello con las manos y apoyó la cabeza en el pecho de él.

No dijo nada, pues no hacía falta. Dominic se quedó quieto un instante, sorprendido, y luego le devolvió el abrazo con una torpeza que tenía algo de sincero, pues era la torpeza de dos personas que llevan demasiado tiempo sin hacerlo y han olvidado cómo encajan.

Cuando se separaron, Alice vio que a su hermano le brillaban los ojos.

—Voy a solucionarlo, Alice. Eres mi hermana y negaré que eres una bastarda. Si ese hombre corrobora lo que su mujer ha dicho, diré que nuestro padre mentía. Que lo hacía porque odiaba tener

una hija, porque nunca supo quererla. Lo creerán. No sería el primer hombre que hace algo así.

—No me importa lo que piensen los demás, Dominic. Nunca lo ha hecho. Pero quiero regresar a Yorkshire.

—¿Y Bastian? —le preguntó él.

—Se ha enterado como el resto de que soy una bastarda. No va a querer casarse conmigo.

—¿Pero al final sí ibais a casaros? Pensaba que romperías el compromiso esta noche.

Alice se quedó quieta, observando a Dominic durante unos instantes.

—¿Lo sabes?

—¿El qué?

—Que nuestro compromiso no era de verdad.

Él se rio.

—Lo supuse. Te conozco, Alice. Sé que no habrías aceptado casarte con un hombre solo porque la sociedad te lo impusiese. Y cuando apareciste con Ingrid, aunque no llegaste a contarme toda la historia, supuse que, para que no te enviase de regreso a Yorkshire y poder encontrarla, convenciste a Bastian de comprometeros.

Alice suspiró. Su hermano se había dado cuenta de todo. Dominic la conocía demasiado bien.

—Y aun así permitiste que siguiésemos adelante.

Él se encogió de hombros.

—Bastian es un hombre honorable. Si, tras todo lo ocurrido, terminaba pidiéndote que fueses su esposa de verdad, no lo haría por obligación ni por salvar las apariencias. Lo haría porque te amaba. Y un hombre que ama a mi hermana y es digno de ella merece que yo no me interponga en su camino. —La miró fijamente —. Aunque el camino lo haya iniciado con una farsa.

—Esta noche me ha pedido que me casase con él. —Ella recordó cómo se lo había pedido y no pudo evitar ruborizarse—. Pero ya nada importa. Ahora que sabe que soy una bastarda, no se querrá casar conmigo.

—¿Te lo ha dicho él?

—Me he ido antes de tener que enfrentarme a él.

—No te tenía por una cobarde, hermana.

—Y no lo soy —dijo ella—. No fui sincera con él. Lo olvidé, o quizá no quise recordarlo. Tal vez sí soy una cobarde, Dominic. Porque no podría soportar que me despreciase. —Se levantó antes de que su hermano pudiese abrir la boca—. Tengo que irme a Yorkshire ahora.

Dominic se levantó también.

—Te equivocas. —Ella abrió la boca, pero no le permitió hablar —. Conozco a Bastian, no le dará importancia a eso.

Alice negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué no está aquí ahora? ¿Por qué no me ha seguido?

—Alice —comenzó Dominic, intentando hacerla entrar en razón.

—Tengo que irme ahora. No puedo quedarme un instante más.

Dominic la miró en silencio durante un instante, de la misma manera en la que las gemelas se habían mirado entre ellas, y terminó asintiendo con la cabeza.

—Está bien. Haré que preparen el carruaje.

Y aunque aquello era exactamente lo que había querido apenas unos minutos antes, Alice no sintió alivio, sino un vacío lento, pesado y doloroso que parecía haberse instalado justo en mitad del pecho.

Porque, en el fondo de sí misma, todavía conservaba la absurda esperanza de escuchar el sonido de los cascos de un caballo deteniéndose frente a la casa, el eco apresurado de unos pasos atravesando el vestíbulo y la puerta abriéndose de golpe. Ver aparecer a Bastian antes de que fuera demasiado tarde. Que la detuviera, que discutiera con ella, que le dijera que estaba siendo absurda y orgullosa y completamente imposible.

Pero él no estaba allí.

Y eso fue algo que hizo que el corazón de Alice terminara de romperse.

Capítulo 40

—Londres le ha cambiado —le dijo Margaret a Alice mientras esta desayunaba en el salón de la casa de campo en Yorkshire.

Alice le dio un mordisco al pan.

—Soy la misma que se fue.

—No, no lo es. Le han roto el corazón.

Alice dejó el pan sobre el plato.

Llevaba dos días en Yorkshire. Dos días de silencio y aire limpio y senderos conocidos que deberían haberle devuelto algo y que, sin embargo, se sentían extrañamente vacíos. Como una ropa que ya no le quedaba igual que antes.

No quería ocultarle la verdad a Margaret. Pero no estaba preparada para pronunciar las palabras en voz alta, porque pronunciarlas significaba que eran reales y, mientras no las dijera, podía seguir existiendo en ese espacio intermedio donde todo dolía, pero nada era del todo definitivo.

—Me lo he roto yo misma —reconoció al fin—. He cometido el error de enamorarme.

Margaret negó con la cabeza.

—Enamorarse nunca es un error.

—Lo es. Ya lo creo que lo es —dijo Alice a la vez que se levantaba y se acercaba a la ventana.

El jardín de la mansión estaba igual que siempre. Los mismos robles, el mismo sendero de grava que llevaba hasta el establo, la misma luz gris de la mañana que ella había amado toda su vida. Nada había cambiado.

El problema era ella. Tal y como Margaret había dicho, estaba cambiada. Y ella no estaba segura de que fuese para bien.

—¿Él no la ama?

—Me ama, no tengo duda de eso. —Porque Alice estaba convencida, a pesar de todo, de que Bastian no mentía cuando le

había confesado su amor—. Pero ha descubierto que no soy quien pensaba que era. Y parece que eso le ha pesado demasiado.

—Es su pérdida entonces, no la suya.

Alice se volvió hacia Margaret con una sonrisa triste que no llegaba a los ojos.

—Supongo que necesito un poco de tiempo para verlo así. Estar ocupada ayudando a las sirvientas me ayudará.

—¿No estará pensando en intentar cocinar de nuevo? —le preguntó Margaret, abriendo mucho los ojos—. La cocinera aún se está recuperando del desastre de ayer.

—Ya la conoces. Es una exagerada. —Alice entornó los ojos a la vez que chasqueaba la lengua—. No llegué a quemar nada.

—Por poco. Casi nos mata a todas del susto.

Alice hizo un gesto con la mano.

—Oh, porque al igual que ella, sois todas unas exageradas.

—Casi le chamuscó el pelo a la pobre Janice —le recordó Margaret, nombrando a la cocinera—. Afortunadamente no pasó nada, pero, por un instante, pensé que se quedaría sin pelo cuando la vi saliendo corriendo al jardín.

Alice miró a Margaret en silencio durante unos instantes, y después, con los hombros hundidos y un largo suspiro, dijo:

—Está bien, me mantendré alejada de la cocina por unos días.

—Es lo más sensato que ha dicho desde que llegó.

—No exageres. Soy una mujer muy sensata.

—Ese es precisamente el problema, señorita Alice —Margaret recogió el plato del desayuno—, que no exagero.

—Tal vez pueda ir al cuarto de costura y remendar ropa —pensó Alice en voz alta, ignorando las palabras de Margaret—. Escuché cómo ayer una de las sirvientas se quejaba de que tenía demasiada ropa por remendar.

—Tal vez sea mejor que no lo haga. —Margaret se detuvo frente a ella, con el plato entre las manos—. Le recuerdo que, cuando la costurera intentó enseñarle hace unos años, acabó con tres dedos pinchados y dos metros de tela arruinados.

—¿Es que acaso todas empezáis sabiendo? —se quejó Alice, llevándose las manos a las caderas—. Era mi primer intento.

—Era su quinto —le recordó Margaret—. Los conté. La costurera también los contó, lo recuerda continuamente.

—Exageradas todas —resopló Alice—. Entonces iré a dar de comer a los animales. Eso se me da bien.

—Eso es cierto —dijo Margaret—. Siempre y cuando...

Alice no esperó a que terminase. Salió de la sala y se dirigió hacia los establos.

Empezaría por los caballos.

La mañana transcurría sin ningún sobresalto.

Alice había terminado con los caballos, había pasado por la pocilga y ahora se encontraba en el corral de las gallinas, con el cubo de pienso bajo el brazo, lanzando puñados al aire con ese movimiento amplio y circular que había perfeccionado desde niña. Las gallinas se arremolinaban a sus pies.

Estaba lanzando otro puñado cuando escuchó un quejido a su espalda.

Se dio la vuelta esperando ver a cualquier persona menos a Bastian. Él estaba dentro del corral, tan guapo como siempre, incluso con la expresión de disgusto que tenía en su rostro mientras se tocaba la mejilla.

—Veo que sigues con la costumbre de tirar cosas a la gente.

Por un instante, Alice estuvo segura de que aquel era otro de sus sueños. Pues no lo reconocería en voz alta, pero no había habido ni una sola noche desde que había regresado a Yorkshire en la que no hubiese soñado con Bastian. Incluso se pellizcó levemente la piel de la mano.

Pero ella estaba despierta. Aquello era real.

—Bastian. —La sorpresa fue genuina y, durante un instante, solo un instante, algo cálido se abrió paso en su pecho al verle—. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

Y entonces, aquella sensación cálida fue sustituida por una furia ardiente que comenzó a arder bajo su piel.

—No quiero escuchar tus reproches. —¿Qué pretendía, humillarla aún más de lo que su exprometida había hecho?—. Márchate —espetó, volviéndose hacia las gallinas.

—Alice...

—He dicho que te marches.

—He venido desde Londres. No me voy a marchar sin...

—Llegas tarde —lo cortó ella.

—Fuiste tú quien salió corriendo.

—Y tú quien no fue tras de mí.

—Fui tras de ti en cuanto pude, pero tú ya...

—Que te marches, Bastian.

—No pienso hacerlo. No voy a irme hasta que no hables conmigo, Alice.

—¿Así que no piensas irte, no? —Alice se cruzó de brazos y se giró, pero no para mirar a Bastian, sino a las gallinas, que curiosamente la observaban expectantes—. Vamos, pequeñas, tenemos un intruso. Atacadle.

Bastian se rio.

—Alice, no son perros de presa entrenados. No van a obedecerte.

Ella metió la mano en el cubo y sacó un puñado generoso de pienso. Uno verdaderamente generoso. Y lo lanzó directamente a los pies de Bastian.

Lo que ocurrió a continuación fue inmediato.

Veinte gallinas se lanzaron hacia él como una marea de plumas y picos con una determinación que habría impresionado a cualquier general. Bastian pegó un respingo que no era exactamente digno de un duque y echó a correr hacia la puerta del corral, abriéndola de un golpe y cerrándola tras de sí con rapidez, dejando al otro lado de la valla a las gallinas, apiñadas contra la madera y cacareando con indignación.

Alice lo miraba desde dentro del corral con los brazos cruzados y una expresión de satisfacción.

—No he necesitado entrenarlas. A veces, es cuestión de técnica.

Bastian se recolocó la casaca y recuperó la respiración.

—Estás siendo irracional.

—¿No decías que te gustaba eso de mí? ¿O también eran palabras vacías, como tus promesas?

Bastian suspiró.

—Nada de lo que te dije fue vacío, Alice. Y lo sabrías si te hubieras molestado en escucharme.

Había un reproche en su voz. Pero Alice también estaba enfadada con él.

—Regresa a Londres, Bastian.

—No sin ti.

Alice negó con la cabeza.

—Tan solo soy una bastarda, Bastian. No soy digna de un duque. —A pesar de que lo único que Alice anhelaba era volver a la ciudad con Bastian, no podía hacerlo. Lo de ellos, después de hacerse pública su bastardía, no funcionaría—. Lo ha dicho tu amiga lady Eliza. —No evitó el retintín con el que pronunció aquella palabra.

—Ella dejó de ser mi amiga hace muchos años. Y si no fui tras de ti en ese mismo instante fue porque necesitaba asegurarme de algo primero.

Alice lo miró.

—Quería saber si el marido de Eliza estaba detrás de lo que había ocurrido. Si había sido un plan deliberado o un impulso de ella. —Hizo una pausa—. No lo estaba. Lord Harcastle era completamente ajeno a todo. Tu padre se lo contó a él una noche de borrachera, hace años, y ni siquiera estaba seguro de cuánta verdad había en ello. —Su voz era tranquila, sin rastro de acusación—. Se lo contó como un secreto a su mujer y esta lo guardó como un arma hasta que encontró el momento de usarla.

—No era difícil suponer que todo era obra de esa despiadada mujer —murmuró Alice con un suspiro—. Está acostumbrada a salirse con la suya.

—Lo está, pero esta vez le ha salido mal. Su marido, que es menos pusilánime de lo que ella cree, se ha cansado. —Bastian hizo una pausa—. Ha declarado públicamente que su mujer lo inventó todo, fruto de un ataque de histeria. —Una sonrisa breve y sin humor le cruzó los labios—. Es el diagnóstico que algunos hombres

usan para las mujeres que dan demasiados problemas. En circunstancias normales me parecería injusto. En este caso, me cuesta encontrar la compasión.

—Aun así habrá quien siga pensando que es verdad que soy una bastarda.

—¿Y crees que me importa lo que piensen los demás? —Bastian aprovechó que las gallinas se habían dispersado para entrar en el corral de nuevo, cerrando la puerta tras de sí con cuidado—. ¿Crees acaso que me importa que seas una bastarda? —Su voz no era de enfado, sino de algo más parecido a la exasperación—. Por Dios, Alice. Si no salí corriendo tras de ti en ese mismo instante fue porque estaba seguro de que tú sabías que no me importaría lo más mínimo.

—Pues te equivocabas —dijo ella.

—Evidentemente. —Dio un paso hacia ella—. ¿Por eso no me lo contaste? ¿Porque pensabas que te rechazaría?

—Estuve a punto de contártelo aquella noche, en la mansión de Carlisle, pero luego se me olvidó —dijo ella, y había en su voz algo que no era excusa, sino simple verdad—. Pero en el fondo supongo que sí lo pensaba. Nunca me importó ser una bastarda. Tampoco me habría importado que la gente se enterase algún día, porque las normas de la alta sociedad me traían sin cuidado. No pensaba vivir en ella. —Hizo una pausa—. Pero cuando me enamoré de ti sin quererlo, todo cambió.

Bastian no dijo nada. La dejó hablar.

—De repente, sí me importaba. —Alice bajó la vista al cubo que seguía sosteniendo entre las manos, como si no supiera qué hacer con él—. No por mí, sino por ti. Porque eres un duque y tienes un nombre y una reputación y obligaciones con tu familia y con tu título.

—Eso es lo más absurdo que te he escuchado decir —dijo Bastian—. Y te he escuchado decir cosas verdaderamente absurdas.

—No es absurdo.

—Lo es —dijo él, cerrando la distancia que les separaba y rodeándole la cintura con el brazo para acercarla a él—. La única razón por la que me he asegurado de que quede claro que eres la

hija legítima del vizconde de Rothwell es porque no quiero que la gente, que puede ser muy cruel y muy maliciosa, llegue a hacerte daño. O a hacérselo a nuestros hijos. Porque, desgraciadamente, Alice, vivimos en un mundo en el que tendremos que relacionarnos con esa gente, nos guste o no.

—¿Nuestros hijos?

—Nuestros hijos —repitió él, sin apartar los ojos de los de ella —. Los que van a trepar a todos los árboles que encuentren y a lanzar manzanas a los invitados y a darles nombres a los animales del campo. —Una sonrisa breve le cruzó los labios—. Y a los que voy a tener que vigilar constantemente para que no incendien la cocina.

—Has hablado con Margaret —dijo ella.

—Sí, y me ha resultado una mujer...

—Una chivata —terminó ella por él, pero sonrió—. Así que vamos a tener hijos.

—Tres mínimo —dijo él.

—Ya veremos —respondió ella.

—Cinco entonces.

—Estás negociando en la dirección equivocada.

—Es una táctica. Si empiezo en cinco, tres me parecerá una victoria razonable**.**

Alice puso los ojos en blanco, pero la sonrisa que llevaba intentando contener desde que él había entrado en el corral terminó por escaparse. Una sonrisa de verdad, de las que le llegaban a los ojos y que Bastian había aprendido a distinguir de todas las demás porque eran las más difíciles de conseguir y las más imposibles de olvidar.

Él le puso la mano en la mejilla con esa delicadeza suya que siempre la pillaba desprevenida, y Alice dejó de resistirse a lo que llevaba días necesitando.

Se besaron entre las gallinas, con el olor a paja y a campo y a mañana de Yorkshire, sin nada de lo que habían tenido en Londres, sin salones ni música ni miradas calculadoras. Solo ellos dos y el sol que empezaba a abrirse paso entre las nubes y el sonido ridículo y perfecto de las gallinas cacareando a su alrededor.

Cuando se separaron, Alice apoyó la frente en su hombro.

—Tres —dijo.

—¿Tres? —repitió él.

—Tres hijos. Dos niñas y un varón.

Bastian le rodeó la cintura con los brazos y sonrió contra su cabello.

—¿Sabes que no podemos controlarlo, verdad?

En realidad, él sabía que había ciertos métodos, aunque no eran del todo fiables y, desde luego, no los usaría con ella. Tendrían tantos hijos como Dios les diese y él esperaba que fuesen muchos.

Alice levantó la cabeza para mirarlo.

—Podemos intentarlo.

—Teniendo en cuenta todo el tiempo que tengo pensado pasar en nuestra alcoba encerrados cuando regresemos a Londres, tres hijos se nos queda corto.

Alice le dio un golpe en el pecho que él ni siquiera intentó esquivar.

—Eres incorregible.

—Tú me has hecho así.

—Yo no he hecho nada.

—Has hecho todo —dijo Bastian, y lo dijo de una manera que no tenía nada de gracioso y sí mucho de verdadero.

Alice le sostuvo la mirada un momento. Había en los ojos de Bastian algo que Alice ya sabía reconocer y que seguía pillándola desprevenida cada vez.

—Nunca pensé que sería tan feliz —reconoció—. Amarte es la mejor aventura que nunca viviré.

—¿Mejor que trepar árboles?

—Mucho mejor.

Bastian se rio. Una de esas carcajadas genuinas y escasas que Alice había aprendido a atesorar porque sabía que eran suyas, solo suyas, de nadie más.

Luego la besó con todo el amor que llevaba dentro.

—Te quiero, Alice —le dijo cuando el beso se rompió.

—Y yo también te quiero a ti, Bastian.

Epílogo

St George's Hanover Square era exactamente lo que Alice había intentado evitar.

Alta, imponente, con las columnas de piedra blanca y el interior capaz de albergar una ciudad entera si se lo proponía. Y, a juzgar por el número de personas que llenaban los bancos hasta el último rincón, medio Londres había decidido presentarse.

Alice se detuvo en el umbral y sintió el peso de todas aquellas miradas antes incluso de cruzarlo.

—Respira —le dijo Dominic, que se encontraba a su lado.

—Estoy respirando.

—Estás sin aliento, que no es lo mismo.

Alice apretó el ramo entre los dedos.

Había querido una boda pequeña e íntima. Los invitados justos, una iglesia modesta y una mesa con pocos cubiertos. Pero su tía Augusta y la madre de Bastian, que habían formado una alianza que Alice encontraba un poco aterradora, habían tenido otros planes. Y como ambas sabían la verdad sobre su bastardía y habían decidido que no les importaba lo más mínimo, Alice había pensado que, lo menos que podía hacer, era darles ese gusto.

Aunque, en ese momento, con St George's llena hasta los topes y el órgano resonando entre las columnas, se estaba arrepintiendo.

—Si lady Eliza pensó que podía hundirme —murmuró Alice entre dientes—, se equivocó. No ha fallado ni un invitado.

—Nadie de la alta sociedad lo recuerda. O, al menos, nadie lo demuestra.

—Hay demasiada gente —dijo Alice, sin poder evitar estar nerviosa.

—Te están esperando. ¿Estás lista?

—No.

—Bien. —Dominic le ofreció el brazo—. Entonces, vamos.

Su hermano tiró levemente de ella y comenzaron a caminar.

La nave era larga y Alice mantuvo la mirada al frente, consciente de los rostros que se volvían a su paso, pero sin detenerse en ninguno. El vestido de seda blanca, que su tía había elegido con una determinación que no admitía debate, susurraba contra el suelo de piedra con cada paso. Las flores que Margaret le había puesto en el cabello esa mañana, recogidas del jardín de Yorkshire, eran lo único que Alice había elegido ella misma. Y le parecían las más bonitas de toda la iglesia.

Y entonces, lo vio.

Bastian estaba al final del pasillo, junto al altar, con el frac oscuro y el chaleco color marfil y esa calma suya de siempre que ahora Alice sabía que no era frialdad, sino la manera que tenía él de sostener el mundo cuando el mundo se ponía demasiado pesado. La miraba a ella y solo a ella, como si los doscientos invitados que llenaban St George's no existieran. El nudo en el pecho de Alice desapareció. Así, sin más. Como si nunca hubiera estado.

Cuando llegaron al altar, Dominic le tomó la mano y se la puso en la de Bastian. Ella notó que los dedos le temblaban. Bastian lo notó también y se inclinó hacia ella muy levemente.

—Podemos salir corriendo —murmuró, con una voz tan baja que solo ella pudo escucharlo—. Gretna Green no está tan lejos.

Alice se rio. Una risa pequeña y algo nerviosa que se escapó antes de que pudiera evitarlo.

Miró hacia los lados.

En el primer banco de la izquierda estaba Ingrid, con Edmund a su lado. Las gemelas estaban justo detrás, Cecily con los ojos ya brillantes y Frances con una compostura que no engañaba a nadie, porque también tenía las manos demasiado apretadas sobre el regazo. La madre de Bastian, en el banco de enfrente, la miraba con una calidez que Alice ya había aprendido a reconocer como suya. Su tía Augusta sostenía el abanico con tanta fuerza que Alice temió por la integridad del objeto.

Todo lo que le importaba estaba aquí.

Se volvió hacia Bastian.

—No nos vamos a ningún sitio —dijo.

La ceremonia fue breve, como Alice había insistido en que fuera, aunque le sorprendió que ya nadie le había hecho demasiado caso con el resto de peticiones, a pesar de que era su boda.

Cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, Bastian la besó con una delicadeza que contrastaba con el fuego que Alice vio en sus ojos cuando se separaron. Ella sabía que le estaba prometiendo una noche de bodas en la que ambos podrían dar suelta a todo ese deseo que llevaba conteniendo las últimas cuatro semanas, durante las que habían tenido que esperar para poder casarse.

Salieron de St George's entre el sonido de las campanas y la lluvia de arroz que los recibió en los escalones.

Bastian se inclinó hacia ella.

—Mira —murmuró con una sonrisa que no disimuló—. Por una vez, es a ti a quien lanzan algo.

Alice se detuvo en seco. Bastian, que no lo esperaba, se vio obligado a parar también.

—¿Qué estás...?

Pero Alice ya se había agachado. Recogió un puñado de arroz del escalón y se incorporó.

—Alice...

—Es solo arroz —dijo ella.

Y se lo lanzó.

El arroz impactó en el pecho del duque de Weston con una precisión que varios invitados observaron con la boca abierta. Bastian miró el arroz desparramado sobre su frac. Luego la miró a ella. Y antes de que él pudiera responder, cogió otro puñado y lo lanzó hacia los invitados más cercanos, que pegaron varios respingos entre exclamaciones y carcajadas.

—¡Alice! —La voz de su tía Augusta sonó por encima de todas las demás—. No debes hacer eso.

Alice no pudo evitar sonreírle.

—Es arroz, tía. No hace daño a nadie.

—¡Ahora eres una duquesa! —exclamó Augusta, con el abanico en alto y las mejillas encendidas—. ¡Las duquesas no lanzan arroz a sus invitados!

—Esta sí —dijo Alice.

Y antes de que su tía pudiera recuperarse lo suficiente para responder, Alice sujetó el brazo de Bastian y echó a correr hacia la carroza, arrastrándolo con ella.

—¡Alice! —La voz de su tía sonó por última vez a sus espaldas.

—¡Nos vemos en el banquete, tía! —respondió ella sin detenerse ni un instante.

Cuando llegaron a la carroza, él la subió de un impulso, se subió tras ella y cerró la portezuela. Dentro, sin aliento y riéndose todavía, Alice se volvió hacia él.

Bastian la miraba con una sonrisa de resignación y ese brillo en los ojos.

—No tienes remedio.

—Ninguno. —Alice sonrió—. Pero me quieres.

—Más que a mi propia vida.

Bastian se inclinó hacia ella para besarla. No fue un beso delicado como el del altar ni contenido como los de las últimas cuatro semanas.

Cuando se separaron, la carroza ya se alejaba por las calles de Londres y el bullicio de los invitados había quedado atrás.

Alice apoyó la frente en la de él.

—Yo también te amo con todo mi ser.

Y esa era la mayor verdad que había dicho nunca.

Había llegado a Londres con un propósito claro: encontrar a Ingrid y regresar a Yorkshire, a su vida, a su libertad. Y había encontrado a Ingrid. Pero había encontrado algo más que no había buscado y que no esperaba: un amor real, desinteresado y verdadero.

Bastian le tomó la mano y se la llevó a los labios, despacio, como hacía siempre, como si tuviera todo el tiempo del mundo, porque a partir de ahora lo tenían.

Alice se vería obligada a pasar tiempo en Londres como duquesa, pero no le importaba. Porque había comprendido que el lugar al que pertenecía no era un sitio, sino una persona.

Y la tenía sentada a su lado, sosteniéndole la mano.

Si te ha gustado este libro y su universo, no te pierdas la historia de Frances y Nicholas, que se publicará en junio en Amazon.

AGRADECIMIENTOS

Gracias de corazón por sumergirte en la historia de Alice y Bastian. Cada página leída y cada momento compartido con estos personajes hacen que este mundo cobre vida y que la aventura continúe más allá de estas páginas.

Si te ha gustado la historia, puedes dejarme una reseña en Amazon o Goodreads.

Para descubrir curiosidades, contenido exclusivo, avances de futuras historias y conocer más sobre los
personajes, puedes seguirme en mis redes sociales:

- Instagram: lexi_thurman03
- Facebook: lexi thurman
- TikTok: lexi.thurman

Si quieres seguir sumergiéndote en mis historias, descubre mis libros más recientes.

Books By This Author

La Maldición Del Duque

Londres, 1818

La música de un cuarteto de cuerdas llenaba el aire mientras las parejas danzaban en la pista de baile. Lady Grace estaba disfrutando de su primer baile en sociedad. A pesar de la emoción, comenzaba a sentir el cansancio en sus pies.

Los últimos días habían estado llenos de emociones. A sus veinticuatro años, muchos considerarían que era mayor para estar aún soltera, pero la falta de pretendientes no era el problema. Tampoco su belleza, ni los bonitos vestidos que la costurera le había hecho. Simplemente, lady Grace no quería casarse.

Aprovechando que estaba sola y antes de que comenzara el siguiente baile que ya había concedido al hijo de un conde, se adentró en un pasillo solitario en busca de un baño. El silencio en ese pasillo era profundo, interrumpido solo por el suave murmullo de la música que llegaba del salón de baile. Ella se detuvo durante un segundo delante de un enorme espejo.

Tenía que reconocer que su vestido era una verdadera obra de arte. Estaba confeccionado con un suave tejido de satén color champagne, que caía en pliegues suaves y fluidos hasta sus tobillos. El escote era modesto pero elegante, con un pequeño adorno de encaje que realzaba su belleza natural.

Tras colocarse bien una hebra de pelo que se había escapado de su elaborado moño alto, continuó adentrándose por el pasillo envuelto en una suave penumbra, solo iluminado por unas pocas lámparas de aceite que arrojaban una tenue luz dorada sobre el suelo de madera pulida.

Lady Grace apresuró su paso para llegar cuanto antes al baño, pero iba tan sumida en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que no estaba sola en el pasillo. Se tropezó contra un hombre y el retículo se le cayó al suelo, provocando que se le desparramase el contenido por la alfombra.

Después de un intercambio de palabras, el hombre se marchó y ella recogió sus enseres desparramados: su cartilla de baile, un pañuelo de lino y un tampón.

¿Un tampón en un baile en 1818?

Lady Grace tiene mucho que explicar.

La Maldición Del Highlander:

Edith es psicóloga y cree tener respuesta para todo, excepto para su propia ruptura. Tras ser abandonada por su novio, decide que un viaje por las Tierras Altas con su abuela y un grupo de jubilados es el remedio perfecto para olvidar el engaño. Sin embargo, lo que empieza como una ruta turística termina en un salto al vacío: Edith despierta en la Escocia medieval, siglos antes de su tiempo.

Allí descubre un destino aterrador: ocupa el lugar de la prometida del laird Alaric MacFarlane, un guerrero marcado por la tragedia. Dos esposas anteriores han muerto en circunstancias extrañas, y todo el clan está convencido de que una maldición reclama la vida de cualquier mujer que se una a él.

Edith deberá usar toda su astucia para sobrevivir en una época en la que la lógica no sirve de nada y en la que Alaric, un hombre tan protector como testarudo, parece ser el único capaz de mantenerla a salvo mientras buscan una forma de romper el hechizo.

Pero ¿y si, al encontrar el amor en un tiempo que no le pertenece, Edith ya no quisiera volver?
